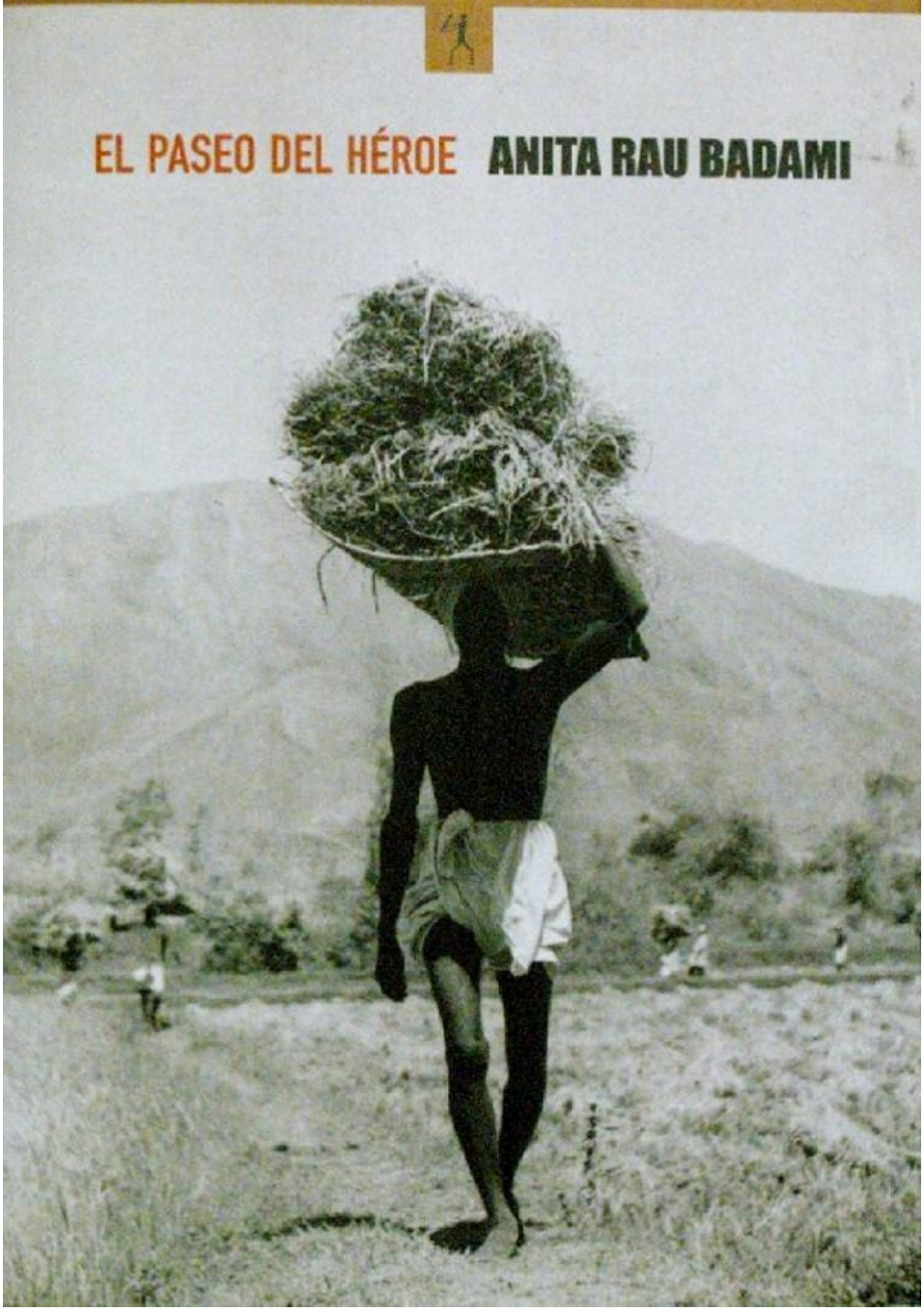
EDICIONES DEL BRONCE

EL PASEO DEL HÉROE

ANITA RAU BADAMI



En la pequeña y polvorienta ciudad de Toturpuram, en la India, vive con su familia Sripathi Rao, un hombre de carácter difícil fuertemente anclado en sus convicciones tradicionales y que da la espalda a los cambios del mundo moderno. Una mañana Sripathi recibe la terrible noticia de que su hija mayor, con la que no se hablaba, y el marido de ésta, han muerto en el Canadá en un accidente de coche. Sumido en la conmoción y los remordimientos por no haberle perdonado a su hija el matrimonio con un estadounidense, Sripathi viaja al Canadá para recoger a su nieta de siete años, Nandana.

El paseo del héroe relata con humor y delicadeza la vida de los Rao en Casa Grande, la destartalada mansión que a duras penas pueden mantener y a la que se aferran como símbolo de un pasado mejor. La llegada de la pequeña y silenciosa Nandana provoca una sacudida en la inercia cotidiana, sacando lo mejor y lo peor de cada uno de los personajes: Nirmala, la esposa de Sripathi, sumisa, cumplidora y frustrada; Ammayya, la madre tacaña y manipuladora; su hermana Putti, soltera y cuarentona que sueña con el amor y aún comparte el lecho con su madre y Arun, su único hijo, un activista sin empleo que lucha a favor de las especies marinas en peligro de extinción.

ANITA RAU BADAMI

EL PASEO DEL HÉROE

TÍTULO ORIGINAL: *THE HERO'S WALK*
©ALFRED A. KNOPF CANADA
ISBN ORIGINAL: 0-676-7225-X

PRIMERA EDICIÓN: SEPTIEMBRE DEL 2001
PROYECTO GRÁFICO: COLUMNA COMUNICACIÓ, S.A.
© ANITA RAU BADAMI, 2000
© DE LA TRADUCCIÓN: GEMA VIVES, 2001
EDICIONES DEL BRONCE, 2001
ISBN: 84-8453-068-X
DEPÓSITO LEGAL: B. 31.438-2001
IMPRESIÓN HUROPE, S.L.
CALLE LIMA. 3 BIS — 08030 BARCELONA

© EDITORIAL PLANETA, SA, 2001
CÓRCEGA, 273-279 - 08008 BARCELONA
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

Para Aditya.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a la editora Louise Dennys por sus inteligentes comentarios y sus sabios consejos, y a Denise Bukowski por la confianza que ha depositado en mí y los ánimos que me ha dado. También agradezco a Noelle Zitzer y a Nikki Barrett las sugerencias que me han brindado sobre aspectos relativos a la edición del libro. Estoy especialmente en deuda con Ven Begamudré por su amistad y por prestarse generosamente a leer y comentar un borrador de la novela. Agradezco al Consejo del Canadá la ayuda económica que me ha prestado, a Shubi el que me haya permitido leer sus diarios y a Madhav Badami su amor y apoyo constantes. Por último, quisiera dar las gracias a quienes trabajan en el Centre for India and South Asia Research de la Universidad de British Columbia por la ayuda que me han prestado.

1

A LA ORILLA DEL MAR

Solo eran las cinco de la mañana de un día de julio en Toturpuram y ya no quedaba ni rastro de la noche anterior. El círculo derretido del sol se hinchaba al otro lado del mar. Las olas rompían contra la arena, dejando unas líneas curvas de espuma dorada que se secaban casi al instante. A lo largo de toda la playa, los pescadores remolcaban las barcas hasta tierra y vaciaban las redes de la captura nocturna. Sus madres y esposas, hijas y hermanas apilaron entonces las gambas y los cangrejos, las langostas y los peces en enormes cestos húmedos que aún olían a la carga del día anterior, y luego, dejando las relucientes escamas y los caparazones rotos para que los cuervos marinos se peleasen por ellos, cogieron el primer autobús que iba al mercado, riendo mientras los demás pasajeros se apresuraban a correrse hacia la parte delantera y a hacer sitio a las mujeres y a sus perfumadas mercancías.

Al cabo de pocas horas el calor se cerniría sobre la ciudad como una inmensa sábana húmeda, formaría pequeños charcos de sudor detrás de las rodillas de las gentes, en sus axilas y en las concavidades de sus cuellos, y gotas que les caerían de la frente. Los muslos sudorosos de las personas se pegarían a los asientos, produciendo un grosero ruido de chupeteo al levantarse aquellas. Solo los idiotas se atrevían a ir al trabajo y, una vez allí, permanecían sentados a sus mesas, aturdidos y ociosos, porque no había luz y los ventiladores del techo no funcionaban. Era imposible parpadear sin sentirse desfallecer. Las gentes más sensatas se

quedaban en casa, en ropa interior, cubriéndose cabeza y pecho con trapos mojados, bebiendo agua de coco a litros y abanicándose con periódicos doblados.

Aunque en esta pequeña ciudad situada a orillas del Golfo de Bengala, a unas tres horas en autobús de Aladras, estaban a mediados de julio, las lluvias monzónicas del sudoeste que proporcionaban un breve intervalo de alivio entre las épocas de calor no habían hecho su aparición. Así que todo Toturpuram suspiraba por que llegase diciembre, cuando los monzones que venían del noreste irrumpirían con fuerza. El recuerdo de esas mañanas frescas y lluviosas era tan sugestivo que las gentes olvidaban que en diciembre también empezaba la estación de los ciclones, cuando los vientos soplaban a ciento cincuenta kilómetros por hora, destrozando todo lo que encontraban a su paso. No se acordaban de las lluvias torrenciales que una vez derribaron el tendido eléctrico y dejaron a la ciudad sumida en una oscuridad mojada y maloliente. Y olvidaban completamente que el mar se había convertido en un imponente muro de agua verde que había barrido la playa e inundado las calles y que, al convertir las calzadas en sumideros, había dejado una estela de disentería y diarrea. Había llovido tanto que los pozos sépticos se desbordaron por toda la ciudad, y la gente se despertaba de pronto por las noches encontrándose con que sus pertenencias flotaban en medio de las aguas residuales.

Hoy la luz matutina prestaba una tenue belleza a la miserable ciudad. Incluso las docenas de bloques de apartamentos que se extendían imperturbables desde la playa hasta Casa Grande, en Brahmin Street, parecían tener las aristas menos duras bajo la difusa luz temprana. En las azoteas de los bloques, las rígidas gavillas de las antenas de televisión parecían incendiarse a medida que el sol salía. Casa Grande era el único edificio de la calle que no tenía una. Sripathi Rao, su propietario, había comprado a regañadientes un televisor pocos años antes, pero era un modelo antiguo que solo tenía antena interior. Para su madre, Ammayya, había sido una decepción.

—Nadie se enterará de que tenemos televisión —dijo en son de protesta—. ¿De qué sirve tener algo si nadie sabe que lo tienes?

Sripathi no se dejó convencer.

—Mientras tú veas los programas que quieres ver, ¿qué importancia tiene que los demás sepan o no lo que tenemos? Además, este televisor es el único que me he podido permitir.

—Si me hubieses hecho caso y fueses un médico de categoría, ahora no estarías hablando de poderse permitir y no poderse permitir… —gruñó la madre. Nunca dejaba escapar la oportunidad de recordarle cuánto la había decepcionado.

—Aunque fuese uno de los Birla, me hubiese comprado este televisor y solo este —arguyó Sripathi.

O uno de los Tata, o de los Ambani o, para el caso, uno cualquiera de los magnates de negocios indios. Él no era partidario de hacer alardes, ni de bienes materiales ni de emociones. Cuando el teléfono sonó ese día por primera vez, Sripathi estaba en el balcón de su casa. Se había despertado a las cuatro de la mañana, como era habitual en él, y ahora leía el periódico y señalaba las noticias de interés con un rotulador rojo. Al oír la llamada aguda y temblona se interrumpió, pero no hizo ningún ademán de bajar a contestarlo al descansillo que estaba a medio camino entre el primer piso y la planta baja. Esperó que alguna otra persona lo cogiese. Había gente de sobra por la casa, entre otros —pensó con algo de irritación— su hijo Arun, que dormía en la habitación del pasillo que quedaba frente a la suya.

Más tarde Sripathi se preguntó por qué no había sentido ninguna punzada premonitoria. Recordaba otras veces en que habían ocurrido tragedias: lo inquieto que había estado el día antes de que encontrasen el cuerpo sin vida de su padre en Andaal Street y la extraña coincidencia que a la mañana siguiente lo había llevado hasta allí, donde se unió a la muchedumbre de curiosos apiñada alrededor del cadáver. Y antes de que a su querida abuela, Shantamma, se la llevase el Señor de la Muerte, había tenido abundantes pesadillas por las noches. ¿No venían los desastres siempre precedidos por un momento de iluminación o por un mal sueño del que uno despertaba de golpe y llorando? Esta vez, sin embargo, no notó nada.

El teléfono siguió sonando y el ruido le puso nervioso.

—¡Arun! —gritó, inclinándose hacia atrás en la silla para ver a

lo largo de su dormitorio por la puerta del balcón—. ¡El teléfono! ¿No lo oyes?

No hubo respuesta. «El muy idiota se pasa la vida durmiendo», refunfuñó. Arrastró la silla, apartándola de la mesa cuadrada de hierro donde había colocado los utensilios de escribir, y se levantó al tiempo que distendía los hombros, que tenía redondeados. De joven, Sripathi era más alto que cualquiera de sus amigos y, como no soportaba ser distinto ni destacar en nada, aprendió a andar encorvado. Tenía el cabello espeso y canoso, y Shakespeare Kuppalloor, el barbero de Tagore Street, se lo cortaba casi al rape. Una expresión de permanente decepción se había instalado en un rostro cuyos rasgos dominantes eran una nariz corva y unos ojos grandes y húmedos. Después de la dulzura de los ojos, la línea delgada y austera de la boca sorprendía un poco. Una vez, en el transcurso de una discusión, su mujer, Nirmala, había dicho de ella que parecía un monedero cerrado con cremallera. Recordó que la comparación le había cogido por sorpresa, porque él siempre había encontrado a su mujer parecida a una pastilla de jabón de lavar la ropa: práctica y eficaz, pero totalmente desprovista de imaginación.

Se le ocurrió que la llamada quizá fuese de Maya, la hija que tenía en Vancouver, y se detuvo un momento al cruzar el dormitorio. Si lo era, no quería contestar. Miró una fotografía de Maya, con su marido extranjero y la criatura de ambos, que estaba puesta sobre el alféizar de la ventana, junto al lado de la cama ocupado por Nirmala, y en el acto su estado de ánimo se tiñó de amargura. Todos los días, a la menor oportunidad, ponía la foto boca abajo y colocaba encima algunos libros, sintiéndose algo pueril al hacerlo, y luego Nirmala volvía a poner la foto en posición vertical. Pero Maya telefoneaba los domingos por la mañana, se dijo. A las seis y media, cuando, como ella sabía, su madre estaría esperando justo al lado del teléfono, sentada en el suelo embaldosado del descansillo. Y todos los domingos, desde haría ya unos años, Sripathi había procurado eludir ese momento yéndose a dar un paseo a las seis y veinte.

Su hermana menor, Putti, que también andaba por el piso de abajo, no contestaba el teléfono porque le tenía miedo.

—No sé qué decir cuando tengo en la mano el aparato ese —le

había explicado una vez Putti a Sripathi, con una expresión muy azorada en su rostro redondo y aniñado—. Y además, nunca es para mí.

Una cosa triste de decir, había pensado él entonces, sintiéndose culpable por no haber cumplido con su obligación de encontrarle marido, como hermano mayor que era. Después de haber vivido en Toturpuram durante cuarenta y dos años, Putti no tenía a nadie a quien pudiera dar el nombre de amigo. Excepto quizá aquella horrible bibliotecaria, la señorita Chintamani.

La madre de Sripathi decía ser demasiado vieja para poder subir las escaleras, pero Nirmala sostenía que Ammayya era una embustera y que, cuando se quedaba sola en casa, subía al piso de arriba para fisgonear.

—Me roba los saris —había dicho Nirmala en tono de queja—. Y he encontrado mi peine debajo del colchón de su cama. ¿Fue a parar allí él solito, o qué?

El teléfono dejó de sonar y el silencio envolvió de nuevo la casa. Sripathi regresó al balcón y se arrellanó en la descolorida silla de mimbre que había sobrevivido a veinte años de sol y lluvia feroces. Volvió a coger *The Hindu* y se enfrascó en su lectura, señalando en rojo los artículos sobre los que pensaba hacer algún comentario.

Oía una suave música que salía del bloque de apartamentos que había junto a la casa. Las notas se perdían casi al instante, apagadas por los campaneos del Templo de Krishna —un tañido clamoroso que competía con el sonido nasal del mullah de la Mezquita de las Mil Luces, que se encontraba en una calle paralela—. El templo estaba en la misma calle de Casa Grande, algo más arriba. La casa había sido construida por el abuelo de Sripathi ochenta y dos años antes, en esta calle a la que llamaban Brahmin Street por el número de brahmanes que vivían en ella. Sin embargo, cuando el partido gobernante ganó las elecciones estatales, decretó que ninguna calle podía llevar el nombre de una casta; de modo que Brahmin Street era ahora solamente Street. Lo mismo pasaba con Lingayat Street, Mudaliyar Street y media docena de calles más de Toturpuram. Esto provocaba las quejas de los forasteros, que perdían medio día vagando por la ciudad intentando averiguar cuál era la calle que buscaban. Además, Brahmin Street había cambiado tanto en el

último decenio que quienes regresaban a ella después de una ausencia de varios años apenas la reconocían. En lugar de los aromas delicados del jazmín, de las varitas de incienso, del olor a santidad, en vez de oírse los cánticos de himnos religiosos, la calle resonaba ahora con los regateos de los vendedores de ropa y de verduras, con los compases estrepitosos de las bandas sonoras de las películas de moda, que salían de las tiendas de vídeo cuyos escaparates ostentaban carteles chillones de heroínas de pechos y muslos exuberantes y héroes musculosos cuyos cabellos rodeaban sus cabezas como inmensas humaredas.

Los mayores de Toturpuram recordaban lo bonita que antaño era Casa Grande, con sus muros sólidos y limpios que se pintaban de rosa todos los años antes del festival de Deepavali, con su amplia veranda y los varios balcones que tenía en la parte delantera y a los lados, todos ellos con barandillas de hierro forjado que imitaba las formas de peces y flores de loto flotando sobre estilizadas olas. El portalón de madera de teca tallada había sido construido por encargo y, en el pasado, se barnizaba anualmente. Las ventanas tenían unas vidrieras de colores que el abuelo de Sripathi había comprado a una familia británica que, oliéndose los vientos nuevos unos años antes de la Independencia, había regresado a Inglaterra. Desde la muerte del padre de Sripathi la casa se había ido deslizando a un estado de deterioro, y parecía tan cansada de la vida que se desarrollaba dentro de su panza como de la que hervía fuera, en la bulliciosa calle.

—Si mi marido aún viviese, no hubiésemos ido a menos de esta manera —les decía Ammayya a sus amigas en tono de queja, fingiendo olvidar que precisamente Narasimha Rao había sido el único responsable de la decadencia actual de la familia.

La pintura se había ido cayendo de las barandillas, dejándolas del color de orín. La puerta había perdido el viso, y las hermosas partes talladas eran ya solo anónimas protuberancias de madera. Numerosas grietas recorrían los suelos de baldosas, como varices en las piernas de una anciana, y las paredes no habían visto una mano de pintura o de jalbegue desde hacía años. La mayoría de las ventanas ya no se podían abrir, de tanto que se había hinchado la madera con el calor húmedo del lugar, y el brillo de los cristales

estaba empañado por capas de polvo y grasa. Como las ventanas atascadas amortiguaban el estruendo continuo del tráfico, así como de la música religiosa que tocaban hasta entrada la noche en varios templos vecinos, nadie intentaba siquiera abrirlas. Las altas verjas de hierro, perpetuamente obstaculizadas por montones de grava o de granito vertidos por camioneros de la construcción que parecían disfrutar malévolamente en dejar inaccesible la vieja casona, se combaban hacia adentro, como cediendo lentamente a la presión del nuevo mundo agresivo del exterior.

La campana del templo continuó su repique y Sripathi, irritado, le dio una sacudida al periódico. Pocos meses antes, el sonido de la campana no le había molestado en absoluto. Pero recientemente un feligrés había costeado un par de potentes altavoces y la campana se había vuelto ensordecedora. Sripathi se había quejado a los administradores del templo, pero nadie había hecho nada al respecto.

—Sripathi-*orey*… —le había dicho el sacerdote que estaba a la cabeza del templo, sonriendo píamente—. Esta es la música de Dios. ¿Cómo le pones reparos? Nadie más se ha quejado. Deberías aprender a ser más tolerante. Y déjame que te recuerde que fue precisamente tu estimado abuelo quien compró esta campana para nuestro templo.

—Sí, ya lo sé.

Sripathi, incómodo, se dio cuenta de que el sacerdote insinuaba que él no era tan generoso como lo habían sido su abuelo o incluso su padre. A decir verdad, Sripathi evitaba ir al templo siempre que podía y se negaba a aportar más de cincuenta *paisa* al platillo de los *aarathi* cuando, en ocasiones especiales, Nirmala le obligaba a asistir.

—Lo único que estoy diciendo es… ¿por qué ha de sonar tan fuerte? Dios no está sordo, ¿verdad?

El sacerdote se había encogido de hombros, como desechando la cuestión.

—¿Qué se le va a hacer? La mezquita tiene megáfonos, el templo de Ganesha también. Así que dime, ¿cómo va a oírnos nuestro Señor Krishna con toda esta competencia?

Por fin la campana dejó de repicar. Una frágil paz descendió

sobre el lugar. Ahora lo único que oía Sripathi era el parloteo de las ardillas que subían y bajaban por el viejo limero justo debajo del balcón, y el gorjeo fluido del loro que llegaba del abandonado jardín que había detrás de la casa. Sripathi recordó lo pulcro que estaba el jardín antes de que su hija se marchase a América. Maya y Nirmala cuidaban amorosamente el mango y el guayabo, los bananos y los cocoteros, y se habían visto recompensadas con un suministro constante de fruta.

Sacudió la cabeza como deshaciéndose del recuerdo, fue a la última página del periódico y le echó una ojeada. El equipo indio de criquet había hecho un triste papel en el partido internacional jugado contra las Antillas. Aunque los deportes no le interesaban especialmente, la fiebre de cricket que se apoderaba del país durante los Mundiales se le contagiaba. A diferencia de sus compañeros de trabajo, sin embargo, él no se pasaba toda la hora de la comida con el transistor pegado a la oreja, soltando un taco cada vez que los bateadores indios tiraban la pelota fuera o fallaban una cogida, o entrando en éxtasis cuando un jugador conseguía un tanto espectacular. Sripathi leía la sección de deportes porque tenía la sensación de que debía estar informado de todo lo que ocurriese a su alrededor. Además, podía haber una posible carta para el director enterrada en la página deportiva.

Cuando era joven, Sripathi había descubierto que escribir cartas a los directores de periódicos y revistas era el modo ideal de descargar la bilis y de expresar sus ideas más recónditas, esas emociones violentas y clamorosas que era tan reacio a exteriorizar en palabras o en actos. Podía escribir sobre cualquier cosa y de vez en cuando sus opiniones aparecían publicadas. Sripathi consideraba que en los últimos años había logrado mejorar bastante su estilo y, con gran contento por su parte, casi todas las cartas que enviaba a *The Indian Express, The Hindu* o *The Toturpuram Chronicle* aparecían publicadas. De manera que todas las mañanas abría el periódico con verdadera ilusión. Y solo después de haber leído la primera página, la segunda, la tercera, aplazando el momento hasta lo insoportable, solo entonces iba a la sección de «Cartas al director» y experimentaba la emoción de ver el pie de autor que había adoptado —Pro Bono Publico— al final de una misiva. Volvía a leer

su carta, sorprendido de lo distinta y lo alejada de sí mismo que parecía en letras de molde. Entonces echaba una ojeada a las otras cartas, frunciendo el labio superior cuando se topaba con un texto mal redactado o con un punto de vista flojamente argumentado.

Sripathi estaba especialmente satisfecho del pseudónimo. Lo había encontrado en una vieja revista norteamericana de temas jurídicos que su padre había birlado de la biblioteca pública de Moppaiyya Street. Pro Bono Público. A beneficio del pueblo. Como los héroes de su niñez —Pimpinela Escarlata, El Zorro, Jhanda Singh el Invisible—, él era un cruzado, pero uno que abordaba los problemas del mundo con la pluma y el tintero en vez de la espada, el rifle o el puño. Escribía todos los días sobre cualquier cosa que le llamase la atención, desde la suciedad de las calles hasta los casos de corrupción en el gobierno; escribía desde un comentario de tono festivo sobre la última película de acción hasta un homenaje a algún músico famoso cuya voz le había proporcionado muchos ratos placenteros.

Sripathi alargó el brazo para coger una voluminosa caja de madera que estaba sobre la mesa. Como casi todo lo demás que contenía Casa Grande, la caja había pertenecido a su familia desde siempre, o al menos desde que él tenía memoria de ello. Le gustaban los cantos redondeados, la sólida pesadez del objeto, la gruesa llave que lo cerraba. Abrió la tapa y extrajo la bandeja superior, que contenía su colección de plumas, unos cuantos lápices sin afilar, algunas gomas de borrar y un cortaplumas. Debajo había otro compartimento para papel. Había también una gaveta secreta que se abría retirando una varilla corredera de la superficie lateral de la caja. En esa gaveta no había nada. Mucho tiempo antes, cuando Maya —o quizá había sido Arun— le había preguntado por qué no guardaba nada en ella, él había contestado: «Porque soy demasiado vulgar para tener secretos». Durante la noche Sripathi colocaba la caja bajo su lado de la cama de matrimonio y por las mañanas la sacaba de allí antes de instalarse en el balcón.

Se quedó mirando las plumas que llenaban casi a rebosar la bandeja superior. Había treinta y dos, eran de primera calidad y la colección seguía creciendo. Este era el único lujo que se permitía, aunque últimamente, entre la carestía de los precios y la mengua de

los medios, añadía ejemplares cada vez con menos frecuencia. Las palpó de una en una, levantó las predilectas y se preguntó cuál de ellas iba a usar. ¿La jaspeada de color azul, de la casa Japanese Hero? ¿O la Parker de oro? Para escribir cartas sobre la política o el gobierno siempre elegía la Mhatre Writer: su austero color granate parecía revestido de cierta autoridad. Reacio a cambiar de rutina, tras unos momentos de vacilación se decidió de nuevo por la Mhatre Writer. Se la notaba agradablemente pesada entre los dedos, y la forma de la plumilla le daba a la escritura un sesgo afilado que le gustaba mucho. Escribió en el estilo florido que solía usar, aprendido con ayuda de la vara de mimbre del padre Schmidt en el colegio masculino de St. Dominic casi cincuenta años antes.

Muy señor mío:

Las calles están súbitamente engalanadas con el verde de unos árboles recién plantados, la basura ha sido por fin recogida (después de que las autoridades municipales hicieran caso omiso de ella durante varios meses), y de la noche a la mañana las paredes aparecen encaladas aquí y allá. ¿Un nuevo gobierno, acaso? ¿Un gobierno que de pronto se ha percatado de que es un gobierno del pueblo, para el pueblo y gracias al pueblo, y que ha decidido dejar de hacer vacaciones y aplicarse a la tarea? ¡Ah, no! Por desgracia, no es así. Todo este despliegue de actividad tiene como objeto celebrar la próxima boda del hijo del primer ministro…

Añadió unas líneas más, firmó y rubricó. Sí, esta era una buena carta. Tenía fuerza, iba al grano, y la punta de sarcasmo la hacía más eficaz. Se disponía a repasarla una vez más cuando apareció Nirmala, que acababa de ponerse un sari de algodón rosa recién planchado y llevaba el cabello negro recogido en un moño sobre la nuca. Tenía un rostro terso y de expresión dulce que no se correspondía con sus cincuenta y dos años; parecía mucho más joven que Sripathi, aunque solo se llevaban cinco años. En la ancha frente llevaba un círculo adhesivo de color rojo. Sripathi recordó que en el pasado había usado bermellón en polvo. Después de lavarse, se inclinaba sobre el lavabo del cuarto de baño, con el cuerpo aún húmedo y caliente y las nalgas marcándosele en la combinación de algodón, lo cual provocaba en Sripathi una oleada de deseo, y con la yema del dedo corazón se aplicaba un punto de

crema Boroline en el centro de la frente. Luego, con igual cuidado, metía el mismo dedo en un potecito plateado que contenía bermellón y lo apretaba contra el círculo aceitoso. Pero unos años antes también ella había sucumbido a la modernidad, sustituyendo el ritual de la crema y los polvos rojos por los paquetes de adhesivos de fieltro que se hacían en una inmensa variedad de formas, tamaños y colores. Desde entonces, Sripathi discutía interminablemente con ella a causa de los *bindis* que dejaba pegados al espejo del cuarto de baño y que parecían señales de varicela en el cristal.

Nirmala le puso en las manos una humeante jarra de acero inoxidable.

—¿Por qué no has contestado el teléfono? —preguntó ella.

—¿Por qué no lo has contestado tú?

—Estaba en la cocina, vaciando los recipientes. Hoy es día de agua, ¿recuerdas? Y al mismo tiempo intentaba preparar el desayuno antes de que tu madre empezase a pedirlo a gritos. ¿Y también he de correr cuando suena el teléfono? ¿Eh? ¿Qué estabas haciendo tú que no podías interrumpirlo ni un momento?

Empezó a recoger las toallas de la pared del balcón, donde las había colgado la noche antes para secarlas. Al inclinarse hacia adelante y caérsele el *pallu* del sari, Sripathi le vio un momento la cintura desnuda. Ahora tenía allí unos blandos pliegues de carne, pero él recordaba que, cuando Nirmala era joven, aquella cintura se arqueaba limpiamente hacia adentro antes de unirse a las caderas. No pudo resistir la tentación de darle un suave pellizco en uno de los michelines, y ella, sobresaltada, pegó un bote antes de darle una palmada en la mano.

—¡Cheee! ¡Un hombre viejo como tú, haciendo estas tonterías a primera hora de la mañana! —exclamó.

—¿Qué tonterías? Estaba haciendo la prueba del pellizco.

En la sección que el periódico traía los jueves sobre temas de salud, había leído sobre una prueba que servía a los profesores de gimnasia para determinar la cantidad de grasa que sobraba a los clientes.

—Se me olvidaba decirte… —empezó Nirmala, haciendo caso omiso de sus guasas— que ayer por la tarde, en el templo, vi a

Prakash Bhat y a su mujer. Fue bastante violento. Ellos fingieron no verme, imagínate…

Sripathi inclinó la jarra y se sirvió un chorro de café con leche en un pequeño cuenco que había sobre la mesa, deteniéndose justo antes de hacerlo rebosar. Entonces volvió a echarlo en la jarra. Repitió la operación varias veces con destreza, hasta que hubo creado un montículo de espuma encima del café.

—A lo mejor es que no te vieron —le dijo a Nirmala—. Siempre te imaginas cosas.

—No me las imagino. Sé que no me hicieron ni caso. No soy tonta, aunque no tenga títulos de esto o de lo otro. Ese Prakash me llamaba madre, ¿te acuerdas? Casi se casa con nuestra Maya y ahora mira con qué poco respeto me trata. ¡Y yo que lo creía un buen chico!

—Muy bien, te vieron. Ahora déjame. Tengo que trabajar.

No tenía ganas de que le recordasen problemas ya pasados. Y ¿por qué esperaba ella que Prakash se interesase por la madre de la mujer que lo había dejado tirado como una hoja de banano usada? ¿Por qué insistía Nirmala en sacar a colación estos asuntos pasados? Lo desagradable del incidente lo iba a importunar como el persistente gusto amargo de la *kasbaya*.

Nirmala entró las toallas al dormitorio pero continuó hablándole.

—La mujer de Prakash es más bien fea —dijo—. Tiene una narizota que parece una patata y los ojos pequeños. Eso sí, lleva muchas joyas. ¡Cómo si la pedrería pudiera dejar ciegos a los que la miran! Llevaba el collar de diamantes. ¿Te acuerdas de lo bonito que le quedaba a nuestra Maya? Y ahora lo tiene ese esperpento. ¡Pche!

Sripathi lanzó una mirada ceñuda a su mujer, que ahora, dándole la espalda, se inclinaba sobre la cama para estirar las sábanas.

—Te digo que dejes en paz las cosas ya olvidadas. No me interesan.

Ella sacudió enérgicamente las almohadas y a continuación se estiró y se frotó con una mano la base de la columna para deshacer la tensión.

—Vaya… Yo he de escuchar las aburridas historias que cuentas de tu oficina todos los días —dijo en son de protesta—. Pero en cuanto yo abro la boca me dices que me calle. En fin, lo que te quería decir es que la chica está embarazada, y estaban hablando con Krishna Acharye de celebrar la ceremonia de los brazaletes.[1]

—¿Por qué has de escuchar las conversaciones de otras personas? Los que escuchan a escondidas nunca oyen nada bueno.

Nirmala volvió al balcón para coger la jarra vacía y miró indignada a Sripathi.

—Yo no escuché. Fue Krishna Acharye quien me lo dijo. Y no te imaginas lo mal que me sentí al oírlo.

—¿Por qué ha de afectarte la ceremonia de los brazaletes de un desconocido?

—No finjas que no lo entiendes. Esa chica hubiera podido muy bien ser Maya, y ahora yo estaría hablando con Krishna Acharye de la compra de brazaletes verdes, saris y demás. ¡Qué desgraciada soy!

Y esperó que él dijera algo en respuesta a sus palabras. Pero Sripathi había decidido poner fin a la conversación, así que ella se puso a mirar la carta que estaba sobre la mesa.

—¿A quién escribes? —le preguntó.

Sripathi se apresuró a tapar la carta con una hoja de papel en blanco, asegurándose de que quedaba totalmente a salvo de la mirada indiscreta de su mujer.

—No es de tu incumbencia —dijo, y al ver la expresión dolida que ella le dirigió, añadió—: Es solo un trabajo de oficina que tengo que terminar. Y ahora no me molestes más.

Nirmala volvió la cara ocultando una sonrisa, pero Sripathi había ya reparado en ella.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Verme trabajando te hace reír? Me jubilaré hoy mismo y veremos si entonces te ríes. A lo mejor nos mantienes tú con las clases de baile.

Un año después de que Maya se hubiese marchado a los Estados Unidos, Nirmala había accedido a enseñar a las hijas de una amiga el Bharat Natyam[2] dos veces a la semana, después del colegio. Ella, por su parte, había asistido a clases de este baile tradicional hasta que se casó. «Me sentará bien enseñar a otras lo que sé hacer»,

le había dicho obstinadamente a Sripathi cuando este había hecho broma porque ella fuese a hacer cabriolas por la casa a su edad y con sus kilos de más. Pronto el número de alumnas se elevó a seis, y en la sala de estar resonaba el palmoteo de las plantas de los pies desnudos y el

tap-tap

del bastón que Nirmala golpeaba en el suelo para marcar el ritmo. A dos de las alumnas les concedieron becas para entrar en una escuela de Bharat Natyam que había abierto una famosa bailarina de Madrás y a la que asistían personas procedentes de toda la India y del extranjero. Por Toturpuram se propagó la noticia de que Nirmala era la persona adecuada de quien recibir las lecciones elementales, antes de intentar entrar en la escuela. Cuando más padres y madres llamaron a su puerta, Nirmala decidió cobrar una pequeña cantidad. Estaba contenta de ganar algo de dinero, aunque nunca le había dicho a Sripathi que su sueldo ya no les llegaba para vivir. Una buena esposa hindú tenía que guardar siempre las apariencias de que el marido mantenía a la familia.

El teléfono empezó a sonar de nuevo. Esta vez Sripathi arrojó el bloc de papel de cartas en la mesa y cruzó deprisa el dormitorio. Al andar, los talones le tocaban el suelo, tan desgastados estaban los extremos de sus zapatillas de goma.

—¡Cómo si no pudiéramos ni comprar un par de zapatillas de veinte rupias! —exclamó Nirmala—. ¡Es como si fueras descalzo!

—¿Por qué he de tirar el dinero? Estas me servirán para ir por casa todavía un año o dos. Si yo voy cómodo, ¿por qué ha de preocuparte? —arguyó Sripathi volviendo la cabeza hacia atrás.

Bajó las escaleras hasta el descansillo y descolgó el auricular.

—Sripathi Rao al habla —dijo.

En el dormitorio, Nirmala sacudió una sábana. ¡Flas! ¡Flas! Lo hizo con tanta fuerza que la sábana emitió un sonido de bala. Extendió la sábana sobre la cama y, cogiendo un montón de camisas, pantalones y saris limpios de encima de un baúl que servía también como mesa, lo puso en el centro de la sábana. Entonces unió las cuatro puntas e hizo con ellas un nudo flojo. El chico del *dhobi*

llegaría en cualquier momento para llevarse la ropa para planchar, y ella no quería que se escapase sin darle instrucciones de cómo planchar los saris de seda. Tenía que recordarle que la plancha no tenía que estar muy caliente. La última vez, el *dhobi* le había chamuscado uno de sus saris favoritos.

Volvió a esbozar una sonrisa. Estaba al tanto de la cuestión de las cartas al director que escribía su marido. Había descubierto el secreto por casualidad, al buscar en las papeleras el recibo de una tela que había encogido mucho al lavarse. Jain, el dueño de Beauteous Boutique, no iba a reconocer que ella había comprado el tejido en su tienda, a pesar de que Nirmala era clienta habitual. Había hurgado en las papeleras, molesta por la costumbre que tenía Sripathi de rasgarlo todo en cuartos. Le llamó la atención un delgado fajo de hojas grapadas, pulcramente escritas. ¿Habría tirado su marido algo importante por error? Se quedó sorprendida al ver que era una carta al director de *The Hindu* acerca del reactor nuclear de agua pesada que había empezado a funcionar a las afueras de Toturpuram y que vertía los residuos directamente en el mar. Entonces se dio cuenta de qué escribía con tanto ahínco todas las mañanas en el balcón. Había dejado la carta encima de la mesa y había esperado que él le hablase de aquellas cruzadas en las que empuñaba la pluma. Pero como él no dijo nada, ella decidió que tampoco mencionaría el incidente.

Plas-plas, plas-plas. Al oír los pasos de Sripathi, Nirmala se volvió hacia él.

—¿Quién era?

—Sabe Dios… No han contestado —dijo él.

Volvió al balcón y sacudió airadamente una mano para espantar a un cormorán que se había posado en la mesa e inspeccionaba las relucientes estilográficas.

—Tenías que haber esperado un poco. A veces las líneas no funcionan bien, y los que las reparan tardan un poco en conseguir que llegue la voz.

Nirmala tenía la vaga idea de que los teléfonos los hacían funcionar unos obreros de telecomunicaciones que se pasaban el día encaramados en lo alto de los postes de las carreteras.

—Así lo he hecho, señora mía. Nada menos que cinco minutos

he esperado. Sucede que sé cómo utilizar un teléfono.

—¿Por qué me hablas en ese tono, mmm? —preguntó Nirmala —. En seguida pierdes la paciencia. —Y abrazando la sábana llena de ropa, añadió—: No olvides que hoy es día de agua.

La voz llegaba algo amortiguada de detrás del fardo, y Sripathi no le veía la cara en absoluto. Su mujer se había convertido en un gran nabo azul. Rió en voz alta, y ella, sorprendida por la carcajada, asomó los ojos por un lado del fardo para mirarle. Por un momento Nirmala le pareció a Sripathi la muchacha que había conocido treinta y cinco años antes en casa del padre de ella. Recordaba que esa tarde él se había comido seis *bondas*, simplemente porque era demasiado tímido para rehusarlas. Después de la boda, Nirmala le contó lo asombrado que su padre había quedado por el apetito de él y, durante algunos años, siempre que ella hacía *bondas*, se reían mucho con aquello. Pero la risa había ido desapareciendo de sus vidas. Eran como un par de bueyes uncidos al yugo, que dan vueltas a la noria una y otra y otra vez con los ojos inclinados al suelo. Ni siquiera una pincelada de excentricidad los diferenciaba de otros matrimonios. Incluso ese placer se habían negado.

Esperó hasta que Nirmala hubo salido de la habitación, haciendo resonar contra las baldosas del suelo los aritos que llevaba en los dedos de los pies. Entonces repasó la carta y la dobló cuidadosamente en tercios. Además de meterles en la cabeza las reglas gramaticales, el padre Schmidt también había enseñado a sus amedrentados alumnos la etiqueta del plegado de las cartas. Sripathi introdujo la carta en un sobre y la deslizó en el interior de su maletín, para echarla al correo cuando fuese a trabajar poco más tarde. Doce años antes las cartas arropadas por el oscuro cuero viejo del maletín habrían sido dos. La más gruesa, para Maya, llena de retazos de noticias sobre la familia e incluso sobre la situación política del país, con recortes de periódicos, recetas de Nirmala, chismes de Putti, secretos de adolescente de Arun. Sripathi apartó enojado el recuerdo. ¿Acaso no había desterrado a Maya de sus vidas?

* * *

Como todo el mundo se olvidaba de llevarla a casa, tendría que volver hasta allí sin ayuda de los demás, pensó Nandana. Antes nunca lo había hecho, pero su padre decía a menudo que estaba solo a un tiro de piedra. Sabía su dirección porque sus padres se la hacían repetir casi diariamente: 250 Melfa Lane, Vancouver, BC, Canadá, Norteamérica, El Mundo. Su padre siempre añadía las dos últimas cosas, y su madre se reía y decía: «No confundas a la niña, Alan».

—¿Cuántas dormidas faltan para que vuelvan mis padres? —le había preguntado Nandana a Kiran Sunderraj un día antes.

Y ella había contestado:

—Solo una, cariño.

Pero ya hacía una y media. Su amiga Anjali había ido al campamento de día y había vuelto, y Nandana aún seguía aquí, en casa del tío Sunny. Anjali, que también iba al segundo grado, era la mejor amiga número tres de Nandana, después de Molly McNaughton y Yee Loh. Era divertido quedarse a dormir en su casa, a pesar de que Anjali solía ponerse de mal humor cuando no se salía con la suya.

Ayer por la tarde, que era domingo, dos policías habían llamado a la puerta y luego la tía Kiran se había puesto a llorar. El tío Sunny salió de casa corriendo y aún no había vuelto cuando ella y Anjali se fueron a dormir.

Nandana estaba asustada. Sus padres nunca la habían dejado en ningún sitio más tiempo del acordado. Quería irse a casa.

Esta mañana le había preguntado a la tía Kiran si podía llamar por teléfono a sus padres.

—Quiero pedirle a mi papá que me compre manzanas Fuji.

No quería ofender a la tía Kiran diciéndole que quería irse a casa, así que se había inventado lo de las manzanas Fuji. Sabía que Anjali y su familia solo comían las McIntosh rojas.

—Tengo que comer manzanas Fuji para estar bien de la vista —había explicado.

Pero la tía Kiran solo dijo que le compraría algunas cuando fuese por la tarde a comprar comestibles.

—No hace falta que las compres. En casa me las darán —le había dicho Nandana, pero la tía Kiran no pareció oírla.

Nandana abrazó su vaca de trapo y miró por la ventana. Estaba lloviznando. Cogió la mochila rosa y morada que su padre le había regalado para su séptimo cumpleaños, dos meses antes. Su padre la había llenado de pequeñas sorpresas: un juego de peines, un frasco de esmalte para las uñas de un brillante color morado, dos libros de Roald Dahl… Ahora era su bolsa favorita. Al fondo había metido su manta de cuando era un bebé, aunque ahora ya era mayor y no la necesitaba. Su padre le había dicho que la llevase, por si acaso tenía ganas de sentirse otra vez como una niña pequeña. Hacía poco tiempo que se quedaba a dormir en casa de alguna amiguita y a veces quería volver a casa en seguida. Su padre le había dicho que la manta le iría bien si tenía morriña.

—No hace falta que la saques. Solo de saber que la tienes contigo te encontrarás más a gusto.

Un rato antes, cuando la tía Kiran estaba bañándose, había intentado llamar a casa. Le salió el contestador automático.

—Mamá, papá, venid a buscarme, por favor, y llevadme a casa —le dijo a la máquina. Por si habían olvidado dónde estaba, añadió —: Estoy en casa de Anjali. Es la blanca, la del arce, detrás del súper.

Nadie había llamado ni la había venido a buscar. Estaba empezando a pensar que la tía Kiran había decidido quedársela para siempre. ¿No se lo había dicho más de una vez a su madre?

—Maya, tu hija es tan encantadora que me parece que me la voy a quedar.

Y su madre se reía.

—Ah, no siempre es tan encantadora, créeme. A veces da la lata un montón. —Entonces acariciaba la mejilla de Nandana y añadía —: Pero no la vendería ni por todo el oro del mundo. Se preguntó si su madre había cambiado de opinión.

2

Una mañana en Casa Grande

El piso de abajo bullía de actividad. La criada, Koti, lavaba los platos de la cena del día anterior en el jardín trasero, bajo un tejado inclinado de amianto. A su lado, la ropa sucia estaba puesta en remojo en unos barreños llenos de agua jabonosa. Después de fregar los platos, la criada abriría el grifo de latón del que únicamente salía agua salina y lavaría la ropa. El grifo estaba sujeto a la pared por una cadena y tenía que abrirse con llave cada mañana; Sripathi había puesto la cadena de mala gana después de que les robasen varios grifos.

Koti frotaba enérgicamente los cacharros con un trozo de fibra de coco que primero untaba en una mezcla de cenizas y jabón en polvo, y mientras fregaba sostenía una conversación con Putti, en voz bien alta, con el chapoteo del agua como ruido de fondo. Putti era alta y gruesa, como su hermano. Lo hacía todo con un aire de recelo, como a la expectativa de ser regañada. Hasta su modo de andar era apocado. Su cabello oscuro le colgaba en dos largas trenzas aceitosas que le daban el aspecto de una colegiala más desarrollada de lo normal. Tenía dieciséis años menos que Sripathi. A los cuarenta y dos, todavía esperaba que su madre diese el visto bueno a algún novio para ella, pero sus esperanzas iban disminuyendo con cada año que pasaba.

—El teléfono ha sonado muchas veces —dijo la criada—. ¿Quién te parece que puede ser, *Akka*?

Putti torció la punta de una de sus trenzas y sonrió

distraídamente.

—No sé —dijo.

Estaba levantada, como siempre, desde las tres de la mañana, cuando Gopala Munnuswamy la despertaba llamando a la puerta principal con el suministro diario de leche. Anteriormente dejaba la lechera de aluminio en la veranda, hasta que un gato se instaló en el recinto de Casa Grande y empezó a beberse el contenido.

—¿Qué te pasa últimamente? —preguntó Koti, lanzando una mirada penetrante a Putti—. ¿Acaso vives en otro mundo?

Sin contestar, Putti se alejó despacio de la zona de la colada, que tenía un suelo de cemento, y se adentró en el descuidado jardín. Allí donde la hierba quedaba a la sombra de la casa aún había rocío y notó su agradable frescor bajo los pies. Lanzó una rápida ojeada a la casona que estaba a la izquierda de Casa Grande, recién pintada de un azul subido que desentonaba mucho en aquella decaída calle. Pertenecía al viejo Munnuswamy, diputado por la región en la Asamblea Legislativa. Había empezado su trayectoria profesional como lechero y propietario de dos vacas. Las gentes lo recordaban llamando a sus puertas a primera hora de la mañana y ordeñando las vacas delante de ellos, mientras su hijo de nueve años, Gopala, corría a las casas del vecindario repartiendo los cubos llenos de leche espumosa y caliente. De eso hacía treinta y cuatro años. Ahora Munnuswamy era dueño de la casa solariega del juez Raman Pillai, y se decía por la ciudad que también lo era de la mayoría de las fincas de Brahmin Street.

Ammayya había reaccionado con indignación cuando le llegaron los rumores.

—Esto ya no es Brahmin Street. La calle de las cagadas de vacas, así tendría que llamarse —había dicho con amargura—. De haber sabido que el muy sinvergüenza iba ahorrando a costa nuestra para terminar sacándonos de aquí, habríamos bebido agua en vez de leche. ¡Más nos hubiera valido a todos!

Aunque no necesitaba ya vender leche para ganarse la vida, Munnuswamy todavía conservaba una vaquería a las afueras de Toturpuram. Los viejos clientes como Sripathi seguían comprándole la leche, a pesar de que salía más barato comprar una botella en la lechería Aavin, que estaba a pocas manzanas de distancia, en la

misma calle. Atadas con una cuerda a la veranda de la fachada de la casa recién pintada estaban la vaca favorita de Munnuswamy, que se llamaba Manjula, y la ternera de esta, Roja.

Putti pensó con sensación de culpa en la mirada que los ojos oscuros de Gopala le habían dirigido. Esos ojos le producían una emoción que la dejaba falta de aliento. Y esa mañana, al darle el recipiente, las manos endurecidas de él habían rozado las suyas, lisas y redondeadas, suaves con las continuas aplicaciones de pasta de sándalo y crema de manos.

—Cuidado, que no se le resbale, Putti *Akka* —había dicho él amablemente.

El contacto de aquellas manos cálidas había hecho desfallecer a Putti de placer, a pesar de que la había incomodado que la llamase *Akka* o hermana mayor. El nombre sin más hubiese sido adecuado, pero eso no se atrevería nunca a decírselo. La señorita Chintamani, empleada en la biblioteca de préstamo Raghu y amiga y confidente suya de mucho tiempo atrás, le había dicho (respaldada por la autoridad de la revista *Eve*) que solo las mujeres fáciles y las protagonistas tontas de las películas dejaban al descubierto sus sentimientos más íntimos y decían en voz alta a un hombre lo que hervía en su interior. Así que no había contestado a Gopala; se había limitado a inclinar la cabeza educadamente y, con el corazón desbocado, se había retirado al seguro vientre de su hogar.

—Hija mía, ¿dónde estás? —llamó Ammayya desde el interior de la casa—. Ven aquí y mírame el ojo, que lo tengo muy encarnado.

Putti suspiró y entró en la vieja y sombría casa. Si no atendía de inmediato los requerimientos de su madre, la anciana armaba un escándalo: se ponía a llorar y se daba manotadas en la frente, acusándola de ser una hija desnaturalizada.

Entró en la cocina y sonrió a Nirmala, que en ese momento estaba ocupada cortando verduras para la comida de la tarde.

—¿Necesitas ayuda, *Akka*? —le preguntó.

—No, es mejor que vayas a ver a Ammayya —contestó Nirmala a su nuera, acompañando la frase con una expresiva mueca.

—¿Quién nos ha llamado por teléfono hace un rato?

—No lo sé. Podías haber contestado, ¿no? Me parece que no

estabas haciendo nada.

—*Ayyo*, nunca sé qué decir. —Y Putti se estremeció al decirlo.

—¿Qué excusa tan tonta es esa? —dijo Nirmala con un bufido—. ¿Eres una niña pequeña o qué? Tu hermano se sienta ahí arriba, como un dios en su trono, escribiendo cosas muy importantes a este y al otro, tu sobrino duerme a pierna suelta hasta las diez, y tú dices que le tienes miedo a un *dabba* de plástico. ¡Yo soy la única que va de acá para allá como una loca!

Putti la miró azorada. Le tenía aprecio a Nirmala.

—Muy bien, *Akka*. Si vuelve a sonar, te prometo que lo cogeré. ¿Tú crees que sería Maya?

—No, no llamaría en día de agua.

—¡Putti! ¿Se puede saber lo que haces? ¡Ven en seguida! —llamó Ammayya con la voz teñida de irritación.

—Ve, ve —susurró Nirmala, mientras cortaba en rodajas una berenjena y los brazaletes que llevaba puestos tintineaban al compás de sus vigorosos movimientos—, o dirá que estamos hablando de ella. No quiero peleas de buena mañana.

Cuando Putti entró en la habitación en penumbra que compartía con su madre, encontró a Ammayya sentada en el tocador. En cuanto la imagen reflejada de su hija se unió a la suya en el espejo belga de cuerpo entero, la vieja se tragó una cucharada de un jarabe oscuro, extraído de alguno de los muchos frascos que había ante ella.

—¡Eeecs! —exclamó, con un rictus de la boca—. ¿Lo ves, hija mía?

Se inclinó hacia adelante y se examinó la cara, arrugada cual bolsa estrujada de papel, como esperando ver algún cambio milagroso efectuado por la medicina que acababa de ingerir.

—¿El qué? —preguntó Putti.

Ammayya se estiró hacia abajo el párpado inferior con el dedo índice y puso los ojos en blanco.

—Chintamani me dijo que los ojos se han de vigilar. Si están amarillos, es ictericia o alguna otra enfermedad del hígado. Si la piel del interior del párpado está demasiado pálida, es leucemia. La

mía está demasiado encarnada y seguro que es porque tengo la tensión alta. Me la noto como un martillo en las venas, hija mía.

—Yo no veo nada —dijo Putti.

—O sea que estoy mintiendo, ¿no? Mira mejor. —Y Ammayya se dio otro tirón al párpado—. Me podría dar un patatús en cualquier momento. El padre de Chintamani murió de hipertensión. Tenía los ojos encarnados como los míos, ¿te acuerdas? Pero todo el mundo creyó que era solo una infección. Conjuntivitis o algo así. Pobre hombre. —Dejó que los ojos se le llenaran de lágrimas y suspiró hondamente—. En este mundo moderno los viejos no importamos a nadie. Mi suegra tuvo muchísima suerte. Gracias a mí vivió hasta los noventa años.

Putti no le recordó a su madre que también ella era mayor, de ochenta años, y que gozaba de bastante buena salud para su edad.

—Tú y yo iremos hoy mismo a la clínica del doctor Menon —dictaminó Ammayya—. Y quizá también a la biblioteca.

—¿Por qué tenemos que desplazarnos para ir a ver a un viejo lunático? —refunfuñó Putti, haciendo con los labios un mohín que ocultó un momento sus incisivos, algo torcidos—. ¿Por qué no vamos al hijo del doctor Pandit, donde Sripathi llevaba a los niños? Al menos tiene los aparatos necesarios para hacer un chequeo al corazón, a la sangre y a todo lo demás.

—Bah, estos médicos modernos no tienen vergüenza. He oído decir que te hacen quitar toda la ropa, incluso las bragas. ¿Por qué he de ir a esos pervertidos?

Putti se abstuvo de recordarle a la anciana que esta no llevaba nunca bragas.

Una puerta se abrió de repente en un piso de la segunda planta de los apartamentos Jyothi, bloque A, una de las dos monótonas estructuras que se alzaban, espalda con espalda, como cajas descomunales, a la derecha de Casa Grande. La Esposa Birmana vivía en ese piso desde hacía más de cinco años y sin embargo nadie sabía cómo se llamaba. Algunos decían que era de Birmania y otros murmuraban que en realidad era china, una prisionera de guerra que su marido, el taciturno teniente coronel Hansraj, retenía en

cautiverio. Sripathi no había descubierto si esto era cierto o si era solo un embuste inspirado por los ojos rasgados de la mujer, su cuerpo menudo y la lengua incomprensible en la que maldecía a la criada.

La Esposa Birmana era enormemente supersticiosa y estaba enemistada con la familia del piso de arriba porque tendían la ropa sobre la barandilla del balcón.

—¡Traerá mala suerte que el sari mojado de otra mujer me toque la cara! —chilló, y su aguda voz de acento bengalí espantó a un par de cuervos que se habían posado en un balcón cercano—. ¡Me quedaré viuda!

La criada del piso de arriba hizo caso omiso y continuó tendiendo la ropa encima de la baranda. Para alivio de Sripathi, la Esposa Birmana dejó de chillar y se metió en el piso. Pero al cabo de unos momentos volvió a aparecer, blandiendo unas tijeras de jardín.

—Para enseñarles a respetar a los demás —dijo, al ver en aquel momento a Sripathi—. A algunas personas hay que darles lecciones hasta cuando tienen canas en el pelo.

Con una sonrisa inexorable empezó a recortar los trozos de los saris y de las sábanas que invadían su espacio. En el piso de arriba se armó un alboroto al darse cuenta la criada de lo que eran aquellos retales de tela. Llamó a gritos a la señora de la casa y a los pocos instantes estalló la guerra.

En aquel momento, del piso que estaba justo debajo del de la Esposa Birmana surgió un tremendo alarido. Era Gopinath Nayak, el joven funcionario del Estado, que ejercitaba sus cuerdas vocales. Sripathi se estremeció al oírle atacar desentonadamente la canción de la banda sonora de una vieja película tamil. Un día de estos le diría al sujeto exactamente lo que pensaba del estrépito en cuestión. «Gopinath Nayak —le diría con firmeza—, pareces una burra pariendo. Si no te callas, te embozaré la garganta con cemento».

Miró hacia abajo y sonrió al ver a un grupo de muchachas universitarias vestidas con saris de algodón de colores pálidos y peinadas a la moda, que caminaban hacia las puertas del recinto de los apartamentos. También descubrió a la señora Poorna, que se asomaba con ansia al exterior desde el patio de su piso de la planta

baja.

—Toma, cariño, toma —dijo esta, hablando en tamil—. Mamá lo ha hecho con mucho azúcar, tal como a ti te gusta. —Se oyó un beso.

Sripathi suspiró. La pobre mujer hablaba sola, como de costumbre. A medida que avanzase el día seguiría parloteando, y su voz sería como una pequeña onda sonora desplegándose apaciblemente bajo la turbulencia de alrededor. Hacia mediodía empezaría a gimotear. Se daría golpes en el pecho, se mesaría los encanecidos cabellos y suplicaría a Dios que le devolviese a su querida niña. A veces, si los vecinos se quejaban, la pariente pobre que la cuidaba a cambio de comida y casa la metía sin miramientos dentro del piso. Pero generalmente la señora Poorna se quedaba en el patio hasta que llegaba su marido y este, a base de ruegos, la hacía entrar en casa. Unos años antes habían perdido a su única hija, una niña de ocho años que había desaparecido del patio que había frente a los apartamentos sin dejar rastro. Todo el mundo había visto a la niña jugando a la pata coja con su vestido demasiado holgado, comprado así para que le durase al menos un año, con sus coletas agitándose en el aire como cometas oscuros, y también habían oído su joven voz mezclándose con las otras. Y de pronto ya no estaba. El *gurkha* que vigilaba las puertas durante todo el día sostuvo que la niña no había podido salir del recinto. Pero a pesar de todo el tiempo pasado, la señora Poorna aún mantenía la esperanza de que su hija volviese a aparecer. Todos los días hacía *parathas* azucarados y todos los días esperaba en el patio.

—Dentro de diez minutos van a dar el agua —llamó Nirmala desde el pie de la escalera—. Es mejor que bajes. Ha venido el vendedor de arroz y a mí no me dará tiempo.

Sripathi recogió los útiles de escribir. No le gustaban nada los días de agua. Con esta expresión nombraban lo que sucedía cuatro veces a la semana en Brahmin Street, entre las seis y media y las siete de la mañana. Debido a la extrema escasez de agua potable que se daba en la ciudad, el Ayuntamiento regulaba el suministro, dando el agua en días alternos y en cantidades limitadas. Cada zona tenía adjudicados unos determinados días de agua, cuando todos los recipientes de las casas eran llenados hasta los bordes con frenesí.

Sripathi había ideado una complicada red de cañerías para la planta baja de la casa, ya que el agua potable solo salía por los grifos de las cocinas. Los largos tubos verdes de las cañerías se extendían como culebras de jardín por los rebordes de las habitaciones de abajo, desaguando algunos de ellos en una gran cisterna de cemento que había en el cuarto de baño de Ammayya y otros en un surtido de bidones, cubos y ollas puestos en el comedor. Nirmala usaba el agua potable solo para cocinar, beber y aclarar los platos. La ropa la lavaba Koti, la criada, con el agua salina que salía a borbotones de los grifos durante todo el día. Como consecuencia la ropa cogía un matiz amarillento y parecía siempre sucia, aunque Koti, al lavarla diariamente, la golpeaba vigorosamente encima de la piedra de granito que había en el patio de atrás.

Sripathi miró al interior del cuarto de su hijo, que era casi tan grande como el suyo. Arun había compartido el cuarto con Maya hasta que ella cumplió dieciséis años. Entonces Nirmala decidió que no era conveniente que una adolescente compartiese habitación con un chico, aunque este fuese su hermano menor, y la cama de Arun fue trasladada al descansillo hasta que Maya se marchó de casa. En una pared había una ventana grande que daba a la calle frente a la casa y que estaba parcialmente resguardada de la violenta luz de la tarde por la esponjosa sombra de un añoso *neem*. En la otra pared había una puerta que se abría a un balcón igual al de Sripathi. Pocos años antes, Koti había salido a él para poner una ropa a secar y, al ceder la baranda, había estado a punto de caer al piso de abajo. Ahora ya nadie abría esa puerta.

Después de marcharse Maya, Arun había vuelto a poner su cama en la habitación, contra la puerta cerrada del balcón. Incluso de niño había sido frugal, y se había convertido en un adulto anacorético. Tenía tres camisas blancas y dos pantalones. Llevaba cada camisa dos veces a la semana y los pantalones tres veces. Todas las noches, al quitarse la camisa y los pantalones, los colocaba cuidadosamente en una percha que luego colgaba de un gancho de la pared. Entonces se envolvía alrededor de la delgada cintura uno de los dos *lungi* de algodón que poseía.

Por lo demás, el cuarto estaba lleno de libros, carpetas y recortes de periódicos. Hasta la cama de Maya, con el colchón desnudo y las

almohadas sin funda, estaba cubierta de papeles y libretas. Arun llevaba cinco años haciendo un doctorado en estudios de asistencia social, al tiempo que participaba en varias organizaciones de activistas.

Sripathi miró con irritación aquel caos de papeles. Él nunca había apretado a sus hijos como su padre lo había apretado a él. Había creído que, si los dejaba en paz, sabrían salir adelante. Maya —durante un breve tiempo— había demostrado que tenía razón. Pero este hijo suyo siempre le había decepcionado.

Arun estaba tendido encima de la cama, observando cómo una lagartija acechaba a una polilla por la pared veteada. Le deseó a la polilla que emprendiese el vuelo. Al acercarse a ella la lagartija, movió flojamente las alas y luego se quedó plana contra la blanca pared desconchada, con los dibujos de las alas como ojos abiertos de par en par. ¿Estaba provocando a la lagartija? Arun estiró los brazos por encima de la cabeza y sonrió.

—Ten cuidado —dijo suavemente—, la lagartija no es tonta.

Pero quizá la polilla era consciente de su propia mortalidad y jugaba una última partida con el destino. La lagartija se deslizó súbitamente hacia adelante y con una rápida lengüetada atrapó a la polilla y se la metió en la boca.

Arun volvió la cabeza al oír los pasos de su padre.

—¿Qué haces? —le preguntó Sripathi—. Baja y ayúdame a coger agua. *Mutthal*, durmiendo como un labriego… Si trabajaras la mitad de lo que trabajan, tendrías derecho a dormir como ellos…

Arun se sentó en la cama y se calzó un par de sandalias hawaianas, al menos tan gastadas como las de su padre. Era un hombre de veintiocho años, bajo, de complexión sólida y con un aire pacífico. El único rasgo que tenía en común con Sripathi era la nariz, que parecía saltar hacia el exterior desde el centro de su rostro y restaba proporción a este.

—No estaba durmiendo —dijo.

—¿Ah? ¿Qué hacías entonces?

—Estaba pensando en…

Sripathi no le dejó terminar la frase.

—¿Pensando? ¿En qué? ¿En cómo salvar al mundo? ¿Cómo el Señor Vishnu?[3] ¿Eh?

El teléfono se puso a sonar de nuevo antes de que pudiese continuar, y Sripathi hizo una pausa, caminó hasta la ventana y miró hacia abajo. No veía la veranda que estaba justo debajo, pero unas voces llegaron hasta él.

—¿El mes pasado me vendiste este arroz a cinco rupias el kilo y ahora de pronto ha subido a siete con veinte? ¡Es absurdo! ¡Es estafar a una clienta fiel!

Y a continuación la voz del vendedor de arroz:

—*Akka*, ¿cómo me acusas de estafarte? Eres como mi hermana. ¿Estafaría yo a mi propia hermana? Mira estos granos de arroz. Hebras de oro, eso es lo que son. Cinco años han madurado en el fondo del granero. La calidad es mucho mejor que la última vez. Hierves media taza y obtendrás un arroz tan hermoso, tan hinchado, tan blanco y oloroso, que creerás estar en la cocina del señor de los dioses, del mismísimo rey Indira.

—La última vez me contaste la misma historia —replicó Nirmala, nada dispuesta a dejarse convencer por la elocuencia del vendedor.

—¡Imposible, *Akka*! No diría tales cosas de ninguna otra clase de arroz. ¿Cómo iba a hacerlo? Este arroz se ha nutrido con el agua del mismísimo río Godavari…

—No cogerá el teléfono hasta que haya terminado de regatear —dijo Sripathi, y lanzó una mirada feroz a Arun, que se levantó apresuradamente.

—Ya lo cojo yo —dijo, pero su padre le lanzó otra mirada cargada de irritación y salió del cuarto.

—Es posible que se equivoquen, pienso yo —dijo Arun, siguiendo a su padre hasta lo alto de la escalera y apoyándose en el pasamanos.

—¡Piensas! —refunfuñó Sripathi—. Si trabajaras tanto como piensas, a estas alturas seríamos millonarios. ¡Multimillonarios!

* * *

Había que pasar por delante de la casa de las petunias que parecía de cuento de hadas, luego por delante de la hilera de cerezos que no tenían cerezas y por la tienda donde ponía «Bollos de Vancouver», hasta llegar al cruce donde tendría que decidir si torcía a la derecha o a la izquierda. Nandana se iba a casa. Estaba nerviosa por ir sola por la calle, pero sabía que su casa estaba solo a un tiro de piedra. También iba con cuidado por si aparecían desconocidos o abejas asesinas. Contra los primeros la habían prevenido tanto su madre como su padre. No hables con desconocidos, le habían dicho. Si se te acerca un desconocido, empiezas a gritar o echas a correr. Nunca aceptes nada de alguien a quien no conoces. «Aunque te ofrezcan una chocolatina Mars, has de decir que no», le había dicho, muy seria, su madre. Sabía que era su golosina favorita.

Y no es que la dejaran salir sola. Ni hablar.

Las abejas asesinas preocupaban más a Nandana. La semana anterior había visto por televisión un documental sobre la naturaleza rodado en África. Las abejas asesinas eran muy peligrosas. Mataban con una sola picadura y recorrían distancias enormes sin cansarse. Nandana no estaba segura de dónde quedaba África en relación con Vancouver, pero en el mapamundi que había en su habitación no parecía estar muy lejos. Ella y Molly McNaughton lo habían estado hablando y llegaron a la conclusión de que era ab-so-lu-ta-men-te posible que aquellas abejas volaran al Canadá.

¿Por qué la habían dejado sus padres casi tres días enteros en casa de Anjali? Se le ocurrió pensar que tal vez había hecho algo que les había disgustado. Intentó recordar qué podía haber sido. Había cogido su pijama favorito para ir a dormir a casa de Anjali, el verde con las ranas amarillas. Le venía pequeño, y su padre le había dicho que cogiera el rojo. Recordó con una sensación de culpa que no había guardado sus juguetes antes de que la tía Kiran fuese a recogerla. A lo mejor había sido eso lo que había hecho enfadar a su padre.

Estaba parada en el cruce, procurando acordarse de cuál era la mano izquierda y cuál la derecha, cuando vio a la tía Kiran que llegaba corriendo detrás de ella.

—¡Ay, Nandu, qué susto me has dado, boba, más que boba! —y

empezó a llorar.

Entonces se empeñó en volver llevando a Nandana en brazos, aunque ella ya era mayor y pesaba demasiado. Se dejó llevar para no apenar aún más a la tía Kiran, pero iba con las piernas rígidas como palos porque se sentía como una tonta. Al final la dejó deslizarse hasta el suelo, y eso estaba mejor, pensó Nandana, pero tuvo que ir con ella de la mano hasta que llegaron a la casa blanca detrás de Safeway.

—¡Dios mío, Dios mío, esto es terrible! —exclamó la tía Kiran entre sollozos en cuanto hubo cerrado la puerta—. ¿Qué va a ser de esta pobre criatura?

«¿Por qué —pensó Nandana— le disgusta tanto que yo me vaya a mi casa?».

El tío Sunny le cogió la mochila con expresión grave.

—Tenemos que decírselo —le dijo a su mujer—. No es conveniente ocultárselo. Antes o después tendrá que saberlo. Cuanto antes, mejor.

—Quiero que venga mi mamá —dijo Nandana con firmeza. Empezaba a notar una sensación rara en el estómago, como si hubiese escarabajos paseándose por él—. Le dije a mi papá que le ayudaría a reciclar los periódicos. Quiero irme a casa. Por favor.

La tía Kiran se sonó con un pañuelo de papel que se sacó del bolsillo de los tejanos. Entonces llevó a Nandana al salón donde estaban aquellos grandes sofás.

—Esos sofás parecen turistas gordos con camisas hawaianas —había dicho una vez su padre.

Su madre, sofocando una risa, le había dado un ligero golpe en el costado.

—No digas cosas así delante de Todo Oídos. Seguro que se le escapará estando allí.

Sí, como si ella no supiera nada sobre el no ofender a los demás. Pero sí sabía; se llamaba ser diplomático.

—Cariño, tengo que decirte una cosa —empezó la tía Kiran, abrazando fuerte a Nandana.

3

La tormenta

Sripathi cogió el auricular y contestó jadeante.

Se oyó una serie de breves pitidos, y a continuación una voz dijo claramente:

—¿Es el domicilio del señor Sripathi Rao?

Sripathi no reconoció la voz. Se parecía a la de un asistente social norteamericano que había llegado para colaborar con Arun en un proyecto y había tenido que marcharse al cabo de una semana, temblando con los escalofríos de la malaria.

—Sí, sí, Sripathi Rao al habla —dijo.

—Soy el doctor Sunderraj. Le llamo desde Vancouver. ¿Podría decirme si es usted el padre de Maya Baker?

¿Baker? Con un ligero sobresalto Sripathi se dio cuenta de que, por un momento, ni siquiera se había acordado del apellido del marido de Maya.

—¿Señor Rao? ¿Me oye usted?

Sripathi carraspeó y dijo:

—Sí, sí le oigo. Maya es mi hija. Eeee… Hace tiempo que no estamos en contacto. —Y volvió a carraspear, avergonzado de decirle esto a un extraño y deseando no haberlo hecho.

—Ya… Sí… Entiendo. —Y tras hacer una pequeña pausa, el hombre continuó, hablando ahora deprisa—. Soy amigo de Maya y de Alan. Amigo de la familia. Su hija nos pidió que nos pusiéramos en contacto con usted.

La voz le entraba y le salía de la cabeza a Sripathi. «*Accidente* —

decía la voz—. *Muy trágico. Pensamos que ella se salvaría. Lo sentimos muchísimo*». ¿De qué estaba hablando este hombre? Sripathi se dejó deslizar hasta el suelo, ya que las piernas no le sostenían.

—Perdone —dijo. Se oía la voz temblona, como de frío—. ¿Podría repetir lo que dice? No acabo de… ¿Está hablando de Maya Rao? ¿La que trabaja en Bioenergics?

Recordaba el nombre de la empresa. Nirmala había insistido en hablarle de ella, aunque él había fingido no escuchar.

Volvió a oírse la voz del hombre, sosegada y tranquilizadora.

—No se preocupe. Lo entiendo perfectamente. Se lo volveré a explicar. Sé que esto debe de ser un choque muy fuerte para usted. Lo siento muchísimo. Pensamos que al menos Maya se salvaría. Y perdone el retraso en comunicárselo. Hemos llamado varias veces sin conseguir ponernos en contacto con usted. Y ahora he pensado: voy a intentarlo una vez más antes de enviar un telegrama…

La conmoción le cayó encima a Sripathi como un mazazo. Apenas oyó el resto de las palabras del que llamaba. Maya y su marido habían muerto el día anterior. ¿Pero por qué no nos lo han dicho antes? ¿Pero qué hubieras podido hacer? Empezó a discutir con la voz que tenía dentro de la cabeza y que se oía cada vez más fuerte. No le has hablado durante nueve años, cortas con ella como si fuese un miembro amputado y ¿ahora de pronto te preocupas? Sripathi se oía los latidos del corazón dentro del pecho y su aliento le pareció de un volumen obscenamente elevado.

Entremedias, oyó retazos de frases del amigo de la familia. El coche de Maya se había salido de la autopista. Alan murió en el acto. Los médicos tenían esperanzas de que Maya sobreviviese, pero había sufrido graves heridas internas. Afortunadamente, Nandana no estaba con ellos. Estaba a salvo en casa del doctor Sunderraj, con su mujer, Kiran, y la hija de ambos.

—Alan no tiene familiares próximos, señor Rao —dijo la serena voz, y a Sripathi se le ocurrió pensar que la llamada le estaba costando mucho dinero a aquel hombre. Tendría que ofrecerle algún tipo de reembolso.

El hombre seguía hablando.

—Como probablemente debe de recordar, Maya lo nombró a usted tutor y fideicomisario hace algún tiempo.

«Sí —pensó aturdido Sripathi—, me acuerdo. Firmé unos papeles, pero no hice nada más». Se preguntó un instante cómo el amigo de la familia sabía tantas cosas de los asuntos de su hija, mucho más que él.

—No sé si puede haber algún problema con los Servicios Sociales. Quizá no entreguen la niña inmediatamente a alguien que no conoce —continuó la voz—. Tengo entendido que no conoce usted a su nieta. ¿Cree que le sería posible pasar aquí algunas semanas, para que la niña vaya acostumbrándose a usted, por así decirlo? Y hay otros asuntos, legales y financieros…

La voz, educada y razonable, seguía y seguía. Testamentos. Documentos financieros. Certificado de defunción. Incineración. La posibilidad de que los parientes de Alan aparecieran para revocar el testamento, cosa poco probable teniendo en cuenta que Alan no tenía ninguno lo suficientemente próximo como para estar dispuesto a responsabilizarse de un menor. Control policial. Adopción. Sripathi colgó el auricular despacio, consciente de que el hombre seguía hablando. «Basta», pensó. No soportaba oír ni una palabra más.

De muy lejos le llegó a Sripathi el rumor de agua corriente, deslizándose por los lados de la cisterna de cemento del cuarto de baño de Ammayya. Pensó que Koti habría empezado a llenarla y que, si no se apartaba del teléfono para ir a ayudarla, no tendrían agua potable durante el día. Oyó la voz quejumbrosa de su madre llamándole.

—Sripathi, hace mucho rato que empezó a venir el H_2O, así que abrí la llave de paso de la cañería. Ahora la cisterna está a rebosar y no puedo cerrar la llave. ¿Qué haces? Ven rápido, que se está poniendo todo hecho una porquería.

En cualquier otro momento, a Sripathi le habría hecho gracia la costumbre de su madre de emplear fórmulas químicas, una palabra latina o algún otro fragmento de información aprendido en los días en que su marido aún vivía y les había hecho memorizar a ambos la Enciclopedia Británica. Pero hoy no le hizo ninguna impresión. Solo empezó a imaginarse el agua inundando el suelo, deslizándose por

debajo de la puerta, invadiendo el dormitorio con su color plateado. «No despilfarres no despilfarres no despilfarres». En el cerebro se le disparó una alarma que era el resultado de muchos años de administración cuidadosa, de asegurarse de que habría el dinero suficiente para colegios decentes, buenos alimentos y ropa.

Ammayya volvió a llamar, esta vez con más urgencia.

—¡*Ayyo*! ¡Mira cómo se está poniendo esto! ¡Y yo también me estoy mojando! ¡Sripathi!

Sripathi estaba sentado y sin poderse mover. Se miró las manos, nudosas con el peso de los años acumulados; el corte que se había hecho con papel en la mano izquierda, en la base del pulgar, y que empezaba a escocerle en cuanto se lo miraba; y los tres lunares en la palma, que le traerían —así lo había creído durante algunos años— incontables riquezas. Estas eran las manos que habían acunado un cuerpecillo, apartado unos rizos rebeldes de una frente sudorosa, hecho volar una niña —su primogénita— por encima de su cabeza. Las mismas manos que habían escrito unas palabras extremadamente duras e implacables nueve años antes. Mirando hacia abajo se las vio vacías, con las palmas cauterizadas por las rayas del tiempo y del hado.

Aturdido, oyó a Nirmala subir las escaleras.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no estás cogiendo agua en la cocina? ¿Quién ha llamado? ¿Qué ha pasado? —preguntó, y Sripathi notó que lo miraba con inquietud, aunque él no era capaz de mirarla a la cara.

—Pero bueno, ¿por qué estás así sentado sin decir nada? ¿Te encuentras mal? Dime lo que sea.

Sripathi notó la mano de ella en el hombro y luego una sacudida. Cuando él no reaccionó, Nirmala se puso a llamar a gritos a su hijo.

—¡Arun, ven aprisa! A tu padre le pasa algo. No sé lo que es. Debe de ser esa comida aceitosa que come en la oficina. Cuántas veces le habré dicho que a partir de una cierta edad hay que tener cuidado con lo que se come o, si no, puedes coger todo tipo de enfermedades de corazón.

Lo sacudió de nuevo y esta vez Sripathi la miró, temeroso de lo que vería en sus ojos cuando hubiese oído lo que tenía que decirle.

—Nuestra Maya —dijo. La voz le salió como un graznido y carraspeó antes de seguir—. Malas noticias. Era una llamada de Vancouver. —Frunció el entrecejo. La llamada, ¿había ocurrido realmente?

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Está enferma? Dime que no… ¿Por qué te quedas callado? —preguntó Nirmala en tono de súplica.

—Maya está muerta —dijo Sripathi. Volvió a oír su propia voz y ahora parecía llegar de otro sitio—. Su marido también. Accidente de coche. —De nuevo el nudo de pánico en el pecho, una apretura negra y pegajosa que le entorpecía la respiración y se negaba a dejarla libre rompiendo en las oleadas de pena que anhelaba sentir.

Nirmala se lo quedó mirando.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién ha llamado? Algún bromista imbécil. Ya sabes cómo los imbéciles del teléfono se suben a los postes…

—¿No me has oído? Maya y su marido murieron ayer en un accidente de coche. ¿Qué dices de los teléfonos? ¿Acaso estás sorda? —preguntó furioso, deseando sentir el dolor al que tenía derecho y no aquella especie de sopor.

Miró ferozmente a Nirmala, odiándola por hacerle repetir las noticias. Repetirlas las convertiría en reales, ¿no lo veía?

Sin previo aviso, Nirmala se lanzó sobre él, golpeándolo en el pecho y gritándole a la cara mientras sollozaba:

—¡Por tu culpa, por tu culpa, por tu culpa! ¡Tú has matado a mi hija! ¡Tú la alejaste de mí! ¡Tú, tú, tú!

Una y otra vez le golpeó con los puños y le abofeteó, presa de un frenesí. Sripathi estaba sentado e inmóvil, con la cabeza en las manos, como un penitente azotado por sus pecados. Por una vez no tenía ni argumentos ni réplicas sarcásticas para acallarla. Quería decir algo, pedir disculpas, pero en lugar de eso se encontró enojándose perversamente con ella. ¿Cómo se atrevía a levantarle la mano a él, su marido?

—¡Basta! —dijo, intentando agarrar aquellos brazos que se debatían—. ¡Te digo que basta! ¡Compórtate debidamente!

El rostro redondo y habitualmente agradable de Nirmala estaba afeado. Las agujas que le sujetaban el cabello se le habían caído y este le tapaba la cara y le caía por la espalda.

—Estoy cansada de comportarme debidamente —dijo jadeando.

Sripathi vio con ligera repugnancia que algo de mucosidad se le había esparcido a su mujer por la mejilla izquierda. Ella le asestó una fuerte bofetada en plena cara, derribándole las gafas, dándole en un ojo y haciéndolo lagrimear. Sin pensar, él la abofeteó a su vez, y ella dejó de llorar de pronto.

—¿Me has pegado? —dijo con estupor—. ¿Has matado a la niña y ahora me pegas a mí? Hombre malvado…

De nuevo empezó a acometerle. Ahora asestaba los golpes adrede en la nariz, las mejillas, la boca de Sripathi. A él le enfureció su falta de dominio sobre sí misma. Se puso de pie y entonces ella se vio obligada a dirigir los golpes hacia arriba. Él le agarró los brazos y ella forcejeó para soltarse.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Suéltame!

—¿Qué estáis haciendo? Mamá. *Appu*. ¡Parad ya!

La voz de Arun hizo volver en sus cabales a Sripathi. Su hijo bajaba corriendo por las escaleras y, al pie de ellas y mirando hacia arriba horrorizados, estaban el vendedor de arroz, Koti, la criada, y su hermana Putti. Durante todos los años de casado, Sripathi nunca había tocado a su mujer más que con deseo o afecto. Ahora la había pegado delante de toda su familia, la criada y el hombre que les vendía el arroz.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar Arun—. Mamá, basta de tonterías y dímelo. —Separó a Nirmala de Sripathi, la sujetó contra sí y, lanzando una mirada feroz a su padre, le dijo—: ¿No te da vergüenza?

Sripathi vio que su hijo llevaba puesta una descolorida *kurta* verde que él había tirado pocos días antes. ¡El muy desgraciado la había sacado del cubo de la basura! Cómo se parecía a Maya, pensó el padre con dolor, y en seguida desechó el pensamiento. Solo en el óvalo de la cara. Solo en eso. Nadie se parecía a Maya. Desde luego, no este desharrapado que tenía delante.

Nirmala volvió a levantar la voz.

—Tantas veces se lo dije, tantas veces se lo rogué. Olvidemos lo pasado, se lo dije una y otra vez. Pero no. ¿Cuándo me ha escuchado? Yo soy tonta, ¿verdad? No sé usar palabras importantes y decir cosas ingeniosas…

—Cálmate y dime lo que ha pasado. ¿Quién ha llamado por teléfono?

Sripathi volvió a sentarse en el suelo y, apretándose con fuerza las manos temblorosas, se las colocó sobre el regazo. Tenía miedo de lo que pudieran hacerle si las dejaba libres. No sabía si podría controlarlas. Las piernas también empezaron a temblarle y las cruzó, remetiendo entre ellas los pliegues sueltos del *lungi*, primero a la altura de las rodillas y otra vez en los tobillos, hasta que parecieron serpientes entrelazadas de color claro. Tenía un cardenal de gran tamaño en el tobillo. Al poner en marcha la vespa, el pie le había resbalado del pedal y se había hecho bastante daño. No se había percatado de lo morado que lo tenía. Como una berenjena asada. ¿Tendría también Maya cardenales en el cuerpo? ¿Y su marido? Sin duda la piel de este cogería tonos distintos al magullarse, pues era mucho más blanco que ella.

—¿*Appu*? —oyó decir a su hijo.

—Tenía una cabeza que me cabía en la palma de la mano —dijo Sripathi, a nadie en particular—. ¿Te acuerdas?

Cuando Maya era un bebé y dormía apoyada en su hombro, el aliento de la niña en su cuello le había parecido como el roce de una pluma, y él evitaba respirar hondo o mover la cabeza por miedo a despertarla. Más tarde, su cara era como una luminosa flor de *portulaca* cuando le esperaba a él, su *Appu*, al volver del trabajo. Siempre se ponía al revés las diminutas sandalias hawaianas que él le había comprado en la tienda cercana al casino.

—Este es el pie izquierdo —le decía él—. Va en esta sandalia. Y el pie derecho lo has de meter en esa de ahí.

Pero ella, claro, nunca le prestaba atención sino que brincaba impaciente a su alrededor para que él cumpliese con el rito diario de llevarla a cuestas alrededor del *tulasi*[4] del jardín, o buscaba en sus bolsillos para ver si le había traído alguna golosina. Y mientras daban vueltas y más vueltas, formando estrechos círculos, ella le ponía al corriente de los acontecimientos del día. «*Appu*, he visto una araña gigante. Me quería comer. Era verde y amarilla». «*Appu*, me he hecho daño en el dedo gordo del pie derecho». «*Appu*, me he hecho *susu* sin querer en las bragas porque Ammayya no salía del cuarto de baño». «He comido un mango muy grande, y Mamma ha

dicho que tenía que beberme la leche para que el mango se refrescase en el estómago. Pero yo he esperado hasta que llegaras para que me dieras tú la leche».

Nunca había usado el habla infantil de los niños; las palabras informes que balbuceaban graciosamente los otros niños jamás habían formado parte del vocabulario de su hija, que se había expresado con precisión incluso de muy pequeña. Y ese talante preciso lo había mantenido hasta llegar a la madurez, junto con una ambición de ser la primera en todo lo que emprendiese que Sripathi nunca había acabado de entender.

Volvió un rostro helado hacia Arun y le dijo:

—Tu hermana ha muerto. Hubo un accidente. Ella y su marido ya no están en el mundo de los vivos.

Como a una cierta distancia, observó los estragos que la impresión producía en el rostro de Arun. «Tu hermana —volvió a decir para sus adentros—. La niña que nació seis años antes que tú». Y apartó la cara antes de que se le escapasen palabras imperdonables como «¿Por qué tu hermana y no tú?». Arun, con sus intentos de cambiar el mundo, jugueteaba con el peligro un día sí y otro no, pero ahí estaba, fuerte y sano y vestido con harapos verdes.

—¿Nandana también? —preguntó Arun.

La criatura.

—No, ella no iba en el coche.

—¿La niña está bien? ¿Dónde está? Pobrecilla… ¿Qué va a ser de ella? —exclamó Nirmala.

—¿Cómo pasó? —preguntó Arun.

Sripathi se sintió obligado a contestar.

—Un accidente —dijo.

—¿Quién conducía?

A Sripathi no se le había ocurrido preguntarlo y, ahora que Arun lo mencionaba, le invadió el urgente deseo de averiguarlo. ¿Era Alan Baker el culpable? ¿Estaba borracho? ¿Había cometido alguna imprudencia? Sí, lo más seguro es que la culpa fuese suya. El mismo individuo que había alejado a Maya de su familia, de sus obligaciones, de su hogar… ese mismo hijo de puta le había arrebatado la vida. Se puso a buscar enfebrecidamente el ajado listín de teléfonos en el que había apuntado el número del doctor

Sunderraj. Era importante saber en seguida quién iba al volante. Quién tenía la culpa.

—¿Qué haces? —preguntó Nirmala—. ¿A quién vas a telefonear?

—A ese médico que acaba de llamar —le explicó Sripathi—. Para preguntarle quién es el responsable.

—¿Importa eso?

—Claro que importa. Hemos de castigar al que lo ha hecho, al que ha matado a nuestra hija —dijo tranquilamente Sripathi.

—Pero ¿qué estás diciendo? Castigar… ¿Cómo se puede castigar desde aquí a alguien que está allí? —exclamó Nirmala.

—Los demandaremos; sí, eso haremos. Pondremos el asunto en manos de los abogados.

—Pero ¿qué abogados? ¿Por qué dices cosas sin sentido?

Sripathi hizo caso omiso y con mano temblorosa se puso a marcar el número del doctor Sunderraj. «No soy yo a quien has de culpar —pensó—; es otra persona». Pero al oír las llamadas lo invadió el desánimo y colgó el auricular. Nirmala tenía razón. Ellos no tenían abogados y, aunque los tuvieran, él no tenía dinero para pagarles. Además, ¿cómo podía un hombre insignificante como él, Sripathi Rao, demandar a alguien que estaba en otro país, a miles de kilómetros de distancia? Y así, para ocultar a su propia mirada cruel su falta de valía, se volvió contra su mujer, como solía.

—¿Por qué siempre has de decirme lo que he de hacer y lo que no? —preguntó rabioso—. ¿Estoy en mi casa, sí o no? ¿Acaso te he pedido dinero para abogados? ¿Te he pedido alguna vez dinero para algo? ¡Cuándo viniste a esta casa no eras más que una mendiga y hablas como si fueras una marajaní!

Nirmala, apartándose de él, empezó a bajar torpemente las escaleras, y él vio cómo Putti y Koti la conducían al ámbito cálido y familiar de la cocina. Arun pasó a su lado rozándolo sin miramientos y siguió a su madre escaleras abajo, en dirección a la cocina. Sripathi se quedó solo en el rellano, con el teléfono mudo. Procuró contener los sentimientos que empezaban a bullir en su interior: la rabia y el desespero, la pena y la culpa. Se maldijo por cómo se había comportado con Nirmala. Había destruido lo que hubiera debido ser un momento de duelo compartido por la hija

muerta. Y sin embargo, se dijo, había sido ella la que le había atacado. Del dormitorio de abajo le llegó la voz de Ammayya:

—Ya han quitado el H_2O y solo está llena mi cisterna. Hoy no tendremos agua para beber. Ay, ay, ay, ¿qué se le va a hacer?

Oyó cómo arrastraba la silla y luego el tap-tap de su bastón al dirigirse la anciana hacia la sala de estar.

—¿Por qué gritabais tanto todos? Yo estaba rezando y ni el mismo Dios me podía oír con toda esta *galata*.

Golpeó con impaciencia el bastón en el suelo y, a continuación, a Sripathi le llegó la voz de Putti.

—Ammayya, hay malas noticias.

La voz de su hermana estaba llena de calma, pensó Sripathi. ¿Por qué no lloraba como Nirmala? ¿No le afectaba lo que había pasado?

Le recorrió un escalofrío de la cabeza a los pies. Pensó que iba a caerse. Se agarró a la barandilla y cerró los ojos. «Hay que dominarse», se dijo a sí mismo. Si era capaz de dominarse podría hacer frente a cualquier cosa, incluida esta. Se obligó a ponerse en pie y a bajar las escaleras. Las piernas le temblaban y se sintió muy viejo y muy lejano de todo lo que estaba pasando a su alrededor. Le parecía que su cerebro había dejado de funcionar. ¿Qué es lo que tenía que hacer? ¿Cómo debía reaccionar ante la muerte de su propia hija? «Mi hija está muerta», se dijo. Desprovista de vida. Reducir maquinalmente el hecho a palabras le produjo un alivio momentáneo. Salió a la insoportable luz de la veranda y se sentó en los escalones que ya se cocían al sol. Apenas notaba el calor ardiente del cemento que, atravesando el *lungi* que llevaba puesto, le llegaba hasta los muslos. El cielo era un reluciente tambor de acero dentro del cual estaba atrapado el mundo. En el polvoriento suelo frente a él había un dibujo de *rangoli*, a base de puntos blancos y líneas que formaban remolinos, trazado por Koti a primera hora de la mañana. Un dibujo hecho con pasta de harina de arroz para proteger la casa de acontecimientos aciagos. Koti se sabía de memoria un montón de diseños, todos constituidos por un cierto número de puntos ordenados en filas y conectados entre sí por majestuosas líneas curvas. Sin los puntos, las líneas carecían de significado y si aquellos se borraban, solo quedaba un caos. El

rangoli, pisado por varios pies y desordenado por el viento y las hormigas, había perdido su perfección original. Pero al día siguiente, pensó Sripathi, ahí estaría de nuevo: otro diseño distinto que Koti habría dibujado pacientemente con los dedos. Pero ¿quién iba a borrar aquella llamada telefónica? ¿Quién iba a reorganizar su vida? ¿A borrar el tiempo como si fuera harina de arroz y a volver a trazar un dibujo de líneas y puntos más bonito que el anterior?

Lentamente, la sensación de culpa fue creciendo en su interior como un globo. «Yo, Sripathi Rao, mediocre proveedor de palabras triviales —pensó con amargura— estoy plácidamente vivo, mientras que mi hija…». No pudo completar la idea. No soportaba verbalizar lo sucedido.

Un camión cargado de hormigón llegó dando marcha atrás desde más abajo de la calle, tocando la bocina con furia durante toda la maniobra, y se detuvo frente a las verjas de la casa. Sripathi lo miró vomitar su carga con un estrépito ensordecedor, dejando inaccesible la entrada a la casa. Una nube de polvo grisáceo se alzó lentamente sobre la montaña de hormigón y quedó suspendida en el aire. El conductor del camión no era consciente de haber obstruido la entrada, o quizá el hecho lo dejaba totalmente indiferente. Sripathi sintió encendérsele la ira en una súbita llamarada. Se alegraba de notar algo por fin. Toda la impotencia, la culpa, la vergüenza y la pena suscitadas por la muerte de su hija se alzaron en su interior contra el hombre que obstruía la puerta de su casa. Se precipitó al patio delantero y, dejando atrás el *tulasi* y la adelfa, salió por una estrecha abertura y golpeó con violencia la puerta del camión.

—¡Eh! ¡Tú! ¿Se puede saber qué haces? ¿Te crees que esta calle es de tu suegro o qué? —gritó.

El conductor inclinó la cabeza para mirar a Sripathi y apagó el motor.

—¿Quién es usted?

—Soy el dueño de esta casa —vociferó Sripathi.

—*Achha*, me parece muy bien. Y yo soy el dueño de este camión. Ahora haga el favor de decirme por qué aporrea mi vehículo como un loco.

—Le denunciaré a la policía. Lo hace todas las semanas, descarga los desperdicios junto a las verjas. ¿Se puede saber cómo he de abrirlas?

—Que no le dé un ataque al corazón, *sahib* —dijo riendo el camionero, y sus enormes mostachos se movieron hacia arriba al compás del ademán—. Dice que no puede abrir la verja, pero está usted delante de mí, ¿verdad? ¿Es acaso un *bhooth*, que ha atravesado las rejas? Y, además, el hormigón no está dentro de su casa, está en la calle. —Y con otra risotada, puso en marcha el motor—. ¡Quítese de en medio o quedará como el hormigón! ¡Hecho papilla!

Sripathi miró con impotencia al camión que se alejaba con sus ondulantes cintas de colores asomando bajo la plataforma. Volvió a la casa notándose rabioso. Ammayya se había instalado, como de costumbre, en una silla colocada a la entrada de su cuarto, desde donde podía ver el salón, la zona de las comidas, la cocina, y, al lado de esta, la cámara de los dioses. Putti estaba agachada a su lado, dándole palmaditas en una rodilla y hablándole en voz baja. Sripathi las rebasó con paso airado y entró en la cocina. Pensó que comería algo: si se llenaba el cuerpo de comida no quedaría sitio para el dolor.

—¿Qué hay para desayunar? —le preguntó a Nirmala, que estaba en la cámara de los dioses que comunicaba con la cocina.

No hubo respuesta y él levantó ruidosamente las tapaderas de algunas ollas. Tampoco entonces la hubo. Entró pisando fuerte en la pequeña cámara donde tenían y veneraban las imágenes de varias divinidades. Nirmala estaba acurrucada en una esquina, llorando. A su lado había unas gradas de estrechos estantes que sostenían unas figuras de plata y bronce de Krishna y Shiva, Ganesha y Lakshmi. Sus plácidos rostros de metal brillaban a la tenue luz de unas mechas de algodón que ardían en lámparas de latón. De cada varita de incienso se elevaba un oscuro chapitel de humo, así como un perfume espeso que le produjo a Sripathi un hormigueo en la nariz. Nirmala ni siquiera levantó los ojos de la hoja de papel que tenía en la mano y que era, dedujo él, una carta de Maya: una de las muchas que había enviado a lo largo de los años y que él no había leído. La caja de sándalo que contenía las demás, y que normalmente ella

tenía guardada en el armario del dormitorio, estaba abierta en el suelo, a su lado. También había algunas fotografías desparramadas alrededor. Sripathi solo vio la cabeza inclinada de Nirmala, la raya blanca y recta que dividía el cabello negro en dos crenchas, los pocos mechones grises que partían de esa raya. Tenía unas ganas infantiles de chillar.

—¿Me has oído, mujer? Quiero algo de comer.

Al ver que seguía leyendo encerrada en su mutismo, Sripathi salió precipitadamente a la veranda cubierta y, dirigiéndose a la rejilla para zapatos que había a lo largo de una pared, cogió tantos como pudo. Entonces volvió a entrar con furia en la cámara de los dioses, sobresaltando a Nirmala. Descargó los zapatos encima de los estantes, haciendo caer algunas figurillas, y de un violento manotazo arrojó las demás al suelo.

Contemplando el estropicio, dijo jadeante:

—¡Toma! ¡Eso es lo que pienso de tus dioses y de tus oraciones! Zapatos sucios es lo que se merecen y no flores. ¿Qué es lo que han hecho nunca por nosotros? ¡Dímelo! ¿Qué? —Dio una patada a los ídolos caídos—. ¡Y sigues gastándote dinero en flores, incienso y aceite!

Nirmala estaba encogida en el rincón, enmudecida no por la pena o la ira hacia su marido sino por el acto de profanación cometido.

—Los ritos absurdos e inútiles que celebra diariamente… —dijo entre dientes Sripathi. Y dio una última patada a la figura de Ganesha, el dios elefante, que había ido a parar cerca de sus pies—. ¡Este sujeto con cara de elefante dicen que elimina obstáculos! ¡Ja!

—¡Mis rituales no son peores que los tuyos! —exclamó Nirmala, a quien las provocaciones hicieron salir de su mutismo.

—Yo no tengo ninguno, señora mía.

—¿Cómo llamas a esas estúpidas cartas que escribes a los periódicos? —preguntó temerariamente—. No eres capaz más que de eso… de escribir palabras muy largas con plumas de distintos colores, escondiéndote detrás de un nombre raro que nadie entiende. ¡Y luego te atreves a llamar inútil a mi hijo! Al menos él tiene agallas para salir a la calle y hacer algo respecto a las basuras y la contaminación y todo eso, mientras que tú solo escribes a

desconocidos en el balcón. ¡Ni siquiera tuviste el valor de escribirle a tu propia hija!

Agitada, se inclinó hacia adelante y empezó a recoger las fotos y las cartas y a meterlas en la caja. En esta postura le mostraba la espalda a Sripathi, la uve que formaba desde los hombros hasta la cintura su blusa ajustada color de rosa y la mancha oscura de sudor allí donde el fino algodón le tocaba la piel.

—¿Cómo sabes lo de las cartas?

Lanzándole una mirada rencorosa, Nirmala le contestó:

—¡Me lo han dicho mis dioses!

Sripathi osciló un instante al borde de una explosión de ira antes de dar media vuelta y salir de la habitación. Se topó con Arun, que cogió a su padre por un brazo y le preguntó:

—¿La has pegado otra vez? ¿*Appu*?

—No. Y no hables como si lo hiciera cada día. Nunca le había puesto la mano encima a tu madre.

—¿Entonces qué han sido esos gritos?

—¿Por qué no te vas a salvar a algún bicho, en vez de quedarte en casa sin hacer nada o interrogándome?

Sripathi se dijo que tenía que salir de casa de inmediato y ocuparse en algo o de lo contrario haría algo de lo que se arrepentiría. Pero ¿adónde ir? A la oficina, no. No estaba de humor para ver todas aquellas caras con expresiones compasivas y escuchar los pésames. No, iría a casa de Raju. Se tranquilizó al pensar en hacerle una visita a su mejor amigo. Y luego tendría que ir a la agencia de viajes de la calle Pyecroft para informarse de los vuelos al Canadá.

—¿Adónde vas? ¿Quieres que te acompañe?

Sripathi se odió a sí mismo por decir las palabras que le salieron de la boca como si tuvieran vida propia.

—¿Ah? ¿Hoy no tienes que salvar el mundo? ¿Puedes ayudar a tu padre en cosas triviales como billetes de avión y demás? ¡De seguro que el sol se pondrá hoy por el este!

Salió de la casa y pasó junto a Putti, que ya no estaba con Ammayya y se había sentado en los escalones de la veranda.

Arun se encogió de hombros y entró en la cámara de los dioses, donde se arrodilló al lado de su madre. Ella aún estaba manoseando

cartas y fotografías con aire aturdido, poniéndolas en la caja y volviéndolas a sacar mientras sollozaba suavemente.

—Está comportándose como un niño pequeño —dijo Arun, que recogió las figurillas y volvió a colocarlas sobre las repisas.

—No digas una cosa así de tu padre —dijo maquinalmente Nirmala, siempre deseosa de mantener la paz en casa—. Está muy afectado.

—Sí, y también lo estamos tú y yo. Pero no nos ponemos a gritar y a tirar zapatos…

Arun los recogió del suelo y se levantó.

—¿Estás bien? ¿Quieres que haga algo, mamá?

Nirmala negó con la cabeza.

—¿Qué puedes hacer tú, ni yo, ni nadie? Ya es demasiado tarde para hacer nada. Demasiado tarde. —Y apoyándose en la pared, cerró los ojos.

Arun llevó los zapatos a la veranda y los colocó en su sitio antes de subir a su habitación. Aún no podía creer la noticia acerca de Maya, su hermana mayor, la persona que había formado parte de su vida cotidiana hasta que él tuvo dieciocho años, la que en el colegio lo había protegido con fiereza de los valentones que buscaban pelea, la que le cogía de la mano antes de cruzar la carretera para coger el autobús, llevaba su cartera junto con la suya y una vez le dio su bocadillo cuando a él se le cayó el suyo al suelo. Maya le había escrito desde América, incluyendo siempre en sus cartas informaciones interesantes sobre el mundo de allende los mares y, más tarde, cuando él decidió involucrarse en el activismo social, le había enviado recortes de periódicos, libros, cualquier material que pudiese interesarle. De niño, él la seguía como un cachorro curioso mientras ella se metía en aventuras y salía indemne de ellas. En el colegio, cuando él estaba en la atestada clase de párvulos presidida por la señora Mascarenha, que les exhortaba con su tremendo vozarrón a estar «quietos y formales», él se sentía seguro sabiendo que Maya estaba en el mismo edificio, solo tres puertas más allá. Durante el recreo, mientras la mayoría de niños eran conducidos a los lavabos por Mary Ayah y Ruthie Ayah, él esperaba a su hermana, y cuando llegaba se agarraba a su mano pegajosa —tan segura y reconfortante— y se marchaba dócilmente con ella a los

lavabos de las niñas. Le había dado un tremendo coscorrón en la cabeza a Susheel Prasad en las rejas de la ventana de la clase 4 por haberse metido con él hasta hacerle llorar, y luego se había mantenido terca e impenitente cuando la directora la había castigado por mostrarse tan poco femenina.

—Pero es que estaba intimidando a mi hermano pequeño —había argüido Maya al preguntarle la madre superiora cómo había podido ser tan mala.

Y se había atrevido a subir por la escalera prohibida que llevaba a la azotea, donde la anciana madre Claudette se había pasado toda una tarde disparando perdigonadas a unos perros callejeros que copulaban en el campo de fútbol detrás del colegio y gritando obscenidades en francés cada vez que erraba el tiro.

Tal como lo recordaba Arun, su hermana había plantado cara a todo dios y siempre había vivido para contarlo. Pero no había podido con el Dios de la Muerte. Y con los recuerdos llegó la vergüenza: vergüenza de haber tenido pereza de contestar sus cartas y mantener así el contacto. De haberse permitido olvidar.

* * *

El doctor Sunderraj no lloraba, pero continuamente se quitaba las gafas y se frotaba los ojos. Durante los últimos días —desde que Nandana había intentado irse sola a casa y le habían dicho que sus padres habían tenido un accidente grave— no había ido a la oficina. Muchas personas habían pasado por la casa, una detrás de otra. Dos señoras habían querido hablar también con ella. Dijeron que eran de los Servicios Sociales. Nandana había contestado cortésmente las preguntas que le hicieron. Sí, le gustaba estar aquí. Sí, Anjali le caía muy bien, aunque a ella no la dejaba jugar con su mecano nuevo. Pero quería irse a casa. Le gustaban la tía Kiran y el tío Sunny, sí. Pero quería irse a casa. Las mujeres habían asentido con la cabeza y habían escrito cosas en unas libretas y luego habían hablado mucho rato con el tío. Llamaban mucho por teléfono preguntando por él y también él había hecho muchas llamadas.

Ahora, en el salón, él estaba sentado en el suelo, a sus pies, tan

cerca de ella que se veía reflejada en sus pupilas. Ella y la tía Kiran estaban en el sofá del turista gordo. Si se concentraba mucho, si no hablaba y se quedaba completamente inmóvil, veía su casa azul y a sus padres y su cuarto con la pantalla de la lámpara con dibujos de Minnie Mouse, todo reflejado en aquellas pupilas. Veía a su madre moverse por la cocina haciendo la cena y a su padre tecleando en el ordenador.

—¿Tú crees que entiende lo que ha pasado? —oyó decir a la tía Kiran.

Claro que lo entendía, pensó indignada, procurando concentrarse en aquellas pupilas que no paraban de moverse y deshacían la imagen de su casa. Sus padres se habían marchado por alguna razón y estarían fuera durante un tiempo.

—Nandana, cielo, ¿lo entiendes? —preguntó el tío Sunny.

Ella volvió a ver su casa. Su madre lavaba algo en el fregadero. Su padre estaba soltando algún taco, como si lo oyese. Entonces el tío Sunny empezó a hablar de nuevo y la imagen se desvaneció. ¿No entendía que si se estaba callado, si todos se estaban callados, sus padres la oirían y vendrían para llevarla a casa?

—Tu papá y tu mamá tuvieron un accidente de coche muy grave. No sobrevivieron —dijo el tío Sunny, que se inclinó hacia adelante y las abrazó a ella y a la tía Kiran.

Le llegó el olor de la loción que se ponía después de afeitarse. Como la de su papá. No igual, pero parecida.

«Sobrevivieron». Esta palabra no la conocía.

—Murieron, cariño —dijo la tía Kiran.

Una vez había visto una mariposa muerta en el patio. Era negra y amarilla, muy bonita, y se la estaban llevando a rastras cientos de hormigas. Ese día se había puesto tan triste que no había tenido ganas de hablar con nadie. Su madre le había explicado que todos los seres vivos se mueren.

—Pero ¿tú también te morirás? ¿Y yo y papá? —preguntó ella, después de pensarlo.

A lo que su madre había replicado:

—Sí, pero solo cuando tengamos cien años.

Su madre tenía treinta y cuatro años y su padre treinta y seis, así que no podían estar muertos. ¡Ni hablar! Frunció los labios. Los tíos

le estaban mintiendo. Estaba segura. Sus padres habían ido a una boda en Squamish. Y la tía Kiran era una bruja, ahora lo veía. Quería quedársela para siempre, tal como ella misma había dicho, y por eso se inventaba cosas. Decidió que lo mejor sería no decir ni una palabra más.

—Hemos hablado con tu abuelo de la India, Nandu —siguió diciendo el tío Sunny—. Va a venir aquí. Qué bien, ¿verdad?

¿Cómo iba ella a saberlo? Nunca había visto a su abuelo. Nandana se preguntó si contaba como desconocido aunque hubiese visto fotos de él en el álbum de su madre.

—Y tú te irás a la India con él. Allí conocerás a tu abuela, a tu tío, a muchas personas simpáticas.

¿A la India? Ni hablar. ¿Cómo la encontrarían entonces sus padres cuando volviesen a casa?

Oyó la voz de la tía Kiran por encima de su cabeza.

—Sunny, me parece que la niña debe de estar en estado de shock. No ha dicho ni una palabra.

4

HISTORIAS

Hacía mucho tiempo, cuando tenía siete u ocho años, Sripathi había creído que la muerte era algo que les ocurría a las personas que llegaban al final de Brahmin Street, ese trecho final que formaba una curva alrededor del baniano bicentenario para luego serpentear unos cuantos metros más como un lento río negro hasta llegar a la playa. Los sábados por la mañana solía columpiarse subido a la verja de Casa Grande, esperando a los pastores de cabras que pasaban por delante con los rebaños ruidosos y asustadizos.

—¿Adónde las llevas? —le preguntó un día a un pastor, y el chico le había contestado:

—Al palacio del Rey de la Muerte.

Por las tardes veía a unos hombres fornidos que volvían del palacio del Rey de la Muerte montados en bicicleta, pedaleando lentamente, con sus *lungis* de algodón a cuadros envueltos alrededor de los muslos. Colgando a ambos lados del asiento trasero de la bicicleta, como ropa sucia de color blanco y negro, había cabras sin cabeza. Los cuellos aún sangrantes burbujeaban de moscas azules, borrachas con el olor de la carne cruda. Hasta que un día alguien escribió una instancia de protesta contra los carniceros que usaban la calle como atajo para ir al mercado sabatino, que era donde los chicos llevaban sus rebaños de cabras, y aquellos dejaron de pasar con sus sangrientas adquisiciones. Durante varios meses después de esto, Sripathi se ponía a gritar de miedo cada vez que su padre le proponía que fueran a la playa un sábado por la mañana, bajando

por Brahmin Street y dejando atrás el viejo baniano.

Pero hasta que tuvo quince años Sripathi no perdió a ninguna persona próxima a él. La muerte era una posibilidad tan remota como Marte o Venus. Creía vagamente que el dios Yama, balanceándose sobre su búfalo y arrastrando el lazo tras él, visitaba solo a los muy pobres o a los muy viejos. La primera vez que la cuestión le tocó de cerca fue cuando falleció su abuela Shantamma. Había luchado larga y duramente para seguir en el mundo y, cuando finalmente la vencieron la edad y los quebrantos de salud, Sripathi no se lo podía creer.

Cuando Shantamma tenía ochenta y dos años, sufrió un ataque al corazón mientras dormía. Pero salió del trance decidida a luchar encarnizadamente contra el Señor Yama porque había demasiadas cosas que todavía no había hecho. Como fumarse un puro. O teñirse el pelo como las mujeres de las revistas extranjeras. O ir en avión. O comerse un huevo que había sido frito en una sartén para verduras y luego usar la misma sartén para la comida brahmánica. O cotillear con Rukku, que había sido desterrada por las gentes de Toturpuram por acostarse con tres hombres tras la muerte de su marido. Nadie la había visto con ninguno de ellos y ni siquiera sabían quiénes eran los hombres en cuestión, pero estaba claro que lo había hecho, dijo Ammayya, horrorizada por que su suegra quisiera relacionarse con aquella mujer. Los años que llevaba reprimiendo la ira que le producían las aventuras amorosas de su propio marido habían convertido a la madre de Sripathi, desde muy joven, en una mujer crítica y propensa a la indignación.

—¿Cómo lo sabes seguro? —había preguntado Sripathi, cuyo padre, el abogado, le había acostumbrado a cuestionarlo todo.

—¿Le has visto la cara? —replicó Ammayya—. Parece que se haya caído en un bote de polvos. ¿Qué viuda respetable se pinta los labios y usa tanto *kohl*? ¿O lleva unos pendientes tan llamativos y unos saris con estampados de flores? ¡Y hay que ver qué caída de ojos tiene! ¡Puro estudio para tenderles el lazo a los hombres incautos, incluso a los casados!

A pesar de las envenenadas invectivas de Ammayya, a Shantamma le gustaba Rukku aunque, desde que esta se había convertido en una proscrita y una ramera a la que no se podía

nombrar en las casas decentes, no había tenido el valor de acercársele, ni siquiera de sonreírle. Pero después del ataque decidió que era demasiado vieja para que le importasen las normas, los modales y la dignidad, y todos sus anhelos secretos emergieron como la lava de un volcán. Se le puso una voz fuerte y amedrentadora, contaba chistes mientras fumaba unos *beedis* muy fuertes con los que se atragantaba y que se olvidaba de apagar, y como consecuencia de ello estuvo a punto de quemar la casa en más de una ocasión. Se sentaba con las piernas muy separadas, consiguió que el hijo del *dhobi* le llevase una botella de licor de contrabando que el chico elaboraba en un solar cercano, y un día hizo llamar a Rukku para charlar un rato, lo cual aterró tanto a Ammayya que por poco tuvo un ataque también ella. Shantamma se negó a tenderse más, pues no quería que el Señor de la Muerte la pillase de improviso mientras dormía. Habiendo triunfado una vez sobre él, no estaba dispuesta a dejarse apresar por su lazo hasta estar lista del todo.

—Verás —le había dicho a Sripathi, con una voz que crujía como las hojas secas—: en nuestra mitología tenemos la leyenda de Savitri. ¿Recuerdas? ¿La que discutió y negoció con el Señor Yama la vida de su marido? Bueno, pues si una llorica como ella se salió con la suya, ¿por qué yo no? ¿Eh? ¿Soy acaso menos hermosa que ella?

Le retorcería los enormes mostachos al dios, le dijo Shantamma riendo, y coquetearía un poco con él, pero para eso tenía que estar despierta. Así que se sentaba en su sillón predilecto, el enorme sillón de madera de teca tallada, encima de los desteñidos almohadones de seda amarillos que se parecían a sus grandes nalgas salpicadas de cloasma, y no se acostaba nunca. Cuando finalmente murió, tenía los ojos abiertos y desafiantes, y sus dedos huesudos estaban agarrados a los brazos del sillón con tanta fuerza que no pudieron arrancarlos de allí. Tuvieron que separarle el sillón del cuerpo con una sierra y, como no hubieran podido estirarla sin romperle varios huesos debido a la rigidez cadavérica, Shantamma fue incinerada en posición de sentada, con un pedazo de teca en cada puño, su cara contraída en una mueca de triunfo, como si en efecto se hubiese enfrentado con el Señor Yama y hubiese

negociado con él cómo escapar a sus garras.

Sripathi quedó anonadado por la muerte de su abuela. Ella se había puesto siempre de su parte en las disputas provocadas por las expectativas de su madre, que daba por descontado que él tenía que ser el mejor hijo del mundo, un especialista en cirugía cardíaca, el director de una empresa, el primer ministro de la India, un héroe. Ella lo había protegido de la ira paterna, más y más tiránica a medida que pasaban los años, lo había querido por lo que era, y ese afecto incondicional había sido su fuerza. Tres años más tarde, cuando murió Narasimha Rao, B.A., M.A., LL.B.,[5] el padre de Sripathi, este volvió a quedar anonadado, no tanto por la pérdida esta vez, sino por verse súbitamente ascendido de hijo de la casa, libre de responsabilidades, a cabeza de familia con dos personas a las que atender, su madre Ammayya y Putti, su hermana soltera. Aún no había decidido qué iba a hacer con su propia vida y de pronto se encontró con que tenía que hacerse cargo de dos más.

Sripathi había pensado muchas veces que, de no ser por el azar, el hado o como quisiera llamárselo, él hubiera sido el séptimo o el octavo hijo en vez de ser el único hijo varón. Por desgracia para él, fue el primer hijo vivo que tuvo Ammayya después de seis abortos espontáneos.

El día que su madre dio a luz, el nacimiento fue celebrado con cautela. Al niño lo privaron de las magníficas ceremonias tradicionales que proclamaban la venida de un primogénito porque sus padres temieron invitar al mal de ojo junto con los demás invitados. Toda precaución era poca después de la pérdida de tantas criaturas.

Janardhana Acharye, el sacerdote de la familia, fue llamado de inmediato; encorvado sobre las tablas del nacimiento del niño, ya consultaba el *panchanga* (que escribía él mismo y vendía a cincuenta *paise* el ejemplar), ya hacía complicados cálculos numéricos en una hoja de papel. No le gustaba que lo sacasen de la cama a altas horas de la noche, sobre todo habiendo estado en los preliminares del acto sexual con su esposa, cuya mezcla de ansia y timidez le volvía loco. Pero uno no podía negarse a acudir a clientes

tan antiguos y respetables como Narasimha Rao de Casa Grande. Y tampoco tenía el valor de decir a la familia que a Sripathi no le esperaba nada extraordinario: ni la fama, ni una reputación acreditada, ni siquiera un modesto caudal. ¿Por qué aguarles la fiesta? Después de todo, este era el primer hijo que les nacía vivo, y un varón, además. ¿Por qué decirles que a los dieciséis años el chico ya no tendría padre y que más tarde vería morir a uno de sus hijos? ¿Podía alguien cambiar el futuro que el Señor Brahma había escrito en la frente del niño en el momento de salir del vientre de su madre? Entonces, ¿para qué preocuparse? Faltaba mucho y para entonces Narasimha estaría ya muerto. No había por qué preocuparse ahora y estropearse los ojos buscando rendijas planetarias de las que se pudiera estirar algún hilo de esperanza. Además, si trazaba un horóscopo aciago, la familia le pediría que llevase a cabo ritos para contrarrestar la malicia de los dioses, y eso le tomaría toda la noche y todo el día siguiente, y Janardhana Acharye tenía demasiadas ganas de volver a su casa y a la esposa que le esperaba en la cama.

De manera que se secó el sudor de su desnudo pecho con el *shalya*, se pasó la misma prenda por las axilas (que olían fuertemente a cebollas hervidas, hedor que siempre anunciaba su llegada), y le dijo a Narasimha, que se paseaba impaciente arriba y abajo como si se encontrase en la sala de un tribunal haciendo relación de un caso: «Al niño le son propicias las estrellas. Siempre irá un paso por delante de la vida y un paso por detrás de la muerte. De modo que no hay que preocuparse. De los detalles de menor importancia te informaré más tarde. Cuando tenga un mes, tráelo al templo para un *puja* que disipe cualquier persistente *shani kata* acerca de su futuro. Hasta entonces, no lo vistáis de rojo; no es un buen color para este niño. Nada más». Entonces Acharye guardó el almanaque y con él desapareció su aire de autoridad. Empezó a arrastrar los pies y a mostrarse congraciador, la señal para que los clientes le pagasen. El sacerdote encontraba humillante el pedir el dinero directamente y todavía más regatear cuando le pagaban poco. Después de todo él era un brahmán, no un sujeto de la casta de los mercaderes, que pedían desvergonzadamente esto y aquello.

Narasimha y Ammayya se hicieron muchas ilusiones acerca de

su primer hijo. Le pusieron el nombre más imponente que se les ocurrió, un nombre que parecía una orquesta: Toturpuram Narasimha Thimmappa Sripathi Rao. Grave redoble de tambores, etéreos sonidos de flauta, el gangoso tañido de un sitar… Era un nombre que llevaba consigo todo el peso y la autoridad del pueblo natal de Sripathi, de sus antepasados, de sus parientes más próximos y de todas las expectativas de sus padres. Él, como primogénito del primogénito de un primogénito, tenía la obligación de estar a la altura de un nombre tan magnífico. Ammayya le daba de comer bolitas de mantequilla de búfalo recién batida, arroz *basmati*, almendras con leche. Su abuela le contaba hermosos relatos de heroísmo, astucia, ingenio y honor: el de Arjuna el arquero; el del rey Harishchandra, cuya honradez hizo temblar al mismo cielo; el de Bhishma del juramento fatal; y el de Bhageerathi, que convenció al antojadizo Ganga para que se convirtiese en río y arrastrase las cenizas de sus mil hermanos. Al final de cada cuento lo cogía en sus brazos huesudos, le pellizcaba la barbilla un poco puntiaguda que de mayor le haría tener aire de pájaro, y le decía con su voz cascada:

—Y tú, mi querido Sri, mi rajá, mi niño precioso, cuando seas mayor serás como el príncipe Arjuna, ¿a que sí? Vencerás todos los obstáculos. Serás el primero de la clase y te convertirás en un médico importante, en un cirujano, y harás operaciones de corazón por todo el mundo.

Aunque Sripathi disfrutaba mucho con aquellas historias de su abuela, esmaltadas con versos en sánscrito del Mahabharata o del Ramayana, para sus adentros empezó a roerle el miedo de no llegar a hacer nunca las cosas que ella esperaba de él. ¿Cómo iba a aprender filosofía, música, arte, política, ciencia y el tiro al arco, todas las cosas en las que los grandes héroes de antaño sobresalían simultáneamente? En cuanto a una honradez a toda prueba como la del rey Harishchandra, que vendió a su mujer y a su hijo por amor a la verdad… bueno, solo unos días antes le había mentido a Ammayya cuando esta le preguntó si se había comido todo lo que le había puesto en la fiambrera. Por no hablar de la mentira que le había dicho al padre Schmidt sobre los deberes que no había hecho. («Lo siento, padre, mi abuela los tiró por error», había dicho entre

dientes, sabiendo que si el ceñudo profesor de inglés le preguntaba a Shantamma, ella respaldaría su versión). Pero lo que más le gustaba a Sripathi de su abuela era que ella nunca seguía las moralejas de los cuentos que le contaba. Y cuando un día se atrevió a confiarle sus miedos, lo abrazó contra su pecho, le llenó la cara de besos y le dijo:

—Rajá mío, tú serás mi príncipe aunque acabes de barrendero.

Narasimha Rao le regaló a su hijo la *Encyclopaedia Britannica* completa el día que cumplió cuatro años, contando con que empezaría a empaparse de ella inmediatamente, aunque el niño apenas sabía leer. Los volúmenes, encuadernados en granate y oro, estaban en un anaquel del salón como orondos potentados, indicando a las visitas que aquel era un hogar culto.

—Léele una página cada día —le ordenó Narasimha a Ammayya —. Y asegúrate de que se la aprenda de memoria.

A la hora de la cena le preguntaba al niño la página que tocaba y, si el niño no respondía adecuadamente, el padre explotaba.

—¡A un idiota, a un idiota, has traído al mundo a un idiota! —le gritaba a Ammayya, con su gruesa cara congestionada de emoción. Y volviéndose hacia su hijo, fijaba los ojos en él con una mirada que paralizaba a Sripathi y le hacía olvidar lo que hubiese aprendido—. No creas que tu padre va a estar en el mundo durante toda tu vida, *mutthal* —continuaba—. Un día de estos, cuando estés barriendo las calles, desearás haberme escuchado y haber estudiado más.

A veces, cuando Sripathi se lo había quedado mirando en silencio durante más de tres preguntas seguidas, Narasimha se levantaba de la mesa. Ponía los dedos como un tornillo de banco alrededor del lóbulo de la oreja de su hijo y estiraba hasta que también el niño se ponía de pie. Sin decir una palabra, arrastraba a Sripathi a través del salón, con sus muebles oscuros y sus altos armarios llenos de libros antiguos, cruzaban la veranda y salían por la puerta principal. Entonces bajaban por Brahmin Street y, como Sripathi iba llorando de dolor y de vergüenza, los peatones se los quedaban mirando con curiosidad. Algunos de los viejos que se reunían a diario a las puertas del Templo de Krishna para charlar y para lamentarse de los modales de las generaciones jóvenes, lanzaban gritos de ánimo: «¡Eso es, Narasimha-*orey*! ¡Enséñale al

chico lo que debe hacer y lo que no! ¡De lo contrario se te subirá a la espalda como el *vetaala* y no te lo sacarás de encima!». Narasimha seguía pellizcando la oreja de Sripathi, y así pasaban por delante de Sanskrit College y llegaban a la colonia de indigentes, allí donde la calle se estrechaba y las barracas construidas con latas, ladrillos robados y trapos se apiñaban alrededor de unas alcantarillas que estaban al descubierto.

—Ahí… ¿lo ves, idiota?, ahí es donde terminarás si no te aprendes las cosas que yo te mande —decía Narasimha Rao.

Los habitantes de las chabolas estaban tan acostumbrados a ver a aquel hombre alto y de piel morena que llegaba tirando a su hijo de las orejas y les señalaba como ejemplos de vidas echadas a perder, que ya ni siquiera levantaban la vista. Los vagos que se tapaban con mugrientos calzoncillos a rayas seguían holgazaneando en el exterior de sus chabolas, fumando *beedis* o mirando al suelo con desespero. Las mujeres seguían restregando apáticamente los cacharros de aluminio en el lavadero que recientemente había instalado el Club de los Leones de Toturpuram, o ponían andrajos a secar encima de piedras llanas junto al apestoso sumidero. Unos niños desnudos jugaban con peonzas y canicas en la calle polvorienta. Algunos de ellos estaban en cuclillas cerca del sumidero, junto a las mujeres que ponían la ropa a secar, gruñendo de concentración y con los culitos sobre unos montones de excrementos llenos de lombrices.

Su padre hacía un gesto dramático con el brazo que tenía libre y preguntaba a Sripathi:

—¿Ves a aquel gandul de allá? ¿Quieres acabar como él?

Y cuando Sripathi creía que la oreja se le iba a desprender, su padre se la soltaba y le pegaba fuerte en la cabeza. Una vez y luego otra, de manera que la cabeza iba y venía como un resorte. Después de lanzar una mirada asqueada a su hijo, volvía a casa con paso airado. Sripathi se cruzaba los bracitos encima de la cabeza y, berreando, corría detrás de su padre.

Sripathi no se había atrevido nunca a preguntarle a su padre de qué manera un conocimiento exhaustivo de las costumbres reproductoras de los canguros le ayudaría a encontrar un empleo, o cómo el estar familiarizado con las dimensiones del diamante Hope,

que seguramente nunca poseería, le harían tener éxito en la vida. Pero cuando murió Narasimha, tanto Ammayya como Sripathi habían acumulado en sus cabezas una ingente cantidad de información esotérica y totalmente innecesaria.[6] La composición química de la sal. El nombre botánico de todos los árboles que había en Brahmin Street. Quién inventó la radio. Quién inventó las plumas estilográficas. Por qué las hojas son verdes. Cuándo compuso Brahms su primera sinfonía. El primero que cruzó la cordillera del Karakorum. El nombre del perro de la reina Victoria.

Sripathi oyó a sus espaldas unos pasos lentos y pesados que subían las escaleras, cruzaban el rellano y entraban en el dormitorio. Supo que era Nirmala por el tintineo de los aros que llevaba en los dedos de los pies.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella, con la voz aún empañada de haber llorado—. ¿Por qué estás aquí sentado, solo? ¿Por qué no bajas y te estás con nosotros?

—¿Ahora no puedo ni sentarme tranquilamente a pensar?

—Nuestra hija ha muerto, ¿y no quieres compartir la pena con el resto de la familia? ¿Cómo eres tan duro? Quiero saber todo lo que tú y ese hombre habéis hablado por teléfono. No me has dicho lo que le va a pasar a la criatura, a nuestra Nandana.

—No me has dejado ni abrir la boca. La has emprendido a golpes conmigo como si estuvieras loca —dijo Sripathi dándose la vuelta y mirándola enojado.

Nirmala bajó los ojos y se dobló el *pallu* del sari con los dedos de su mano izquierda. Aspiró por la nariz, se la limpió con la punta del sari y dijo:

—Bueno, pero tú también me has pegado, ¿no?

Sripathi no contestó y Nirmala siguió diciendo:

—¿Qué vas a hacer respecto a Nandana? ¿Qué te ha dicho el hombre? ¿Dónde está la niña? Pobrecilla, Dios sabe lo que estará pasando.

—Yo soy su tutor —dijo Sripathi—, y la niña vendrá a vivir con nosotros. Tengo que organizar el viaje a Vancouver, quedarme allí unos meses… Tengo mucho que hacer.

—¿Vendrá a vivir aquí? ¿Conoceré por fin a mi nieta? ¡Ay, qué crueldad, haber tenido que perder a mi hija para conocer a mi nieta! —y al decir esto Nirmala se puso a llorar de nuevo.

—Va a costar mucho dinero.

—Dinero… —dijo Nirmala mirando con enfado a Sripathi—. Siempre piensas en cosas que no importan. Nuestra hija y su marido están muertos y ¿eso es lo que se te ocurre decirme? ¿Qué costará mucho dinero?

—No me hables de esa manera. Si yo no pienso en el dinero, ¿quién lo hará? ¿Tu abuelo muerto? ¿Eh? Quizá podrías pedirles a esos inútiles dioses tuyos un par de alas que me llevasen al Canadá. O mejor todavía, pide a alguno de tus primos ricos que me compren un avión particular. Siempre están presumiendo de tener esto y lo otro. Pídeles algo y verás lo que están dispuestos a dar.

—¿Por qué siempre metes a mi familia en todo? No puedes cuidar de nosotros y encima maldices a mis parientes.

Nirmala volvió a guardar dentro del armario la caja de sándalo que contenía las cartas de Maya.

«Quémalas, ahora ya no sirven para nada», tuvo ganas de decir Sripathi, pero se contuvo a tiempo. Nirmala le dirigió otra mirada herida antes de salir del cuarto y Sripathi volvió a quedarse solo.

El reloj de carillón que había en el rellano dio la hora, y él lo miró como a un viejo amigo. El cuadrante de marfil enmarcado de palisandro le resultaba tan familiar como su propia cara. Un amigo de su padre se lo había regalado a Sripathi el día de la ceremonia de su iniciación al brahmanismo, cuarenta y siete años antes. Grueso y jovial, el *sahib*-juez Varadarajan le había dado al joven Sripathi unas palmaditas en la cabeza recién tonsurada, le había pellizcado las mejillas y le había hecho entrega de la bonita caja que contenía el reloj.

—Toma, muchacho —había dicho con aquella voz rotunda que parecía nacer en las profundidades de su vientre—. Ahora que ya has recibido el hilo sagrado, ahora que acabas de entrar en el mundo del saber, sabrás apreciar el regalo del tiempo. Un regalo muy valioso que se marcha en cuanto llega. De modo que aprende a

usarlo con tino y vivirás contento.

Narasimha encontraba frecuentemente la ocasión de repetirle a su hijo esta almendra de sabiduría. A veces había que traer a rastras a Sripathi del callejón trasero donde jugaba un partido de criquet, para que se pusiera a estudiar. Otras veces, si el chico traía malas notas del colegio o no contestaba alguna pregunta de la *Encyclopaedia Britannica*, Narasimha le pegaba primero con una revista enrollada y a continuación le recordaba el tiempo que había desperdiciado.

—Un regalo valioso, ¿lo oíste? Que no se ha de malgastar como lo malgastas tú, *mutthal*. El tiempo y las mareas, a nadie esperan. Hoy juegas alegremente con unos gandules, como el grillo de la fábula de Esopo, pero mañana, cuando las hormigas trabajadoras vivan como rajás, tú estarás barriendo las calles. ¿Y por qué? Porque ellas supieron aprovechar el tiempo y tú no.

Sripathi recordaba su ceremonia de iniciación como si hubiera tenido lugar el día antes. Fue el centro de atención, sentado en lo alto del pequeño estrado de madera, entre Ammayya, que iba vestida con sus mejores galas, y su padre, cuyo *dhoti* de seda le caía desde la cintura formando elegantes pliegues. El sacerdote salmodiaba unas oraciones que se quedaban flotando en el aire como el humo del fuego de sándalo que ardía en el centro del estrado. Lo recordaba todo: el afeitado ritual de su cabeza; el momento solemne en que desapareció bajo una sábana de algodón sin blanquear acompañado de su padre para recibir el mantra secreto que lo iniciaba en el brahmanismo; el hilo sagrado que le pusieron sobre el hombro y cruzándole el pecho; y, más tarde, la ternura con la que Ammayya le dio de comer unos bocados exquisitos en una bandeja de plata. Había salido de la sombra que dibujaba su madre para entrar en el ámbito de la paterna, pues ya no era un niño sino un hombre.

El *sahib*-juez Varadarajan le había embromado a propósito del hilo.

—Ahora solo hay tres hebras en el hilo, ¿ves? Tienes pocas responsabilidades… Solo respecto a tus padres y a ti mismo. Pero ¡ah cuando te cases! Entonces tendrás seis hebras. ¡Una mujer supone el doble de responsabilidad! ¿Eh, Narasimha Rao, qué dices

a esto?

Los dos hombres habían reído, y también Sripathi había soltado una risita, un poco asustado ante la idea de ser responsable de cualquier otra persona.

No recordaba en qué momento preciso había entrado en la sala atestada de gente la mujer del sari verde y oro, pero ahora le parecía que un rumor había recorrido la habitación como un viento caluroso, señalando su llegada. Sripathi aún creía notar la quemazón en la muñeca, allí donde su madre le había clavado las uñas en la carne. Avergonzada y rabiosa como estaba, no se dio cuenta de la fuerza con que lo agarró.

—¿Por qué ha venido ella? —cuchicheó con ira mirando a Narasimha, que no parecía haberse percatado de la presencia de la mujer. Tenía a Sripathi abrazado por los hombros, y asentía con la cabeza, sonriendo, a los que pasaban por delante de ellos y los felicitaban en aquel día propicio.

—¿Quién? —preguntó Narasimha.

—Tu prostituta. No finjas no haberla visto —dijo Ammayya.

El recuerdo se desplegó frente a Sripathi como si fuese una película a cámara lenta. La mujer vestida de verde y oro abriéndose paso hacia ellos por entre la multitud, con el *pallu* colocado cuidadosamente sobre el hombro; los ojos de la mujer ligeramente inquietos; el movimiento nervioso de su mano izquierda al arreglarse los pliegues del sari… ¿La prostituta de su padre? A los diez años de edad, Sripathi no estaba seguro de qué significaba exactamente la palabra, ni de por qué enfurecía a su madre hasta el punto de dejarle en carne viva la muñeca.

La mujer llegó hasta donde estaban y metió un sobre en la mano de Sripathi, sin mirar a sus padres ni a nadie más que a él.

—Felicidades —le dijo en voz baja.

Extendió una mano, le acarició la cabeza y cuando empezaba a retirarse, Ammayya cogió bruscamente el sobre, lo rasgó en varios trozos y se los lanzó en la cara a la mujer.

—No te acerques a mi hijo —dijo Ammayya en un siseo—. ¡Puta!

A continuación pasó algo aún peor: el padre de Sripathi se alejó de él y, uniéndose a la mujer, la acompañó con deferencia hasta la

salida con la mano suspendida justo encima de su cintura, como si ella fuese una de las tazas de té japonesas de Ammayya, tan frágiles y exquisitas que dejaban traslucir la luz del sol. Una inmensa sensación de abandono se apoderó de Sripathi al ver la espalda rígida de su padre, su cuerpo erguido abriéndose paso por entre la multitud de amigos, parientes y conocidos. Ammayya y él estaban de pie, encalmados como dos pequeños dinguis, unidos por la humillación común. Nunca permitiría que una cosa así le volviese a pasar, se había jurado Sripathi con amargura. Él nunca faltaría a su deber para con su familia ni la avergonzaría de una forma semejante. No quería poseer ni la fama ni la categoría de su padre porque, cuanto más alto estaba uno, más dura era la caída. No, él sería solo un hombre corriente, pero uno bien considerado por los demás. Sería un hombre sencillo, respetado por sus cualidades como padre y esposo. Él, a diferencia de su padre, siempre permanecería fiel a la mujer que lo había traído al mundo, a la mujer con la que se casase, a los hijos que tuviese… Eso ante todo y sobre todo. El muchacho se juró que así lo haría, mientras notaba en la muñeca el dolor del furioso apretón de Ammayya y hacía esfuerzos por contener las lágrimas y no quedar en ridículo llorando delante de aquellas personas que habían asistido para verle cruzar el umbral de la inocencia.

En ese momento Sripathi odió a su padre y, con el paso del tiempo, el odio no hizo sino aumentar. Aquella figura alta e imponente ya no le llenaba de orgullo o de respeto, ni siquiera de temor. Ya no le importaba la opinión que le mereciese, o que estallase en cólera cuando obtenía malas notas en los exámenes. Lo miraba desdeñosamente irse al templo para asistir al culto matutino con su toalla de algodón cubriéndole decorosamente el hombro izquierdo. Y al atardecer, después de la cena, Sripathi lo veía irse a casa de su amante, con ese mismo *shalya* colgado chulescamente del derecho.

Cuando tenía dieciséis años, Sripathi vio horrorizado y asqueado que su madre se quedaba de nuevo embarazada. ¿Cómo podía permitir, se preguntó furioso, que aquel hombre la tocase siquiera? El odio había crecido y se había coagulado en su interior hasta tal punto que cuando vio el cadáver sangrante de Narasimha tirado en

plena calle, no sintió en un primer momento más que un ligero desdén. A pesar de los aires de grandeza que se había dado, su padre había muerto como el perro de un paria, y en su muerte solo habían reparado otros perros. Pero con una sacudida de ira, se dio cuenta de que la calle era la del domicilio de la amante de su padre. Fue a su puerta adónde la gente había ido a llamar primero, no a la puerta de su madre. Sripathi había visto a la mujer entre los que se apiñaron alrededor del cadáver; tenía los ojos llenos de lágrimas y se apretaba contra la boca un arrugado puñado de la tela del sari, como para evitar que su congoja saliese al exterior. Él se había preguntado qué habría visto su padre en esa mujer inculta, ordinaria, de aspecto vulgar.

La muerte de Narasimha trajo consigo la pobreza y ese alarmado miedo que siempre la acompaña. Sripathi descubrió que su padre no había ahorrado un solo *paisa*. Había dejado una pequeña pensión, pero también había préstamos que debían pagarse, a amigos, parientes, incluso al banco. El adolescente de dieciséis años había recordado el sino de un pariente lejano que había muerto en la miseria. Narasimha había llevado a su familia de visita a casa de este pariente cuando Sripathi tenía ocho años. Nunca había llegado a saber la verdadera razón de la visita. Tal vez su padre había sido más bondadoso de lo que él recordaba. El pariente vivía en una única habitación, situada en la parte trasera de una casa. Tenía dos hijas escuálidas y de ojos muy abiertos y una mujer taciturna. Había estado contentísimo de ver a Narasimha, a Ammayya y a Sripathi, y los había tratado como si fueran miembros de la familia real; había mandado traer unos *vadais* duros de un restaurante cercano y se los habían comido con el té sin azúcar que había hecho su mujer. Sripathi recordaba avergonzado la expresión de hambre que podía verse en los ojos de las chicas. Ni siquiera se le había ocurrido ofrecerles algunos aros de lentejas, salados y fritos en aceite rancio, que él acabó por dejar a medio comer en el plato.

Cuando el pariente murió, la esposa había enviado una carta a todos los miembros de la familia pidiéndoles dinero: no podían permitirse comprar un sudario de algodón para envolver el cadáver; tampoco tenían dinero para la leña de mango de la pira funeraria. Aquella miseria no era solo lamentable sino también aterradora.

—Venda la casa —aconsejó un síndico del Banco de Toturpuram.

Tanto Ammayya como Sripathi habían desechado la idea. La casa era lo único que tenían como señal de su posición social anterior.

—Nos las arreglaremos —dijo Ammayya a todo el mundo—. Mi hijo ya tiene dieciséis años. Pronto terminará los estudios y será médico. Él cuidará de nosotras.

Sin embargo, Ammayya sí vendió la casa en la que vivía la amante de Narasimha Rao. A Sripathi le desconcertó la crueldad de su madre y sintió lástima de aquella mujer, que desapareció de Toturpuram. Pero el dinero de la venta les permitió pagar algunas deudas y continuar viviendo en Casa Grande.

El tercer domingo de cada mes, Ammayya llevaba a Sripathi y a Putti, vestidos con sus mejores galas, a casa de su tío en la vecina ciudad de Royapura. Hari Mama era un solterón viejo y rico que, según se decía, prefería los chicos jóvenes a las mujeres. Ammayya siempre había evitado tratarlo pero ahora tenía un objetivo en la vida.

—Dos objetivos —le dijo a Sripathi cuando este arguyó que, como nunca habían mantenido relaciones con el viejo, este súbito cariño iba a parecer sospechoso—. Tú y Putti sois los dos objetivos de mi vida, y no me importa lo que la gente piense de mí. Lo importante es cuidar de vosotros dos.

Hari Mama vivía en una gran mansión que tenía en la veranda un columpio reservado para las visitas no deseadas y los gorrones. Dentro de la casa, en el centro de un vestíbulo con espejos, había otro columpio, hecho de sándalo y marfil. Lo decadente del objeto repelía y fascinaba a Sripathi al mismo tiempo. Este era el columpio predilecto de Hari Mama. Solo algunos elegidos podían sentarse en él. A Sripathi se le concedió ese privilegio solo una vez y ni siquiera se acordaba ya de la razón. Sí recordaba lo extraño de la experiencia: el ver su reflejo repetido interminablemente en los espejos de las paredes, acercándose y alejándose de él al mismo tiempo.

—Acuérdate de ser muy educado con él —solía decirle Ammayya cuando iban desde la estación de autobuses hasta la casa de Hari Mama bajo el calor matinal—. No le lleves nunca la

contraria. A lo mejor decide dejarte algo de importancia, *Deo volente*. Después de todo, somos los únicos parientes que le quedan vivos.

En cuanto llegaban, el viejo daba a Sripathi y a Ammayya dos plátanos a cada uno, e insistía en que se los comieran en seguida.

—Son buenos para la salud; tienen vitaminas, hierro, fósforo… Nunca rechacéis un plátano.

Y más tarde, cuando volvían a casa, Ammayya decía refunfuñando que, si pudiera ir guardando los plátanos en un cesto para luego venderlos, al menos tendrían para uno de los billetes de autobús. Pero fingía que iban a coger un taxi, para darle a Hari Mama la impresión de que habían ido a verlo por razones puramente altruistas. Se esforzaba por que quedase claro, tanto al viejo como a las docenas de personas que había siempre pululando por la casa, que el dinero no era un problema para ella. Narasimha los había dejado en situación acomodada. Ella estaba allí simplemente para asegurarse de que sus hijos trababan conocimiento con el único tío abuelo que tenían.

Sripathi se sentía humillado y enfadado cuando estaba en aquella opulenta mansión. Se despreciaba, a sí mismo por reírse de los chistes de Hari Mama incluso cuando eran malos, y por levantarse de la silla de un salto para ir a buscar un vaso de agua para el viejo cada vez que este tosía. En el fondo, intuía que el viejo no se dejaba engañar por estas ostentaciones de aprecio.

—Así pues, muchacho —le había dicho una vez Hari Mama, con gran regocijo de los demás aduladores presentes—, si yo te pidiera que me limpiases los zapatos con la lengua, ¿lo harías? ¡Me dicen que la saliva es excelente para el cuero!

Y también Sripathi se había visto obligado a soltar una risita y a bajar la cabeza, cuando lo que más quería era arrastrar a su madre fuera de la cocina donde, con ayuda de varias otras mujeres, estaba preparando grandes cantidades de café, y salir de allí.

Cuando se marchaban, Ammayya, que fingía ir en busca de un taxi, caminaba con sus hijos durante más de un kilómetro. Dejaban atrás la parada de autobús más cercana y lo cogían en la siguiente.

Cuando Hari Mama murió, dejó todos sus bienes a un pequeño grupo teatral.

Ammayya se tragó el disgusto de no ver ni cinco de la fortuna de Hari Mama y comenzó a empujar a su hijo hacia la carrera de medicina. Había descubierto que el código deontológico de los médicos les obligaba a visitar a los parientes de los colegas sin cobrarles nada. Calculó que, cuando fuese vieja y necesitase tratamiento médico, su hijo se encargaría de que lo tuviese sin tener que pagar por ello.

Una vez tuvo decidida la carrera profesional de Sripathi, Ammayya se aplicó a convertirse en la viuda modelo. Quería borrar del recuerdo de las gentes toda memoria de la prostituta, mostrar al mundo que la desconsolada esposa de Narasimha Rao era ella y solo ella. Para desconcierto de Sripathi se hizo afeitar la cabeza, como las viudas de la generación anterior, y hacía ir a la casa una vez al mes al barbero, Shakespeare Kuppalloor, para que le repasase el afeitado. Era inútil que los parientes le indicasen que incluso Shantamma, su suegra, había conservado su cabellera blanca y que no había necesidad de observar unos usos tan pasados de moda. Llevaba únicamente saris de algodón morados, aunque continuaba poniéndose sus collares y brazaletes de oro. Temía que le robasen las joyas, lo único que tenía de valor. «Si las llevo puestas, tendrán que cortarme el cuello para sacármelas», le dijo a Sripathi. Renunció a comer algunos alimentos, como el ajo y la cebolla, que tenían fama de afrodisíacos y por tanto se prohibían a las viudas. Desenterró ritos y ayunos arcaicos, y se volvió más rígidamente brahmánica que el mismísimo sacerdote del templo. Cuando Sripathi, con su voz ronca de adolescente, le decía que era absurdo por su parte excederse de aquella manera en su celo por ser fiel al recuerdo de Narasimha, ella lo regañaba por faltarle al respeto.

—Tendrás derecho a mandarme cuando te ganes la vida. Cuando seas médico, entonces podrás decirle a tu madre lo que ha de hacer y lo que no —le dijo furiosa—. Tu obligación en este momento es ir bien en los estudios y entrar en la Facultad. Hemos de demostrar a la gente que el hijo de Narasimha Rao es tan brillante como lo era él.

Incluso después de tantos años, Sripathi notaba una punzada de vergüenza al recordar cómo había abandonado los estudios de medicina al cabo de solo unos meses. El ingreso en la Facultad

había sido arduo. Recordaba con melancolía las atenciones solícitas de Ammayya cuando él se pasaba las noches empollando libros enteros para los exámenes de ingreso. Había conseguido entrar, pero odió aquellos estudios desde el primer momento. Había bregado con las asignaturas, y las docenas de términos médicos le zumbaban en el interior de la cabeza, impidiéndole conciliar el sueño por las noches. La implacable presión de tener que aprender hasta el menor detalle del cuerpo humano —las cosas que lo hacen funcionar, las cosas que lo matan o que lo hacen desfallecer en su larga andadura por la vida— se iba acumulando en él, agobiándolo hasta el punto de que temía acabar como uno de los cadáveres del depósito. El fuerte olor a formaldehído de los cadáveres se le quedaba pegado a la piel durante varias semanas. Le era imposible mirar la comida sin imaginar el viaje que emprendía por los relucientes conductos rosas del interior del cuerpo y, por las noches, el retumbar de su propio corazón no le dejaba dormirse. Nunca había sido tan consciente de la compleja maquinaria de pulmón, riñón y cerebro que palpitaba y batía en el entramado de huesos, de las venas y arterias que trajinaban la sangre sin cesar, de las células que encerraban secretas memorias de crecimiento, decadencia y muerte, y de la fragilidad tirante de la piel que lo contenía todo. La Facultad de Medicina le reveló los misterios de su cuerpo zumbador y se lo volvió vulgar y grosero. Por fin huyó del lugar, se metió en un vagón de tercera y llegó a su casa a medianoche. Caminó desde la estación llevando a cuestas su petate y un baúl de estaño, cargando con el peso como si fuera la penitencia por su fracaso.

Al preguntarle Ammayya qué había sucedido, él le había mentido. «No podía soportar la peste de los muertos —le había dicho—. Dicen que incluso la comida de la residencia está contaminada de sangre humana. Cocinan los platos vegetarianos en las mismas ollas que utilizan para la carne». Cualquier mentira era buena para ocultarle su cobardía a aquella que se había henchido de orgullo cuando él ingresó en la Facultad.

Ammayya le creyó durante mucho tiempo, y cuando finalmente leyó por accidente la carta en la que se le expulsaba por una ausencia prolongada e injustificada, era demasiado tarde. Sripathi tenía ya un empleo, estaba casado y a punto de convertirse en

padre. Ella nunca le perdonó por traicionar sus esperanzas y ambiciones, por engañarla como había hecho su marido durante tantos años, por arrebatarle la posibilidad de una vejez confortable. Durante un tiempo después de haber entrado en la pequeña agencia de publicidad, él deseó haber aguantado de alguna manera en la Facultad. O haber escuchado el consejo de su suegro y haberse convertido en un hombre del tiempo en el Departamento de Meteorología de Madrás. «El tiempo siempre estará ahí —le había dicho el anciano—. Mientras el mundo exista habrá viento, lluvia, tormentas y todo lo demás. Siempre tendrás trabajo».

Cuando Sripathi empezó a trabajar en la agencia publicitaria, esta no era más que una pequeña empresa que dirigía un viejo amigo de su padre desde el piso principal de su casa. En momentos de duda, Sripathi se preguntaba si Chandra Iyer no lo habría empleado por lástima o por ser el hijo de Narasimha Rao. El trabajo no consistía más que en idear anuncios rimados para algunos productos fabricados en la región, como polvos dentífricos, brillantina y varitas de incienso. El cliente más importante que tenían era la fábrica gubernamental de telares operados a mano, que manufacturaba sábanas a cuadros de colores y bastos saris de algodón. La agencia también imprimía invitaciones para bodas, bautizos y la ceremonia de *upanayana*. La sección local del Club de los Leones imprimía allí sus boletines informativos y a Sripathi le correspondía escribir floridos elogios de cada uno de los miembros, para acompañar las fotografías en blanco y negro en que estos aparecían plantando un árbol o inaugurando pozos recién perforados en diversas partes de Toturpuram. De tanto en tanto, cuando la hija de Chandra visitaba la agencia, Sripathi era el encargado de entretener a sus tres niños. Tenía que explicarles cuentos, llevarlos a comer helado a la panadería Iyengar, recortar peces de papel de los trozos tirados a las papeleras, y una vez hasta los había llevado al circo.

Poco después del vigesimocuarto cumpleaños de Sripathi, un amigo de Bangalore envió a Ammayya la fotografía de su sobrina, junto a una copia del horóscopo de esta. «Nirmala es una muchacha tranquila y formal —decía por escrito el amigo de la familia—. Bonita, delgada y de tez trigueña. También es una consumada

bailadora. Será una buena esposa para tu hijo y una nuera cariñosa para ti».

A Sripathi le gustaron aquellos ojos que le miraban con dulzura desde la foto en blanco y negro, y estuvo de acuerdo en casarse con Nirmala en cuanto se averiguase si sus respectivos horóscopos eran compatibles.

—¿Por qué tanta prisa? —inquirió Ammayya—. Espera hasta ver a otras chicas, que harán cola para casarse contigo. Después de todo, eres el hijo de un hombre importante.

Pero Sripathi se mostró firme y pocos meses más tarde se celebró la boda.

Tres años después de casarse, Sripathi, aburrido de la rutinaria banalidad del trabajo, solicitó un puesto de reportero en un periódico de Delhi. Se desplazó hasta allí para someterse a la entrevista y se alegró mucho cuando le ofrecieron el empleo. El sueldo apenas era un poco más elevado, pero la idea de poder firmar los reportajes, de que le reconocieran su trabajo, era emocionante. Nirmala también estaba contenta, sobre todo porque el cambio le supondría vivir en una casa propia y librarse de la tutela de Ammayya. Tanto ella como Maya, que entonces tenía dos años, echarían de menos a Putti, pero siempre podían ir a visitarla.

Ammayya no quiso ni oír hablar de ello.

—¿Qué haré aquí sola? —le preguntó a Sripathi—. ¿Y con una hija joven bajo mi cargo?

—¿Por qué no vienes con nosotros a Delhi?

—¡*Ayyo*! ¿Acaso quieres que me muera de frío? ¿Y qué haríamos con nuestra casa? Sripathi, tú eres el hijo varón, y tu obligación es pensar en tu madre y en tu hermana. —Se puso a llorar y siguió diciendo—: Quieres abandonamos como hizo tu padre. Ya sabía yo que esto pasaría algún día. Dios mío, ¿por qué me castigas con tantos pesares?

Al final, las lágrimas de Ammayya indujeron a Sripathi a rehusar la oferta de trabajo. Después de aquello no volvió a intentar un cambio de empleo, ni siquiera cuando el hijo de Chandra Iyer, Kashyap, regresó de la Wharton School of Business, en Filadelphia, y se hizo cargo de la agencia. Kashyap era hombre de grandes ambiciones. Antes de transcurrido un mes, había cambiado el

nombre de «Iyer e Hijo. Imprenta. Publicidad» por «Marketing Publivista». Trasladó el negocio desde la casa de su padre a una pequeña oficina que alquiló en el primer piso de un moderno edificio de la calle Mahatma Gandhi. Encargó mesas y sillas de despacho nuevas, colgó cuadros en las paredes e incluso compró algunas plantas para adornar las esquinas vacías. Contrató a una secretaria y se desplazaba frecuentemente a Madrás, Madurai y Chidambaram, haciendo acopio de clientes con gran energía. Durante los primeros años el negocio creció rápidamente, pues la publicidad y el marketing eran ideas novedosas. Las personas quedaban impresionadas con el entusiasmo de Kashyap. Veían que la publicidad les atraía clientes. Entonces murió el padre de Kashyap y este asumió completamente el mando. Contrató a dos escritores más de material publicitario y a otro dibujante. Ahora, cerca de la entrada, había también una recepcionista sentada detrás de una mesa. Continuamente apretaba los botones de una centralita y hablaba en voz baja y rápida a quienes llamaban. Sripathi se percató de que, aparte de Ramesh Iyengar, el contable, y del dibujante Victor Coelho, él era el más viejo de la oficina. También se dio cuenta de que Kashyap se había vuelto muy crítico con su trabajo.

«Muy trillado», solía decirle, pasando desdeñosamente un dedo por la hoja de papel. Y, manteniendo a Sripathi de pie delante de su mesa, como si fuera un peón, le decía: «Hace falta gancho para agarrar al cliente». O bien: «Tus conceptos están muy anticuados. Tendrías que utilizar una terminología más moderna».

El joven propietario le adjudicaba todos los anuncios de los clientes de bajo presupuesto. *Beedis* Minarete. Brillantina Champak. Zapatería Ranga. E incluso cuando Sripathi escribía lo que consideraba un material muy ingenioso para aquellos cigarrillos baratos, aceites y zapatos, Kashyap le hacía reescribir el anuncio varias veces y a menudo decidía usar solamente el material gráfico. «Una imagen vale más que mil palabras», le decía a Sripathi, sin levantar siquiera los ojos de su mesa de superficie acristalada y atestada de papeles. Entonces le mandaba escribir algo para una empresa de cemento que acababa de instalarse en Chintadripuram y necesitaba publicidad barata.

El miedo a la pobreza obsesionaba a Sripathi. A menudo pensaba en su pariente pobre. Recordó que, a los veinte años, había intentado averiguar qué había sido de las hijas de aquel, que hubieran tenido más o menos su misma edad. Nadie de su familia le supo dar razón. Nadie quería saber nada de los fracasos, solo de los éxitos.

Sripathi continuó trabajando tenazmente a lo largo de los años, preguntándose cuándo encontraría Kashyap una excusa para despedirlo. Entonces Maya recibió la carta de la universidad norteamericana que la admitía como alumna. Poco después recibieron una oferta de matrimonio, y la vida de Sripathi empezó a adquirir tintes más gratos.

* * *

Su abuelo venía a buscarla el primero de septiembre. ¿Cuántos mañanas faltaban para eso? Decían que pensaba llevársela a vivir con él, pero ella no se iba a marchar de Vancouver. Ni hablar. Se había acostumbrado a la casa de la tía Kiran y no le importaba vivir en la litera de arriba del cuarto de Anjali. Su amiguita le había dicho que, si Nandana quería, ella la adoptaría, porque ahora era una huérfana y a los huérfanos se les adoptaba.

La India. Ahí es donde decían que se iría con El Viejo. Su madre le había enseñado muchas veces fotos de la casa de la India y a ella no le había parecido gran cosa. «¿Hay fantasmas?», había preguntado. Su madre se rio y le dijo que había un mango en el jardín trasero, una culebra en un agujero al pie del árbol y una rana gorda cerca del pozo, pero ni un solo fantasma. «Iremos pronto… tú, yo y papá», había añadido. Y Nandana había preguntado: «¿Cuándo es pronto?».

Una vez había oído llorar a su madre, y su padre le había dicho: «¿Por qué te atormentas así? Si El Viejo no quiere verte, que se vaya al diablo. Nos tienes a nosotros, ¿verdad?». El Viejo era el abuelo que iba a venir para llevársela, y siempre había hecho llorar a su madre. Una vez a la semana, al atardecer, su madre ponía una conferencia a la India y hablaba con su propia madre, a la que

llamaba Mamma. A veces hablaba en inglés y otras veces en una lengua llamada *kannada* que Nandana entendía a medias. Su padre no la entendía en absoluto y decía que se sentía excluido cuando las oía hablar. Nandana había visto una foto de la Mamma de su madre con un vestido indio que se llamaba sari. Una vez su madre había ido a su colegio vestida con un sari porque la señora Lipsky celebraba un Día Internacional, y todos tenían que llevar a sus padres vestidos con trajes típicos. Su madre, con uno de sus saris viejos, le había hecho a Nandana una falda larga y plisada. También había acortado el top azul de Nandana, para que se le viese el ombligo, y le hizo ponérselo con la falda larga. Así iba vestida ella de niña, en la India, le dijo. Nandana se sentía como una tonta con aquel conjunto, sobre todo porque había tenido que trenzarse el pelo y ponerse flores en la trenza, y además un adhesivo redondo en la frente como el que su madre se ponía con un sari. Pero luego, cuando sus amigas y la señora Lipsky le dijeron que le quedaba fenomenal, se puso más contenta. Todas querían ponerse adhesivos en la frente, y en la siguiente ocasión que su madre fue a la tienda india de la Calle Mayor, compró un paquete de puntos de fieltro multicolores para Nandana y sus amigas.

En cuanto a su abuelo, a Nandana no le gustaba. Hacía llorar a su madre.

5

Imágenes en un espejo

Putti estaba sentada en la veranda, mirando en silencio a su hermano mientras este empujaba el escúter hasta las verjas cerradas de Casa Grande. Se preguntó si no debería entrar y hacerle compañía a Nirmala. Pensó en Maya y la tristeza la embargó. ¿Cómo es que Sripathi la había borrado de su vida de aquella manera? Sí, era verdad que ella había deshonrado a la familia, pero había personas que hacían cosas aún peores.

Al lado, en la casa de Munnuswamy, la vaca Manjula, atada a una de las columnas del pórtico, mugió y meneó la cola espantando las moscas. Su becerra recién nacida se tambaleaba alrededor, dando cabezadas contra la ubre hinchada de la madre. La vaca interrumpió su rumia para lamer a la becerra. La legislación vigente prohibía tener ganado en las zonas residenciales, pero Munnuswamy había encontrado la manera de esquivarla.

Cuando Putti era pequeña, Munnuswamy solía ir a su casa una vez a la semana con una guadaña para cortar las hierbas del jardín, que le servían de forraje para las vacas. A cambio, ataba el jazmín, podaba los rosales y arrancaba las malas hierbas de las tablas de hortalizas. Iba siempre acompañado de su hijo Gopala, un chico atrevido y escandaloso que vestía unos raídos pantalones cortos, heredados de algún cliente de su padre. Gopala, que tenía un año o dos más que Putti, se subía a los árboles y se ponía a comer la fruta. Cuando ella le amenazaba con decírselo a Ammayya, él le ponía caras de monstruo desde lo alto del árbol. Silbaba las melodías de

películas y sabía imitar el reclamo de los pájaros. Una vez, ella lo pilló orinando contra la parte más alejada de la tapia que cercaba el recinto, y se había quedado mirando en silencio y con ojos muy abiertos el arco que formaba el líquido dorado, desde los dedos de él hasta la hierba menuda al pie del muro.

Nunca hubiera imaginado que Munnuswamy y Gopala acabarían viviendo en la casa de al lado; que, además de tener éxito en los negocios, Munnuswamy llegaría a ser miembro de la Asamblea Legislativa. De un lechero de maneras serviles con profundas grietas en los calcañares de tanto ir descalzo de casa en casa con las vacas, se había convertido en un personaje arrogante y poderoso, con dos relucientes coches siempre a la puerta de su casa. Sin embargo, aún iba descalzo.

—La tierra es mi madre —les decía a sus votantes—. ¿Cómo va a insultarla un vaquero como yo poniéndose zapatos?

A veces aludía irónicamente a un ministro joven del partido de la oposición, diciendo:

—*Appapa*, yo no tengo dinero para llevar mocasines Gucci y ropa cara, como ese joven delfín. Cuando mis compatriotas no tienen ni para comer, ¿voy a gastar dinero en algo tan inútil como unos zapatos?

El negocio lechero de Munnuswamy era también conocido por los servicios que prestaba en el ramo de las alteraciones del orden, y que se ofrecían a cualquier partido político a unos precios tan razonables como la leche que continuaba vendiendo a los antiguos clientes. Los «muchachos» de Munnuswamy —un eufemismo con el que la gente se refería a la horda de gorilas que trabajaban para él— se especializaban en la conflictividad religiosa, en huelgas de hambre hasta la muerte (o al menos hasta que llegaba la prensa) y en los escuadrones suicidas. Los servicios que prestaban eran solicitados sobre todo durante los periodos de campaña electoral, cuando los partidos políticos estaban dispuestos a recurrir a tácticas extremas para conseguir votos. Si, por ejemplo, un partido necesitaba votos de los musulmanes, los «muchachos» propagaban entre la población musulmana unos rumores sobre la violencia que planeaba contra ellos un partido hindú y agitaban a los furiosos hasta el motín con la misma facilidad con la que batían

mantequilla. Y si eran los hindúes quienes necesitaban un meneo, los «muchachos» atropellaban a una vaca o dos y echaban la culpa del desafuero a un camionero musulmán. Los escuadrones suicidas de Munnuswamy amenazaban con volarse a sí mismos en paradas de autobuses muy concurridas, y los agitadores reunían a jóvenes airados para que parasen el tráfico y generasen desorden. Algunos de los «muchachos» vivían con la familia Munnuswamy y hacían recados o ayudaban en tareas de la casa. A Putti le fascinaba uno de ellos, un joven llamado Ishwara que producía una impresión de intensa violencia contenida y que era famoso por los sueños que tenía. Una mañana, poco después de que en el Ayuntamiento se hubiese cursado una queja contra su patrón sobre la tenencia de ganado en zonas residenciales, se levantó de la cama y, yendo hacia la vaca Manjula, la besó en la frente, la engalanó con flores de hibisco y polvos de bermellón, y declaró que era la piadosa hermana de Munnuswamy, muerta de tifus veinte años antes. Fue él quien, en beneficio de la Mahashakti Dal hindú, una fanática organización religiosa, soñó que una piedra que formaba parte de los bienes de una mezquita de la ciudad contenía la uña del dedo del pie del Señor Shiva. Y para equilibrar la balanza, descubrió un cabello de la cabeza de un santo musulmán en el interior del tronco de un árbol añoso que crecía en el prado de un rico granjero hindú.

La última hazaña de los «muchachos» fue el incidente relativo al Concurso Internacional de Belleza de Madrás, organizado para poner a Munnuswamy en la primera plana de todos los periódicos nacionales. Anteriormente ya se había declarado en huelga de hambre para protestar por la exhibición de cuerpos femeninos ataviados solo en traje de baño, pero la huelga había atraído a un solo reportero del *Toturpuram Chronicle*. Los de la prensa nacional estaban en las playas de Goa, donde hacían las fotos previas al concurso y acercaban magnetófonos a las bellezas en bikini llegadas de todas partes del mundo, que les daban encantadas sus impresiones de la India. Munnuswamy envió allí a un grupo de fervorosas mujeres jóvenes, vestidas con blusas de manga larga y sobrios saris, para que se tendieran sobre el escenario que había sido levantado expresamente para el concurso de belleza. Las mujeres amenazaron con quemarse a lo bonzo después de tomarse

una dosis doble de cianuro, con hacer estallar bombas entre el público y con tomar como rehenes a las concursantes hasta que sus peticiones fuesen atendidas. Estas peticiones no llegaron a formularse pero nadie se percató de esta omisión, y los chicos de la prensa llegaron como una bandada de cuervos, deseosos de captar aquella fascinante combinación de violencia, política y belleza. Munnuswamy fue fotografiado varias veces de pie junto a una histérica joven que sostenía una granada. Con la otra mano agarraba un megáfono y gritaba con lágrimas en los ojos que todos los habitantes del país habían abandonado los valores indios para adoptar los norteamericanos, excepto el honorable diputado que tenía a su lado, el cual seguía fiel a todo lo bueno y decente. Según creencia general, el genio creativo que se ocultaba tras estos actos destructivos y vandálicos era Gopala, que se había convertido en un hombre apuesto y de mirada apasionada. Había estado casado una vez. Su mujer había muerto de parto y él no había vuelto a casarse. Desde que era viudo, su madre había hecho desfilar a cantidad de mujeres delante de él. Le rogaba que le diese nietos, criaturas que en el futuro heredasen la fortuna de Munnuswamy.

Ahora el hijo del lechero apareció de pronto en la veranda, vestido solo con los pantalones cortos de algodón a rayas que usaban los labriegos. Putti se sonrojó al ver su cuerpo moreno y tenso, fuerte y tostado como el café Mysore. Se mantenía erguido. Los brazos le salían de los anchos hombros como ramas vigorosas y tenía las piernas, algo separadas, firmemente plantadas en el suelo. Le hablaba a la ternera en un suave murmullo. Con la mano derecha se frotó distraídamente el vello rizado y gris del pecho. Putti se lo quedó mirando unos momentos y luego, avergonzada, se metió en la casa antes de que Gopala la pillase observándolo.

Cuando Putti entró en casa, Ammayya estaba aún sentada a la entrada de su dormitorio.

—Hija mía, ¿estabas al sol? —preguntó, levantando los ojos del periódico al que había estado echando un vistazo.

Leía todos los días el ejemplar de *The Hindu* perteneciente a Sripathi, así como los diarios locales que le prestaba semanalmente un matrimonio joven que vivía en el bloque de pisos de enfrente. Ambos eran abogados, miembros de la nueva casta de indios

dinámicos y prósperos cuya confianza en sí mismos y cuya tendencia a tirar las cosas después de usarlas una sola vez dejaban perpleja a Putti. Secretamente los envidiaba. No parecía importarles que Ammayya no les devolviese los periódicos. La anciana los repasaba durante largos ratos, con la nariz a pocos centímetros del papel. Luego los almacenaba debajo de su cama —los que estaban en tamil en el lado de Putti, los ingleses en el suyo— antes de vendérselos al trapero con una sensación de triunfo por ganar algo de dinero con las pertenencias de otros.

—No es bueno para la piel, ¿cuántas veces te lo he dicho? —dijo, mirando a su hija con ojos de miope—. ¿Te pasa algo? Tienes mala cara. Quizá podríamos ir a que el doctor Menon te recete algo. Vayamos ahora, antes de que haga demasiado calor. A la vuelta, podemos hacer un alto en la biblioteca. La señorita Chintamani me dijo que el nuevo libro de K. Sarojamma le llegaría hoy.

—Estaba en la veranda —contestó Putti, pasando junto a la silla de su madre y entrando en el oscuro dormitorio que compartían—. No me pasa nada y no quiero ir a ningún sitio. ¿Cómo puedes pensar en salir cuando acaba de pasarnos una desgracia?

—¡Uf, uf, uf! —exclamó Ammayya—. Yo solo pensaba en ti, hija mía. Por dentro estoy deshecha. Mi nieta está muerta y yo, en cambio, estoy viva. ¿Por qué el Señor Yama no se me llevará a mí?

Putti deseó que su madre no empezase con uno de sus números dramáticos. Ammayya rompía a llorar en cualquier momento: en bodas, funerales y celebraciones de nacimientos; cuando no se salía con la suya; cuando se aburría o quería que le prestasen atención o que la compadeciesen; y cuando quería hacer el papel de viuda sufrida y resignada. Dominaba todo un repertorio de escenas. Después de vivir con ella durante varias décadas, Putti creía conocerlo en su totalidad, pero en ocasiones Ammayya aún era capaz de sorprenderla. El número de la mártir era el que irritaba más a los otros, aunque el de reina de tragedia era el que sabía bordar. Ambos se acompañaban de abundantes lágrimas y de las pausas elocuentes que hacía entre las frases copiadas de las tórridas novelas en *kannada*, que leía gracias a la señorita Chintamani. Putti entendía confusamente la necesidad que su madre tenía de atención, el miedo y la soledad crecientes de la anciana. Pero hoy,

con la mente extrañamente alborotada, hizo caso omiso a Ammayya en lugar de ofrecerse a hacerle un masaje en el cuero cabelludo con aceite caliente o a mirar con ella viejas fotografías o a llevarla a la biblioteca.

Se sentó delante del espejo belga heredado de su tatarabuela por parte de su difunto padre y, con humor melancólico, empezó a desenredarse el pelo húmedo con los dedos. El espejo tenía una superficie plateada donde se habían formado minúsculas ampollas, algunos de sus trozos estaban amarillos por los años de estar en contacto con el aire de mar y, en fin, solo devolvía un reflejo borroso. Era un espejo del que hubieran debido desprenderse años atrás, pero Ammayya no era partidaria de gastarse un *paisa* más de lo necesario para ir tirando. Narasimha Rao, el padre al que Putti solo conocía por los recuerdos de otras personas, le había robado tantas cosas a Ammayya que esta se aferraba a todo lo que le había dejado. De manera que el espejo seguía en el cuarto, ocultando en su manchada superficie las arruguitas que enmarañaban la piel alrededor de la boca de Putti, la arruga vertical que empezaba a formar un surco en su frente y la expresión de ansiedad que tenía en los ojos y que iba aumentando a medida que pasaban los años. La bombilla de veinte vatios, empañada de vapores provenientes de la cocina, contribuía también a ocultar la verdad y a darle a Putti la impresión de que era aún joven y atractiva, y merecedora, como le aseguraba siempre su madre, de un pretendiente principesco, de un marido tipo Rishi Kapoor, la estrella de cine. La bombilla era otra de las medidas que había tomado Ammayya para economizar. Unos años antes había comprado una gran cantidad de ellas, a una cuarta parte de su precio, a un pequeño tendero cuyo negocio quebró. En la casa tenían que ir gastándolas hasta agotar la provisión. Cuando Putti se miraba, veía solo unos pómulos altos y redondeados a ambos lados de una nariz esbelta (rasgos propios de la belleza perfecta, según le había dicho la señorita Chintamani basándose en la opinión de su revista de modas favorita), y unos labios protuberantes tapándole unos incisivos que se solapaban. Tenía el cabello negro como el azabache y reluciente de brillantina perfumada; unos ojos menos grandes de lo que ella hubiese querido adquirían aspecto dramático gracias al abundante *kohl* que se ponía

alrededor. Pero no siempre tenían el mismo tamaño, pues Putti apenas se veía la cara en el espejo oscuro y corroído. Claro que hubiese podido abrir las contraventanas —había dos ventanas grandes— pero Ammayya le había advertido sobre los peligros de la exposición al sol. «Puttamma, cariño, escúchame, yo he vivido mucho más que tú y lo sé. La luz hace que la piel se oscurezca y se reseque. Y el pelo se te volverá completamente blanco. Entonces, dime, ¿quién querrá casarse contigo? Además, ¡supongo que no quieres que todos los vagos del barrio te contemplen a sus anchas!». Especialmente gente como Gopala, el de al lado, o la pandilla de rufianes que destilaban bebidas espiritosas en el solar que había detrás de Casa Grande y enterraban el maldito licor para que fermentase, con lo cual el aire se llenaba del hedor a arroz podrido. Nunca se sabía lo que aquellos maleantes podrían hacer, dijo la anciana, aun teniendo las ventanas bien cerradas. ¿Serían capaces quizá de romperlas, si los vapores alcohólicos se les subían a la cabeza? Cualquier cosa era posible. A veces, por las noches, despierta al lado de su madre que roncaba, Putti oía voces y risas amortiguadas por la distancia y las ventanas, y notaba un escalofrío voluptuoso al imaginar a aquellos hombres rudos entrando violentamente por las ventanas para mirarla dándose vueltas en cama.

En las profundidades del espejo, más allá de su propia imagen, Putti veía el enorme lecho de palisandro tallado que compartía con Ammayya. El mosquitero colgaba sobre él como una nube gris. Necesitaban uno nuevo; este había sido remendado tantas veces que parecía el sudario de un mendigo. Pero su madre estaba obsesionada con ahorrar, con guardar. Todo lo consideraba necesario: trocitos de hilo recogidos de la calle, que acababa convirtiendo en ovillos multicolores; clavos, tuercas y tornillos que recolectaba al caminar pesadamente hacia el templo, hacia el dispensario del doctor Menon o hacia la biblioteca de préstamo; retales que obtenía con súplicas de los dos sastres que había en la calle, y que, ordenados por colores, almacenaba en sacos de yute que antaño habían contenido arroz; tubos de bicicleta desechados, si tenía la suerte de encontrarlos antes de que lo hiciera el ayudante del taller de mecánica Karim. A Nirmala no le dejaba tirar las

camisetas viejas de Sripathi o Arun; ella las cortaba a trozos para que Koti las aprovechase como trapos de limpieza. Si solo estaban desgastadas por la parte inferior, Ammayya las acortaba unos centímetros y se las ponía como sostenes. Los pantalones raídos se convertían en bolsas de la compra, las enaguas en manteles y los saris eran cortinas en potencia. «Sí, Ammayya lo conserva todo —pensó Putti con amargura—, todo… incluyéndome a mí».

Vista desde fuera, Putti parecía plácida como una vaca bien ordeñada, pero en su interior hervía un mar de deseo que hubiese escandalizado a su madre. Notaba cómo la frustración se le iba acumulando como el calor dentro de una olla a presión. No hacía mucho se había dado cuenta —muy despacio, sin poderlo creer al principio— de que su madre no tenía intención de dejarla casarse. Cada vez que Ammayya rechazaba un pretendiente de los sugeridos por Gowramma, insistía en que lo hacía solo porque quería lo mejor para su hija. Cinco años antes, por ejemplo, se trató de un profesor que daba clases de Ciencias Políticas en la Universidad de Madrás. Putti tenía entonces treinta y siete años y él cuarenta. A Putti le gustó la idea de ser la mujer de un profesor, de que los alumnos llamasen respetuosamente a la puerta de su casa para aclarar dudas en época de exámenes. Ya estaba medio enamorada de los ojos tristes del profesor, atrapados detrás de unas gafas con montura metálica, de sus hombros estrechos y del hábito que tenía de apartarse de la frente un mechón rebelde con la palma de la mano, cuando Ammayya tuvo una horrible premonición acerca de él.

—Lo veo echado en el suelo, herido y sangrando, y es que algunos estudiantes le tiraron piedras al pobre hombre. ¡Buf! ¡Cuánta violencia hay en el mundo,
Rama-Rama
!

—Ammayya, es un hombre muy amable. ¿Por qué iban a volverse contra él sus alumnos? ¿Por qué iban a atacarle?

—La violencia se está apoderando de este país. ¿Qué se le va a hacer? —dijo Ammayya con un suspiro—. Precisamente la semana pasada leí que un chico fue a examinarse llevando un cuchillo de dos palmos y que se lo clavó al celador que se opuso a que copiara.

También hubo un joven ingeniero de América al que Ammayya

no aceptó porque había oído decir que los extranjeros ya tenían esposas blancas y usaban a sus esposas indias como criadas. Un médico de Bangalore fue rechazado porque Ammayya temía que muriese de alguna enfermedad contagiada por algún paciente, dejando viuda a Putti. Los hombres de negocios eran estafadores que acabarían en la cárcel por sus turbios manejos.

—Y el patólogo de Bombay —había dicho Ammayya, haciendo añicos las esperanzas de Putti de instalarse en la costa oeste de la India, lejos de su madre—, ese hombre tiene un labio leporino debajo del bigote. ¿Por qué, si no, escondería la boca que Dios le dio detrás de una pelambrera? ¿Quieres traer al mundo una prole de niños con labios leporinos?

Putti había recibido la instrucción escolar en casa, de una mujer angloindia llamada Rose Hicks, exdirectora de un colegio que ya no existía. Lo de las clases particulares, aparte de tener connotaciones selectas, le resultaba atractivo a Ammayya porque salía mucho más barato que la escolarización. No se necesitaba uniforme ni había que gastar un dineral en libros de texto. Putti podía adquirir conocimientos hasta vestida con ropa interior. Los Consejos Escolares también tenían la mala costumbre de hurgar en los bolsillos de los padres cuando había que reemplazar sillas o pupitres, comprar ventiladores de techo, construir un ala nueva para los laboratorios de ciencia… la lista era interminable. Por no hablar de los profesores a quienes había que aplacar con regalos durante las Navidades y Deepavali.[7] Cuando Putti sí salía de casa, para ir al médico ayurvédico[8] (a causa de la tos que cogía todos los años después de las lluvias, cuando la humedad de las paredes y el suelo de la casa se le metía en los pulmones) o al templo para hacer rogativas cada vez más apremiantes al Señor Krishna para que le concediese un marido muy muy muy pronto, quedaba aturdida por el ritmo acelerado al que ocurrían las cosas a su alrededor. Coches, teléfonos, ordenadores… Todo para acelerar la vida. ¿Por qué tenía la gente que apresurarse tanto? ¿Adónde iban tan deprisa más que al final de sus vidas, destino que era común a todos los seres vivientes? Y sin embargo… Sin embargo, había algo de estimulante en este mundo novísimo, inestable, de alta tecnología, que se arremolinaba como un estanque mágico justo

fuera de su alcance, y pensó con melancolía que le gustaría mojar los dedos en él. Una vez, sintiéndose frustrada por las continuas novedades del mundo que se desarrollaba de puertas afuera y por la conciencia de que ella estaba siempre desfasada respecto a él, Putti había mencionado tímidamente la posibilidad de dar clase en la guardería que habían abierto a dos bocacalles de distancia. Había visto en el periódico local un anuncio en el que solicitaban personal para trabajar parte de la jornada. No pedían más requisitos que la capacidad de tratar con cariño a los niños.

—No, no, mi niña —dijo Ammayya—. La gente se pensará que eres una mujer fácil… Solo ese tipo de mujer trabaja fuera de casa. Tú eres la hija de un hombre importante, aunque esté muerto, y has nacido en una familia decente. Tú no saldrás de casa para ganar dinero. Pronto encontraremos un buen chico para ti, *Deo volente*.

Putti tenía a veces la desesperante sensación de estar ahogándose en el amor ávido de su madre, como una mosca que se debatiese en vano para salir de la melaza en la que había caído. Y en esas noches, despierta durante varias horas después de que Ammayya se hubiese ya dormido, miraba lóbregamente la protuberante elevación que formaba la cadera izquierda de la vieja, visible a la tenue luz del rayo de una lámpara callejera que había conseguido introducirse por entre las ventanas cerradas, y la mano arrugada y cargada de anillos que descansaba sobre la cadera como frenando su crecimiento. Esperaba hasta que las respiraciones de su madre se convertían en ronquidos. Entonces deslizaba una mano por la cintura de su combinación, más allá del vientre y hasta la vedija de vello púbico, y el aroma de su anhelo se elevaba poco a poco en la habitación cerrada donde había nacido y donde todo indicaba que iba a morir.

Se levantó de repente, incapaz de soportar el espejo y el cuarto herméticamente cerrado ni un minuto más, y salió corriendo al tiempo que Ammayya la llamaba alarmada. Apenas se percató de que Sripathi había entrado y casi topó con él al dirigirse hacia la escalera. Subió los peldaños de dos en dos hasta llegar jadeante a la amplia azotea que había encima de la casa. Se apoyó en el

antepecho de la pared y sorbió ávidamente el aire fresco. Bajo ella se extendía el descuidado jardín trasero, con su pequeño bosque de arbustos verde-marrón apiñados como enanos peludos, unos árboles abrumados bajo el peso de la fruta podrida, y las enredaderas de jazmín que trepaban sin estorbo por todas partes y cuyas flores llenaban el aire de una fragancia embriagadora. Aquella fragancia desataba en Putti una especie de añoranza. La cabeza le zumbaba con pensamientos y ocurrencias que habría querido proclamar a voces. Ansiaba unir su voz a los sonidos del aire.

Ammayya se apoyó en el respaldo de la silla y se abanicó vigorosamente con la revista enrollada que había estado leyendo. La corriente eléctrica había fallado, como solía a esas horas, e incluso dentro de la casa hacía un calor pegajoso que resultaba insoportable. La anciana se levantó el sari hasta donde se lo permitía la decencia y se abanicó entre las piernas. Había dejado de ponerse bragas mucho tiempo atrás y, aunque la publicación creaba una agradable corriente de aire en la zona de su horcajadura, también aventaba un ligero olor a orina. Estaba sorprendida y dolida por la reacción de Putti. ¿Qué le pasaba a la muchacha?, se preguntó con inquietud. ¿Tanto la había afectado la muerte de Maya? Sí, era cierto que Putti había querido mucho a su sobrina. La había tratado como a una hermana pequeña, había esperado con ilusión aquellas cartas que Maya enviaba a Nirmala, llenas de detalles de una vida lejana y exótica. Pero no, había alguna otra cosa que alteraba a la chica. Un súbito miedo se apoderó de Ammayya. Putti era la persona que birlaba pequeñas golosinas para llevárselas cuando a ella le cogía el ansia de comer algo dulce, la persona que se sentaba a escuchar sus enmarañadas historias de parientes vivos y muertos, la que hacía sentir a Ammayya que todavía existía.

—Ammayya —le decía pacientemente la muchacha—, cuéntame otra vez lo de las perlas robadas de Kunjoor Mohana. —O bien—: Madrecita querida, ¿te acuerdas de aquella historia que contabas del fantasma de casa de Kashinatha? ¿Me la puedes contar otra vez? ¡Era tan graciosa!

«Podré ser un vejestorio y no tener dientes —pensó Ammayya inexorable—, pero aún no soy un cadáver. Y mientras tenga la cabeza clara, mi hija será mía». Se levantó de la silla, sacando sus grandes caderas de ella como un flan de una flanera, y erró por la habitación, deteniéndose a mirar las grandes fotografías de su difunto marido que colgaban de todas las paredes.

—¿Te has fijado —le preguntó a su foto preferida, una que mostraba a Narasimha de joven, muy gallardo con un traje— en cómo se niega a mirarme a la cara? Está ocultando algo, lo sé. Mi corazón de madre me lo dice.

Ammayya charlaba a menudo con las imágenes desvaídas de su esposo. Desde su muerte le había hablado más que durante los veintiséis años de matrimonio. Le hacía preguntas y las contestaba ella misma, y de vez en cuando discutía para dar visos de verosimilitud al intercambio verbal. Se quejaba a su marido de Sripathi y de lo decepcionante que era como hijo. Le había explicado regocijadamente la traición de Maya.

—Le está bien empleado a Sripathi —observó—. La mimó demasiado. Eso es lo que pasa cuando se da demasiada libertad a los hijos. En cambio, mira nuestra Putti, qué buena chica es. Siempre cuidará de mí, estoy segura.

También se quejaba de Arun, que se burlaba de sus normas de casta e insistía en trepar por la escalera de hierro forjado que había en la pared trasera de la casa. Era una escalera de caracol que llevaba al cuarto de baño de arriba y que debía ser utilizada solo por Rojamma, el hombre que limpiaba los aseos. Y también se inquietaba por su propia salud, pues temía acabar demasiado débil como para poder levantarse siquiera de la cama.

—Tengo malas noticias —le dijo ahora a la foto en la que Narasimha Rao le estrechaba la mano a Jawaharlal Nehru—. Maya ha muerto. Según dicen, murió en un accidente de carretera. Por qué estas chicas han de conducir coches, solo Dios lo sabe. Su hija vendrá a vivir aquí. ¿Qué haremos con una niña pequeña? —Y la anciana se sentó al borde de la cama, agotada por el esfuerzo de andar cojeando por la habitación.

La vista de Ammayya, que aún era aguda, fue a parar a una fotografía de sí misma vestida de novia. Ella estaba de pie detrás de

Narasimha, y él estaba sentado en una silla, muy alto y muy tieso. El fotógrafo los había colocado en la pose tradicional y contra el fondo de un cuadro que representaba una cascada. La novia llevaba el *pallu* del sari, cuya pasamanería de oro se veía incluso en aquella foto amarillenta, cubriéndole los dos hombros. Llevaba varios collares alrededor del fino cuello, botones de nariz a ambos lados de la suya, un ancho cinturón dorado, incrustado de piedras preciosas, alrededor de una cintura delgada y virginal, y joyas en el cabello. Los ojos tenían una expresión asustada. Ammayya recordó que solo tenía trece años en aquella fotografía. Narasimha tenía veintitrés. Recordaba el día en que él había ido a casa de su padre, en Coimbatore, y el berrinche que había cogido ella al saber que tendría que casarse en vez de seguir yendo al colegio. Su padre se había reído indulgentemente de ella, su única hija, y la mandó vestirse de gala. Su madre la había envuelto en un sari de seda tan recargado de oro que el cuerpo de pimpollo de la muchacha se inclinaba bajo el peso. Y cuando vio al hombre, enorme y moreno, con el que tenía que casarse, se negó a presentarse ante él. Escapó de las manos de su exasperada madre y se escondió detrás de una de las columnas de la veranda. Más tarde, después de la boda, mientras Narasimha la desnudaba impaciente, le dijo que había estado a punto de rechazarla, de decirle a su padre que no. Pero entonces vio el pie de ella asomando tras la columna, un pie delgado y bellamente arqueado, de color claro como el sándalo, con el tobillo ceñido por una filigrana de plata. Un pie tan bonito, se dijo Narasimha Rao, por fuerza tenía que pertenecer a una *apsara*, a una ninfa celestial. Y así, poseído por la necesidad de obtener a la dueña de ese pie, había insistido en casarse con ella.

Ella, por su parte, le tenía miedo a Narasimha, a pesar de que él la halagaba con su vehemente deseo y la mimaba regalándole continuamente saris y joyas. Sentía asco cuando el peludo cuerpo de él caía encima del suyo y cuando el olor del acto sexual le llenaba las narices. Y después de que él se despegase de ella, dejándole un residuo pegajoso entre los muslos estremecidos, se acurrucaba abatida, procurando no hacer caso del dolor que notaba en su interior. Tardó un año en comprender que esta invasión dolorosa era de alguna forma responsable de que el cuerpo se le hinchase

como un globo; que después de varios meses de vómitos, insomnio e incomodidad, durante los cuales sus parientes la mimaban y la felicitaban por su fecundidad, daría a luz un niño. Le sucedió seis veces: o bien la criatura aparecía ya muerta o nacía tan enfermiza que se marchitaba y moría en cuanto el aire le daba en la piel llena de arrugas. La gente empezó a murmurar que
Yama-raja
, el Señor de la Muerte, se había levantado un altar en la resonante oscuridad del vientre de la muchacha.

Tras el nacimiento de la sexta criatura, Ammayya se dio cuenta de que Narasimha ya no acudía tan a menudo a su lecho. Descubrió que había tomado una amante. Cuando corrió a casa de su madre, llorando y muy enfadada, se le dijo que debería estar orgullosa de tener un marido que podía permitirse el mantener a dos mujeres.

—¿Por qué he de estar orgullosa? —le había preguntado, suplicante, a su madre—. ¿Cómo ha podido abandonarme así?

Y su madre le había dicho que no fuese niña, que dejara de comportarse como una criatura.

—¿De qué manera te ha abandonado? —le había dicho en tono de riña—. Te trata como a una reina. Tienes toda la ropa que quieres, joyas, una casa grande…

Ammayya se sintió traicionada. Ahora, todos los martes (día que él tenía destinado a cubrirla con su grueso cuerpo), le repugnaba pensar que había yacido igual con otra mujer. Cuando él se apartaba, ella corría al cuarto de baño y se arrancaba el viejo sari de algodón y la blusa amplia que se ponía para dormir y que su marido no se había tomado la molestia de quitarle. Se echaba encima un jarro de agua tras otro, tiritando de frío, y se restregaba entre las piernas con jabón y una esponja de lufa que rascaba mucho y le laceraba la piel. Pero las otras seis noches pensaba con tristeza que si ella fuese una esposa perfecta, Narasimha tal vez decidiese no volver con su amante. Y para ser una esposa perfecta tenía que darle un hijo vivo.

Ammayya empezó a rezar sin falta tres veces al día. Observaba los muchos rituales que los Shastras[9] prescribían a una buena esposa. Ayunaba dos veces a la semana y, a partir del sexto embarazo, tres veces. Ya no era una jovencita frívola y traviesa sino

una fanática que aterraba a las criadas con sus exigencias de limpieza y de pureza en la casa donde todo había empezado a oler al sexo de Narasimha. La virtud de Ammayya era despótica. Incluso Shantamma, que había perdido los miedos, estaba un poco intimidada con la inflexible rectitud de su nuera.

Cuando nació Sripathi, Ammayya solo tenía veintitrés años. Aguardó a que el amor la arrebatase pero nada sucedió en su interior: no sentía nada por el diminuto niño de nariz grande y orejas enormes. Asombrada de que sobreviviese un año, y luego otro, y otro más, empezó a vigilarlo estrechamente, a seguirle por todas partes para asegurarse de que estaba a salvo. No quería que fuese al colegio, pero Narasimha impuso su criterio. Hicieron que un criado acompañase a Sripathi a todas partes, como una segunda sombra. Aunque Ammayya no experimentaba por el niño más sentimiento que el miedo a que muriese, empezó a levantar castillos en el aire acerca de su futuro, pues él sería quien la mantuviese cuando fuese vieja. Sería un famoso cardiólogo, un juez del Tribunal Supremo o un miembro del cuerpo diplomático. Participaba anhelosamente en los esfuerzos de Narasimha por que Sripathi se aprendiese la *Encyclopaedia Britannica* de cabo a rabo, pero ella se encogía de miedo cada vez que el niño, con su ignorancia, provocaba la ira del padre. Sufría por él no porque lo amase sino porque temía que los fuertes manotazos de Narasimha dañasen el cerebro del chico y lo convirtiesen en un vegetal. El amor era un derroche que no podía permitirse. Si lo gastaba en el chico no le quedaría nada para sí misma, no podría usarlo como bálsamo de las heridas que le infligía Narasimha. Además, el chico se haría un hombre y se aprovecharía del afecto de su madre como antes le había chupado los pechos hasta dejárselos secos; cuando hubiese obtenido bastante, la rechazaría como a una piel de naranja. Los hombres siempre tomaban mucho y daban muy poco a cambio.

Después del nacimiento de Sripathi, cuando Ammayya veía a su marido cambiarse el *shalya* de seda de un hombro al otro antes de marcharse a casa de su amante al atardecer, no se sentía tan desgraciada y enojada como antes. Sin embargo, no abandonó sus rigurosas costumbres brahmánicas. En todo caso, para asegurarse de

que los dioses protegían a Sripathi y lo mantenían en buen estado de salud, rezaba aún más intensamente, y también se volvió más exigente con los rituales de purificación.

Unos meses antes de la muerte de Narasimha, Ammayya descubrió por un pariente, administrador en el Banco de Toturpuram, que el dinero que su marido gastaba tan pródigamente era dinero prestado. Además de mantener a una prostituta, se enteró de que iba al hipódromo de Bangalore una vez al mes, cuando ella creía que viajaba por negocios. Fue más o menos por entonces cuando descubrió que estaba embarazada de nuevo. Guardó todas sus joyas bajo llave en un baúl y lo metió debajo de la enorme cama de columnas que muy de tarde en tarde compartía con su marido. Cuatro meses antes de que naciera Putti, a Narasimha Rao lo mató un toro rabioso que, bajando como un ciclón por Andaal Street, fue en línea recta hasta él. Le hizo trizas el hígado y un riñón y lo dejó sangrando en la cuneta, a pocos metros de la casa de su amante.

Pocos meses después, cuando nació su hija, Ammayya encendió una lámpara de plata en el Templo de Krishna para conmemorar los regalos gemelos de la vida y la muerte que había recibido, y a partir de entonces repetía la ceremonia una vez al mes. Era el único lujo que la avarienta señora se permitía.

Ammayya se balanceaba en la cama con un movimiento de vaivén, sorbiéndose las encías desdentadas. Su nieta había muerto. El hecho no la afectaba de manera especial, ni en un sentido ni en otro. Las personas nacían y morían. Era triste que Maya hubiese muerto tan joven, pero estas cosas pasaban, eran parte de la vida. Ponderó los cambios que seguramente se producirían en la casa y no estaba segura de que fuesen de su agrado. Ammayya se refugiaba en el pasado, en rituales y tradiciones, y la perspectiva de cualquier cambio la aterrorizaba. Conocía a su hijo. Traería a la hija de Maya a la India. Solo esperaba no verse directamente afectada por la llegada de la niña. «A mi edad —pensó malhumoradamente— nadie tiene derecho a trastornarme la rutina cotidiana». Hurgó bajo la cama con el bastón que usaba para caminar y en seguida se topó

con el baúl. La sólida presencia del objeto la tranquilizaba. Ese era su plan de seguro, ahí estaban las joyas que no llevaba encima. Tenía más joyas, le dijo a Putti, que la reina de Inglaterra.

—Las joyas de esa reina son joyas robadas a otros. Estas, en cambio, me las regaló tu padre —puntualizaba Ammayya—. Además, las mías son de una calidad superior. Te digo que nadie tiene unos rubíes birmanos como estos, más rojos que la sangre y de primerísima calidad. Y los diamantes de reflejos azulados vienen de lo más oscuro y profundo de la tierra. Han acumulado la luz durante tantos millones de años que mirarlos es como mirar el centro del sol.

El baúl también contenía monedas de oro y lingotes de plata, y cada uno de ellos estaba envuelto en tiras de paño suave para evitar que se desprendiese ni el menor polvillo de oro. Ammayya había descubierto que las orillas de los viejos saris de seda eran de alambre de plata al que se había dado un baño de oro, y que este podía fundirse en barras. Hasta que hizo ese trascendental descubrimiento, cambiaba los saris viejos al *raddhi-wallah* por ollas y potes de acero inoxidable que se iban acumulando en el armario de la esquina del cuarto. Regateaba interminablemente con él y, al final, fingía la derrota.

—Muy bien, *baba*, muy bien —decía con un suspiro, alegrándose para sus adentros del número de ollas y potes que le había arrancado a cambio de los saris rotos—. Lléveselos todos. A mí ya no me quedan fuerzas para discutir. Y además, ¿qué voy a hacer con tantos *dabbas*? Ya me queda poco por vivir. ¿Podré llevármelos conmigo acaso?

Y mientras tanto, para sus adentros, se prometía que sí, que se lo llevaría todo consigo. Todo lo que ardiese en la pira funeraria sería destruido junto con su cuerpo. En cuanto al resto, insistiría en que todos sus objetos de valor fuesen enterrados en el jardín de Casa Grande junto con sus cenizas. Lo haría poner en el testamento y, si sus hijos no lo cumplían al pie de la letra, se les aparecería después de muerta para atormentarlos. A Ammayya no le cabía duda de que sería capaz de controlar su vida futura tan eficazmente como la presente.

* * *

En la cocina de la casa blanca que estaba detrás de Safeway, Nandana oyó a la tía Kiran decirle al tío Sunny que iba a ir a su casa.

—La niña necesita ropa. Y he quedado con Mary Carlson en que ella pasaría para llevarse las plantas mientras yo esté allí. «Quiero irme a casa —pensó Nandana con ansia—, a casa a casa a casa». Se levantó de la cama, donde estaba acurrucada con sus juguetes favoritos, y corrió escaleras abajo. Se puso los zapatos tan deprisa como pudo y esperó con impaciencia cerca de la puerta de entrada.

La tía Kiran salió de la cocina y pareció sorprendida de verla allí.

—Nandu, cielo, ¿quieres algo? —preguntó.

Nandana abrazó a Moona, la vaca de trapo, y esperó a que le abriesen la puerta.

—¿Quieres salir a jugar con Anjali y sus amigas en el jardín?

Meneó la cabeza. No.

—Ah, ya entiendo, ¿quieres venir conmigo?

Sí.

Salieron por la puerta, y fueron al camino de entrada a la casa, donde estaba el coche azul de la tía Kiran. Al asiento delantero («No te olvides de ponerte el cinturón…») y rumbo a casa. Su padre se estaría preguntando adónde había ido Nandana. Seguro.

Las bocas de dragón de su madre tenían un aspecto salvaje y horrible. La planta de girasol de la maceta cercana a la puerta se había convertido en un árbol y se inclinaba hasta barrer el suelo. Cuando la tía Kiran abrió la puerta, Nandana corrió adentro ilusionada. Le pareció que la casa olía raro. Se puso a correr por ella; tocó la mesa del pasillo, donde se dejaban las revistas y las cartas, y arrastró la mano por la pared del comedor, donde su madre había colgado fotos de la familia. Acarició la voluminosa silla que estaba en una esquina del salón y que era la favorita de su padre. Nandana se aseguró de que sus cintas de vídeo seguían estando en el estante bajo el televisor, de que el ordenador de su

padre seguía estando en el pequeño cuarto de al lado, unido a su mesa de despacho por un largo cable.

Corrió escaleras arriba a su habitación, donde abrió todos los cajones de la cómoda para asegurarse de que no había desaparecido nada. Su padre había encontrado la cómoda en unos encantes. La había traído a casa en la furgoneta de un amigo, y a su madre el trasto no le había gustado nada: la pintura negra se desprendía de la madera de nogal, faltaban los tiradores y donde aún había pintura estaba muy rayada. Maya detestaba los objetos de segunda mano: conservaban el olor de los antiguos propietarios.

—En la India —dijo, cuando el padre de Nandana le tomó el pelo por tener manías— nunca aceptamos las sobras. Solo los mendigos las aceptan.

—¡Eres una esnob! —había dicho su padre—. Esto no es una sobra. Es un mueble de primera que solo necesita una capa de pintura para quedar como nuevo. Cuando le haya dado un repaso ni siquiera sabrás que es viejo.

—Yo no lo quiero.

Y su padre le había contestado:

—No es para ti. Es para esta ricura aquí presente.

Durante tres semanas dejó de lado sus libros y papeles para dedicarse a la cómoda. Primero la lijó para quitarle la pintura, luego le pasó un papel de lija más fino para alisarla, después trató la madera y la dejó lista para la pintura y, finalmente, pintó la cómoda de blanco. Entonces Nandana y él estarcieron en el mueble un dibujo de margaritas escogido por la niña. Usaron pintura amarilla para las flores y verde para las hojas. Incluso su madre estuvo de acuerdo en que la cómoda parecía casi nueva. Compró papel perfumado para forrar los cajones y le regaló a Nandana un retrato pequeño de una señora india llamada Lakshmi que tenía cuatro brazos y un rostro blanco y sonriente, y estaba sentada encima de una flor de loto con dos elefantes blancos a cada lado.

—Es una diosa —le había dicho su madre—. Siempre cuidará de ti y se encargará de que estés bien.

Y dejó el retrato bajo el papel que forraba un cajón. En los estantes de un ángulo de la habitación estaban los libros de Nandana: *El gato en el zapato, Huevos fritos con jamón*, y todos los

libros del Barrio Sésamo, Little Critters y Berenstain Bears. Su padre le había dicho que los libros tenían que tratarse con miramiento. Le diría a la tía Kiran que los empaquetase con cuidado y así no se estropearían durante el viaje a la India.

6

MAYA

En la acera de la calle, junto a la verja de Casa Grande, la vespa se puso en marcha en cuanto Sripathi le dio al pedal, de modo que su propietario, sorprendido, se la quedó mirando. El condenado trasto se había puesto en marcha a la primera.

—Parece que hoy ha habido suerte, ¿no? La mía siempre me da quebraderos de cabeza. Un día sí y otro también tengo que llevársela al mecánico, y el muy ladrón me cobra cincuenta rupias por repararla —dijo una voz teñida de autosuficiencia.

Era Balaji, el director del Banco Canara, que vivía en el bloque de apartamentos enfrente de Casa Grande. No llevaba puesto más que un *lungi* sucio y una camiseta encogida que se había enrollado bajo el pecho, a modo de neumático. Cuando a veces la llevaba desenrollada, la camiseta parecía pequeña, como si perteneciese al hijo de Balaji, que tenía ocho años. El niño llevaba ropa grande y holgada para que le sirviese durante varios años, así que tal vez padre e hijo compartiesen la ropa. La barriga de Balaji, oronda y peluda, se asentaba sobre la faja del *lungi* como un gato satisfecho, y por entre la pelusa le asomaba el ombligo. De tanto en tanto hundía su dedo índice en él y le daba vueltas diligentemente, como dándole cuerda a su estómago para el resto del día.

—¿Hoy va a trabajar más tarde? —preguntó, y su dedo explorador se trasladó del ombligo a la ventana de la nariz, y de allí a su oído izquierdo; retorció vigorosamente el dedo y examinó el hallazgo con interés.

—No, he tenido que tomarme el día libre.

Sripathi se obligó a contestar educadamente. Balaji no le era simpático. El director de banco era un sujeto pomposo que disfrutaba haciendo esperar a sus clientes a la puerta de su despacho, simplemente para darles la impresión de que estaba muy ocupado y era, por tanto, un hombre importante. Pero Sripathi tendría que ir a pedirle un préstamo muy pronto, de modo que procuró ocultar la antipatía que le inspiraba.

—¿Y usted? ¿Cómo es que se ha quedado en casa?

—Tengo insolación —dijo Balaji—. Hace demasiado calor últimamente. Las lluvias tendrían que haber llegado ya, pero no hay signo de ellas. ¡Qué problema!

Sripathi se montó en la vespa, le hizo un gesto de despedida a Balaji y se alejó en dirección a la casa de Raju Mudaliar. El vehículo agitaba el aire caliente a su paso, y la brisa le secó a Sripathi el sudor que le perlaba la frente y el labio superior. Hacía mucho bochorno. También él se preguntó por qué no aparecían las lluvias monzónicas ese año. A ambos lados de la estrecha calle por la que pasaba se elevaban los esqueletos de nuevos edificios de pisos. Aún no se había terminado una obra cuando los constructores, como un grupo de cuervos desaliñados, empezaban otra. Dejaban en la calle un revoltijo de árboles talados y los escombros de las obras, con lo que parecía tan castigada como una zona de guerra. Los camiones cargados de material flanqueaban la calle como camellos preñados, y sus conductores elevaban el nivel de los ruidos en unos cuantos decibelios con la música de las películas más recientes, que a veces tenían puesta durante toda la noche.

Cuando era niño, la calle le parecía a Sripathi ancha y enorme. En cuanto a la longitud que pudiera tener, su imaginación infantil no la calibraba siquiera. En qué callejón lamentable se había convertido en menos de diez años… Sripathi, montado en la vespa, atravesó pilas de piedra cortada cuyos filos agudos sobresalían amenazadoramente. Algunos perros callejeros y unos golfillos trepaban por unas dunas de arena desechada. Aquí y allá, el hormigón de unos charcos se había endurecido formando extrañas figuras. Las armazones de unos edificios antiguos parecían esperar las torres en forma de cajas de cerillas que iban a colocar sobre

ellas. Y sobre las ruinas del paisaje, los peones inmigrantes habían construido sus hogares con lo que habían podido aprovechar de los cubos de basura: cajas de cartón, bolsas de plástico, latas de queroseno aplanadas… Los residuos de las vidas de otros servían para crear paisajes nuevos en los contornos de la vida desahogada de las clases medias.

A pesar del desorden de su alrededor, Sripathi se alegró de estar al aire libre, fuera de la agobiante oclusión hogareña. Notó que su ira disminuía al pasar por las calles concurridas montado en el escúter.

Desde hacía nueve años Sripathi no oía la voz de Maya. Ella había telefoneado a menudo y había suplicado poder hablarle, pero él se había negado. Sus cartas llegaban con regularidad por correo aéreo, en el interior de gruesos sobres con sellos extranjeros. Sin embargo, solo las leía Nirmala, una y otra vez, poniéndoselas debajo de la almohada para remirar la bonita letra antes de irse a dormir. A menudo estaba tentado de preguntarle qué decía Maya en aquellas misivas, pero el dolor, el orgullo y la cólera se interponían y lo silenciaban. Más tarde, incluso aquella curiosidad del principio se extinguió, y con ella Sripathi enterró todo recuerdo de Maya. A veces, por costumbre, Nirmala aún comentaba en voz alta el contenido de las cartas.

—Dice que fue a esquiar sobre la nieve. Espero que no sea muy peligroso. ¿Por qué querrá probar cosas así?

O bien diría:

—Este año Alan dará unas clases. Han de dejar a la niña en una guardería. *Paapa*. Pobre criatura. Ojalá estuviera yo allí, entonces no tendrían problema.

Y él le replicaba:

—No me interesa saberlo. Si quieres seguir parloteando, vete a otra parte y déjame dormir.

Había escogido el nombre de su hija al nacer esta, pues apenas podía creer que había engendrado aquella preciosa criatura, perfectamente formada. Había pasado la noche despierto en la pequeña habitación donde estaban Nirmala y el bebé, alerta al

menor gemido, seguro de que, si él se dormía, la criatura se apagaría como una vela. Cada vez que se asomaba a la cuna para mirar la carita arrugada y encarnada, los ojos muy cerrados, las manos curvadas como conchas de color pálido, se le ocurría un nuevo nombre para ella. Latha. No, demasiado vulgar. ¿Sumitra? No, esa era la hija pequeña del rey Dasharatha. Su hija no le iría en zaga a nadie. A las dos de la madrugada tuvo una idea genial. Le pondría Yuri, el nombre del astronauta ruso que había viajado aquel año por el espacio exterior, el primer ser humano en escapar de las garras de la gravedad terráquea para pasearse entre las estrellas. «Mi hija será como él, llegará hasta las estrellas», se dijo.

Cuando Nirmala oyó el nombre, se echó a llorar.

—¿Yuri, Yuri? ¿Pero qué clase de nombre es ese? —preguntó entre sollozos, y los movimientos de la madre hicieron que el pezón se saliera de la boca de la niña, con lo cual esta se puso a llorar a su vez.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Sripathi, mientras pensaba que su mujer sería partidaria de darle a su hija un nombre igual al de millones de niñas indias, para ser como todo el mundo.

—¿Qué tiene de malo? No significa nada, eso es lo que tiene de malo. No podemos ponerle un nombre que no quiere decir nada.

—¿Cómo sabes que no quiere decir nada? ¿Sabes ruso?

—¿Ruso?

—Es el nombre de un astronauta ruso —explicó Sripathi, en el tono paciente del que habla a un niño.

—¿Estás loco? Hay miles de nombres indios, preciosos nombres hindúes formados con letras de buen augurio, y tú has de escoger uno que es extranjero. ¡Y de un país comunista, además!

—Yo creo en la filosofía del comunismo —indicó, molesto, Sripathi, pensando que le nacía su primera hija y ni siquiera podía ponerle un nombre sin discutir.

—¡No, no, no! Como si eres un turco que cree en la filosofía del budismo… —declaró Nirmala—. Yuri es horrible. Además, cuando la niña vaya al colegio los otros niños la llamarían orín, o quizá orina… Pobrecilla. Ninguna hija mía va a llevar un nombre tan feo. Tú llámala como quieras. Yo la llamaré de otra manera.

Sripathi tuvo que reconocer que su mujer tenía razón. Los niños

podían ser muy crueles y lo último que él quería era lastrar a su hija con un nombre que la perjudicase. Así que finalmente se decidió por Maya. Nirmala se mostró de acuerdo, insistiendo, sin embargo, en que le pusieran Lalitha de segundo, como su madre difunta.

Maya: espejismo. El nombre había resultado de lo más apropiado para una hija que había desaparecido de sus vidas como desaparece la espuma de la cresta de una ola. La última vez que la vio fue en el aeropuerto internacional de Madrás, adónde se habían trasladado todos para despedirla, no solo los de la familia sino también el señor P. K. Bhat, futuro suegro de Maya. Recordaba que Nirmala no hacía más que llorar. Aquella efusión de dolor le había incomodado. Él no se permitía perder el control ni siquiera en privado; consideraba que era señal de falta de dignidad. De modo que se mantuvo impasible mientras Nirmala sollozaba y sorbía por las narices, hasta que Ammayya, a la que no le gustaba sentirse excluida, estalló asimismo en llanto, lo cual, a su vez, había desencadenado el de Putti. Sripathi le dio unas palmaditas en la espalda a Maya y le dijo con seriedad algo torpe que tuviese cuidado, que estudiase mucho y que siempre hiciese honor a la familia. Pero debajo de aquel exterior sereno que tenía interés en presentar, Sripathi ocultaba a un padre lleno de orgullo. Era precisamente a su hija a quien habían concedido una prestigiosa beca en la remota América. Y lo había conseguido por méritos propios, sin la ayuda de parientes o amigos influyentes. Sripathi, que había oído a otros padres jactarse de sus hijos brillantes con una ligera sensación de envidia, ahora era uno de ellos. También él podía hablar con conocimiento de causa de visados para estudiantes, exámenes de ingreso y solicitudes de becas, y complacerse en el respeto que de pronto le mostraban los demás. «Es Sripathi Rao —imaginaba que la gente decía a su paso— el padre de Maya Rao».

De haber sabido que aquella carta en la que se le concedía el ingreso y la beca, y que le había henchido de orgullo años atrás, iba a alejar a su hija de la familia de forma tan absoluta, Sripathi jamás habría accedido a su marcha. Cuando se permitía hacer memoria, Sripathi recordaba todos los detalles de aquel día a la perfección. Era una mañana soleada y calurosa del mes de marzo, muy parecida

a la de hoy. Había llegado a casa agotado, después de intentar infructuosamente idear un anuncio rimado para una marca nueva de polvos dentífricos. Maya estaba esperándolo junto a la verja, agitando la carta y riendo de alegría. Cuánto le había halagado que eligieran a Maya para concederle la beca… Con la cantidad de alumnos brillantes que habría por todo el mundo y aquella universidad quería que acudiese precisamente su hija. Y no es que se hubiesen equivocado en la elección, de ninguna manera. ¿Cuántos niños había que empezasen a hablar con toda claridad al año y medio? ¿Cuántos había que fuesen los primeros en todas las asignaturas, desde el parvulario hasta el final de los estudios de secundaria? ¿Y que más tarde fuesen el mejor alumno de la Universidad de Madrás, y no solo en los estudios sino también en deporte, danza y música? ¿Y, por fin, cuántos había que obtuviesen una puntuación impecable en los exámenes GRE y TOEFL?[10]

Nirmala no se había entusiasmado tanto como él. Por la noche, cuando ya habían apagado la luz y estaban acostados en la gran cama de matrimonio (el único mueble de la casa que no había pertenecido a uno de sus antepasados sino que Sripathi había comprado con su propio dinero), le manifestó sus dudas.

—La chica ya tiene veintidós años, una edad de casarse. Piensa que tenemos todavía en casa a tu hermana. No es bueno tener a dos mujeres solteras en la misma casa. Es cierto que para Putti no hemos podido encontrar nada, pero al menos para nuestra hija hemos de empezar a tener ojos y oídos bien abiertos, por si supiéramos de algún buen chico. Todo esto de la beca está muy bien pero el matrimonio aún es más importante. Te digo que estas cosas requieren tiempo, y antes de que nos demos cuenta estará como Putti, compuesta y sin novio.

—Bah, ¿qué prisa hay? —dijo Sripathi, aún eufórico por la carta recibida—. Déjala que estudie, ya que tiene cabeza para ello. Quién sabe, a lo mejor hasta se decanta por la medicina… Nuestra Maya es inteligente y sabrá cuidar de sí misma.

Para sus adentros se dijo que si su hija se dedicaba a la investigación farmacéutica o médica, al menos se cumpliría una parte del destino que Ammayya había previsto para él. Sripathi albergaba la esperanza de que las viejas decepciones que él había

producido a su madre se viesen mitigadas por los éxitos de su hija. Él había intentado borrar la vejación que su padre le había infligido a su madre siendo tan honrado y sumiso como había podido, y tenía la sensación de haber fracasado en ello al abandonar los estudios de medicina. El deber y la honra: estos eran los sabuesos gemelos que seguían los pasos de Sripathi, y las fauces hambrientas de los animales estaban siempre abiertas a sus pies. No, a su hija había que darle la oportunidad de convertirse en una persona respetada, y la educación era el medio. También Arun, había pensado Sripathi en aquel tiempo feliz, seguiría los pasos de su hermana y le haría sentirse orgulloso. Ella estaría ahí para guiar a su hermano, para darle ideas sobre cómo preparar los exámenes de ingreso, para echarle una mano con los formularios de inscripción.

Así que, volviéndose hacia Nirmala, le había dicho con firmeza:

—¿Por qué ha de casarse tan pronto, como si fuese una pueblerina? Actualmente las chicas son tan emprendedoras como los chicos… No deberíamos ponerle trabas.

—¿Acaso he dicho que la casemos mañana? Solo he dicho que tendríamos que empezar a buscar. Maya es inteligente pero a una mujer le es difícil sobrevivir por sus propios medios. Aunque sea una buena profesional, necesitará tener a alguien al lado. Nosotros no estaremos siempre, ¿sabes?

Sripathi había reído suavemente.

—Muy bien, Mamma, muy bien. Mañana cogeré una antorcha y me pondré a buscar a un chico que esté a la altura de nuestra hija. Si quieres le pediré a Victor Coelho, el de la oficina, que dibuje un gran letrero: SE BUSCA CHICO PARA CHICA BONITA Y CON TALENTO, y lo pegaré por todo Toturpuram. ¡Seguro que la reacción no se haría esperar! ¿O es mejor contratar la banda de música de Jayant Maama y hacerme con un altavoz?

—Tú siempre bromeando —refunfuñó Nirmala—. Tienes la cabeza llena de canas y todavía no te tomas la vida en serio; mientras tanto, mi cerebro va a cien por hora pensando en lo que puede convenir más a la familia. Ya verás cómo con tanta broma Maya terminará como tu hermana, soltera y desesperada.

—Bueno, Mamma, bueno, cállate y ponte a dormir. Maya no se marcha hasta el mes de agosto. Queda tiempo de sobra para otros

asuntos.

Sin embargo, Sripathi no se tomó a la ligera las preocupaciones de Nirmala y, cuando la familia de Prakash Bhat apareció como llovida del cielo, estuvo encantado. Aquella era una boda milagrosamente buena y la familia en cuestión no ponía condiciones. ¡Qué buena racha para su hija! Primero la beca y luego un novio al que acababa de contratar una empresa de Filadelphia. Y además el chico tenía una tarjeta verde[11] aquel codiciado trozo de papel que los padres se enseñaban unos a otros como si fuese un billete de lotería premiado. Al parecer, Maya tenía los astros a su favor.

Los Bhat no querían para su hijo más que a Maya; ni siquiera unos pendientes de diamantes, que, como todo el mundo sabía, formaban siempre parte del ajuar de la novia y eran examinados con lupa por las mujeres de la familia del novio, capaces de identificar de inmediato unos *vaaley* falsos. No importaba que la novia fuese a la ceremonia vestida únicamente con unas bragas de algodón, siempre y cuando llevase puestos los pendientes; lo único imprescindible para que la boda fuese un éxito eran los *vajrada vaaley*.

—Sripathi-*orey* —le había dicho P. K. Bhat, alzando una mano como si fuese a bendecirlo—, a nosotros no nos interesa la dote. Solo buscamos a una chica decente y de buena familia; una chica que sepa adaptarse a la vida occidental sin abandonar por ello los valores morales propios de la India. Lo que usted decida hacer con vistas a la boda de su hija es cosa suya.

Incluso les había asegurado que su hijo estaría encantado de que Maya continuase estudiando después de la boda, si ella así lo deseaba.

—Somos personas de ideas tolerantes —le había dicho el señor Bhat, con una sonrisa afable.

Al final, Maya había propuesto una solución intermedia.

—Me han ofrecido una oportunidad maravillosa para estudiar en una de las mejores universidades de mi especialidad. ¿Cómo podéis pedirme que la tire a la basura? Me comprometeré si queréis —les dijo—, pero no me casaré hasta después de obtener el título.

El señor Baht se molestó un poco, pero cedió al ver que a su hijo

no parecía importarle.

—Los noviazgos largos no son buenos —dijo—. Cuando pasa mucho tiempo pueden ocurrir cosas malas. Pero lo han decidido ellos, de modo que… ¿qué voy a decir yo? En estos tiempos que corren, los padres estamos para pagar y callar. ¿Qué dice usted, Sripathi-*orey*?

Sripathi había asentido alegremente. Todavía estaba rebosante de contento por la lluvia de suerte que había caído sobre la familia. Maya había nacido con buena estrella; él lo había sabido desde el momento en que la vio en la sección de lactantes del hospital, veintidós años antes. Sí, pensó, los dioses la querían bien. Debió de ser un alma virtuosa en su existencia anterior y ahora estaba cosechando los premios. Aunque Sripathi ardía en deseos de participar al mundo entero sus alegrías, se contuvo y refrenó su júbilo. De pronto se acordó de las advertencias de Nirmala respecto a los malos espíritus que, según ella, siempre estaban merodeando a la espera de introducirse en las vidas demasiado felices. Al ir a trabajar, haría un rodeo para llegarse al pequeño templo de la *Devi* y partir un coco a los pies de la diosa. No es que él creyese en tales paparruchas, se había dicho Sripathi, pero por su hija estaba dispuesto a hacer cualquier ridiculez. Entonces, temiendo que su falta de sinceridad se transmitiese de algún modo a la diosa y provocase la venganza de esta, musitó rápidamente una disculpa. Pero se interrumpió al percatarse de que el señor Bhat y su hermana lo miraban extrañados. «Creerán que estoy loco al hablar solo», pensó, sintiéndose algo idiota. Y para desviar la atención de sí mismo, frunció el entrecejo y le espetó a Nirmala:

—Mamma, ¿qué haces ahí sentada? ¿No ves que los platos de nuestros visitantes están vacíos? Más comida, más café… ¿Qué pensarán de nosotros? ¿Eh, Bhat-*orey*? ¡Creerá usted que somos unos groseros!

La ceremonia de anuncio del compromiso iba a ser asunto complicado. El señor Bhat estaba empeñado en invitar a ella hasta al último de sus parientes así como a la mayoría de sus compañeros de trabajo, pues se trataba del compromiso de su único hijo, y un anuncio así no se hacía todos los días.

—No se preocupe por los gastos, Sripathi-*orey* —afirmó, dándole

a Sripathi una palmada en la espalda—. Los dividiremos al cincuenta por ciento. Como ya le dije, no somos de los que van tras la dote. Lo único que quiero es una hija para nuestro hogar.

Emocionado por su propia elocuencia, hizo una pausa y se secó las lágrimas de los ojos. Entonces llamó a Maya y le dio un gran estuche de joyas.

—Esto era de mi difunta y muy querida esposa. Lo he guardado para mi nuera. Mi hermana me aconsejó que esperase a la boda pero prefiero dártelo ahora mismo. Llévalos con mis mejores deseos, hija querida.

A Sripathi le había alarmado la magnificencia del regalo: dos centelleantes racimos de diamantes para las orejas y un collar a juego.

—Ojalá no se lo hubiera dado —le dijo a Nirmala cuando los visitantes se hubieron marchado y ellos estaban en el dormitorio. Nirmala, sentada con las piernas cruzadas en el centro de la cama, contemplaba las joyas que su hija acababa de recibir y acariciaba las piedras relucientes en su lecho de terciopelo morado—. Ahora tendremos que hacerle un buen regalo a Prakash; de lo contrario, no quedaremos bien con ellos. Y la cantidad de gente que Bhat piensa invitar al compromiso… Va a costarnos más de lo que podría permitirse el dios de la riqueza. Aunque él pague una parte, sigue siendo demasiado. ¿Qué esperará el día de la boda si la ceremonia del compromiso ya es de tan altos vuelos?

—Pero ¿qué clase de hombre eres? ¿No estás contento por nuestra hija? Es la mayor y nuestra única hija —había argüido Nirmala—. Se casa con el chico de una familia estupenda y tú te preocupas por cosas sin importancia. Claro que tendremos algunos gastos… un reloj de pulsera para Prakash, un traje, una camisa y unos zapatos… porque si no, ¿qué diría la gente? Hemos de hacer todo lo necesario.

—¿No entiendes lo que te digo? No podemos permitírnoslo… Sencillamente, no podemos —dijo Sripathi—. Hay tantas deudas que todavía estoy pagando… lo de mi padre, la hipoteca de la casa, el billete de avión de Maya. ¿Sabes lo que cuesta todo eso, insensata? ¿Solo por complacer a la gente hemos de acabar en el asilo de los pobres? ¡No hay que aparentar lo que no es! Desde

mañana tendríamos que urdir tretas para engañar el hambre y ¿crees que a los demás les importaría? ¡Estarían demasiado ocupados digiriendo la comilona que les habríamos dado en la maldita ceremonia de compromiso!

—¿Por qué no hablas con tu madre? Guarda muchas joyas debajo de la cama. Podría darle una cadena de oro al futuro marido de Maya; después de todo, se casa su primera nieta. También podrías pedir un pequeño préstamo al banco. Cuando a Maya le den la beca, seguro que nos enviará algo de dinero. Es una buena chica y sabrá cumplir con la familia —arguyó Nirmala.

Ammayya se negó a desprenderse de joya alguna. Se apretó contra el arrugado cuello los collares que llevaba puestos y dijo:

—Las joyas me las dio mi madre, y más tarde tu padre… Son la *sthri-dhana*. Serán para Putti. Tú ya tienes la casa, Sripathi, y todo lo que dejó tu padre. A Maya le regalaré unos brazaletes el día que se case. Ahora no.

Sripathi no quiso recordarle que Narasimha no había dejado más que deudas. Conduciría a una disputa. Así que fue al Banco Canara a pedir otro préstamo. Se le encogía el ánimo solo de pensar que tendría que entrevistarse con Balaji, que gestionaba los préstamos, y que tendría que oír su voz desdeñosa repasando los detalles de los otros préstamos aún no pagados. Pero era preferible eso a encararse con los administradores del Banco Fideicomisario de Toturpuram, a quienes debía un importe mucho mayor.

—Esta vez solo puedo autorizar el préstamo de cinco mil rupias, Sripathi-*orey* —había dicho Balaji, reclinándose en su asiento y golpeando las yemas de los dedos de una mano contra las del otro —. Y porque es usted vecino y conocido. A cualquier otra persona le hubiera dicho que no. Ya se ha puesto en mora dos veces en el pasado, de manera que al banco no le interesa adelantarle otro préstamo, ¿comprende?

—Yo no soy moroso, señor Balaji —puntualizó Sripathi—. El banco estuvo cerrado tres días seguidos. ¿Qué podía hacer? Y la segunda vez, estaba usted de vacaciones.

—Mire, señor, estoy haciéndole un favor —dijo Balaji en tono dolido—. Usted no se hace cargo de los problemas que yo tendría si no cumple puntualmente con los pagos. Es mi reputación la que

pongo en peligro por usted, ¡y encima quiere discutir!

—No, no —dijo humildemente Sripathi. Por sus hijos estaba dispuesto a humillarse si era preciso, pero la acritud de su interlocutor le daba dentera—. No era mi intención faltarle al respeto. Sé cuánto debo a los buenos oficios de usted, así que le ruego acepte mis disculpas si le he ofendido en algo. Pero ¿qué puedo hacer? Hay muchos gastos, uno tras otro, y soy el único miembro de la familia que gana un sueldo.

—Yo en su caso, Sripathi… y le digo esto con la mejor intención, no ha de ofenderse por ello… no viviría en una casa tan grande —dijo el administrador del banco, aplacado por las serviles disculpas de Sripathi—. ¿Por qué no se la vende y se instala en un piso? Sería lo mejor. Se desharía de las deudas de un plumazo.

A Sripathi le ardió la sangre al oír las palabras de Balaji. ¿Cómo se atrevía a darle consejos? «¿Y si le dijera que no se meta en lo que no le importa?», pensó. Pero de nuevo tuvo que dominarse. Necesitaba el dinero y la buena voluntad de Balaji. Pronto habría que prorrogar la hipoteca de la casa y volver a negociar sus condiciones, y al cabo de pocos años necesitaría dinero para la matrícula universitaria de Arun. Maya terminaría pronto sus estudios y ganaría un sueldo. Sabía que su hija enviaría dinero a casa. La idea de aceptar dinero de su hija le producía remordimientos, pero ¿qué otra cosa podía hacer? En el caso de un hijo era distinto: Sripathi contaba con que Arun compartiese las cargas económicas, tanto del mantenimiento de la casa como de la boda de su hermana. Era la obligación que tenía, como hijo y como hermano. Cuando el chico empezase a ganar dinero podrían ir devolviendo el dinero a Maya, pensó Sripathi, planeando con optimismo un futuro que de pronto se mostraba halagüeño.

En los meses siguientes a la partida de Maya, el señor Bhat fue con frecuencia de visita a Casa Grande. Era viudo, vivía con su hermana en Madrás y consideraba que las dos familias debían ir conociéndose. A Sripathi aquel hombre le resultaba muy agradable. Durante las largas discusiones que entablaron mientras bebían té y comían los deliciosos *uppuma* preparados por Nirmala, descubrieron que tenían muchas cosas en común. El señor Bhat, como Sripathi, no era partidario de los rituales religiosos. Pero a pesar de que

despotricaba contra ellos, se las arregló para congraciarse con Ammayya llevándole una caja de los *jalebis* favoritos de esta, comprados en la famosa pastelería Grand Sweets de Madrás. Cuando Sripathi, algo avergonzado, le explicó que no podía permitirse una boda con lujos, el señor Bhat, con un gesto de la mano que le quitaba importancia a la cuestión, dijo:

—Señor, no es la riqueza lo que hace rico a un hombre sino el carácter y la buena reputación. Yo creo en la honradez, la lealtad, el honor y el cumplir con lo obligado. Para mí estas cosas son mejores que el oro y la plata, porque son las que confieren dignidad. Como le dije, lo que haga usted por Maya es asunto suyo. Nosotros no queremos más que convertirla en nuestra hija.

Sripathi escribía a su hija con frecuencia. Era para él una cuestión de puntillo. «La pobre debe de echar de menos su casa —pensaba—, y de esta manera puedo aliviar su nostalgia». Cada dos semanas le enviaba un parte detallado de la familia, los parientes, los amigos y el país en general. Siempre usaba la pluma azul jaspeada, la Japanese Hero, para escribir a su hija. Tenía una plumilla gruesa que le daba a la escritura, pensaba él, un algo de autoridad paternal, y el trazo grueso sugería también todo el peso de ese amor que le era difícil expresar con palabras.

> *Mi querida hija* [escribió en una de esas cartas]:
>
> *Antes de empezar, tu Mamma me pide que te diga que el festival Yugadi se celebrará este año el día veinte de marzo. Tienes que lavarte el pelo, decir una breve oración a los dioses en los que creemos y comer una pequeña porción de algo amargo mezclado con algo dulce. También me pide que te diga que Shanta ha tenido otro niño y que el hijo pequeño de Kishtamma se ha casado con una chica muy fea cuyo único atractivo son los dos enormes diamantes que lleva como botones de nariz. Y ahora, vamos con las noticias de verdad…*

El primer año Maya contestaba con la misma frecuencia. Escribía cartas de varias hojas atestadas con minucias de la vida de una estudiante en un país extranjero: describía detalladamente a sus compañeras de habitación, hablaba de los profesores y de las

muchas horas que tenía que dedicar al estudio. Se mostraba preocupada por los trabajos que tenía que presentar y asombrada por el sistema de funcionamiento de la biblioteca. Se quejaba de la comida y deseaba haber escuchado a Nirmala y haberse llevado unas cuantas botellas de encurtido, pues añoraba la comida picante que preparaba su madre. Al principio se encontraba sola y le molestaba el olor de la carne cocinada por sus compañeras de cuarto en la cocina que compartían. Sus cartas eran acontecimientos y la familia discutía los detalles durante varios días, hasta que llegaba la siguiente misiva. Nirmala se las ponía debajo de la almohada para releerlas por la noche, y lo hacía en voz alta para que Sripathi participase de su emoción, sorpresa o regocijo. A veces había también fotos, tomadas con una vieja Agfa que Sripathi le había comprado a un compañero de trabajo y que había regalado a su hija para darle una sorpresa antes del viaje.

Durante el segundo año las cartas de Maya llegaron muy de tarde en tarde; el hecho afligió a Sripathi, que, no obstante, lo disculpó. «Que se dedique a los estudios —le dijo a Nirmala, que estaba continuamente preocupada por el silencio creciente de Maya—. Debe de tener mucho trabajo; lo tiene que hacer todo: estudiar, hacerse la comida, lavarse la ropa… Allí no tiene a ninguna Koti. ¿De dónde ha de sacar el tiempo para escribir?». De manera que él continuó escribiéndole las cartas largas y metódicas que redactaba sentado en el balcón, mirando el paisaje cambiante de Brahmin Street, donde había nacido él y su padre antes que él. Pero al cabo de poco incluso las exiguas respuestas dejaron de llegar, y lo único que recibían era una tarjeta de Año Nuevo con unas líneas garrapateadas y unas llamadas telefónicas que iban espaciándose cada vez más.

Durante el tercer año de carrera, poco antes de que Maya terminase los estudios, recibieron otra carta suya. Sripathi no la vio cuando llegó y no supo de ella hasta cinco días más tarde, a pesar de que todas las noches, al volver del trabajo, le preguntaba a Nirmala por el correo. Incluso ahora recordaba con todo detalle la mañana en que había leído aquellas palabras.

Estaba en el balcón, como de costumbre, leyendo el periódico y tomando notas para escribir alguna carta al director. El olor cálido de la leche que hervían en la cocina se mezclaba con el del café que también le preparaban y aquella combinación de olores le estimulaba los sentidos. Pronto Nirmala subiría las escaleras refunfuñando, trayéndole un jarro lleno de la humeante bebida. A aquella hora, cuando la suave brisa marina flotaba por el aire como despidiéndose de la noche, cuando el chorro de voz de Maharajapuram Santhanam surgía del cassette de algún vecino del bloque de apartamentos de al lado, y teniendo entre las manos el olor a tinta del periódico del día, Sripathi Rao era un hombre completamente satisfecho. La taza de café no haría más que completar la sensación de armonía que experimentaba todo su ser. Era el punto al final de una frase feliz, la última nota de una melodía impecable, el postre que coronaba una comida exquisita. Pero aquel día la sensación de armonía se fue al traste. Nirmala había salido al balcón con una expresión culpable. Había dejado el café sobre la mesa de aluminio, ya llena de utensilios de escribir, y se había sentado, exhalando un suspiro, en un taburete al que Koti se subía para limpiar telarañas.

—Ay, tanto subir y bajar va a terminar conmigo. A partir de mañana, bajas tú y te bebes el café en el comedor —dijo, echando una ojeada curiosa a las hojas de papel que su marido se apresuró a tapar—. ¿A quién escribes? —preguntó—. Si es a tu hija, espera a oír lo que se lleva entre manos. Está claro que a tu amada hija no le importan mucho tus noticias, ni tus opiniones, ni tus sermones. A este paso, tendremos que buscar un sitio donde escondernos de las gentes.

—¿Por qué, qué ha pasado? —preguntó Sripathi con una sonrisa.

Conocía a su mujer desde hacía muchos años. Cualquier pequeño imprevisto le hacía pensar que el cielo iba a desplomarse sobre sus cabezas, igual que el pollito asustado del cuento infantil que Sripathi les leía a Maya y a Arun. ¡Cómo solían agitarse de impaciencia los dos niños mientras esperaban las líneas del cuento que describían al pollito huyendo aterrorizado de la hoja que le había caído encima de la cabeza y gritando que el cielo se estaba

viniendo abajo! Y cuando llegaba el momento, pegaban brincos y se agarraban el uno al otro, carcajeándose como si nunca hubiesen oído nada más gracioso. Mientras que él, para prolongar aquel momento de gozo, se ponía a hacer de pollo, agitando los brazos, tapándose la cabeza y gritando: «¡El cielo se viene abajo! ¡Ay, ay, que se viene abajo!». Qué fácil era hacerlos felices en aquel tiempo…

—Sí, sonríe, sonríe. Dejarás de sonreír en cuanto leas esto —le advirtió Nirmala—. Toma, llegó hace cinco días.

Y puso delante de él unas hojas de papel repetidamente dobladas y algo húmedas. La humedad era sudor, probablemente. Nirmala tenía el hábito de meterse las cartas o el dinero en la parte delantera del sostén y los dejaba allí hasta que se cambiaba para irse a dormir. Era su escondite secreto y creía que ni siquiera Sripathi lo conocía. Él no tenía el valor de desengañarla, porque de un tiempo a esta parte Nirmala era incapaz de callarse nada. Era una persona abierta y confiada, y los secretos la hacían sentirse incómoda.

—¿Hace cinco días? ¿Por qué no me la enseñaste entonces?

—No sabía qué hacer. Pero al final he pensado: también es hija suya, que se las arregle —dijo Nirmala, mirando a Sripathi como si él fuese responsable de la carta—. Además —añadió beligerante—, fuiste tú quien la mimaste, quien la dejaste salirse siempre con la suya. ¿Acaso no te dije: Maya se está desmandando? Pero lo que yo digo te entra por un oído y te sale por el otro. Crees que tienes siempre razón, ¿no?

—¿Serás capaz de callarte dos minutos y dejarme leer esto? —preguntó Sripathi con irritación.

—Sí, grítame, grítame a mí, ya es lo único que puedes hacer —refunfuñó Nirmala.

Pero se calló cuando Sripathi la miró frunciendo el ceño. Conocía esa mirada: significaba que le había exasperado hasta el máximo que podía tolerar, y que seguir discutiendo sería embarcarse en una guerra de gritos en la que su marido le lanzaría con voz tronante unos insultos incomprensibles, usando palabras que ella tenía que mirar luego en el diccionario. Este no era el momento para tanta confusión, así que se calló y esperó mientras

Sripathi ojeaba la carta de aspecto exótico, el grueso sobre de color crema, los sellos canadienses de vivos colores que esta vez se habían salvado por milagro del latrocinio de algunos trabajadores de Correos que complementaban sus sueldos vendiendo sellos extranjeros a los filatelistas por profesión o afición… ¿No sabía Maya que debía franquear las cartas para evitar el robo de los sellos?

Mis queridos Mamma y Appu:

No sé de qué otra forma decirlo, así que voy a ir al grano. Quiero deshacer mi compromiso con Prakash. Estoy enamorada de Alan Baker, al que conozco desde hace dos años. Queremos casarnos y poder contar con vuestra aprobación. Esperamos poder celebrar la boda en Toturpuram este verano, cuando haya terminado mis estudios.

Sé que esto será un disgusto para vosotros, pero tengo la esperanza de que lo comprendáis. No os enfadéis conmigo, por favor. Hace tiempo que os quería llamar para decíroslo, pero he pensado que sería mejor escribir y explicarlo con detalle. También voy a escribir a Prakash y sé que él lo entenderá. Es un buen hombre y estoy segura de que encontrará otra persona con quien casarse. ¿Podríais devolver a su padre las joyas que me dio y explicarle lo que ha pasado? ¿Lo harás, Appu, por favor? Me resulta muy penoso ofender al anciano, pero si vosotros se lo explicáis, se hará cargo, me parece.

Espero con muchas ganas vuestra respuesta, y también espero y deseo que no os enfadéis mucho conmigo. Yo no puedo evitar el sentir lo que siento por Alan y estoy segura de que él os gustará mucho cuando le conozcáis. Os echo de menos a todos y espero impaciente vuestras noticias, para que podamos empezar a hacer planes para ir a casa y casarnos allí.

La carta contenía más cosas: sobre Alan Baker, sobre sus planes de futuro, sobre su traslado a Vancouver, donde Maya había encontrado trabajo y Alan había sido admitido en un curso de doctorado, y algunos otros detalles que se deslizaron borrosamente ante los ojos de Sripathi. En un primer momento después de leer la carta, no supo qué decir. Se quitó los lentes, se los volvió a poner, y volvió a leer la carta de su hija.

—¿Está loca? ¿Se ha vuelto loca tu hija? No puede evitar sus sentimientos, dice. Me manda decir al señor Bhat… ¡y no quiere ofenderle! ¿Y a mí, qué? ¿Y a ti? ¿Nosotros no vamos a ofendernos?

¿Qué diremos a la gente?

—No lo sé —dijo Nirmala con tristeza—. Escríbele una carta y hazle entender que no puede hacer una tontería así.

—¿Y qué he de decirle? —inquirió Sripathi—. ¿«Mi querida hija, tu padre se ha arruinado para poderte prometer a un hombre, y ahora tú destruyes su buen nombre y el honor de toda la familia a cambio de un extranjero»? Sí, claro, eso es lo que le escribiré a tu querida hija. Seguro que cambiará de opinión de inmediato. —Y volviéndose hacia ella con enojo, le espetó—: Tú tendrías que haberlo sabido. Tú que eres su madre, ¿cómo no te diste cuenta de que algo iba mal?

—¡Soy su madre, pero no una diosa que lo ve todo! ¿Por qué no lo supiste tú? Cada dos semanas le escribías una carta larguísima y ella no contesta durante dos años. Cuando al final se decide a escribir, es para decirnos que se casa con un extranjero. Tú eres el que sabe pronosticar las cosas, ¿no? ¡Siempre lo dices! ¿Por qué no has sabido lo de Maya? ¿Por qué me echas la culpa a mí?

Sripathi cogió el tazón y bebió un sorbo, hizo una mueca de disgusto al encontrar tibio el café y lo vació en la maceta de la enredadera que había sobrevivido a varias dosis de café, té y, una vez, algo de Limca.[12]

—Pero le escribirás, ¿verdad? —le pidió de nuevo Nirmala—. Puede servir de algo. Quizá necesite un consejo. La pobrecilla, tan lejos, sola, sin personas mayores que le indiquen lo que está bien y lo que no… A veces es bueno dar un consejo, aunque no te lo hayan pedido. Creo que deberías decirle que estamos preocupados y que no haga nada precipitadamente. Cómo no adiviné que algo iba mal… En cierto modo sí lo supe cuando no escribía… Quizá aquella vez que nos pidió que fuésemos, ¿te acuerdas? Por teléfono se le oía la voz rara, como si estuviese llorando, y cuando le pregunté dijo que estaba resfriada. Debía de estar llorando. Hubiésemos tenido que ir a verla en aquel momento. A cualquier precio. Uno de los dos, al menos…

—No seas tonta. Como si eso hubiese arredrado a tu hija. Hace lo que quiere.

Nervioso, se pasó una mano por el cuero cabelludo, y sus espesos rizos canos se alzaron como llamas por entre los dedos.

—Dice que le quiere —continuó—. ¿Cómo se puede querer a una persona antes de vivir con ella?

Una terrible sospecha le vino a las mientes. ¿Qué significaba aquello del enamoramiento? ¿Se había acostado Maya con el tipo aquel? ¿Estaba embarazada? ¿Por eso se casaba con él? ¿Cómo podía compartir su cama con otro antes de estar casada? Cuando Sripathi se casó, había tardado un año en acostumbrarse a compartir la casa, el dormitorio, la cama, el baño e incluso los anaqueles de los armarios con Nirmala. Al deslizarse bajo las sábanas y verlas tirantes encima del montículo de las nalgas de Nirmala y de la pequeña colina que formaba su hombro si estaba echada de lado, sentía un goce súbito y culpable que se transformaba en puro placer cuando recordaba que esa intimidad compartida había sido sancionada por el sacerdote ante Agni, el dios del fuego. Y en el cuarto de baño, abría el botiquín blanco y tocaba el bote de polvos de talco de su mujer posesivamente, acariciaba su cepillo de dientes con el dedo pulgar, se sentía inmensamente rico por tenerla para sí. «Mi mujer —susurraba incrédulo—. La señora Nirmala Rao, mi mujer». Y a continuación, aunque la puerta del cuarto de baño estuviese cerrada con el pestillo, abría el grifo al máximo para evitar que ella pudiese oírle pensar. El ver sus blusas, combinaciones, bragas y sostenes al lado de su propia ropa interior le producía un azoramiento tal que solía apartar los ojos y buscar la ropa en los cajones sin mirar, dejándolo todo en un revoltijo que sublevaba a Nirmala.

Nirmala se buscó en la espalda el *pallu* del sari, que le colgaba del hombro izquierdo, y se secó los ojos con él. Sorbió por las narices y dijo abatida:

—¿Acaso no la hemos educado bien? Ha debido de ser el país nuevo. Las costumbres allí son distintas; quizá estén bien para ellos, pero para una chica criada aquí debe de ser difícil resistir las tentaciones.

Sripathi evitó intercambiar miradas con su mujer. Si le veía los ojos quizá adivinase lo que sospechaba sobre Maya y aquel tipo. Además, probablemente se estaba imaginando cosas. Ahora se avergonzaba de haber pensado mal de Maya. Podía confiar en ella. Lo que tenía que hacer era escribirle una carta, o quizá poner una

conferencia. Sí, sería más caro, pero hablar con ella por teléfono sería más directo.

—Iré al templo y le ofreceré una plegaria especial a Sathyanarayana. Y llevaré un sari en ofrenda a Lakshmi, el de seda rojo que me compré para la boda de Maya. Como está sin estrenar, a la diosa no le importará que no lo comprase expresamente para ella. A lo mejor también le pido a Krishna Acharye que celebre algunas ceremonias —dijo Nirmala, animándose con la idea de tener a Dios de su lado.

Qué envidiable era aquella fe ciega que Nirmala tenía en lo divino, pensó Sripathi. Él había crecido sin poder creer más que en sí mismo, porque su padre le decía siempre que Dios era un producto de la imaginación humana, algo en lo que no se podía confiar para las minucias de la vida; de otro modo ¿por qué más de medio mundo vivía tan miserablemente? ¿Por qué personas buenas y trabajadoras se veían castigadas por las inundaciones, las hambrunas o las plagas? Y las ceremonias ostentosas a las que era aficionada su madre, celebradas con acompañamiento de campanas, himnos y complicados rituales exentos de verdadera devoción, nunca habían atraído a Sripathi. Su padre nunca le había dicho qué podía hacer cuando se encontrase débil, desamparado, cuando sintiese desfallecer la fe en sus propias capacidades. ¿Hacia quién volverse entonces? «Ay, desgraciada —pensó—. ¿Qué voy a decir a la gente de Toturpuram, a todos los amigos y parientes que nunca se olvidan de preguntar cómo nos van las cosas?». Tal vez lo que decía Nirmala fuese cierto y alguien había echado el mal de ojo sobre la familia.

Dio unas palmadas a Nirmala en la mano, envejecida por la edad y por los años de cortar, cocinar y fregar, y dijo con seriedad:

—No te apures, Mamma, no te apures. No es culpa tuya ni mía. La llamaremos por teléfono esta noche, en horario de tarifa reducida. Mientras tanto le escribiré para intentar hacerle ver lo tonta y lo imprudente que es. Se olvidará completamente de ese Alan.

Nirmala se sonó con una de las toallas blancas que estaban puestas a secar en la baranda del balcón, hizo con ella un bulto para la colada y se puso de pie. Sripathi arrastró el bloc de hojas hacia él

y cogió la estilográfica Parker, una pluma plateada, glacial, que tenía algo de estoque. Se ajustaba al estado de ánimo en que se encontraba. Con rápidos trazos llenó cinco o seis páginas de exhortaciones a su hija. «No seas tonta. Estás desperdiciando la oportunidad de casarte bien. Piensa en Prakash. Tu suegro también tendría un gran disgusto, pues has de saber que te considera una hija. No se aviene con la honra de una muchacha el hacer lo que estás haciendo. Hay que tomar en consideración el buen nombre de la familia. Ammayya se alterará, y piensa en las perspectivas matrimoniales de la pobre Putti». Volcó en la carta toda su aflicción, y con cada palabra que escribía sentía aumentar la frustración que le había causado el proceder de su hija.

Al atardecer pusieron una conferencia. Cuando Sripathi oyó la voz de Maya, refrenó el impulso de regañarla y empezó hablándole con bastante calma. Razonó con ella, le contó lo disgustados que estaban y lo insufrible que sería la situación si ella no cambiaba de parecer respecto a Alan. Ella le explicó, en un tono igualmente sereno, que no podía cambiar de parecer con respecto a sus sentimientos hacia otra persona, y que quería pasar el resto de su vida con él. Pero cuando le pidió a Sripathi que intentase ver las cosas desde su punto de vista, él perdió los estribos. Le había perdonado a su hija muchas transgresiones, pero que pisotease premeditadamente la dignidad de la familia, que pisotease el buen nombre que él había luchado por mantener incólume durante todos estos años, eso no se lo perdonaría. «Si te empeñas en hacer esta tontería —le había gritado a su hija—, no vuelvas a aparecer por esta casa. Nunca». Tenía la esperanza de que su actitud de desaprobación la haría cambiar de idea, pero el siguiente sobre que les llegó de Maya contenía una tarjeta de invitación a la boda, una carta breve dirigida a Nirmala y unas cuantas fotos: ella y Alan a la puerta del registro civil, él con un traje y ella vistiendo un sari azul marino de Canjeevaram que se había llevado al marcharse; en una fiesta, rodeados de amigos; y una tercera tomada en la playa, donde Maya aparecía con pantalones cortos de color verde y los muslos al aire.

Cuando Nirmala vio cómo se enfadaba Sripathi, dijo tímidamente:

—Quizá tendríamos que haber sido más comprensivos. Maya es tan terca como tú. Y yo tengo ganas de verla. Escríbele para decirle que no pasa nada, que puede venir a casa, ¿no?

No, había dicho Sripathi. No, no, no. Era cierto que él había reaccionado como aquellos padres ridículos de las películas melodramáticas, pero por otra parte también Maya habría podido tener consideración con los sentimientos de ellos. A cambio de la independencia que le habían otorgado, ella les había traído la deshonra.

—Escribe tú si quieres —le dijo a su mujer—. Para mí está muerta.

Pero Nirmala tampoco le había escrito. Hubiera sido como oponerse a Sripathi: no le habían enseñado a hacerlo y, además, le faltaba el valor para ello. Había examinado repetidamente la última y breve misiva, como si pudiera hacer que su hija surgiese de entre la elegante escritura negra, y había llorado al ver la caligrafía.

—¿Quién se sentaba a la mesa del comedor y le hacía practicar la escritura todos los días? Su madre. ¿Y quién le decía que tener buena letra es señal de inteligencia, que los demás te respetarán si escribes bien? ¡Su madre y nadie más que su madre! ¿Se acuerda ella de eso? No, claro que no. De otro modo, ¿cómo hubiera podido mandarme este *chindhi* de papel? ¿No podía explicarme todos los detalles de la boda? Yo no fui quien le dijo que no volviese a casa. Como si ella no supiera que la estaré esperando siempre…

Entonces había examinado las fotos despacio, haciendo minuciosos comentarios, y al darles la vuelta esperando encontrar algunas líneas de Maya, encontró solo una fecha.

—Al menos hubiera podido decirme: «Querida Mamma, este es tu yerno». ¿O tanto le cuesta escribir una línea? —dijo con amargura—. Es dura e implacable igual que tú, igual que tú.

Había hecho enmarcar la foto tomada a la puerta del registro civil y la había puesto en el alféizar de la ventana, cerca de la cabecera de la cama. Sripathi evitaba mirarla y a menudo la tumbaba de manera que quedase boca abajo. Se vio obligado a escribir una carta al señor Bhat, que contestó con una breve nota en la que pedía se le devolviesen las joyas de diamantes y los saris regalados a Maya. Aquella nota había ofendido a Sripathi. Como si

él hubiera tenido intención de quedarse con aquellas cosas, pensó afligido, dándose cuenta de que había perdido a un amigo por culpa de su hija. Un sábado hizo el viaje hasta Madrás y se sintió humillado cuando el señor Bhat le hizo quedarse de pie en la veranda, como si hubiese sido un criado. Ni siquiera le ofreció un vaso de agua fresca, aunque hacía calor y Sripathi había pasado tres horas metido en un autocar. Para colmo, abrió el estuche de las joyas y las inspeccionó cuidadosamente antes de desaparecer en el interior de la casa sin una palabra de despedida. No hizo preguntas, no hubo conversación. Fue como si los años durante los cuales el señor Bhat había ido de visita a Casa Grande y había charlado durante largos ratos de política, de críquet y de los hijos, entusiasmándose con los platos preparados por Nirmala, no hubiesen existido nunca. Y más tarde, como tuviese tan mal recuerdo de aquel encuentro silencioso, Sripathi le había enviado a Bhat un giro por valor de la mitad del gasto a que había ascendido la ceremonia del compromiso. Tenía su orgullo y nadie se lo arrebataría. Había tenido que pedirle un préstamo a Raju, y nunca antes había tenido que pedir dinero a su viejo amigo. Otra situación embarazosa más, y todo gracias a Maya.

Ahora Maya empezó a escribir con frecuencia. Había superado su enfado inicial y dirigía los sobres a los señores Rao, como antes. Al principio Nirmala intentó que Sripathi accediera a leerlas, pero cuando vio que rompía los sobres sin abrirlos, desistió. Sin embargo, él sabía cuándo llegaba una carta porque todos los de la casa la leían y la comentaban, y se callaban si él entraba en la habitación. Incluso Ammayya formaba parte de la conspiración para mantener vivo el recuerdo de Maya en la casa. A veces había una nueva serie de fotos en el alféizar o encima de la mesa del comedor. Él tampoco las miraba. Solo una vez se vio obligado a leer la escritura de su hija, y fue dos años después de casarse esta.

Llegó un sobre grande, que tenía aspecto oficial, de cuyo interior se desparramaron varias fotos de una criatura recién nacida. Nirmala se había puesto loca de alegría.

—Soy abuela —les decía a todos—. Mi nieta se llama Nandana. ¿No es un bonito nombre? —Y en seguida las lágrimas sucedían a las sonrisas y decía—: Hubiera tenido que venir aquí. ¿Cómo puede

una muchacha dar a luz sin haber tenido a su madre para mimarla durante el embarazo?

A Sripathi le dijo:

—Por favor, deja ya de ser tan terco, *ree*. ¿Cómo te agarras a tu *kongu* tanto tiempo? ¿Cómo eres tan duro? Sé por qué estás disgustado. Es tu estúpido amor propio. Maya hizo algo sin pedir el permiso de su señoría y eso no lo puedes soportar, ¿verdad? Pero ahora tienes la ocasión de olvidarlo y de perdonarla. Somos abuelos.

Y él había contestado con el tono más sarcástico del que era capaz:

—¡Ah, así que ahora tenemos en casa a una eminente psicóloga! ¡La doctora Nirmala Rao sabe lo que cada uno piensa y siente! ¡Pues no sabía yo que tenía como esposa a una mujer tan perspicaz!

Nirmala renunció a convencerlo, y él obtuvo una remota satisfacción por el hecho de saber que la había vencido usando una palabra que ella no entendía.

Nirmala hizo enmarcar una foto del bebé para ponerla en el alféizar y guardó las demás durante varios meses debajo de la almohada. Sripathi no había podido resistirse a echar una rápida ojeada al rostro de la criatura. La niña no se parecía en absoluto a su madre, se dijo, y como de costumbre puso la foto boca abajo. Cuando la niña tenía un año más o menos, Maya les envió un fajo de documentos y una carta en la que pedía a Sripathi y a Arun que fuesen albaceas del testamento que había otorgado. También les preguntaba si querrían ser los tutores de su hija, en el caso de que alguna vez se hiciese necesario contar con un tutor.

—¿Por qué nos escribe unas cosas de tan mal agüero? —quiso saber Nirmala—. Nosotros somos mucho mayores que ella y ni siquiera tenemos testamento ni nada de eso.

Sin embargo, insistió en que Sripathi leyese y firmase los papeles, aunque él dijo que no quería tener nada que ver con Maya.

—Es tu obligación para con esa criatura inocente. Es tu nieta, pienses lo que pienses de tu hija.

Cuando Sripathi se negó a mirar los documentos siquiera. Nirmala fue a casa de Raju.

—Usted que es amigo suyo, hable con él, por favor. A mí no me

escucha. Raju-*orey*, hágale entrar en razón.

Sripathi se enfureció. Veía el albaceazgo como un intento por parte de Maya de meterse de nuevo en su vida. Pero a pesar de todo firmó el documento. Como había dicho Nirmala, era su obligación. Él nunca eludiría sus obligaciones, aunque Maya no hubiese tenido escrúpulos en pasar por alto las suyas.

* * *

La última vez que fue a su casa, Nandana se metió en el armario de su madre. La ropa tenía un olor dulzón. Ahí estaban la blusa blanca y sedosa que se ponía cuando tenía una reunión, los pantalones negros de vestir y los marrones de a diario, la camisa amarilla sin mangas con la que, según su padre, parecía un rayo de sol… Se quedó sentada dentro del armario, quieta como un ratón, con la esperanza de que la tía Kiran se marchase sin ella. Vio una araña moviéndose despacio por el suelo, en dirección a la puerta del armario y la luz exterior. «Araña tonta», pensó, y la aplastó con el pie. «Muerta —le dijo—, estás muerta». Entonces esperó a que la tía Kiran la llamase.

7

El viaje

Sripathi iba tan enfrascado en sus pensamientos que casi pasó de largo por delante de la casa de Raju. Las grandes verjas con volutas que giraban sobre unos goznes mohosos estaban abiertas de par en par. También esta calle había cambiado mucho, aunque aún conservaba las hileras de añosas cesalpináceas. También aquí había terraplenes y montones de ladrillos y piedras, y en los espacios antaño ocupados por una sola casa ahora se apretujaban los edificios de pisos.

Raju Mudaliar era un viejo amigo de Sripathi, la más antigua de sus amistades. Ambos habían ido de pequeños a St. Aloysius School. Aunque sus padres, miembros de la profesión jurídica, eran acérrimos contrincantes, ellos dos se habían hecho muy amigos. Sripathi había creído antaño que Raju poseía un horóscopo afortunado. Siempre era Raju el que, al ir al colegio, encontraba el único asiento libre en un autobús atestado o se tropezaba con una moneda de veinticinco *paise* en medio de la calle. En el colegio era el primero de la clase sin esforzarse nada por serlo. La tarde anterior a un examen, mientras Sripathi memorizaba frenéticamente tablas y fórmulas sentado a la mesa de su padre, Raju jugaba a críquet en la calle con los golfillos hasta que oscurecía, y no regresaba a casa hasta que su madre enviaba un criado a buscarlo a la hora de cenar. Cuando el padre Gonsalves les ponía por sorpresa un examen de geografía, Raju sacaba la nota más alta, aunque aseguraba que había pasado la tarde anterior jugando.

—Dime cuál es la fórmula secreta —le había dicho Sripathi muchas veces.

—No tengo ninguna fórmula. Es solo que no me tomo las cosas tan en serio como tú. Si te dices a ti mismo que no importa si eres el primero, el segundo o el último de la clase, acabarás siendo un campeón.

—A mí no me importa —dijo sombríamente Sripathi—. Es mi madre la que cree que soy el futuro primer ministro de la India y mi padre el que quiere que sea juez del Tribunal Supremo.

—¿Y tú qué quieres ser?

—Un vago como tú —había dicho Sripathi.

Con todo lo que sus padres le habían hecho estudiar, qué ironía haber terminado, no de ministro o de juez, sino como un vulgar escritor de material publicitario, mientras que Raju se había convertido en director de un importante instituto de investigaciones. Durante un tiempo le pareció que su amigo tenía todo lo que Ammayya hubiese querido para su propio hijo: poder, prestigio, riqueza, un coche con chófer, y la posibilidad de llevar a sus hijos a alguno de los centros de enseñanza para privilegiados como Lawrence, Mayo College o Rishi Valley.

El primer hijo de Raju nació un año antes que Maya, y dos años más tarde le nació un segundo hijo, casi al mismo tiempo que Arun. Nirmala y Kannagi, la mujer de Raju, habían pasado muchos ratos cambiando impresiones sobre sus respectivos embarazos e intercambiando recetas de comida sana para el futuro bebé, al tiempo que refunfuñaban amistosamente sobre sus maridos. Entonces los Mudaliar tuvieron una niña, Ragini. Qué contento estuvo Raju cuando nació… Dos niños y una niña, ¿qué más podía pedir? Pero al cabo de seis meses Kannagi se dio cuenta de que la niña no levantaba la cabeza ni se giraba como otros bebés de su edad. No fijaba los ojos en los objetos ni reaccionaba a las voces. Quizá era un poco más lenta que sus otros dos hijos, pensó Kannagi, y no le dijo nada a su marido. Pero cuando la criatura cumplió un año ya era evidente que había algún problema. Ragini sufría unos ataques prolongados que la dejaban débil y exhausta. Sripathi recordaba aún el día en que Raju le había dicho que el cerebro de la niña estaba dañado y no tenía cura; a su amigo se le había borrado

la sonrisa de la cara, y también se había esfumado la jovial seguridad de que nada en el mundo podía ser tan malo como para borrársela.

Tenían la costumbre de encontrarse todos los viernes por la noche en la espaciosa casa de Raju para jugar una partida de ajedrez. Ese día, mientras jugaban, su amigo le habló de pronto.

—Qué puedo decir, Sri… La pobre Ragini va a estar así toda su vida.

Sripathi sabía que habían hecho viajes para consultar a especialistas en Madrás, Bangalore e incluso Bombay y, aunque sentía curiosidad, no había querido preguntar. Si Raju necesitaba hablar con él, lo haría a su debido tiempo. Había cosas que no se compartían ni con el mejor de los amigos.

—Físicamente no le pasa nada. Es el cerebro lo que está mal. Y no se puede hacer nada por ella. Ni medicinas, ni operaciones, ni curas mágicas, nada. Ese cabrón de Dios que está en lo alto se habrá dicho: «Este tipo se ríe demasiado a menudo. Démosle a probar algo que sea amargo». Debí de ser un canalla y un asesino en mi última vida, y ahora lo estoy pagando.

Fue la primera y la última vez que Sripathi vio abatido a su amigo. A partir de entonces Raju, mostrando la energía habitual en él, decidió hacer frente a la discapacidad de su hija como mejor supiera.

—Quejarse no tiene sentido —le dijo a Sripathi en la siguiente ocasión que se vieron—. No resolverá nada. Este es nuestro *karma*[13] y tendremos que vivir con él. —Dirigiendo a Sripathi una sonrisa melancólica, siguió diciendo—: Nunca pensaste que me oirías hablar del *karma*, ¿verdad? Como hacía aquel animal de Krishnamurthy Acharye… ¿Te acuerdas de que nos hacía poner una rupia a cada uno en el platillo del templo, para evitar así que el peso de nuestras maldades nos aplastase? Y el dinero se lo embolsaba él, claro.

—Y yo estaba aterrorizado; en cambio a ti te importaba un comino. Pues aquel sacerdote aún sigue estando en forma, ¿sabes? Por lo que he oído, dirige un imperio. Sigue apestando a demonios, con el *dhoti* sucio y la camisa manchada, pero es más rico que el señor Kubera.

Sripathi rio al acordarse de aquel sacerdote del templo que erróneamente le había augurado un futuro muy brillante y que ahora dirigía una empresa formada por sacerdotes y estafadores a modo de magnate de los negocios.

La mujer de Raju murió cuando la hija de ambos tenía quince años. Entonces pasó por la casa una sucesión de criadas, pues la muchacha necesitaba cuidados continuos; alguien tenía que lavarla, cambiarla y darle de comer. Primero uno y luego el otro, los hijos de Raju terminaron los estudios y se fueron de casa. El mayor se fue a California y el menor a Suiza. Ninguno de los dos volvió para visitar al padre y a la hermana. Escribían con frecuencia, y Raju le enseñó a Sripathi la carta en la que el hijo mayor le daba la noticia de su casamiento.

«Querido Appu —había escrito el chico al final de la misiva—: por favor ten en cuenta que mi futura esposa no sabe nada de nuestra desgracia. Le he dicho que tu estado de salud no te permite venir a la boda y que no te gusta recibir visitas».

—¿Ves? Se avergüenza tanto de la familia que ni se refiere a nosotros por el nombre. Ragini es su hermana, no «nuestra desgracia» —le había dicho Raju amargamente.

En cuanto Sripathi entró en la casa, oyó a su amigo hablándole a Ragini con voz pausada. Era casi mediodía, así que debía de estar dándole de comer. Después de que pasaran por la casa una criada tras otra, Raju había dejado el trabajo para dedicarse personalmente a su hija.

Sripathi se quitó las babuchas y siguió a Poppu, la vieja cocinera que llevaba treinta años con la familia, hasta el cavernoso comedor en el que había una gigantesca mesa de teca con capacidad para más de veinte personas. La mesa no se usaba desde hacía años y la mitad estaba cubierta de polvo. Poppu no veía por qué tenía que limpiarla toda si solo se usaba un extremo y un par de sillas.

—¡Hola, Sri, hola! ¡Qué sorpresa! —exclamó Raju, haciendo una pausa en su tarea—. ¿Qué haces paseándote con este calor y a esta hora del día? ¿Quieres que Poppu te prepare una limonada fría?

Como siempre que veía a Ragini, Sripathi se sintió ligeramente

incómodo, incluso asqueado. Era una mujer de osamenta grande, como lo había sido su madre, pero ella no tenía conciencia de su físico desgarbado, de aquel cuerpo que había galopado hacia la madurez a expensas de su mente. A Sripathi le desagradaba albergar estos sentimientos, como si fuesen una traición a Raju, de manera que se obligó a mirar a la chica. Estaba sentada en una de las sillas de madera tallada con la cabeza colgándole a un lado. Su boca de labios carnosos se abría y se cerraba como una anémona de mar cada vez que el padre metía en ella la cuchara y limpiaba a continuación con suavidad el hilo de baba y comida que se escapaba por una comisura. El cabello de la muchacha formaba púas alrededor de su cabeza, y Sripathi sospechó que Raju y Poppu se lo habían cortado en casa. Llevaba un vestido holgado parecido a una bata, uno de los que Raju encargaba por docenas al sastre Nataraj de Theatre Street cada dos años, y que este hacía siempre con una tela estampada a cuadritos rojos y azules. Sripathi recordó que, cuando aún vivía la madre, esta vestía bien a su hija; comentaba los modelos de los vestidos con Nirmala y se iba a Bangalore a comprar telas y encajes, botones y lazos. Los ojos marrón oscuro de la muchacha se clavaron en Sripathi, y este tuvo la incómoda sensación de que intentaba comunicarse con él.

—¿Qué hay, chica, cómo estamos? —le dijo amablemente, obligándose a pasarle la mano por la cabeza erizada.

Ella emitió un gemido y sacudió un brazo, casi volcando el plato de comida que su padre tenía en la mano.

—¿Ves cómo te reconoce? —dijo riendo Raju—. ¿Verdad que sí, hija mía? El tío Sri ha venido a jugar al ajedrez con *Appu*, así que termínate la comida rapidito, ¿de acuerdo?

—¿Cómo estás, Raju? —preguntó Sripathi.

Arrastró una de las sillas de la mesa y se sentó con cuidado en el asiento que antaño había sido lujoso pero que ahora, como todo lo demás de la casa, estaba enfundado para que no se empolvase.

—¿Que cómo estoy? ¡Pues bien como siempre y listo para derrotarte! —le dijo Raju con una sonrisa—. ¡Paso una buena racha! Pero has venido más pronto… ¿Has hecho *chhutti*? ¿Va todo bien?

—La verdad es que no… —dijo Sripathi, e hizo una pausa. ¿Cómo poner en palabras la terrible noticia sin hacerse daño a sí

mismo?

Raju, al verlo dudar, se lo quedó mirando.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Mi hija —dijo escuetamente Sripathi—. Ha muerto. Y su marido también. Lo sé desde hace unas horas.

Se hizo un silencio preñado de estupor. Entonces Sripathi se obligó a repetir los detalles de la llamada recibida. Y a medida que hablaba, notaba una sensación de alivio que no había experimentado al dar la noticia a Nirmala y Ammayya, a Putti y Arun. Tal vez Raju, que había conseguido mantener a raya la desesperación aunque le debía rondar a diario, le transmitía su fuerza.

—¿Cómo está Nirmala? —preguntó Raju.

—Muy afectada, y además me culpa a mí por lo que ha pasado. ¿Tú también crees que ha sido culpa mía?

—No. ¿Cómo vas a ser responsable de algo que ha pasado en otro país?

Sripathi contempló pensativo el rostro de su amigo, delgado y moreno, su frente despejada (pues llevaba el pelo ralo y canoso pulcramente peinado hacia atrás) y el pequeño bigote que coronaba una boca que parecía puesta entre paréntesis por dos surcos muy marcados.

—Pero crees, como ella, que debería haber escrito durante estos años, ¿verdad? ¡Dímelo francamente!

—Ya sabes lo que creo. Te lo he dicho muchas veces —dijo Raju, limpiando la boca concienzudamente a Ragini antes de indicarle a Poppu con una señal que podía llevarse a la chica—. Creo que hiciste una tontería al enemistarte con ella. Y también creo que al menos debiste dejarla volver a casa cuando tuvo a la niña. Yo me muero de ganas de ver a mis hijos y de conocer a mis nietos, y tú…

Y meneando la cabeza, Raju se puso de pie.

—Así… ¿tú también estás en contra de mí? —preguntó Sripathi, dolido por las palabras de su amigo.

—No estoy ni a favor ni en contra, Sri. Esto no es una guerra. Tú me has preguntado lo que pienso y yo te lo digo.

—Pero ella me hizo quedar completamente en ridículo, ¿no lo ves? ¿Sabes lo humillante que fue el ir a casa de Bhat a devolverle

los regalos? ¿Te das cuenta de hasta qué punto mi hija me deshonró? Pero ella sí podía hacer lo que se le antojase, sin pensar para nada en su familia, ¿no?

Raju dio unas palmaditas a su amigo en el hombro.

—¿De qué sirve pensar ahora en todo eso? Ya pasó. No vale la pena someterlo a escrutinio. Dime, ¿qué va a ser de la niña? ¿Cuántos años tiene? ¡Uf! Menuda tragedia habrá sido esto para ella…

Salieron del sombrío comedor y fueron al salón, una habitación algo más alegre en la que Raju pasaba la mayor parte del tiempo leyendo un surtido de periódicos y revistas que la señorita Chintamani reservaba para él. Le dijo a Sripathi, guiñándole un ojo, que estaba seguro de que la bibliotecaria tenía debilidad por su persona.

—Me lanza miradas amorosas. ¿Por qué será que ya no gusto a las jóvenes? Ahora solo me persiguen las viejas medio lelas. ¡Bah!

En el suelo, junto a la butaca en la que se sentaba Raju, había algunos montones de libros y de las paredes colgaban viejas fotografías familiares. Sus hijos le mandaban fotos con frecuencia, pero estas se quedaban dentro de los mismos sobres y metidas de cualquier manera en un cajón. Una radiogramola de la marca Hallicrafter estaba colocada encima de un armario bajo, y Sripathi recordó cómo le había fascinado, cuando chico, el dial redondo que se iluminaba al encenderse el aparato y en el que estaban escritos los nombres de emisoras de todo el mundo. Seychelles. Londres. San Salvador. Guayana francesa. USA. Australia. Ceilán. Era como si se hubiese logrado embutir al mundo entero dentro del aparato marrón claro, y como si aquel llamase con señas políglotas al oyente fascinado. El viejo Hallicrafter aún funcionaba a la perfección, lo cual parecía un milagro. En el estante de abajo estaba lo que Raju consideraba su tesoro, un tocadiscos Bang & Olufsen. También había montones de elepés, discos pequeños de 45 revoluciones y unos cuantos de 75. Raju puso una música suave. Ninguno de los dos tenía ganas de jugar al ajedrez y estuvieron un rato sin hablar.

—Lo que has de hacer ahora —dijo entonces Raju— es pensar en la niña. Será como criar otra vez a tu hija, plantéatelo así. Esta

desgracia te da la oportunidad de redimirte. No la dejes escapar.

—Ah, ¿entonces sí crees que necesito redimirme? —inquirió Sripathi.

—Sripathi Rao, ¿por qué te preocupa lo que crea yo o cualquier otra persona? Pregúntate si en relación a tu hija hiciste bien o mal.

Y Raju le dirigió una mirada exasperada. Sripathi, molesto, se levantó y dijo:

—Me marcho. He venido para descansar del *tain-tain* de mi casa pero aquí me dan más de lo mismo.

—No seas tonto, hombre. Al menos quédate a comer, o el hambre te hará aún peor de lo que eres ahora. —Y, poniéndose también de pie, le dio a Sripathi unas palmadas en la espalda—. No sería amigo tuyo si te dijese solo lo que quieres oír. Anda, que hoy Poppu ha hecho *bisi bele bhath*. ¿No lo hueles? Sripathi se dejó apaciguar.

—Bueno —dijo con algo de brusquedad—. Pero tendré que marcharme en cuanto haya comido. Tengo que ir a la agencia de viajes, hay mucho que hacer. Me gustaría salir para el Canadá a finales de la semana que viene.

Cuando llegó a Viajes Hansa, en la calle Pyecroft, Sripathi se dio cuenta de que no tenía pasaporte. Nunca en sus cincuenta y siete años de vida había necesitado uno. ¿Para qué, si nunca había salido del país ni había tenido que identificarse en esta ciudad en la que había nacido? Una vez, poco antes de la partida de Maya, Sripathi y Nirmala habían visitado al señor Bhat, en Madrás, para hablar con él sobre los detalles de la ceremonia de compromiso. Luego, por la tarde, fueron a la playa, y Sripathi contempló los barcos que se perfilaban contra la lisura azul del cielo. Se había preguntado por la vida que llevarían los marineros, desamarrados, turbulentos como las aguas en que navegaban, siempre en sitios distintos al de su nacimiento… ¿Qué les impulsaba a dejar lo familiar? ¿Qué era lo que había tirado de su propia hija hacia el mundo desconocido que estaba más allá de los muros protectores del hogar? Entonces, con cierta melancolía, Sripathi había pensado en su propia existencia, arraigada como la de una planta, y había imaginado que visitaría a

Maya cuando Arun tuviese trabajo y él hubiese acabado de pagar las deudas.

El agente de viajes, un hombre joven, delgado, de aire desdeñoso, con un cabello negro y brillante que le salía disparado de encima de la frente a modo de surtidor, se hizo de rogar bastante antes de atender a Sripathi. Era un hombre muy curioso y algo prepotente. Sobre la mesa estrecha que tenía delante había una bandejita llena de lápices y bolígrafos que manoseaba continuamente. De vez en cuando dejaba de juguetear con los bolígrafos para coger el teléfono y hablar durante unos minutos.

—¡Nateshan al habla! —decía broncamente, haciendo girar un bolígrafo entre los dedos y con la mirada fija en un punto que se encontraba detrás de la cabeza de Sripathi—. Sí, sí. No hay problema, no hay problema. Ahora tengo mucho trabajo… ¿Vale? Le llamaré luego. Vale, vale.

Todas sus conversaciones parecían la misma. Sripathi pensó que quizá solo las fingía para dar la impresión de tener mucho trabajo. Cuando colgaba el teléfono se volvía hacia Sripathi y lo miraba sorprendido, como diciéndose: ¿De dónde ha salido este?

Una vez más Sripathi explicó su caso: no tenía pasaporte y le urgía salir de viaje lo antes posible.

El agente meneó la cabeza y dio una sacudida a sus piernas. Se pasó la mano cuidadosamente por el copete y dirigió una mirada severa a Sripathi.

—Nadie debiera estar sin pasaporte —dijo al fin.

—Yo no era consciente de ello —replicó humildemente Sripathi. Conocía a este tipo de persona; había que humillarse un poco ante ellos para que te ayudasen—. Si pudiera encargarse de conseguirme uno, se lo agradecería.

El agente contempló durante un rato el misterioso punto que estaba detrás de la cabeza de Sripathi. Entonces preguntó de repente:

—¿Es un viaje de negocios o de recreo?

—Mi hija y su marido han muerto. Tuvieron un accidente de coche.

Aunque era absurdo, Sripathi sintió la necesidad de contarle a este extraño lo relativo al largo silencio entre él y Maya. Oyó su

propia voz rasposa como si saliese del interior de una lata oxidada. Las piernas le empezaron a temblar. Las cruzó en seguida, alarmado por la sensación y por el hecho de no poder detener voluntariamente el temblor.

Ahora el agente de viajes prestaba atención a Sripathi.

—Siento mucho oírlo. Lo siento mucho. Pero he oído hablar de muertes súbitas en países extranjeros muchas veces. Es muy triste, sí. ¿Conoce al señor Jayaram de Bridge Road? Su sobrino volvía a casa conduciendo por una autopista en Pasadena y de pronto un avión le cayó encima del coche. ¿Se imagina? Murió en el acto, claro, no podía ser de otra manera. Pero sin embargo la mujer que pilotaba el avión sobrevivió. Salió en muchos programas de televisión explicando que Dios la había amparado. Y el pobre tipo sobre el que aterrizó, ¿qué? Y hubo también otro caso… Pero estoy haciéndole perder el tiempo… Le conseguiré un pasaporte, no hay problema. Pero he de cobrarle un suplemento.

También había que gestionar el visado para el Canadá, y el agente dijo que ello supondría otro suplemento más. Habló de nuevo por teléfono mientras Sripathi esperaba, procurando contener su impaciencia.

—No hay problema. Todo de manera correcta y legal, ¿de acuerdo? —le dijo a Sripathi para tranquilizarle al respecto, y este le dirigió una mirada incierta. Por lo que él sabía, nada se hacía ya de forma lícita en los tiempos que corrían.

»Aquí no hacemos trampas, señor —dijo el agente, agitando en el aire su dedo índice derecho—. La honradez es el mejor sistema.

Una hora más tarde, después de rellenar una interminable serie de impresos, Sripathi salió de la agencia, aliviado al comprobar que las piernas le respondían con normalidad. Decidió hacer un alto en el Banco Fideicomisario de Toturpuram para ver si podía conseguir un préstamo para el viaje. El fondo del banco lo habían creado su abuelo y algunos amigos suyos con el fin de ayudar a familias brahamanas en apuros económicos y de proporcionar becas a los hijos de las mismas, de manera que pudieran permitirse ese valioso artículo de consumo llamado una educación. Sripathi recordaba la

primera vez que había tenido que acudir al banco en actitud pedigüeña. Fue poco después de encontrar trabajo. En los techos de las habitaciones del piso superior de Casa Grande habían salido unas manchas grandes de humedad. Había que impermeabilizar el tejado de inmediato y no tenían dinero para hacerlo. La humillación de aquella visita no la olvidaría nunca, había pensado entonces, pero eso había sido antes de que se acostumbrase a pedir.

—Esperemos que sea usted más responsable de lo que fue su señor padre —había dicho el más viejo de los depositarios, mirando severamente a Sripathi desde debajo de sus blancas cejas. Nunca había sentido simpatía por Narasimha Rao y ahora aprovechaba la oportunidad de desahogarse riñendo al hijo—. Si no hubiera tenido ingresos, lo hubiéramos entendido. No todos tenemos a la diosa Lakshmi sentada sobre los hombros… Pero su padre… ¡Uf, uf! Derrochó adrede todo lo que Dios le había dado.

El depositario le había concedido el préstamo, pero había dejado claro que se le concedía en memoria de su abuelo. Sin embargo, el tipo de interés era alto; el peso de las locuras de su padre recaía ahora en los hombros de Sripathi.

—De este modo hará *punya* —le había dicho otro depositario, dándole unas palmadas de aliento en la espalda—. Sus hijos se beneficiarán de las buenas acciones realizadas por usted.

Ese anciano era el que había convencido al resto de los depositarios para que extendiesen más préstamos a Sripathi y ya había muerto. Ahora había en el banco otra generación de depositarios, más jóvenes y menos dispuestos a aplazar los pagos mensuales.

—Esto es un banco, señor —le había dicho uno de ellos, atusándose el recortado bigote con gesto seguro—, no su tesorería particular. No podemos continuar extendiéndole préstamos. Esto es un negocio, no una obra de caridad. Estoy seguro de que lo comprende.

Sripathi entró con pasos vacilantes en el viejo edificio de ladrillo donde el banco tenía su sede. En el pasillo de entrada había un extenso espejo, y en él vio cómo el vientre se le abombaba como el trasero de un niño contra el algodón suave de su vieja camisa y formaba un pequeño cráter alrededor del ombligo. Tenía dos

oscuros semicírculos bajo los brazos y se notaba un hilo de sudor resbalándole espalda abajo hasta llegar al cinturón. Deseó haberse puesto algo más elegante. Pensó en las explicaciones que iba a dar a aquellas personas por el hecho de pedir el préstamo y se preguntó qué haría si se lo negaban. Para alivio de Sripathi, cuando los depositarios supieron lo de Maya le dieron el dinero sin más. Se quedó unos minutos pasmado, sin poder creer que no había tenido que suplicar. Entonces se levantó y se marchó deprisa, antes de que las lágrimas cuyo hormigueo inesperado empezó a notar en los ojos pudieran caer sobre la mesa amplia y encerada que lo separaba de aquellos hombres jóvenes, de aire solemne, que llevaban unas vidas tan pulcras.

Cuando salió al calor de la tarde era la hora punta del día. Grupos de escolares uniformados, con carteras o mochilas, esperaban en las paradas de autobús. Se veía a *maamis* vestidas con saris de seda de color magenta, verde esmeralda o morado, que iban al templo, al mercado o a ensayar con su grupo coral, y muchachas universitarias que pasaban vistiendo saris de algodón arrugado o trajes *salwar-kameez*. Sripathi pasó con su escúter por delante de la panadería Iyengar, cuyo rótulo verde y azul estaba parcialmente oculto tras unos grandes plásticos. Al parecer Iyengar había cedido a las presiones del mercado (pues de un tiempo a esta parte proliferaban en la zona las panaderías que elaboraban pizzas, donuts y otros productos exóticos) y estaba renovando su pequeño negocio. Como había comprobado Sripathi, incluso había puesto anuncios en la prensa.

Detrás de él sonó insistentemente una bocina. Sripathi miró el espejo retrovisor y vio que un autobús lo seguía muy de cerca. Llevaba en la parte superior un complicado número de matrícula —una serie de letras seguidas del número de línea, este último ilegible. Las letras eran las iniciales de la actual primera ministra del Estado. Un astrólogo había dicho que tenían un poder benéfico de tal calibre que protegerían de cualquier accidente, pero como la primera ministra tenía un nombre compuesto al que correspondían varias iniciales, apenas quedaba sitio para nada más. En consecuencia, el número se omitía a veces sin más, y otras veces se pintaba a un lado del vehículo. El que a menudo uno no supiera

adónde se dirigía cuando subía a un autobús se había convertido en una excusa frecuentemente aducida al llegar tarde a las oficinas de la ciudad.

—¿Cómo llegas tarde otra vez, Raman?

—Le presento mis excusas, señor. Me subí a un autobús que no era el mío y salió hacia la estación de ferrocarril, señor. Ni siquiera el conductor sabía adónde iba ni qué número llevaba.

Era cierto que últimamente ningún autobús había volcado ni se había estrellado. Sin embargo, eran los causantes de muchos otros accidentes sucedidos en las calles o por las aceras, pues más de un conductor de autobús se subía a ellas con su vehículo cuando, por estar la calle atestada, no podía ir a la velocidad deseada, y al circular por la acera habían atropellado a vendedores ambulantes, a un astrólogo callejero que no había sabido prever su propio futuro, o a una mendiga que estuvo a punto de morir mientras dormía. Claro que las iniciales de la primera ministra protegían, según se suponía, solo al autobús y sus pasajeros, no a todo ser humano, perro y vaca que vagase por las calles de Toturpuram.

Sripathi aumentó la velocidad para despegarse del autobús, pero los bocinazos seguían importunándolo desde muy cerca. Miró por encima del hombro y vio un momento al conductor sonriéndole diabólicamente. El muy hijo de puta estaba de broma, pensó Sripathi. Se metió entre los vehículos de otro carril y dejó que el autobús lo rebasase a toda velocidad. No servía de nada pelearse con aquellos cabrones. Todos jugaban a ser héroes, semidioses inmunes al desastre. Desde que un conductor de autobús de la ciudad se había convertido en estrella de cine, todos los componentes de la plantilla habían empezado a actuar con chulería, conduciendo como si fuesen cowboys envalentonados y como si las calles fuesen pistas de carreras.

—Eh, señor, ¿quiere matarse o qué? —gritó un hombre que arrastraba un rickshaw[14] junto a la vespa de Sripathi.

Con el ansia de apartarse del autobús, Sripathi se había cruzado en el camino del carro de tres ruedas. Se apartó y el rickshaw siguió su ruta, entrando y saliendo de los huecos que se creaban un instante en el espeso tráfico de media tarde al modo de un escarabajo enloquecido. En la parte trasera del diminuto vehículo

sin puertas, las pasajeras, dos mujeres jóvenes, se agarraban porfiadamente a la lona que hacía las veces de pared, mientras las sacudidas del carro hacían temblar sus rostros como si fuesen de gelatina. Una de ellas se soltó un momento para cogerse un extremo del sari que salía volando del vehículo y, al intentar metérselo entre las piernas, casi se cayó de él.

Entre los carriles, en una zona donde unas obras comenzadas por el municipio habían sido temporalmente interrumpidas por falta de fondos o de ganas de trabajar, un mendigo se había construido una casa con sacos de arpillera, tapas de alcantarilla robadas de diversos puntos de la ciudad, cajas de embalaje de televisores e, incluso, un letrero de madera hurtado que rezaba: PROPIEDAD PRIVADA. CUIDADO CON EL PERRO. La segunda parte del aviso había sido tachada y encima de ella se había escrito: «Sr. S. S. Ishwaran, licenciado en Historia, Universidad de Kupparigunda».

El propio Ishwaran estaba de pie a la entrada de su casa. Era un hombre menudo y tenía en el rostro una expresión desdeñosa, como si él nada tuviese que ver con la chabola que había a su espalda. De vez en cuando perdía la compostura y lanzaba furibundos improperios a uno cualquiera de los niños desnudos que jugaban tranquilamente en medio del tráfico y corrían tras sus canicas por entre las ruedas de los vehículos. En el suelo, cerca de los pies del hombre, había un recipiente grande de acero inoxidable con unas cuantas rupias. En el interior del precario habitáculo, una mujer escuálida, sentada en cuclillas, soplaba suavemente sobre un montón de carbón intentando avivar la llama. Sripathi pasaba por allí todos los días para ir al trabajo y se preguntó si sería verdad que aquel hombre tenía una licenciatura superior en Historia. Si lo era, pensó, ¡había que ver adónde le había llevado el título! Pero así era la vida. Como pasaba con los autobuses que no llevaban número, uno nunca sabía dónde se metía y dónde terminaría hasta que se llegaba, y entonces era demasiado tarde para apearse.

Hubo un breve intervalo de calma en los semáforos cuando cientos de vehículos se detuvieron y esperaron; hacían, sin embargo, continuos amagos de arrancar y acelerar, bufando y resoplando como bestias impacientes. El guardia urbano, aprovechando que los semáforos funcionaban, había abandonado el

chowki que ocupaba en el centro del cruce para ir a tomar algo en el café más cercano. Una mujer demacrada había ocupado su lugar. Iba envuelta en un harapiento sari que ondeaba ligeramente al compás de la brisa, ya descubriendo un pecho caído y seco, ya un sobaco o un muslo tan curtidos como trozos de madera que han estado a la deriva. Desde su atalaya sobre la circulación, la mujer se movía a sacudidas, como si fuera un espantapájaros animado.

—Está loca —dijo un hombre montado en una vespa que esperaba junto a Sripathi—. Dicen que ese guardia urbano violó a su hija.

El hombre llevaba a un niño acurrucado entre los pies, en la parte delantera de la vespa, y dos criaturas más apretujadas en el asiento de atrás.

Unos golfillos empezaron a bailar bajo el *chowki* del urbano. Miraban hacia arriba y lanzaban gritos burlones a la mujer.

—¡Culito, coñito, cabeza de chorlito!

La mujer continuaba moviendo el cuerpo al dictado de las tristes sinuosidades de su mente. Un guardia urbano salió del café, vestido con una camisa de un blanco reluciente y unos pantalones caqui que se ajustaban a su horcajadura con la tirantez de la piel de un tambor. Caminaba sin prisa por entre el tráfico palpitante, golpeando suavemente el bastón que llevaba en una mano contra la palma de la otra. Llevaba un sombrero blanco de ala ancha y tenía unos grandes bigotes. Hasta poco antes, los policías de tráfico llevaban turbante, pero la primera ministra actual era una apasionada de las películas americanas del lejano Oeste y había querido cambiar el uniforme de todas las fuerzas policiales. También hubiese querido sustituir los jeeps oficiales por caballos, pero el jefe de la policía municipal se opuso a ello. «Ahora ya nos pasamos la mayor parte del tiempo limpiando las boñigas de las vacas y los excrementos humanos de las calles de la ciudad, ¿y a partir de ahora tendríamos que recoger también las heces de los caballos?», —parece que dijo—. «Esto de los caballos es demasiado, demasiado. ¡Organizaremos una huelga de barrenderos y ya veremos qué pasa con los caballos!».

—¡Mira, dirige el tráfico mientras tú tomas café! —gritó uno de los golfos, que escapó ágilmente antes de que el guardia pudiese

golpearlo en la cabeza.

El hombre se puso el sombrero a un ángulo que le confiriese más autoridad, se dio un golpecito con el bastón en la pierna y lanzó una mirada feroz a la mujer.

—Tú, baja de ahí —ordenó.

La mujer dejó de bambolearse y miró inexpresivamente hacia abajo.

—¡Baja ahora mismo, te digo! —repitió el guardia, señalando imperiosamente al suelo con el bastón.

—¡Abajoabajoabajoabajo! —canturreó la mujer, y con un gesto ágil se levantó los harapos y le enseñó al policía un esquelético pubis.

—Papá, le he visto lo que tiene debajo de la falda —dijo con una risita sofocada el niño de la vespa.

Su padre le dio un manotazo en la espalda y le empujó la cabeza hacia abajo con una mano, al mismo tiempo que, inclinándose a un lado, intentaba frenéticamente taparles la vista a las dos niñas que llevaba detrás. La vespa se balanceó y los niños chillaron.

—¿Adónde vamos a parar en este país? —dijo el hombre, dirigiéndole a Sripathi una sonrisa apenada, como si se sintiese responsable del espectáculo.

El semáforo se puso en verde y el tráfico fluyó hacia adelante, dejando a la mujer en el reducido círculo del *chowki*, dando brincos y mostrándole al mundo su culo descarnado.

Cuando Sripathi enfiló Brahmin Street la brisa marina empezaba a soplar. Por un momento pensó con alegría que el súbito descenso de la temperatura anunciaba el estallido de la lluvia. Pasó frente al quiosco de huevos —uno de los muchos que el gobierno municipal había levantado por toda la ciudad para contribuir a la independencia económica de los minusválidos— y Viji, la mujer sin piernas que lo regentaba, agitó una mano en señal de saludo. Jovial como el quiosco amarillo y oviforme donde trabajaba, solía saludar a todos los que pasaban por delante. No mucho antes, Sripathi se había enterado de que en realidad el quiosco se lo habían arrendado a su vecino Munnuswamy, quien, gracias a sus relaciones con los políticos, había acaparado el mercado de quioscos de huevos. Las personas como Viji se veían obligadas a pagarle un alquiler elevado

por trabajar en la caseta.

Con la corriente de aire fresco llegó también el mal olor de las aguas residuales que provenía de los sumideros al aire libre. ¿Por qué no la brisa sin la peste? A Sripathi le parecía que todo lo bueno del mundo se acompañaba de algo que no lo era tanto. Llegó al Templo de Krishna y el hedor de las aguas fecales fue sustituido por el aroma dulzón de los cientos de jazmines que había en la hilera de puestos de flores, cerca de las puertas. El sonido metálico de las campanas llenaba el aire, pero esta vez, en lugar de irritarle, alivió su mente cansada. Pasó por delante de Balaji, que no parecía haberse movido de su sitio a la entrada del bloque de apartamentos.

—Hola… ¿Todavía sigue ahí? —preguntó Sripathi.

Balaji, sonriéndole, señaló un montón de escombros que había frente a la verja de la casa de Sripathi.

—¡Qué suciedad! ¡Qué asco! —exclamó, con el aire de un Arquímedes diciendo «Eureka».

—Sí, es verdad —dijo con pesimismo Sripathi—. Demasiadas obras. A lo mejor tendría que vivir en un piso como todo el mundo.

—¿Ah? ¿Está pensando en vender?

—Quizá. Entonces, ¿se quedaría usted contento? Ya no tendría que autorizar más préstamos para mi persona, ¿verdad? —dijo Sripathi con una leve sonrisa.

—¿Por qué tendría que estar contento o triste por Sripathi-*orey*? Yo no soy más que un empleado del banco que cumple las normas bancarias. Si pudiera, concedería préstamos a todo el que me viniese a ver —dijo Balaji, que parecía complacerse en sus instintos magnánimos—. Pero, hablando en serio, ¿piensa vender?

Sripathi se encogió de hombros.

—Una casa da tantos problemas… Sobre todo por el suministro de agua. Todos estos bloques de apartamentos…

—Claro —asintió Balaji—. Cientos de personas que tiran de la cadena, se bañan, se lavan los dientes… Pero ¿no tienen ustedes un pozo?

—Sí, pero el agua es salobre.

Hubo un silencio mientras Balaji se hurgaba la nariz. Al parecer había decidido limpiarse todos los orificios al aire libre. Los prolegómenos del baño, pensó asqueado Sripathi.

—¿Cuánto? —preguntó súbitamente Balaji.

—¿Cómo?

—¿Por cuánto quiere vender?

—No lo sé. Tendría que enterarme de los precios del mercado —dijo fríamente Sripathi.

—Mi hermano está buscando casa por esta zona —dijo Balaji—. Es contratista de obras. Le ofrecería un buen precio. Al contado y sin problemas.

Sripathi notaba que iba poniéndose de mal humor. ¿A santo de qué iban a vivir en su casa los parientes de este repugnante hijoputa que se daba aires de suficiencia?, pensó. «¡Estafadores mugrientos en la casa de mis antepasados!». Dominó su ira y se obligó a sonreír.

—Si decido venderla, Balaji, se lo comunicaré —dijo.

Todavía bullendo de ira por la sugerencia de su vecino, Sripathi se introdujo por la estrecha abertura que habían dejado entre el terraplén y la verja de su casa. Chacales, pensó. Sí, eran como buitres, dándose un festín con los problemas y las desgracias de los demás.

Por encima del muro bajo del recinto, vio a su vecino Munnuswamy acariciando a la vaca mientras cantaba la melodía de una película antigua. La ternera estaba echada en el suelo. A Sripathi le pareció que tenía aspecto enfermizo. Pero qué sabía él de animales, pensó, quizá todas las terneras tenían esa misma pinta. Munnuswamy le oyó acercarse a la veranda y llamarle.

—Sripathi Rao, me han dicho lo de su hija —le dijo—. Lo siento mucho. Si puedo ser de alguna ayuda, no dude en decírmelo. Recuerdo a su hija desde que era así de alta —e hizo un gesto señalándose las rodillas.

Sripathi asintió con la cabeza y fue a sentarse en la vieja silla de mimbre de la veranda para quitarse los zapatos. Con qué rapidez se había convertido Maya nada más que en un recuerdo en las mentes de los otros. Este era el poder de la muerte: despojar a una persona de verdadero aliento y transformarla en una abstracción etérea.

Del interior de la casa llegaba el tap-tap del bastón de Nirmala; también se la oía tararear la música de tanto en tanto. Sripathi había olvidado que hoy daba clase de baile. Su mujer no habría tenido tiempo de suspenderla y las alumnas habían llegado a las

cuatro, como siempre.

—Así no —la oyó decir a una alumna—. Tú eres Rama, el rey noble, el héroe. Camina con dignidad. Muévete con valor y con humildad. Levanta más la cabeza. Y tú eres Ravana. También es un poderoso rey pero camina como un fanfarrón. Es alguien que tiene demasiado orgullo para ser heroico.

Las palabras que empleaba sorprendieron a Sripathi. No sabía que su mujer, tan hogareña, tuviese un vocabulario así. Tampoco sabía de dónde había sacado las fuerzas para hablar a aquellas niñas que ahuyentaban a patadas la lobreguez de la estancia con la eléctrica energía de su juventud.

Por la noche, después de una cena silenciosa durante la cual incluso Ammayya estuvo absorta y callada, Sripathi subió al dormitorio y vio que Nirmala se había llevado su almohada. La oyó hablar bajo en el cuarto de Arun y adivinó que se preparaba para dormir en la cama vacía de esa habitación. Estaban confabulándose, pensó indignado; madre e hijo confabulándose contra él, como si a él le importase. La muy tonta… Creía que le importaba dónde durmiese. Ah, qué comodidad tener toda la cama para sí. Abrió las piernas y puso los brazos en cruz. En lo profundo de su interior empezó a desembrollarse una espesa madeja de cólera contra Nirmala, Arun, Putti y Ammayya, contra su padre muerto y contra Maya. Sobre todo contra Maya, por haberle convertido en un extraño para su propia nieta, por haber desaparecido de sus vidas tan completamente. Se había obligado a olvidar la traición de su hija, pues así era como veía el matrimonio de ella, la vida que había elegido para sí. Cierto que había sido él quien le había prohibido volver a casa, quien se había negado a contestar sus cartas y llamadas telefónicas, pero al morir le había robado la oportunidad de perdonar y ser perdonado.

Sripathi se revolvió en la cama. Tenía los ojos secos y fatigados, pero cuando intentaba cerrarlos no podía. También el sueño lo había abandonado. Del cuarto de Arun le llegó un susurro de voces y los celos le hicieron estirar las orejas para oír lo que decían.

Pero al cabo de poco incluso esos sonidos se apagaron y solo quedó el insistente reclamo de un ruiseñor, que le llegaba del jardín abandonado.

* * *

Tenía la ventana abierta para que el cálido aire veraniego entrase en la habitación. Estaban a 20 de agosto. Hacía quince días que el Viejo había llegado y dos que se habían trasladado de casa de la tía Kiran a la de Nandana. Ella tenía que quedarse en casa de Anjali mientras el Viejo lo embalase todo, pero una vez más se puso junto al coche en el momento en que se iban y se negó a moverse, hasta que la tía Kiran dijo:

—Bueno, que vaya ella también. Pobrecilla, para qué disgustarla por una cosa así.

Y mirando a Nandana, le dijo:

—De acuerdo. Así podrás ayudar a tu abuelo a hacer las maletas, ¿vale?

Ni hablar. Ella no iba a dejar que el Viejo tocase sus cosas, pero asintió con la cabeza porque tenía prisa por ir a casa.

Unos pies subían por la escalera. Nandana se metió en cama de un salto y se tapó la cabeza con las sábanas. El Viejo subía y ella no quería que la encontrase. Por lo general solo la miraba con ojos que parecían muy grandes detrás de aquellas gafas, y no decía nada. A veces, cuando la miraba, abría la boca pero no salía de ella ni una palabra. Le había traído un regalo de la India: tres libros con dibujos de animales que hablaban. La tía Kiran le había dicho que eran cuentos populares de la India, y había pedido al Viejo que les leyese uno en voz alta a las niñas, pero Nandana había salido corriendo de la habitación. No quería que nadie le contase cuentos sino su papá.

8

Tonos de azul

Para el viaje, Sripathi tomó prestado de Raju un abrigo además de una maleta, pues no sabía cuánto frío podía hacer en aquel país lejano. Nirmala cejó en su mutismo y le ayudó a hacer el equipaje. Se empeñó en que dejase en casa las sandalias viejas y se pusiera los zapatos negros que había comprado para la ceremonia de compromiso de Maya y que no se había vuelto a poner. También le hizo ponerse una camisa azul pálido que había comprado a su marido en Beauteous Boutique.

—¿Por qué me he de vestir como para una boda? —dijo Sripathi, al que molestaba que su mujer hubiese gastado aún más dinero para el viaje.

—Vas a ver a nuestra nieta por primera vez —sostuvo Nirmala —, ¿y quieres presentarte con la dichosa camisa a cuadros? No sé por qué te empeñas en conservarla, cuando se cae de vieja… ¡Hasta nuestro *dhobi* va mejor vestido que tú!

—Quizá él me podría prestar una camisa de vestir para mi viaje al extranjero —refunfuñó Sripathi, que para sus adentros se alegraba de que Nirmala volviese a ser la de antes.

—¡Y serías capaz de pedírsela! ¡Cosas aún más raras haces algunas veces! Ahora deja de preocuparte por cada detalle. ¿Qué pensaría ese matrimonio amigo de Maya si aparecieses con el aspecto de un *chaprassi*? ¿Eh? Y también tendrás que hablar con los señores del gobierno del Canadá. Dirían «¿Quién es este mendigo, quién es este chiflado?», y no te dejarían traerte a Nandana.

Sripathi llevaba dentro del bolsillo un corbatín que tenía como broche una mariposa de plata adherida a una gruesa brizna de hierba. Se lo había dado Ammayya y, para complacerla, se lo había puesto al emprender el viaje en Toturpuram.

—Ten cuidado con él —le había dicho su madre—. Es *argentum* puro, no una baratija.

Ammayya creía que todos los americanos llevaban corbatines y botas de cowboy; su hijo no iba a desentonar, aunque solo fuese a estar en el país un mes y medio. También había oído decir que algunos negros recibían palizas o disparos de armas de fuego y, aunque cualquiera podía ver que su Sripathi tenía la piel más clara que la reina de Inglaterra, no era cuestión de arriesgarse: era mejor no llamar la atención. No supo dónde encontrar botas camperas, pero el corbatín había sido de Narasimha y era genuinamente americano. Sripathi intentó explicarle a su madre que no iba a los Estados Unidos sino al Canadá, pero fue inútil. En la limitada geografía mental de Ammayya, había solo tres países: Inglaterra, América y la India. Pakistán y Bangladesh (que ella seguía llamando Bengala del Este) no contaban como países porque, por lo que a ella se refería, la partición de la India fue un grave error que no había sucedido nunca, Jawaharlal Nehru había sido un mujeriego sin seso como su propio marido y Gandhi había traicionado la decencia del sentir brahmán con sus tonterías sobre la igualdad de todos los hombres, incluidos los intocables. Si Ammayya no estaba de acuerdo con la partición, entonces esta nunca tuvo lugar.

Tres semanas más tarde, Sripathi llegó a Vancouver aturdido por la sensación de ir en avión, de haberse despegado de la tierra después de cincuenta y siete años de estar atado a ella. La espalda le dolía después de pasar tantas horas en un asiento estrecho. Los zapatos nuevos le habían producido ampollas en los pies. Y tenía miedo de lo que iba a sentir al ver a la niña.

Cuando Sripathi pensaba en aquel su primer viaje fuera de la India, recordaba pocas cosas. Le había recibido el doctor Sunderraj, en casa del cual estuvo alojado durante la primera semana. Entonces preguntó si podía trasladarse a casa de Maya y, con gran sorpresa por su parte, la niña había querido ir con él. Durante los días laborables, sin embargo, ella acudía a un campamento diurno y

él se quedaba solo en la casa pintada de azul. Fue un alivio para él que Kiran se ofreciese a pasar por las tardes para ayudarle a desmontar la casa y a preparar el traslado a la India. También le había llenado la nevera de comida todas las semanas, de manera que él solamente tenía que calentar en el microondas unos envases de tapa color naranja que contenían arroz y diversos platos con curry. Eso lo agradeció mucho porque no sabía cocinar; ni siquiera había puesto nunca a hervir una tetera con agua.

Durante el mes y medio que pasó en Vancouver no entabló amistad con nadie, aunque habría podido ponerse en contacto con amigos de Maya y Alan. No fue a ninguna parte, pues lo intimidaban la extraña belleza de la ciudad, su silencio y sus rascacielos. No quería tener nada que ver con el sitio donde Maya había exhalado su último aliento. Lo único que se llevó con él fue un nebuloso recuerdo de lluvia y de exuberante verdor, de cosas que crecían interminablemente: árboles gigantescos, flores de vivos colores, hojas grandes como platos… una fecundidad que le resultaba insoportable. Sí recordaba con todo detalle la casa azul, que tenía un suelo de parquet y unas grandes ventanas que Kiran Sunderraj había abierto para que entrase el aire húmedo y limpio de la ciudad. El aire olía a la vida que bullía por entre la apretada hojarasca de las plantas del exterior, y los arbustos se doblegaban con el peso de sus flores azules. El primer día que pasó allí, se sentó junto a la ventana y oyó llorar a un bebé en la casa de al lado. Una voz de mujer joven había tranquilizado a la criatura. Pasó un grupo de ciclistas que iban riendo y charlando, con las piernas musculosas embutidas en pantalones cortos y los brazos desnudos. Había ratos muy largos durante los cuales no pasaba nadie y solo se oía el goteo de la lluvia sobre las hojas. Sripathi prefería aislarse de todo ello y, en cuanto Kiran los dejaba solos a él y a la niña, cerraba todas las ventanas menos las de la habitación de esta. Ella se metía en su cuarto y no contestaba cuando él golpeaba la puerta indecisamente.

Las paredes de la casa estaban pintadas en distintos tonos de azul. Se preguntó si sería el color favorito de Alan o de Maya. De jovencita, en Toturpuram, a Maya le gustaban los colores vivos: rojos, fucsias, amarillos, verdes. Pero en la mayoría de fotos que había enviado a casa llevaba ropa blanca o negra, o alguna vez una

camiseta roja. Las personas eran como los árboles, crecían y cambiaban, echaban hojas nuevas que te olvidabas de contar y, cuando mirabas a otro lado, incluso se morían.

En las paredes había algunas estampas enmarcadas, una máscara, pequeños anaqueles llenos de chucherías… Y fotos, docenas de fotos de Maya, Alan y Nandana que constituían un registro de todos los momentos significativos o felices de sus vidas: Nandana en su primer día de colegio; el matrimonio en una carretera, en medio de un paisaje de alta montaña, fotografiado en el momento en que el viento agitaba el cabello de Maya y ella sonreía de felicidad; Alan, un chico alto y de aspecto simpático, llevando sobre los hombros a Nandana, que se agarraba al cabello rubio de su padre. Mi yerno, pensó tristemente Sripathi. Un estudiante de filosofía risueño y de pelo rizado, el hombre que se había casado con su hija y la había hecho feliz.

Aquella era la casa en la que había vivido su hija y que él había vendido a un desconocido. Los muebles se los habían llevado otros desconocidos: la mesa del comedor, las mesas de trabajo, sillas, armarios, un ordenador y una silla grande que tenía una inclinación mayor o menor según se tirase de una tabla hacia adelante o hacia atrás, como abriendo o cerrando un cajón. La niña tuvo un disgusto cuando se la llevaron. Se sentó en ella sin decir palabra y se negaba a levantarse. El doctor Sunderraj la había cogido en brazos mientras Sripathi, sin conocer el motivo del disgusto de la niña, miraba la escena con sensación de impotencia. Nandana también lloró mucho —con gruesos lagrimones que le caían sin cesar por las mejillas mientras su delgado pecho se agitaba con violencia y ella mantenía los puños cerrados— cuando un comprador se llevó una cómoda de su habitación. Estaba perdiendo todas las cosas que le eran familiares y queridas, pensó Sripathi. Deseó entonces poderle asegurar que todo acabaría bien. Incluso había extendido una mano para acariciarla, para decirle que no le pasaría nada, que él iba a llevarla a la India, pero la niña se había apartado de él. ¿Qué estaría pasando por el interior de aquella cabecita?, se preguntó Sripathi, al leer el rechazo en los ojos oscuros de la niña. Eran los ojos de su madre. Grandes, negros e insondables. ¿Le odiaba la niña? Debía de tener sus dudas acerca de él, un abuelo que había aparecido como

llovido del cielo con una camisa arrugada pero completamente nueva, comprada especialmente para el viaje. ¿Habría oído hablar siquiera de Toturpuram, una ciudad pequeña que estaba en los antípodas de Vancouver —y que tenía fama por sus espectaculares salidas de sol—, la ciudad donde había nacido su madre y antes que ella varias generaciones más de antepasados? ¿Había hablado Maya de él alguna vez, de Nirmala, Arun, Ammayya y Putti, y de la vieja casa de Brahmin Street?

La hija de su hija. Una huérfana. Qué palabra tan fea. Una criatura desprovista de padres. «Carente de la protección o las ventajas de que disfrutaba previamente», según el *Concise Oxford Dictionary*. Sripathi había buscado la palabra poco tiempo después de recibir la llamada del doctor Sunderraj en el mes de julio.

—Ha dejado de hablar —le había dicho el doctor Sunderraj la tarde del día en que llegó.

Su suave voz canadiense no conservaba ningún rastro de la India. Era un hombre rendido a su nueva ciudadanía, pensó Sripathi. Primero cambias la forma de vestir, luego el peinado, los modales, el acento. Y… ¡ale hop!: hete convertido en otra persona distinta. ¿Habría cambiado también Maya su acento? ¿Se habría pasado del madrasí especiado al canadiense escarchado? A Sripathi le molestó su propia ocurrencia. Te pasabas media vida trabajando como escritor publicitario y hasta el dolor se convertía en un juego de palabras.

—Creo que es efecto de la conmoción y que será transitorio —seguía diciendo el doctor Sunderraj.

—¿Qué?

Sripathi no recordaba de qué estaban hablando. Últimamente estaba siempre distraído, como si su mente hubiese dejado de escuchar, como si se negase a responder a los estímulos exteriores.

—Se habrá dado cuenta de que Nandana no habla —repitió el doctor pacientemente—. Normalmente es muy habladora, o sea que este silencio es insólito. Pero después de una impresión tan fuerte, es comprensible. Nunca se sabe cómo reaccionará un niño.

Se quedó una semana en la casa pintada de azul, metiendo en las maletas las cosas que le pareció que debía llevarse a la India: los libros de Maya como recuerdo para la niña, fotos, cartas, papeles,

dos brazaletes de oro y dos pares de pendientes. También otro par de pequeños brazaletes de oro que reconoció en seguida. Se los había regalado Ammayya a su hija cuando esta cumplió un año. Nirmala debió de enviarlos al Canadá para el primer cumpleaños de Nandana. Se deshizo de la ropa al final, por la congoja que le producía ver los pulcros estantes y cajones llenos de camisas, pantalones y ropa interior, y los tres saris con las blusas y combinaciones a juego guardados en fundas de celofán. Se acordaba del sari verde oscuro de crêpe de Mysore con el ribete decorativo de mangos dorados: había ido a comprarlo con Nirmala al nuevo centro comercial de Toturpuram para regalárselo a Maya en su decimosexto cumpleaños. Qué sorprendido se quedó cuando vio a Maya vistiéndolo por primera vez: de pronto parecía más alta y madura, arropada por aquella tela que caía formando suaves pliegues. No había sabido qué decir y se le había puesto un nudo en la garganta con la emoción; la alegría por verla tan joven y bonita y al mismo tiempo la pena de que fuese casi una mujer adulta.

—*Appu*, ¿cómo me queda? —había preguntado ella, extendiendo sus brazos delgados, y el espejismo de madurez había desaparecido; de nuevo era una desgarbada adolescente, solo que llevaba puesto un bonito sari.

—Tu madre hubiera tenido que hacerme caso y quedarse el rosa —había dicho él.

A ella le cambió la cara y dejó caer los brazos.

—¿No me queda bien?

—¿He dicho yo eso?

Y ella había dado media vuelta y había bajado torpemente por las escaleras, con el sari recogido a la altura de sus rodillas.

Más tarde Nirmala le había regañado.

—¿Se puede saber qué te pasa? Dice que le has dicho que el sari nuevo no la favorece. Con lo guapa que estaba, ¿por qué le dices cosas así?

—Es demasiado joven para llevar saris. Y ese color la hace parecerse a la señorita Chintamani —había dicho él, sintiéndose culpable.

—Tonterías. Tú eres el que se parece a la bibliotecaria… Siempre criticándolo todo.

Nirmala había dado media vuelta, negándose a continuar con la conversación, y Maya no había vuelto a ponerse aquel sari.

Sripathi sacó los tres saris de las fundas de celofán y los puso con cuidado en la maleta. Eran las únicas prendas de vestir que se llevaría consigo. Decidió lavar un montón de ropa que había encontrado en el cesto de la ropa sucia, aunque Kiran le había dicho que lo haría ella durante el fin de semana. Pero la familia Sunderraj ya le estaba haciendo bastantes favores. Lavaría él mismo la ropa antes de meterla en las bolsas para el Ejército de Salvación. Estuvo un rato intentando descifrar el funcionamiento de la máquina de lavar y, cuando le pidió ayuda a la niña, ella se lo quedó mirando hoscamente y no contestó. Tampoco le permitió deshacerse de dos chaquetas pertenecientes a sus padres. Se las arrebató de entre las manos y corrió escaleras arriba, arrastrando las dos pesadas chaquetas, una roja y la otra gris, y tropezando con ellas a medida que subía. Cuando Sripathi fue tras ella, diciéndole que fuese con cuidado, ella había vuelto la cabeza y le había dirigido una mirada hostil y salvaje como la de un animal acorralado, y él, retrocediendo, había vuelto a bajar. La niña tampoco dejó a Sripathi que le hiciese la maleta, sino que ella misma metió sus cosas dentro de bolsas de basura que fue apoyando contra una de las paredes de su habitación vacía. Al final, Kiran Sunderraj la convenció de que metiese todo aquello —juguetes, ropa y libros— en maletas y cajas. Pero la niña continuó mirando a Sripathi con recelo, incluso con hostilidad, y él abandonó los intentos de entablar conversación con ella. Durante todo el tiempo que duró su estancia, no hubo entre los dos más que un silencio creciente.

Un mes después de su llegada, el Departamento de Servicios Sociales concedió a Sripathi el permiso para llevarse a la niña a la India. El visado para Nandana se consiguió en el tiempo récord de una semana, gracias a los innumerables amigos y conocidos que tenía el doctor Sunderraj. Él y Kiran hicieron más de lo que hubiera hecho la mayoría de personas. Se ocuparon de todos los trámites legales relativos a las muertes, o al menos de todos aquellos que estaba en su mano resolver. El doctor Sunderraj también se había ocupado de muchos trámites burocráticos relativos a la niña antes de que llegase Sripathi.

—Oficialmente Nandana está bajo tutela del Estado, ya que no tiene parientes próximos aquí —le había explicado por teléfono antes de que Sripathi emprendiese el viaje—. Sin embargo, conozco algunas personas en Inmigración y Servicios Sociales, y han accedido a dejarla de momento con nosotros, teniendo en cuenta que somos amigos de la familia desde hace años y que los padres de Alan ya no viven. Pusimos una modificación en el periódico, pero al parecer era hijo único. Solo tenía una tía en Idaho, y ella no quiere cargar con la responsabilidad de una niña. Luego hay unos primos, pero pensaron que era mejor que Nandu estuviese con nosotros, con personas a las que conoce. Su nieta puede quedarse aquí todo el tiempo que haga falta. Pero necesita a su familia, y cuanto antes venga usted, mejor.

En el aeropuerto, mientras esperaban el avión que los llevaría a la India, la niña continuó seria y callada. Sripathi llevaba en una mano una pequeña maleta encarnada. Mantenía la otra mano libre adrede, porque había supuesto que la niña la cogería, como se la cogía Maya cuando tenía siete años. Pero no quiso. Él se ofreció a llevarle la mochila, que parecía pesada, pero ella no hizo caso de su ofrecimiento. Luego miró muy recelosa la chocolatina Mars que Sripathi le tendía en una mano. Él decidió seguirle el humor, aunque por dentro notaba que se iba impacientando ante la actitud poco tratable de la niña.

La miró caminando en silencio a su lado, con las manos en la espalda, fuera de su alcance. La niña se había dibujado una línea titubeante de *kohl* debajo de los ojos y parecía un mapache. Tenía algo en la boca que masticaba continuamente. Ñam ñam ñam ñam ñam. De la boca le salió una burbuja, como una membrana que se fuese hinchando. Llevaba unos tejanos raídos y una camiseta negra con las palabras. ¿POR QUÉ? impresas en un rosa fluorescente. Sripathi recordaba que Kiran le había preparado otro conjunto distinto para el viaje, pero al parecer la niña se había propuesto llevar la contraria. Sripathi observó que sus rodillas, que sobresalían por entre las rajas del tejano, estaban secas y arañadas, y el aspecto infantil de esos dos montículos huesudos se avenía mal con el aire

fanfarrón que ella quería darse. Antes, Sripathi le había visto un dibujo en una rodilla: la cara de un hombre bigotudo con un gran lunar en la frente. ¿Se lo había dibujado ella misma o era un tatuaje como los que llevaban en los brazos aquellas gitanas sucias y errantes que vivían en Toturpuram? Sripathi había oído decir que los tatuajes estaban de moda en el extranjero. Y el pelo, ¿qué demonios se había hecho en el pelo? Una masa de rebeldes rizos negros le brotaba del cuero cabelludo, aquí y allá colgaba una sarta de abalorios, y algunos mechones estaban inexpertamente trenzados. La niña no había dejado que Kiran le peinase el pelo. Lo que llevaba debía de ser algo que le solía hacer Maya. Sí, como a esta se lo había hecho Nirmala. A Sripathi lo asaltó el recuerdo de Nirmala sentada en la veranda, teniendo a Maya bien sujeta entre las rodillas, desenredándole el pelo con la boca llena de alfileres y lazos mientras la niña se retorcía impaciente y Nirmala le decía con voz amortiguada que se estuviese quieta.

Sripathi encontró la puerta de embarque y se sentó. Nandana se alejó lentamente, volviéndose una vez para mirarlo por encima del hombro, y se detuvo al llegar al ventanal de la sala. Apretó la nariz contra el cristal; la mochila le estiraba los hombros hacia atrás y su delgado cuello se estiraba hacia adelante como el de una gallina. «Está demasiado delgada —pensó Sripathi—, la piel apenas le tapa las clavículas y la tiene de un marrón pálido y traslúcido, como leche con un poco de miel». Estaba seguro de que se le veían unas venitas azules junto a los ojos. No comía lo suficiente. ¿Lo hacía por no engordar? ¿Les importaban esas cosas a los niños? No se acordaba del caso de Maya. ¿Se había hecho de rogar para comer por no querer engordar? Se dio cuenta de que no había conocido la vida interior de su hija, el mundo secreto hecho de sueños y miedos, complejos y amaneramientos que persigue a los niños durante los primeros años y a la larga se convierte en un lastre. ¿Era posible que hubiese crecido bajo sus narices durante veinte años, en la misma casa? De una niña cariñosa que se cogía a su dedo meñique al cruzar la calle y que lloraba de ansiedad si él no llegaba a casa a las seis en punto, se había convertido en una persona a la que no conocía.

El altavoz de la sala del aeropuerto empezó a emitir un mensaje

y quienes esperaban se enderezaron en sus asientos. A los ancianos y a los que llevaban niños se les invitó a embarcar. Sripathi recogió sus bolsas y miró a la niña, suponiendo y deseando que también hubiese oído el aviso. Todavía estaba con la nariz pegada contra el cristal de la ventana, formando en él un halo de aliento.

Una voz que parecía provenir del interior de una lata repitió el aviso por el altavoz. Esta vez Nandana empezó a moverse de mala gana hacia donde estaba Sripathi. ¿Qué pensaría de ella Nirmala?, se preguntó él. ¿Cómo se las arreglarían para relacionarse con ella?

La niña se detuvo para atarse los cordones de un zapato, que se le habían desatado. Bajo el peso de la mochila parecía una tortuga. Sripathi temía incluso preguntar qué llevaba dentro, en vista de la hostilidad que le mostraba.

—No tenga prisa —le había aconsejado Kiran Sunderraj—. Nandu empezará a acercarse a usted cuando esté lista para hacerlo. Recuerde que ha perdido todo lo que le era más familiar y querido. La pobrecilla ha sufrido un shock. Tenga paciencia con ella.

Sripathi la siguió con la vista mientras se daba una pausada vuelta por toda la sala, antes de acercarse remoloneando adónde estaba él. Lo estaba haciendo a propósito, estaba seguro; quería poner a prueba su autoridad y su paciencia. Durante todo el viaje de ida, de Madrás a Frankfurt y de Frankfurt a Vancouver, se había imaginado a otra pequeña Maya a quien poder fácilmente amar de nuevo, alguien que le ayudaría a deshacerse de su sentimiento de culpa y de su enojo. Pero esta niña era demasiado independiente y desgarbada, y no se mostraba dispuesta a dejarse querer. No era bonita ni atractiva. ¿Qué había esperado encontrar? ¿Una dulce criatura de cuento de hadas con un vestidito como los que Nirmala le hacía a Maya cuando era pequeña, y con trenzas dobladas hacia arriba y sujetas con un lazo?

La niña se paró silenciosa a su lado y con una mano jugueteó con la sarta de abalorios que llevaba en el pelo.

—¿Quieres ir al lavabo? —preguntó Sripathi con algo de incomodidad.

Silencio.

—¿Quieres beber algo antes de que entremos en el avión? ¿Has ido en avión alguna vez?

Ella se encogió de hombros, se metió el índice y el pulgar en la boca y sacó una larga tira de chicle rosa. Le lanzó una ojeada a Sripathi para ver qué efecto le había producido. Él se dijo esperanzado que Nirmala sabría mejor cómo tratarla. Las mujeres siempre tenían las palabras adecuadas para desenvolverse en cualquier situación. Y sin embargo él era el artífice de las palabras, el que persuadía a los demás para que comprasen cremas de belleza o remedios ayurvédicos para la tos, esteras de fibra de coco o polvos dentífricos, aceite de coco para el cabello o aceite de sésamo para cocinar.

Exhalando un gruñido, se inclinó para coger la pequeña maleta roja, algo ajada por los años y cubierta de etiquetas engomadas y descoloridas. Le habían colocado por alrededor una tira de cuero que parecía nueva. Esa maleta la habría reconocido en cualquier parte. Nirmala y él se la habían comprado a Maya en un almacén cercano a la playa, a las afueras de Toturpuram, dos días antes de que se fuese de viaje a Ooty con las compañeras de clase del instituto. Cogieron la línea 16 —no solo el matrimonio sino toda la familia— porque recorría una ruta pintoresca. Aquel fue un día señalado. Maya iba a estar fuera de casa cinco días por primera vez en su vida. Ninguna muchacha de la familia de Sripathi se había ido de casa sola antes de casarse. La maleta iba a ser una suerte de reconocimiento de la nueva condición de Maya, que ya era una personita por derecho propio, casi una adulta. Para Sripathi era también como dar un primer paso hacia ese mundo moderno en el que las hijas se marchaban de casa para estudiar y trabajaban para mantenerse.

Ammayya no había entendido por qué hacían tantos aspavientos ni por qué era necesario comprar una maleta.

—Con la de baúles que tenemos en casa… —había dicho, horrorizada ante la perspectiva del gasto—. ¿No hemos usado baúles toda la vida? A mi padre le costaron solo diez rupias y de momento han durado sesenta y cinco años.

—Pero Ammayya, ¿qué pensarán mis amigas si aparezco en la estación con el *petti* de la boda de mi abuelita? —le dijo Maya en tono de broma—. ¿Y quién transportaría el baúl?

—Bah, eso son excusas tontas para obligar a tu padre a gastar.

¡Estáis mimados, estáis demasiado mimados, eso es lo que pasa hoy en día! —replicó Ammayya, pero no llevó la discusión más allá.

Se limitó a refunfuñar, haciendo pronósticos calamitosos sobre padres arruinados, niños codiciosos, hijos ingratos e incapaces como el suyo propio, y por fin acabó con una loa a su propia infancia virtuosa. Sin embargo, sus opiniones no la impidieron acompañar al resto de la familia, y así, un sábado se subieron todos a una carraca de autobús, conducida por un hombre tan bajo que apenas veía por encima del volante. De vez en cuando sacaba un brazo por la ventana y gritaba: «¡*Muttbal*, imbécil, tontolculo!». Los que pasaban por allí se apartaban de un salto preguntándose si el vehículo iba solo, pues no veían a ningún conductor sino solamente un brazo que se agitaba.

Pasaron traqueteando junto a los puestos de flores de Mangamma y sus hijas, y luego por delante de la casa del juez Vishnu Iyengar, con su catarata de buganvilla, y a su lado el Centro Kuchalamba, donde se celebraban las bodas y que entonces estaba vacío porque se pasaba por un periodo aciago y nadie quería arriesgarse a estropear su vida conyugal desde el principio. En el cruce con Tagore Street giraron hacia la derecha. En aquel cruce tenía su barbería Shakespeare Kuppalloor, y estaba también la Beauteous Boutique regentada por Jain, con sus escaparates que mostraban saris de vivos colores, hileras de sostenes rellenos de periódicos arrugados y ropa interior masculina con más periódicos arrugados rellenando estratégicamente la horcajadura. El escaparatista de Jain se había excedido con los periódicos: los calzoncillos parecían corresponder a hombres que tuvieran melones en vez de testiculamen. El autobús pasó por delante del colegio de los jesuitas, un edificio alargado y de aspecto vetusto en el que había estudiado Sripathi y, años más tarde, también Arun. En la puerta de la capilla adyacente estaba, como de costumbre, el padre Frank McMordy, esperando con ojos brillantes que pasase algún transeúnte con el que poder charlar un rato. Finalmente, giraron a la izquierda y salieron a la ancha calle pavimentada que corría paralela a la playa, y el vigorizante aire salino entró por las ventanas (que el vehículo llevaba siempre abiertas, pues estaban trabadas por la herrumbre), disipando el olor a sobaco y a calcetín

viejo.

El cielo tenía aspecto de leche cuajada: unas nubecillas agrumadas que parecían *paneer* flotaban por el espacio traslúcido. Por encima de los sonidos asmáticos del autobús, Sripathi oyó los chillidos de gaviotas. Aquel día se sintió feliz. Maya se había empeñado en comprar una maleta de un rojo vivo para que hiciese juego con su *langa-dhavani*, aunque a Sripathi le había gustado más una negra, con hebillas y chapa identificatoria de latón, que tenía aire de baúl de pirata. Ammayya se olvidó de estar mohína y les invitó a todos a un helado. Contagiada de la alegría general de aquel día de excursión, incluso compró flores para Putti, Nirmala y Maya. A Sripathi y a Arun les compró un bolígrafo a cada uno en el mercado de contrabando. Al llegar a casa descubrieron que los bolígrafos no escribían pero ello no les estropeó el día, y la maleta comprada acompañó a Maya durante muchos años a todas partes, aguantando el trajín de aviones, trenes y autocares.

Sripathi no le ofreció la mano a Nandana cuando iban hacia la puerta de embarque y ella continuó fingiendo que él no estaba a su lado.

En el aeropuerto de Madrás no los esperaba nadie y, tras recoger su equipaje, cogieron un taxi para ir a la estación. Esta vez la niña no protestó cuando Sripathi le cogió la mochila y se quedó dormida en el taxi que olía a sudor rancio y humo de cigarrillos. Se despertó en cuanto llegaron a la estación y, con ojos muy abiertos, contempló a las muchedumbres que se movían por los andenes incluso a aquella hora avanzada. «Qué extraño y desorientador debe de resultarle este fragor continuo», pensó Sripathi; los ruidos de vendedores, niños que lloran, culis que buscan clientes a gritos, mendigos, músicos… esa abigarrada muestra de la humanidad bajo el techo abovedado de la Estación Central de Madrás. La niña se tapó la nariz con los deditos para evitarse el hedor del pescado, de los cuerpos humanos, del gasóleo, de las frituras y de los charcos de agua sucia entre las vías. La multitud se hacía más espesa a medida que se acercaban al tren al que tenían que subir, y Sripathi apretó la mano de la niña con intención de no soltarla aunque ella se resistiese. Pero no opuso

resistencia y él imaginó que estaba demasiado aturdida por aquel barullo que asaltaba todos sus sentidos a la vez. Para alivio de Sripathi, encontraron sin problema las dos literas reservadas por el agente de viajes y muy pronto la niña se quedó dormida con el traqueteo del tren. Sripathi pasó la noche sentado, con la ventanilla abierta para que entrase el aire fresco mientras pasaban a toda velocidad por ciudades y pueblos dormidos, y a la mañana siguiente, cuando llegaron a Toturpuram, estaba ojeroso y de mal humor.

Por la ventana vio a su familia, que registraba afanosamente con la vista los diversos departamentos. Despertó a Nandana y pocos minutos más tarde estaban en el andén, rodeados de todo lo que era familiar para él y extraño para la niña.

* * *

En la India hacía calor. Nandana pensó que era como el cuarto de baño de su casa después de darse un baño de burbujas. Cuando llegó a la estación, había tropecientas personas en el andén y todas hablaban al mismo tiempo. Se tapó las orejas con las manos. Quería volver al interior del tren; le había gustado. Un grupo poco numeroso se separó de la multitud y se acercó en línea recta adónde ella estaba.

—¡*Ayyo*! —gimoteó una de aquellas personas, y agarró a Nandana. Era una mujer vieja de pelo blanco y llevaba muchas pulseras que tintineaban cuando se movía. Dijo algo en *kannada*, pero Nandana no la oyó bien porque tenía la cara chafada contra el pecho de la señora. Entonces esta miró a Nandana y continuó—: Miradla… miradla. Tan delgadita, tan triste… ¿Sabes quién soy? —y la abrazó otra vez.

—¿Cómo lo va a saber, Ammayya? —dijo otra mujer. Nandana la reconoció en seguida por las fotos de su madre. Era la señora Mamma—. La pobrecilla acaba de llegar. ¿Cómo va a conocernos?

Nandana se retorció para librarse del abrazo de la vieja. Le hacían daño en la mejilla los collares que reposaban en la esponjosa delantera de la anciana. Además, olía a menta y a aceite de cocinar.

—¿Tienes chicle? —le preguntó al oído la vieja, y luego la soltó —. Qué delgadita está… —continuó, fijando sus ojillos verde-gris en Nandana—. Yo creía que todos los niños americanos eran rubios y de aspecto saludable.

«Yo no soy americana —pensó Nandana—. Soy canadiense».

La señora Mamma le tocó la cabeza y la abrazó, pero no como la vieja sino con más cuidado.

—Pobre criatura. Con lo que ha pasado, por fuerza ha de estar desmejorada.

Entonces un hombre joven, al que Nandana supuso el hermano de su madre, ayudó a otro, que llevaba un uniforme rojo, a ponerse encima de la cabeza algunas de las maletas. Nandana estaba segura de que, si se movía, la pila de maletas se vendría abajo y hasta mataría al hombre. Pero llegaron a la parada de taxis sin novedad, y ella y el Viejo y la señora Mamma se metieron en un coche negro que parecía un toffee. Empezaron a circular por las calles y Nandana se asustó porque el conductor volvía la cabeza todo el rato para hablar con el Viejo. A veces sacaba el brazo por la ventana y hacía una señal para avisar de que iba a girar, pero otras veces se olvidaba y había coches que tenían que pararse o que se apartaban de pronto con un tremendo chirrido de frenos. Nandana cerró los ojos con fuerza porque estaba segura de que en cualquier momento los iban a hacer papilla. Un par de veces los abrió y tuvo la sensación de estar en un zoológico: a ambos lados del vehículo había cantidad de vacas, y también unos animales enormes que, según supo más tarde, eran búfalos. Tenían unos cuernos curvados que les daban un aspecto feroz, y la niña tuvo miedo de que embistiesen el taxi, lo derribasen, metiesen las cabezas por la ventana y le clavasen los cuernos. Se alegró de ir sentada en medio, entre el Viejo y la señora Mamma.

Aquella noche, acostada en la cama estrecha y dura que, según la señora Mamma, había sido la de su madre, Nandana se hizo muchas preguntas. ¿Cuánto tiempo iba a vivir en esa casa vieja, llena de ruidos extraños y rincones oscuros? ¿Iría también aquí al colegio? ¿Quién la ayudaría a atarse los cordones de los zapatos para que le quedasen como a ella le gustaba? Se alegraba de que el hermano de su madre durmiese en la misma habitación, en otra

cama estrecha que había frente a la suya. Le había caído bien desde el principio. «Aun así —pensó—, ojalá no tenga que vivir en la India, en esta casa vieja, durante mucho tiempo».

9

LLEGA UNA HIJA

Muy señor mío:

Recientemente se publicó en el periódico que usted dirige un artículo sobre la nueva atracción de Dizzie World, en Madrás.

Al parecer, unas aves amaestradas que han sido importadas de Singapur son el asombro del público que visita el parque, pues contestan el teléfono, saludan cortésmente, juegan al baloncesto, montan en bicicleta, obedecen las normas de tráfico y recogen los papeles tirados al suelo. En mi humilde opinión, los ciudadanos de este país estaríamos mejor servidos si estos pájaros sustituyesen a nuestros políticos, a los asesinos a sueldo de algunas empresas, a las mafias que dirigen las comisarías de policía y a los maleantes de toda laya que hemos de padecer.

Atentamente,

Pro Bono Público

Sripathi puso cuidadosamente el capuchón a la pluma y la devolvió al estuche. Desde que había regresado de Vancouver se notaba con menos deseos de escribir cartas. Leía en los periódicos matutinos algo que le sacaba de quicio y en seguida se preguntaba de qué iba a servir escribir acerca de ello; no era probable que una carta cambiase las cosas. Hasta el placer de contemplar su estuche de plumas se había esfumado. Sin embargo, se obligaba a coger una hoja de papel, seleccionaba al azar una pluma cualquiera, emplazaba al sarcasmo que dormía en su interior y se ponía a escribir. Lo hacía porque sabía que necesitaba la rutina de leer, de pensar en cosas externas a sí mismo y de escribir para no volverse loco.

—¡*Chinnamma*, despierta! Es hora de bañarte y de ir al colegio.

Desde su sitio habitual en el balcón oyó la voz de Nirmala que, en la habitación de Arun, intentaba con ruegos sacar de la cama a la niña. Esta dormía ahora allí, en la vieja cama de Maya, y sus ojos veían el mismo techo que había cobijado a su madre. Nirmala se había esmerado en arreglar la habitación: había sacado los papeles de Arun a los estantes y a la mesa del descansillo, había convertido un sari casi nuevo de poliéster amarillo en un par de cortinas para la ventana, y había llamado al colchonero para que este varease los colchones y las almohadas rellenos de algodón. También colgó algunas fotografías de Maya y Alan sobre la cabecera de la cama de la niña y forró los anaqueles del armario grande de madera con papeles de periódico. Vació el armario de cajas viejas, bolsas con ropa y libros. Colgó allí los dos chaquetones que la niña se había negado a dejar en Vancouver —el rojo de Maya y el gris de Alan— y guardó en un altillo las maletas y las cajas que contenían recuerdos. Algún día, le dijo a Sripathi, su nieta las abriría. En un rincón del cuarto había puesto un cesto de mimbre para los juguetes de la niña. Desparramados aquí y allá, sus vivos colores sorprendían un poco en esa vieja casa. Todas las mañanas Koti los recogía pacientemente y los metía en el cesto, y al llegar la noche todos estaban de nuevo esparcidos por la casa: los cubos azules, rosas y morados, las muñecas, las ollitas y sartenes, los lápices de colores… En una ocasión Sripathi estuvo a punto de aplastar con el pie una caja rosa que, al abrirse, reveló el detallado interior de una casa, con cocina y baño incluidos, habitada por tres muñecas diminutas. Quedó fascinado por la perfección de aquel hogar de plástico y se preguntó qué haría la fantasía de su nieta con aquellas muñequitas. La había visto a menudo con la casita, moviendo los labios sin emitir sonido alguno, con expresión absorta, jugando con aquella familia minúscula en su nido rosado y perfecto. Sripathi apenas había comprado juguetes para Maya y Arun. Cuando estos eran niños, se habían inventado los juegos a base de guijarros, vainas con semillas, palos que encontraban en el jardín de atrás o conchas de cauris. Recordaba vagamente una muñeca de trapo que Nirmala le había hecho a Maya, aunque quizá se lo estuviese imaginando. Una vez le había comprado a Arun un autobús rojo de dos pisos en el mercado de contrabando.

Oyó de nuevo la voz de Nirmala, que en tono persuasivo decía:

—Anda, cariño, levántate ya, que el agua del baño está calentita.

Haciendo caso omiso del silencio de la niña, Nirmala le hablaba a menudo como si estuvieran conversando.

—¿Te gusta el colegio? Seguro que sí. Pero si no te gustase me lo dirías, ¿verdad? Tu abuela te quiere mucho; lo sabes, ¿no?

Cuando estaba con Nandana, Nirmala nunca dejaba traslucir lo que padecía por la muerte de Maya. Solo por las noches, cuando yacía junto a Sripathi, dejaba caer la máscara de buen humor y hacendosa actividad que mantenía durante el día. Entonces la congoja le salía de dentro afuera y los quemaba a ambos.

En el apartamento del primer piso del bloque de al lado, la señora Srinivas regañaba cariñosamente a sus dos hijos mientras los preparaba para ir al colegio. Los chicos, que eran gordos, estaban en el balcón embutidos en unos calzoncillos blancos y ajustados, y se empujaban el uno al otro riendo sofocadamente, mientras su madre les daba un masaje con aceite de mostaza antes de bañarlos. De vez en cuando la mujer interrumpía sus arrullos para gritarle instrucciones al criado, un chico cuya única responsabilidad era cuidar del suegro de ella, el doctor M. K. Srinivas, que estaba algo ido. Al viejo había que vigilarlo continuamente, pues de lo contrario se escapaba del piso para esconderse en el estrecho pasadizo que había entre los dos bloques de apartamentos. Allí estaba al acecho de colegialas y, cuando pasaban, saltaba fuera de su escondite con el pene en la mano. «¿Queréis un helado, nenas? ¿Queréis uno muy sabroso?», les decía babeando, mientras agitaba su añoso miembro marrón y reía felizmente, al tiempo que ellas escapaban chillando. A causa de este desagradable hábito al viejo lo llamaban el abuelo Chocobar, y había conseguido formar parte de las pesadillas infantiles junto con otras figuras fantasmales y terroríficas. «Mansiones Dementes»: así llamaba agriamente Ammayya al bloque de apartamentos, por la cantidad de vecinos estrambóticos que vivían en él.

Al ver a los dos niños, Sripathi se acordó de cuando Arun y Maya se sometían todos los domingos al mismo ritual en la azotea

de la casa. Nirmala los frotaba con aceite antes de bañarlos, «para que los brazos y las piernas se os pongan fuertes y flexibles», les decía a los niños. «Así podréis hacer como el Shravana de la leyenda, que llevó a sus padres ciegos y ancianos dentro de unos grandes cestos que colgaban a ambos lados de sus hombros». Y Arun preguntaba muy preocupado: «Cuando seáis viejos, ¿también tú y *Appu* os quedaréis ciegos?». Mientras que Maya, siempre atenta a lo práctico, había querido saber cómo llevarían a cuestas a *Appu* en el caso de que engordase aún más.

Gopinath Nayak se asomó por el balcón y saludó a Sripathi agitando en el aire un periódico doblado.

—Buenos días. ¿Cómo está usted?

Sripathi contestó con un ademán del brazo.

—Otra vez hay jaleo en Assam —observó bienhumoradamente Gopinath—. Parece que lo hay en todas las zonas fronterizas del país. ¿Qué opina usted, señor?

—La política *gol-maal* de siempre, eso es lo que opino.

—Afortunadamente estas cosas no pasan en Toturpuram —comentó satisfecho Gopinath.

—No esté tan seguro. Cada vez hay más matones por todas partes. Ahora ya no se puede ir andando al templo sin peligro después de la puesta de sol.

—Sí, eso es cierto —dijo Gopinath. Y después de leer el periódico durante unos minutos, añadió—: ¿No es su hijo Arun Rao?

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada. Es que veo aquí una gacetilla sobre la marcha de protesta que organizó ayer contra los barcos rastreadores motorizados. Por lo visto ha molestado a muchas personas influyentes. Debería ir con cuidado… Los propietarios de los rastreadores son ricos y no quieren problemas. Podría meterse en líos si se inmiscuye en los asuntos de otros.

—Sí, todos deberíamos aprender a no meternos en lo que no nos importa, pero ¿cuántos lo hacemos?

Se hizo un silencio incómodo. Entonces Gopinath dijo fríamente:

—Solo he creído que debía usted saber lo que está haciendo su hijo. No pretendía ofenderle.

Y, doblando con cuidado el periódico, desapareció en el interior de su apartamento.

Desde el cuarto de baño de la habitación de Arun llegaba un ruido de agua vertida en cubos: era Nirmala, que mezclaba el agua caliente con agua fría para el baño de la niña. Era día de agua, pero a Sripathi no lo habían molestado en toda la mañana. Durante su ausencia, Arun se había encargado de llenar todas las ollas, cacerolas y bidones de la casa y ahora continuaba haciéndolo. Además, se levantaba a una hora mucho más temprana que la habitual en él y a veces Sripathi, tendido insomne en la cama, le oía moverse despacio por la cocina.

Ahora Nirmala canturreaba trozos de una melodía que solía cantarles a sus hijos. «¡Anda, date prisa!», le decía a Nandana, que se limpiaba los dientes remoloneando. Se había empeñado en bañar a la niña del mismo modo que había bañado a Maya y a Arun. Sripathi pensó que Nandana protestaría, pero sorprendentemente la niña se estaba de pie y quieta mientras su abuela la enjabonaba y la restregaba cantando. Sin embargo, ni una palabra salía de aquella boca de labios delgados y herméticamente cerrados. Hacía ya un mes que habían regresado de Vancouver, pero la niña no mostraba el menor deseo de hablar. Permitía dócilmente que Nirmala la peinase, le diese de comer y la pusiese a dormir dándole palmaditas en la espalda, pero eludía a Sripathi y, cuando lo veía, se metía rápidamente en su habitación. A él le dolía sentirse rechazado pero tampoco hacía ningún intento por acercarse a ella.

—Muy bien. Ahora vístete —dijo Nirmala—. Cuando estés vestida bajas a desayunar, ¿vale?

Salió de la habitación secándose el sudor de la frente y asomó la cabeza adónde estaba Sripathi.

—¿Puedes ocuparte de que la niña se dé prisa? Se entretiene cada día más y el hombre del rickshaw dice que, si no está en la puerta a las ocho, no la esperará.

Sripathi asintió con la cabeza y siguió mirando por el balcón.

—Te encuentras bien, ¿verdad? —le preguntó Nirmala—. Últimamente te quedas ahí sentado, sin hacer nada…

Haciendo un esfuerzo, Sripathi empleó su viejo tono de aspereza.

—¿Qué he de hacer, trabajar veinticuatro horas al día? Como no tengo bastante con tener encima a Kashyap en la oficina, ahora resultará que ni en mi propia casa puedo descansar…

—Solo te preguntaba, nada más —dijo Nirmala.

Parecía aliviada por su tono de voz y él se alegró de haber podido despistarla. Esperó a que se fuese y entonces miró con inquietud su reloj de pulsera. Solo eran las seis y media. La hora mala empezaba los miércoles a las once, de manera que si salía de casa a las siete y media, como siempre, no habría ningún problema. El problema se planteaba el lunes, porque *rahu-kala*, la hora mala, empezaba ese día a las seis y media y duraba hasta las ocho.

Desde su regreso de Vancouver, Sripathi se había convertido en un hombre extremadamente supersticioso. Consultaba el almanaque que Nirmala tenía en la cámara de los dioses para ver cuáles eran las horas regidas por Saturno, y durante ellas evitaba salir de casa o incluso empezar cualquier tarea. Se había aprendido de memoria una frase —la señora vende magnolias de mi jardín— para acordarse por las iniciales del orden de las horas malas: el lunes, de seis y media a ocho; el sábado, de ocho a nueve y media; el viernes, de nueve y media a once; etcétera. Ahora iba a trabajar más tarde los lunes, y los jueves llegaba a casa después de la hora habitual porque no salía de la oficina hasta que habían dado las cinco, cuando Saturno dejaba de proyectar su sombra malévola sobre la tierra. Otros días se quedaba sentado en el cubículo que ocupaba en la oficina sin escribir una sola palabra durante dos horas, hasta que el plazo maligno había pasado por encima de su indefensa cabeza. Sabía que se arriesgaba a recibir una reprimenda de Kashyap Iyer, que durante los tres últimos meses había dejado de criticarle en señal de respeto por su duelo. Pero dirigía una empresa, y una no especialmente próspera, y antes o después perdería la paciencia y llamaría a su despacho a Sripathi. Pero ni siquiera eso le importaba ya demasiado.

También prestaba atención a otras supersticiones: tres vacas juntas eran presagio de muerte, un coco con cuatro ojos significaba una enfermedad mortal, los gatos negros y los terrones de fango

manchados de bermellón eran señales de mal agüero. Una mañana en que Putti le preguntó adónde iba, él le dijo con brusquedad: «Trae mala suerte preguntarlo», y había vuelto a entrar en la casa para salir de nuevo. Y Putti le había dicho: «¿Qué te pasa, Sri? Me parece estar oyendo a Nirmala: esto trae mala suerte, aquello es de mal agüero». Cuando se cortaba las uñas, tiraba lo cortado por el inodoro en vez de llevarlo al cubo de la basura y, en la barbería, insistía en que Shakespeare Kuppalloor recogiese todo el cabello cortado y se lo diese envuelto, para que él pudiese quemarlo luego en el jardín. Había oído decir que cualquiera de estas cosas podía servir a otros para elaborar hechizos contra uno o contra la familia de uno.

Lo que aterrorizaba aún más a Sripathi, sin embargo, era la misteriosa forma en que su cuerpo reaccionaba últimamente. Todo había empezado una semana antes. Estaba sentado en su vieja silla de mimbre, en la veranda, cuando, al inclinarse para subirse los calcetines, no se vio los pies. Habían desaparecido sin más. Las piernas llegaban hasta los tobillos y luego, ¡nada! Meneó la cabeza y volvió a inclinarse. Un pie apareció lentamente, como saliendo de una niebla rojiza, y luego apareció el otro. ¿Se trataba de un ataque, de una apoplejía? ¿Se estaría volviendo loco? Sripathi se estiró los calcetines y esperó a ver si la sangrienta neblina que le empapaba los pies le manchaba los calcetines. Cuando no pasó nada, se incorporó lentamente. Durante los días siguientes anduvo por la oficina y por la casa como pisando serpientes invisibles. De vez en cuando se echaba una ojeada a los pies y sentía un gran alivio al ver que seguían allí, dentro de sus zapatos viejos y remendados, llevándole de un sitio a otro.

Un día, mientras tomaba el almuerzo en la oficina con sus colegas, se le ocurrió de pronto que él no veía, de hecho, *a través* de los zapatos. Un miedo espantoso se apoderó de él. Se quitó frenéticamente los zapatos y se vio solo los calcetines, que colgaban fláccidos y vacíos de los tobillos. Emitió un gemido de pánico y se los quedó mirando. Se cogió la cabeza entre las manos y se balanceó de un lado a otro, gimoteando suavemente, apenas percatándose de nada más que de aquellos horribles calcetines vacíos, hasta que Victor, el dibujante que llevaba en la empresa casi

tantos años como Sripathi, le tocó en el hombro y le dijo:

—Sripathi, chico, ¿qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

Y algún otro dijo:

—Traed un vaso de agua. ¿Quieres tumbarte un rato, Sri? ¿Te duele algo?

Quizá fueron las voces o sabe Dios qué, pero el caso fue que de pronto Sripathi volvió a verse los pies. Los meneó con cautela y entonces se puso a reír como un loco que hubiese recuperado la razón.

—¿Por qué me miráis así? —les preguntó a los otros—. No me pasa nada. Es solo que los pies… —Y se detuvo. No lo entenderían. Era mejor no decir nada al respecto.

Sripathi empezó a inquietarse más y más por su cuerpo. Aparentemente se comportaba de una manera normal: se ocupaba de los asuntos de la vida cotidiana pero al mismo tiempo, con el rabillo del ojo, vigilaba cada uno de sus movimientos. Cuando levantaba una mano para llevarse la comida a la boca, por ejemplo, fijaba los ojos en esa parte de su anatomía, temiendo no se esfumase también. Tenía la impresión de que ya no podía estar seguro de nada, ni siquiera de su propio cuerpo.

El reloj del rellano dio la hora y él se acordó de que la niña tenía que bajar a desayunar. Se levantó y fue a su cuarto, deseando que Nirmala no le hubiese encargado esa tarea. En la habitación no había nadie. ¿Había bajado ya la niña? Echó una ojeada al cuarto de baño pero tampoco estaba allí.

—*Ree*, ¿dónde está Nandana? Dile que se dé prisa —llamó Nirmala desde el arranque de la escalera—. Te encargo una cosita de nada y ni eso puedes hacer.

Sripathi bajó perplejo las escaleras. ¿Dónde demonios estaría la niña? ¿Habría ido al jardín para ver la ternera de Munnuswamy? Parecía fascinada por aquel animal. Todos los días, cuando volvía del colegio, corría al muro y se subía encima de unos ladrillos que Koti le había puesto en el suelo para que pudiera ver a la ternera dando cabezadas contra la barriga de su madre.

De la cámara de los dioses llegó el sonido de la voz de

Ammayya, que rezaba en voz alta. «¡Oh Rama, Krishna, Jagannatha! ¡Oh Shiva, Parvati, Ganesha!», cantaba con su voz apergaminada. Recitaba los nombres de todos los dioses de los que se acordaba para así cubrir todas las contingencias de la vida: salud, riqueza, belleza, suerte, buen tiempo, comida… todo. Acabó la plegaria haciendo sonar una campanilla de latón. De este modo, además de señalar el final de su conversación con las deidades, le indicaba a Nirmala que estaba lista para desayunar.

—¿Dónde está la niña? —preguntó Nirmala, saliendo de la cocina con una fuente de humeantes *idlis*.

Sripathi se encogió de hombros.

—No lo sé. En su cuarto no está.

—Bueno, pues búscala —le dijo Nirmala lanzándole una mirada de impaciencia—. Tarda tanto en desayunar… Tú mira en la parte de delante y yo le pediré a Koti que la busque en el jardín.

Sripathi salió de la casa y el calor le golpeó de lleno. El sudor empezó a perlarle la frente casi en seguida. Oyó a la señora Poorna, del bloque de apartamentos de al lado, llamando melancólicamente a su hija perdida: «Kanna, mi vida, mira lo que te he preparado hoy». Sripathi recordó cómo su propia hija había desaparecido hacía no mucho tiempo y sintió un súbito pánico. Llamó con un grito al *gurkha* que vigilaba la puerta de los bloques de apartamentos y el hombre se acercó corriendo al muro.

—¿Ha visto por algún sitio a mi nieta, una niña que lleva una blusa blanca? —preguntó.

—No, *sahib*, solo he visto a niños con uniforme —contestó el *gurkha*—. Pero estaré al tanto.

Cuando dieron las ocho aún no había rastro de la niña.

—Ni siquiera está vestida del todo. Y hace tanto calor que se le quemará la piel —decía Nirmala.

Estaba preocupada e hizo salir de nuevo a Sripathi a buscarla. Este dio una vuelta a la casa y, en el jardín, se desvió hacia la zona pavimentada con cemento, cerca del lavadero, donde a menudo la había visto jugando. La niña nunca se internaba en la parte del jardín rebosante de vegetación descuidada, pero él miró también allí, sintiendo una punzada de nostalgia al pasar bajo el tupido dosel del mango al que trepaba de niño. Un par de perdices grises

dejaron de picotear la tierra bajo el árbol y ajearon al unísono antes de revolotear hacia los arbustos. La escasez de agua que se daba en la ciudad desde hacía unos años impedía tener el jardín tan cuidado como antaño lo habían tenido Nirmala y Maya. La seca maraña de vegetación se había convertido en un paraíso para todo tipo de aves.

—¿Qué haces ahí? —llamó Putti desde la azotea, donde se estaba secando el cabello.

—Busco a la niña. ¿La has visto?

—No. A lo mejor se ha marchado con Arun.

Sripathi no se molestó en contradecirla. Arun tenía demasiado sentido común como para llevar a la niña al colegio sin desayunar. Putti era la que se comportaba últimamente como si fuese tonta, vagando por la casa con una sonrisa bobalicona y una expresión vaga y soñadora. En el jardín no había nadie y Sripathi regresó a la casa ligeramente preocupado. Siguió a Nirmala escaleras arriba, hasta el cuarto de su hijo.

—¿Dónde se habrá metido? —dijo entre dientes Nirmala—. Espero que no haya decidido hacer otra vez la tontería de marcharse andando.

Dos semanas antes, un sábado por la mañana, la niña había desaparecido de una forma similar. Karim, el mecánico que tenía al final de la calle un improvisado taller de piezas de recambio de coches, la había traído de vuelta a Casa Grande. Sin embargo, no había querido entrar; como otros vecinos de la zona, sabía de las costumbres severas de Ammayya. Había declinado la invitación de Sripathi, exclamando bienhumoradamente:

—¡*Baap-re-baap, Ayya-orey*, no quiero que Ammayya me eche encima un cubo de agua del Ganges para purificar la casa de mi presencia! No se preocupe, aquí en la veranda estoy muy bien. Además, no he hecho más que cumplir con mi obligación al traer a la niña. Dios sabe adónde iría. Y solo Dios me dio los ojos para verla caminando por ahí. Hay tanta gente rara por la calle que es mejor que una niña pequeña no vaya sola.

El corazón de Sripathi le había dado un salto con el alivio de ver a su nieta, con su carita seria, con aquel cabello que ahora Nirmala, Koti o Putti le peinaban con brillantina y le trenzaban todas las

mañanas, con el arrugado uniforme del colegio que tenía una raya amarilla donde se le habría caído algo de comida. Dio gracias a Dios de que existiese el mecánico Karim, de ojos agudos y bondadosos.

Pero ese día Nandana había cogido la mochila, esa bolsa rosa y morada que siempre iba con ella a todas partes. La niña se la llevaba incluso a la cama. Sripathi vio que la mochila estaba encima de la cama, apoyada en la almohada, así que era posible que la niña no hubiese traspasado las verjas después de todo.

—Mira, el uniforme aún está en la cama —exclamó Nirmala, señalando el delantal gris y la blusa blanca, ambos planchados y almidonados, y los calcetines y el pañuelo que había preparado a la niña para cuando estuviese bañada—. Todavía va en combinación, lo cual quiere decir que está por la casa. ¡Qué niña tan tremenda! La hermana Angie se enfadará si llega tarde al colegio.

Frente a la verja de la calle, el conductor del rickshaw apretó con impaciencia la bocina de goma de su carro. Esperó un rato más y se marchó en medio de un clamor de ruedas, campanillas y voces infantiles, y con las cintas de colores atadas al manillar ondeando al viento.

* * *

Esa mañana, cuando la señora Mamma la había dejado sola para que se vistiera, Nandana se había quedado en bragas y combinación, aunque sabía que el desayuno estaba listo y que después llegaría el rickshaw. Les tenía manía a los dos hermanos gordos de al lado, porque sus muslos fofos se apretujaban contra los suyos en el carro. Y en cuanto a las tres niñas del bloque de apartamentos —Meena, Nithya y Ayesha—, estaba segura de que le tenían manía a ella. Nandana echaba de menos a Molly, a Yee y a Anjali; a la señora Lipsky y al bedel del colegio, Bobby Merit, que ponía caras de payaso para entretenerlos y a veces les ayudaba a hacer las sumas de la clase de mates durante el recreo del mediodía. Y hasta a la señora Denton, la directora, que se ponía de pie junto a la esquina de la biblioteca y vigilaba para que nadie echase a correr por los pasillos.

Se había quedado mirando el uniforme almidonado que Nirmala había tendido sobre la cama. ¿Por qué no podía ponerse lo que ella quisiera, por ejemplo sus pantalones cortos favoritos y la camiseta del POR QUÉ?

—Dile a la niña que se dé prisa —había llamado desde el piso de abajo la señora Mamma.

Los pasos del Viejo se habían acercado por el suelo en dirección a su cuarto —flip-flap,
flip-flap
— y ella, saltando de la cama, se había metido en el armario donde colgaban los chaquetones de sus padres. Era su lugar predilecto. Se había acurrucado en el interior oscuro y cálido donde el chaquetón rojo y suave conservaba aún el tenue olor a su madre que tanto le gustaba.

Hoy no pensaba ir al colegio. No quería comerse los *idlis* blancos y gordos que la señora Mamma hacía para desayunar casi todos los días y que sabían a demonios. ¿Por qué no le daban gofres o cereales multicolores en vez de aquello? La leche también tenía un gusto raro y era de la vaca de la casa de al lado. Se acordó de cómo su padre ponía siempre un trozo de cereal en forma de ene en la primera cucharada de leche y acompañaba la cuchara hasta la boca de Nandana. Y también del olor a loción que dejaba su madre a su paso cuando pasaba corriendo, medio vestida, preparando a toda prisa bolsas de comida y dando instrucciones: «No te dejes las llaves, hoy llegaré tarde a casa, tengo una reunión, recoge a Nandu a las tres menos cuarto y asegúrate de que hace los deberes». En esta casa de la India todo iba despacio y todo era viejo.

Dos semanas antes, Nandana había intentado encontrar el camino de regreso a Vancouver, pero un hombre que estaba sentado en la calle bajo una tienda de campaña y rodeado de objetos rotos la había traído a casa, y eso que ella había intentado escapar de él. Estaba muy enfadada con aquel hombre. Si hubiera seguido caminando unos minutos más, estaba segura de que hubiera encontrado la estación a la que habían llegado hacía muchísimo tiempo. Y luego habría podido subir a un avión en el aeropuerto. No quería vivir en esa casa horrible. No le gustaban nada las cucarachas que salían a medianoche por el agujero del fregadero de

la cocina. Algunas noches, cuando Nandana no podía dormir, le parecía oír el ruidito que hacían al arrastrarse bajo su cama. Se alegraba de que Arun *Maama* durmiese en la misma habitación. Sabía muchas cosas de animales, de pájaros y de bichos, y a veces le contaba cuentos, igual que sus padres. También la tía Putti le caía bien; aunque sonreía demasiado, siempre le traía algo bonito cuando volvía del mercado: una cinta verde, un libro de historietas sobre un tipo muy divertido que se llamaba Birbal, o flores que olían muy bien para que se las pusiera en el pelo. La única persona que le caía mal era la Bruja, que, según le habían dicho, era su bisabuela, y que vivía en el piso de abajo en un cuarto que olía mal y estaba muy lleno de cosas.

Un día que Nandana bajó a jugar en la cocina para estar cerca de la señora Mamma porque le daba miedo quedarse sola en la habitación de arriba, la Bruja le había dicho que no dejase los juguetes tirados por el suelo. Lo había dicho golpeando fuerte la punta de su bastón contra el suelo. Pero la señora Mamma la había apretado contra su pecho, que era blando y húmedo, y la había mecido como si fuese una niña pequeña.

—No le hagas caso a Ammayya —le dijo—. Es muy mayor, ¿sabes? A veces las personas muy mayores no saben lo que dicen. Esta es tu casa y aquí puedes hacer lo que quieras.

«Ni hablar —había pensado Nandana—. Esta no es mi casa».

Nandana cambió de postura en el interior del armario para estar más cómoda y alargó la mano hacia la silueta familiar de Bosco, su tigre de peluche, que estaba con ella en la oscuridad.

—Mamá —le susurró al chaquetón—, no voy a volver al colegio, ¿vale? Está lleno de desconocidos.

El Viejo entró en la habitación. Salió al rellano y volvió a entrar. Nandana le oyó abrir y cerrar los cajones de la mesa que había en el rellano. ¡Cómo si creyese que estaba escondida en uno de los cajones! Al imaginarse a sí misma apretujada en un cajón se le escapó la risa.

—¡Shhh! —oyó decir al chaquetón de su padre, y ella se frotó la cara contra la suave tela de color gris.

—No haré nada de ruido —cuchicheó en la oscuridad, sentada y con los pies metidos en un par de zapatos grandes.

El Viejo salió de la habitación y Nandana, que empezaba a notar mucho calor, se quedó dormida. Se despertó de pronto al oír entrar en el cuarto al Viejo y a la señora Mamma. Más lejos se oían los trompetazos de la bocina del rickshaw, y también a los hermanos gordos, que se estaban riendo a carcajadas.

El polvo le hizo cosquillas en la nariz y estornudó. A continuación estornudó otra vez, más fuerte.

10

Dibujos movedizos

Nirmala abrió la puerta del armario y miró asombrada a Nandana.

—¿Qué haces ahí sentada? —preguntó, y se volvió hacia Sripathi, que se encogió de hombros.

La niña salió en silencio del armario y, cabizbaja, empezó a mordisquearse un mechón de pelo.

—¿Sabes lo preocupados que estábamos? No has de hacerlo más, ¿entiendes?

La niña seguía mirando tercamente al suelo. Su abuela le sacó de la boca el mechón y le dijo:

—A este paso vas a perder todo ese pelo tan bonito que tienes. Entonces le tendremos que pedir a Shakespeare Kuppalloor que te haga una peluca, ¿eh?

La niña ni siquiera sonrió, y Sripathi se dijo que, bien pensado, nunca la había visto sonreír. A su espalda, oyó a Nirmala instando a la niña a ponerse el uniforme.

—Venga, venga, deprisita. Yo te ayudaré a vestirte y tu *Ajja* te llevará al colegio.

Sripathi se sorprendió al oírla referirse a él con la palabra *Ajja*. «Abuelo —pensó—. La niña nunca me ha llamado así. ¿Qué pensará de mí, de nosotros? ¿De esta casa, de esta ciudad? ¿Por qué no dice nada?». Echó un vistazo a su reloj y contrajo la cara en una mueca de desagrado. Otra vez iba a llegar tarde al trabajo.

—¿Por qué no la acompaña Arun al colegio? Podrían ir andando o coger un rickshaw.

Nirmala le lanzó una de sus miradas, aquella con la que mudamente le acusaba de ser duro e insensible, y Sripathi cedió.

—Bueno. Pero dile que se dé prisa.

Otro impasse. La niña no quería subirse a la vespa. Sripathi esperaba impaciente mientras el motor del vehículo producía unas pequeñas explosiones. La pierna le dolía al tener que mantener la vespa en equilibrio y, mientras tanto, la niña estaba de pie junto a la veranda, con la carita pálida de miedo.

Arun había regresado de dondequiera que hubiese ido a primera hora de la mañana y ahora intentaba convencer a la niña.

—No te preocupes, no te pasará nada. Mírame a mí y verás lo fácil que es.

Se montó en el asiento de atrás y Sripathi dio una vuelta con la vespa alrededor de la planta de albahaca que había en el centro del jardín delantero.

—¿Qué te había dicho? ¡Es fácil y no hay ningún peligro! —gritó Arun agitando los brazos y estirando las dos piernas hacia afuera, como si fuesen palos, mientras Sripathi pensaba con inquietud en la cantidad de tiempo que les estaba tomando el espectáculo.

La niña meneó la cabeza. No.

—¡Ah, pero tu *Ajja* es muy prudente! Conducirá muy despacio. Muy, pero que muy despacio. Llevaba a tu madre y al tío Arun al colegio todos los días, los llevaba en esta misma vespa. Solo tienes que agarrarte bien a su cintura y ya verás lo bien que irás —dijo Nirmala.

Nandana bajó los ojos y arrastró por el suelo uno de sus pies, embutido en un zapato negro y bruñido. De inmediato el brillo desapareció bajo una pátina de polvo. La cara de la niña parecía haberse encogido y tenía una expresión triste. Dejó caer al suelo la cartera, se tapó la boca con una mano y la mantuvo apretada allí. Sripathi, sintiéndose como un payaso de circo, paró la vespa.

—No hubiera debido forzarla a beberse la leche tan deprisa —dijo Nirmala preocupada—. ¿Tienes ganas de vomitar? Siéntate, cariño, siéntate, no pasa nada. No hace falta que vayas con el *Ajja* en la vespa. —Y volviéndose hacia el interior de la casa gritó—:

¡Koti, trae un vaso de agua fría, rápido! ¡Del bidón del agua hervida! —y a continuación le frotó la espalda a la niña.

—Ya está bien de tonterías, mamá —dijo Arun, ya harto, bajándose de la vespa—. La llevaré al colegio en un rickshaw. ¿Te parece bien, bonita?

Nandana miró aliviada a su tío y asintió con la cabeza.

—¿Te encuentras ya bien de la barriga?

La niña volvió a asentir.

—Pues anda, vámonos.

Arun cogió en brazos a su sobrina, con cartera y todo, y salió a buen paso del recinto a los compases de «We Shall Overcome», cantándola completamente desafinada.

Nirmala meneó la cabeza y se apoyó contra la entrada a la veranda.

—Soy demasiado vieja para todo este trajín —musitó con tristeza—. No sé qué pasará, no lo sé.

«Yo tampoco», pensó Sripathi. La muerte de Maya los había envejecido diez años. ¿Dónde iban a encontrar la fuerza y la energía para criar a una niña de siete años? Acompañó la vespa hasta la verja de entrada, aún obstruida, y logró salir por entre los escombros de las obras. Una brisa cálida circulaba calle abajo, y las flores amarillas de la cesalpinácea, con sus interiores de color cobrizo, parecían correr tras ella, saltando y tropezando como niños alegres. Aquí y allá había pétalos rojos de *gulmohar* esparcidos por el suelo, como manchas de sangre sobre el negro grisáceo de la calzada. Por unos momentos, la belleza de aquellos pétalos animó un poco a Sripathi. Las flores ya estaban cayendo; pronto unos nubarrones cargados de humedad se acercarían desde el mar y llegarían las lluvias.

Mientras circulaba montado en su vespa, Sripathi iba con mucho cuidado de evitar los limones envueltos en hojas que pudiera haber en la calzada, dejados allí por personas que querían deshacerse de un mal de ojo. Si pisaba el montón amarillo y verde, con toda seguridad transmitiría el maleficio a su propio hogar, ya frágil.

Cuando regresó por la noche se bañó de nuevo sin importarle que las reservas de agua estuvieran menguando en los bidones y los cubos. Se puso una camisa limpia y un *lungi* que olía a la luz del sol

y bajó a la cámara de los dioses, donde empezó a cavilar acerca de la adecuada selección de frutos que Nirmala había dispuesto en una bandeja de plata.

—¿Qué haces? —preguntó ella desde el umbral de la puerta.

—No podemos llevar una menudencia. ¿Por qué no has comprado uvas, además de lo que hay aquí?

—Como si a Dios le importase que le ofrezcas un plátano o una manzana. ¿O es que quieres sobornarle?

—Me gusta llevar al templo fruta buena, sencillamente —dijo Sripathi.

—¿Vas a venir conmigo al templo? —preguntó Nirmala, sorprendida.

—¿Por qué? ¿Te parece mal?

—Los días de fiesta tengo que pedirte de rodillas que me acompañes. ¿Cómo es que de pronto te has vuelto tan devoto? —le preguntó con ironía.

—¿Tengo que pedir permiso a Su Alteza hasta para rezar? ¿No es bastante que tenga que pedirlo para todo lo demás que sucede en esta casa? ¿Eh? ¿Eres mi mujer o mi carcelero?

—Bueno, *baba*, bueno —dijo ella—. Solo bromeaba un poco, y tú vas y te enfadas.

Aquella noche la luna que flotaba en el cielo parecía un enorme globo naranja. Desde donde estaba echado veía el firmamento, negro y concurridísimo de estrellas, que sin embargo no restaban protagonismo a la luna, dueña del escenario. Nirmala había dejado abierta la puerta que daba al balcón para que entrase un poco de aire fresco. Solían dormir con esa puerta abierta durante todo el año, pero Sripathi se había despertado unas noches antes y, al ver las toallas blancas recortadas contra un fondo negro como la tinta y flotando suavemente en el aire como fantasmas, había estado a punto de sufrir un ataque al corazón. Ahora los fantasmas le daban miedo. Era más consciente que nunca de que el mundo estaba poblado de cosas invisibles, de viejos recuerdos y pensamientos, de anhelos y pesadillas, de ira, nostalgia y locura. Flotaban turbulentamente por alrededor, como una acumulación de

susurrantes ayeres que crecía más y más. Ahora Sripathi no soportaba lo insustancial: la tristeza, el dolor y otras abstracciones que no podían ser extraídas quirúrgicamente como un pulgar sobrante.

A su lado, Nirmala se movió y se sentó de pronto en la cama.

—Oye —susurró, con los ojos desencajados—. Escúchame: ¿Lo hicieron todo correctamente?

—¿El qué? —preguntó él, molesto porque su mujer hubiese perturbado el silencio de la noche.

—Los ritos. Para nuestra hija. ¿Le cerraron los ojos con monedas? ¿Y le pusieron una dentro de la boca?

—Ya te he contado todos los detalles, Nirmala. Lo hice en cuanto regresé. Duérmete. Mañana tengo que trabajar.

—No, dímelo otra vez. ¿Lo hicieron así? ¿Y quién la lavó? ¿Le lavaron también el cabello? Porque, de lo contrario, no es de buen augurio.

Sripathi la sacudió por los hombros.

—Basta de tonterías —le dijo—. ¿Qué importa ya? Todo acabó. ¿Lo has oído? Se acabó. Está muerta y después de la muerte nada importa. Maya está más allá de todas esas ceremonias.

Nirmala se volvió hacia él con ojos llameantes.

—¡A ti nunca te importa nada! Eres como una piedra. La pobre criatura se ha ido como una mendiga, sin los rituales adecuados, ¿y tú dices que no importa? Su alma quedará flotando entre dos mundos como la de Trishanku. Se quedará en el purgatorio para siempre. ¿La vistieron al menos de algodón sin blanquear?

Nirmala, sentada sobre la cama, se mecía a sí misma y miraba con ojos secos hacia la oscuridad, como si allí viese a Maya. Sripathi estaba sentado a su lado, en silencio. «No me he vuelto de piedra —quiso decir—. Estoy lleno de llanto, pero si me abandono no podré seguir andando por esta senda tan dura hasta el final de mi vida. En este momento, mantener el control lo es todo».

—Porque… si hubiese muerto antes que su marido —continuó Nirmala sin darle tregua—, eso la habría beneficiado. Habría aparecido ante
Yama-raja
como una *sumangali, vestida* de novia, llevando alrededor del cuello

los colgantes nupciales y el
kum-kum
en la frente.

Sripathi no pudo aguantarlo más.

—Ya basta de este estúpido análisis post mortem —le dijo severamente—. Ahora que hemos de criar a una niña, tú te comportas como si lo fueras. Hemos perdido a una hija, es verdad, pero piensa en la criatura que está durmiendo aquí al lado. Ella ha perdido a sus padres. ¿No ves que yo estoy tan abatido como puedas estarlo tú? —le preguntó, dulcificando el tono.

Sus palabras cayeron suavemente sobre el silencio gris plata de la habitación, y Sripathi quedó sorprendido y avergonzado de haber dejado al descubierto sus sentimientos de aquella forma.

—¿La viste al menos antes de que…? —preguntó Nirmala, tranquilizada por el gesto de su marido, que con una mano le acariciaba la cabeza. Recordó que también solía hacerlo con los niños. Sí, había sido un padre afectuoso. ¿Qué espíritu maligno se habría apoderado de él para que se volviese contra su propia hija?

—Sí, ya te lo he dicho, la vi. Parecía muy tranquila, como si estuviese dormida —contestó Sripathi.

No le dijo que a Maya le habían afeitado la cabeza antes de operarla y que Alan no tenía cara. No podía hablarle de la grisura de las pieles heladas, del color azul fuerte de los labios, de la terrible inmovilidad de los cuerpos en el depósito de cadáveres. El doctor Sunderraj le había avisado de que resultaría muy caro tenerlos tanto tiempo en el depósito, pero Sripathi había insistido en ello. No tenía ganas de ver los cuerpos sin vida pero había querido asegurarse de que no se trataba de un error. Era la voz de su hija lo que hubiese querido oír, y su risa. Pero fue mejor que no ver más que una urna con cenizas y una lápida.

Al final, lo que dijo fue:

—Sí, los vi a los dos. Nuestro yerno era un chico muy guapo. Y Maya murió sabiendo que nosotros cuidaríamos de Nandana. Sí, seguro que lo supo.

Nirmala volvió a echarse y se puso el antebrazo sobre los ojos para frenar el manantial de lágrimas que seguía brotando de ella como de una cueva oscura y resonante de ecos. Sripathi se dejó

resbalar hasta quedar plano sobre la cama, un poco separado de Nirmala. Desde aquella llamada telefónica de unos meses antes, ella había mantenido entre los dos ese estrecho espacio, una invisible línea de ira que él no se atrevía a rebasar. Durante treinta y cuatro años había combado su cuerpo contra la espalda de ella. Al principio y durante varios años, el simple contacto de las nalgas de ella contra su sexo le provocaba una erección. Poco a poco ese deseo había ido disminuyendo hasta quedar en la simple necesidad de calor y compañerismo. Sabía que aquella espalda se tensaba como una rama de bambú cuando ella estaba enfadada, conocía también su suavidad de pasta amasada cuando estaba contenta, el lunar rojo parecido a un escarabajo de los monzones que se adentraba en el valle formado por la columna vertebral, la curva de piel oscura y bronceada que quedaba al descubierto justo encima de la vieja blusa de algodón que ella se ponía para dormir, los generosos hoyuelos que señalaban el comienzo de sus nalgas. Sripathi ya no soportaba más tiempo aquella distancia. Tímidamente tocó a Nirmala en el hombro, le pasó un dedo por la hondonada de los riñones notando en la piel una suavidad de seda vieja. Ella encogió el hombro, como para espantar una mosca, pero él reconoció aquel gesto. Significaba: «Aún estoy enfadada, pero…». De manera que mantuvo allí la mano, acarició el lunar encarnado y, cuando ella no se apartó, se abrazó contra ella.

—Lo siento —susurró, mientras le acariciaba suavemente el cabello y notaba con agrado la curvatura de la cabeza contra su palma—. Ojalá pudiera deshacer el pasado.

Nirmala respiró hondo y el aliento la recorrió y luego pasó a él.

—Celebramos todos los ritos. El doctor Sunderraj se puso en contacto con el sacerdote del templo hindú para que se los hiciera a Maya. En el caso de Alan, las ceremonias se hicieron en la iglesia —dijo Sripathi en voz baja.

—Le he pedido a Krishna Acharye que celebre una *puja* en recuerdo de ellos —dijo Nirmala tras un largo y trémulo silencio—. El jueves. Después llevaremos las cenizas al mar.

Al cabo de unos momentos, se había quedado dormida. Tranquila y vacía de toda agitación. Qué cándida era, pensó Sripathi. En su mente no había zonas de gris, ni pequeñas dudas

molestas que crecieran como el verdín en una charca hasta sofocar cualquier otro pensamiento o sentimiento.

De los cocoteros que había a un extremo del recinto de la casa llegó un susurro y un crujido. A lo lejos, un perro ladró con frenesí durante unos momentos y luego se calmó. Inquieto, Sripathi se levantó de la cama con cuidado de no despertar a Nirmala y salió al balcón iluminado por la luna. Le llamó la atención una línea horizontal, plateada y móvil, atrapada entre los bloques de apartamentos de al lado. «Pero si es el mar», pensó con sorpresa. Como no la había visto nunca, se dio cuenta de que alguien debía de haber talado uno de los asokas[15] del otro lado de los edificios. El agua, contenida por los dos inmóviles bloques de cemento y ladrillos donde dormían doscientas personas, latía y temblaba, y a Sripathi casi le pareció oírla respirar contra la arena. Un murciélago pasó revoloteando, y del jardín silvestre de atrás llegaba el rumor de animalillos que se agitaban y se arrastraban. El penetrante olor a limas maduras que despedía el árbol bajo el balcón se mezclaba con la fragancia empalagosa de las flores de las adelfas. Sripathi pensó que ojalá Nirmala hubiese advertido a Nandana del peligro de aquellas bonitas flores color de rosa, del veneno que encerraban en su interior.

Las únicas luces que estaban aún encendidas en el bloque de apartamentos se apagaron. Sripathi volvió a meterse en la cama y se entregó a un sueño inquieto, lleno de pesadillas. En una de ellas corría tras un autobús y cuanto más corría más se alejaba del vehículo, hasta que al final se daba cuenta, con llorosa desolación, de que había estado corriendo hacia atrás.

A eso de las cuatro de la madrugada, un fortísimo retumbar cruzó como un *tsunami* el aire pesado y húmedo y Sripathi se despertó dando un salto y con el corazón desbocado. «Truena —pensó, mientras alargaba la mano hacia el alféizar para coger las gafas—. ¡Por fin truena!». Pero cuando miró un cielo gris en el que aún no había amanecido y donde aún colgaba una luna pálida, no vio ni una sola nube. Esperó a oír otro estruendo, preguntándose si las ganas que tenía de que lloviese se habrían traducido en un sonido

imaginario. Ah, si su anhelo pudiese tocar aquel cielo estático y convertirlo en un proceloso mar de nubes color carbón… ¿Podía la voluntad de uno, si era fuerte y firme, tocar los corazones de los dioses y de la misma naturaleza?

Años atrás, Sripathi había ido con Shantamma a un concierto. Se había mostrado reacio a acompañarla porque temía aburrirse durante las tres horas de canto, sentado a oscuras en un teatro con techo de paja y lleno de mosquitos. Pero su abuela le había dicho que era importante para su alma. La música, le dijo, tenía el poder de despertar a Varuna y a Vayu, los dioses del océano y del viento, y de obligarles a llenar las nubes con lluvia. «Y algunas *ragaas*» —le había asegurado la anciana, meneando la cabeza y llevando el compás con la palma de la mano contra el muslo— poseen tal calor y apasionamiento que cuando son cantadas, mil lámparas de aceite se encienden solas. Pero solo si un *ustaad*, un maestro de música, las canta». Eso ciertamente descartaba a aquel asno de Gopinath Nayak.

Extendió los brazos en cruz y sin querer tiró al suelo un montón de libros y periódicos que estaban sobre el alféizar de la ventana, junto a la cama. Con un gesto de impaciencia, se inclinó hacia la estrecha abertura que había entre cama y pared y extrajo recortes de periódicos, hojas de papel en las que Nirmala había hecho las cuentas de lo que gastaban mensualmente, una revista con una despampanante estrella de cine en la portada y un delgado libro de poesía de Pablo Neruda, un regalo que Maya le había hecho cuando él cumplió cuarenta y seis años, justo un año antes de irse ella a Estados Unidos. De vez en cuando Koti hacía limpieza a fondo y lo apilaba todo según el tamaño. Pero el orden impuesto por ella era transitorio. Como otros objetos del alféizar, también el volumen de poesía había ido acumulando polvo a la espera de ser leído o guardado. Pero Sripathi no lo había tocado, ni siquiera para echarle una ojeada. La semana anterior, dejándose llevar por un impulso, lo había empezado, pues había sentido curiosidad después de que por televisión, entre serial y serial de los que Ammayya y Putti seguían ávidamente, diesen un documental sobre el poeta. A Sripathi le gustaba pensar que era el único de su familia que tenía buen gusto, pero era un tanto tímido respecto a esta opinión, y sentía un placer

sutil en guardarla para sus adentros. Había quedado fascinado por las poesías, aun cuando a veces no entendiese lo que el poeta quería decir. Le echó una ojeada al volumen que tenía en la mano, fijándose en su delgadez. Qué maravilla que el poeta fuese capaz de meter todo un universo de sentimientos e ideas en un libro tan menudo… «Si me preguntáis en dónde he estado / debo decir "Sucede"».[16] Así decía Neruda en la página que se abrió donde había un billete de autobús como punto de lectura.

«Y no se puede hacer nada para evitar que las cosas sucedan», hubiera podido añadir Sripathi.

Disponiéndose a levantarse, apartó la delgada sábana de algodón. Hacía demasiado calor para acostarse con ropa y con sábanas, pero él no podía dormir a menos que tuviese tapados los pies. Una vez, una rata le había mordido el dedo gordo de un pie. Al despertarse, había visto las sábanas mojadas de sangre y, aterrorizado, se había creído moribundo o quizá ya muerto. Hasta al cabo de un rato no superó el pánico, y entonces se vio el dedo mordisqueado al extremo de un cuerpo que, por lo demás, estaba incólume.

Nirmala aún dormía. Tenía la boca abierta y de vez en cuando emitía un leve ronquido. Sripathi salió al balcón para ver qué había producido el estrépito que lo había despertado, y luego decidió bajar a la veranda. Le sorprendió encontrar la puerta de entrada entornada y a su hermana sentada en los escalones de la veranda, con la barbilla apoyada en la palma de la mano derecha y, a su lado, en el suelo, tres envases de leche.

Putti llevaba puesto un viejo sari de algodón y el cabello le caía suelto por la espalda. A la tenue luz previa al amanecer, no aparentaba tener cuarenta y dos años sino muchos menos.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —preguntó Sripathi.

—He salido a buscar la leche —contestó Putti, algo azorada—. Lo hago todas las mañanas.

—Ah, yo creía que se encargaba Nirmala —dijo Sripathi.

—No, le dije que durmiese hasta más tarde. Yo me despierto pronto de todas formas y, como duermo abajo, me resulta más fácil. No me importa hacerlo.

—¿Aún trae la leche ese Gopala?

—Sí, a veces —dijo Putti entre dientes, ahora con una expresión de extrema incomodidad.

Si Sripathi hubiese estado menos absorto en sus propias desdichas, quizá se habría percatado del azoramiento de su hermana y se habría preguntado por la causa de él. Pero no vio nada y, tras unos momentos, Putti dio unas palmaditas en el escalón de la veranda.

—Siéntate. Qué tranquilo está todo a esta hora, ¿verdad? Hasta se oye cantar al *koyal*.

—Sí, al menos hasta que el imbécil de Gopinath empiece con sus cantos matinales —dijo Sripathi.

—¡Shhh! No hables. Escucha el canto del pájaro —dijo Putti en voz baja, inclinándose hacia adelante para descansar los codos en las rodillas.

Sripathi miró hacia la calle desierta y dejó que las notas del pájaro, dulces y agudas, penetrasen en su turbulenta mente. Así debió de sentirse el emperador de la China al oír la melodía del ruiseñor, pensó, recordando un cuento de su niñez. Echó una ojeada al perfil de su hermana, que escuchaba extasiada, y con sobresalto se dio cuenta de que nunca había pasado un rato así con ella. Nunca. Los dieciséis años de diferencia entre ellos habían sido un obstáculo para la intimidad. Cuando ella era pequeña, él estaba terminando frenéticamente los estudios para obtener un título y forcejeando con su sensación de culpa por haber abandonado los estudios de medicina y haberle fallado a su madre. Y más tarde, cuando ya tenía un empleo, estaba demasiado cansado para fijarse en ella. Cuando su hermana tenía diez años, él ya era un padre de familia, preocupado por sus propios hijos. Todos vivían en la misma casa pero Sripathi apenas conocía a su hermana.

—Maya y yo nos sentábamos aquí por las mañanas y esperábamos que el *koyal* empezase a cantar —dijo de pronto Putti —. Salíamos sin hacer ruido cuando todos dormíais y ella me contaba cosas de su colegio. Me gustaba mucho escucharla. Era como tener una hermana pequeña. Me hacía reír, sobre todo cuando imitaba a las profesoras. Ojalá Ammayya me hubiese dejado ir al colegio a mí también. —Y después de hacer una pausa, continuó—: Maya me dijo, antes de marcharse, que me enviaría un billete de

avión para que fuese a verla a América. Pero yo sabía que no pasaría nunca.

—Te habría enviado un billete, lo sé —dijo Sripathi, al que la voz triste de su hermana había emocionado.

—A lo mejor. Pero mi destino está entre las paredes de esta casa —dijo Putti—. ¿Ves?… Hoy cumplo cuarenta y dos años y sigo encerrada aquí. Aunque Maya me hubiese enviado un billete, Ammayya no me hubiese dejado ir.

Sripathi se llevó las manos a la cabeza.

—¡*Ayyo*! —exclamó—. Hoy es tu cumpleaños, lo había olvidado.

—Es lógico, han pasado tantas cosas últimamente… No importa. No quiero acordarme de que me voy haciendo más y más vieja, y de que sigo sin hacer nada que me haga recordar los años pasados —dijo Putti.

—Bah, qué cosas tan tristes dices…

Sripathi se sentía como un idiota por haberse olvidado. Cada año hacía algo especial para celebrarlo: le compraba un sari nuevo o la llevaba con el resto de la familia a comer al Mayura Palace de Bridge Road. Como el propietario le había asegurado vehementemente a Ammayya la primera vez que fueron, era un restaurante estrictamente vegetariano. «Todos los que trabajan aquí son brahmanes, *Amma*. Hasta el portero, que es hijo de mi sobrino. Aquí no ponemos ajo ni cebolla en la comida. Los helados también son totalmente vegetarianos, sin huevo que aumente la masa».

—¿Quieres que vayamos a comer a un restaurante para celebrar tu cumpleaños, Putti?

—No seas tonto —contestó ella—. Soy demasiado mayor para esas cosas. Gástate el dinero en la pobre Nandana. ¡Ya lo celebraremos cuando me case! —exclamó. Y dirigiéndole una mirada de soslayo, añadió—: ¿Qué dices a eso?

—¿Tienes intención de casarte? —preguntó Sripathi con cautela —. ¿Con quién?

Putti se encogió de hombros.

—A lo mejor, si Ammayya lo permite… —dijo, y retorció el extremo de su sari hasta convertirlo en un apretado cordón de algodón azul y blanco.

—No te preocupes por Ammayya. Nosotros estamos aquí para

ocuparnos de ella.

—Eso es lo que dices cada vez, pero son palabras nada más —dijo Putti—. Con la de pretendientes que han venido a verme… ¿Por qué nunca has dicho nada cuando Ammayya los ha rechazado? ¿Eh? Dime… ¡Porque tú también tienes miedo de que empiece a resollar y a toser y a amenazar con morirse!

Recogió los contenedores de la leche, se puso de pie, y Sripathi se quedó mirándola mientras ella se alejaba dándole la espalda. Al procurar contentar a su madre, pensó él, estaba descuidando sus deberes para con su hermana. Se quedó sentado en la veranda un rato más, dando vueltas al dilema en que se encontraba. Distraídamente se percató de que el montón de escombros que obstruía la entrada había crecido: el estruendo que había oído por la mañana lo había producido un camión descargando más hormigón. Intentó recobrar la ira que le había impulsado a pelearse con uno de aquellos camioneros algunos meses atrás, pero vio que no podía. No le quedaba apasionamiento para nada. Era como si estuviese situado fuera de su cuerpo y desde allí se observase a sí mismo con indiferencia mientras llevaba a cabo torpemente sus rutinas diarias.

Cuando el sol iba subiendo Koti entró por la verja, con una bolsa de plástico verde en la mano. Llevaba el cabello recién peinado con brillantina y recogido en un moño en el colodrillo. Un ramito de flores blancas coronaba su peinado. Le dirigió a Sripathi una sonrisa algo desdentada y el cutis, al estirársele, formó docenas de arrugas alrededor de ojos y boca. De un extremo de la veranda recogió la escoba vieja con la que barría el jardín. El polvo se alzó en penachos a su alrededor y luego volvió a posarse despacio. Cuando estuvo satisfecha con la reorganización del polvo, cogió un balde de aluminio medio lleno de agua y, mojando una mano en él, fue salpicando la tierra con rápidos movimientos. Sus dedos se agitaban en una especie de baile, arrojando pequeños arcos plateados que relucían brevemente a la luz del sol. Ella lo llamaba «poner a dormir al polvo». Entonces se dobló de pronto hacia adelante, desde la cintura, de manera que sus voluminosas nalgas tapadas por un sari de nailon verde quedaron recortadas contra el aire, y salpicó expeditivamente la adormecida tierra con harina de arroz guardada

en una vieja lata de chocolatinas, hasta que se formó una vasta extensión de puntos, como estrellas en un cielo polvoriento. Se sentó en cuclillas y se dejó llevar por su fantasía. Los puntos azarosos se convirtieron en un esbozo de dibujo y Koti se inclinó de nuevo con una expresión de concentración en el rostro para trazar las líneas más finas. Arremolinadas, curvadas, espumosas, desplegadas, recogidas, las líneas se movían fluidamente de punto a punto. El pensamiento transformado en arte, pensó Sripathi, extrañamente emocionado por este ritual que Koti había llevado a cabo durante tantos años. Las líneas del suelo cobraron vida y se convirtieron en cisnes, en mangos, en delgadas enredaderas de jazmín, en pavos reales que bailaban y elefantes que barritaban, en signos y símbolos de alegría y prosperidad.

Le asaltó el recuerdo de Maya, bajando a saltos los escalones de la veranda y preguntándole a Koti si podía probar un dibujo. (¡Por favor, por favor!). Koti había guiado las manos impacientes de la niña por los vericuetos del diseño. «¿Para qué es, Koti?», había preguntado Maya después de conseguir trazar una línea trémula entre dos puntos. «Para evitar el mal de ojo —había contestado Koti, poniéndose de pie y estirando los miembros doloridos—. Cuando pongo un *rangoli* delante de una casa, los malos espíritus ya no se atreven a entrar».

Y, sin embargo, nada podía ahuyentar la mala suerte de la vida de la propia Koti. A los dieciocho años se había casado con un borracho, y todas las mañanas llegaba con la cara hinchada y descolorida, con quemaduras en los brazos, a veces grandes como la tapa de una caja de chocolates Bournvita, con algún diente de menos o un ojo a la funerala. Sripathi recordaba haber visto también a un niño pequeño que a menudo la acompañaba al trabajo, un chico silencioso que se sentaba en un extremo de la veranda y garrapateaba interminablemente en una pizarra que llevaba consigo. Cuando su madre estaba en el interior de la casa él la iba siguiendo, buscando con la vista las sonrisas desdentadas que ella le dirigía mientras trabajaba. Se asomaba tímidamente a las habitaciones si su madre desaparecía un momento y, una vez la había encontrado, volvía corriendo a la veranda, a su pizarra y su pizarrín. En una ocasión Koti había llegado con el labio partido y

llorando abierta y furiosamente.

«El hijo de puta me ha cogido el dinero», protestaba ella entre sollozos, dándose cabezazos contra la pared mientras Ammayya, Nirmala y Putti, a su alrededor, procuraban calmarla dándole palmaditas en el hombro. Hicieron caso omiso de Sripathi, y le dirigieron una mirada feroz cuando preguntó qué pasaba, como si él fuese el responsable de la aflicción de Koti. «Era un dinero mío, y el hijo de perra se lo ha gastado en bebida. Lo había ahorrado para comprarle a mi Kannan una camisa blanca para el colegio. La semana que viene empieza a ir al colegio, *Amma*, y el hijoputa de su padre me ha robado el dinero».

En otra ocasión había llegado con el ojo izquierdo hinchado y medio cerrado. Sripathi se quedó horrorizado. «Deberíamos decírselo a la policía —le dijo a Nirmala—. Un día de estos el marido la matará».

«¡Buf, la policía! —había exclamado Nirmala, dándole a Koti una toalla con hielo para el ojo—. Tomarán nota de la queja y la enviarán a casa. Y le dirán que debe de estar provocando a su marido. Ya sabes cómo razona la gente».

Cuando Koti llegó por enésima vez con el cabello en desorden y oliendo a sudor rancio y a aceite (y arrastrando tras ella a su hijo, y llorando en silencio porque ya no tenía energías para darle de comer y bañarlo antes de enviarlo a la escuela), Nirmala le dio una toalla, brillantina y jabón, y le dijo que podía asearse en el lavabo de la azotea. «Y dale al niño algo caliente para desayunar», había añadido Sripathi.

Que le dieran a Koti estas libertades era algo que había indignado a Ammayya. ¿Cómo iba a lavarse una criada en el mismo sitio que la dueña de la casa? ¡Era inconcebible! ¡Y comer la misma comida! Nirmala debía de estar volviéndose loca. ¿Qué pensarían los vecinos cuando se enterasen? Pero Nirmala se mantuvo firme.

Los años habían ido pasando, el marido de Koti la había dejado y no había regresado, y su hijo tenía ahora casi treinta años. Estaba empleado como portero en un hotel de cinco estrellas de Madrás y vivía allí con su familia.

—¿Cómo, *Ayya-orey*? ¿Hoy no va a trabajar o qué? —preguntó Koti con su fuerte voz, irrumpiendo de pronto en los recuerdos de

Sripathi.

Él le sonrió y le dijo:

—Si no voy a trabajar, mi jefe me dirá que me quede en casa para siempre. ¿Cómo te pagaríamos entonces, dime?

La criada rio con una risilla sofocada de chica joven y, pasando por su lado, entró en la casa dejando tras de sí un reguero de olores, a jazmín, a aceite de coco y a betel.

* * *

Otra vez el colegio. La señora Mamma había acabado de bañar a Nandana y la había dejado sola para que se pusiese el uniforme.

—Y esta vez, nada de tonterías —le había advertido—. Nada de meterse en armarios y tonterías como esas, ¿de acuerdo?

Nandana se tocó uno de los incisivos con la lengua y lo hizo moverse hacia adelante y hacia atrás. Daba gusto hacerlo. El diente se le caería pronto y entonces el hada de los dientes le dejaría un cuarto de dólar debajo de la almohada. Hizo bailar el diente de nuevo, ahora con los dedos, pero se detuvo al oír un crujido proveniente del árbol que había frente a la ventana. Trepó a la cama para ver lo que era y apoyó la cara contra la reja de la ventana. El olor del polvo que cubría las flores de metal de la reja se le metió por las narices. Esta había sido la habitación de su madre, según le había dicho la señora Mamma; Nandana le había visto los ojos llenos de lágrimas al decírselo. Se preguntó si el árbol ya estaba cuando su madre vivía en esta habitación. Le gustaba mucho ese árbol; siempre estaba pasando algo interesante en él. Había hormigas —algunas pequeñas y rojas y otras grandes y negras— que marchaban sin parar a lo largo de las ramas durante todo el día. Evitaban chocar unas con otras y a veces hacían un alto de unos pocos segundos, como para contarse chismes. «¿Dormían las hormigas?», se preguntó la niña. Iban de aquí para allá, como líneas de aquel polvo rojo que la señora Mamma guardaba en una caja, abajo en la cámara de los dioses, como líneas rojas entrelazadas de negro por las ramas torcidas del árbol.

Koti, la persona que fregaba los suelos cada día y que le había

enseñado a hacer dibujos con un polvo blanco en el jardín frente a la casa, había señalado con un dedo a las hormigas rojas y luego lo había meneado en dirección a ella. «Muerden —le había dicho, dándole un suave apretón en el brazo a Nandana—. Y hacen pupa». Luego añadió algo en otro idioma y cambió la almohada de sitio, alejándola del lado de la cama más próximo a la ventana.

«Uuuyyyy», añadió con voz nasal. Se metió un dedo en el oído, arrugó la cara en un gesto de dolor y señaló otra vez a las hormigas rojas. Nandana entendió por fin que Koti le estaba advirtiendo de que las hormigas rojas podían metérsele en los oídos y morderle el cerebro por dentro. Ella había sonreído vergonzosamente y había asentido con la cabeza, y Koti le había acariciado la mejilla y había llorado un poco.

Las ramas del árbol se agitaron: dos ardillas habían emprendido una carrera arriba y abajo, al tiempo que intercambiaban un airado parloteo. A diferencia de las ardillas de Vancouver, grandes y negras, que desenterraban los bulbos de capuchinas que su madre había plantado con tanto cuidado, estas eran pequeñas, y tenían la piel gris y dos rayas anchas en el lomo. Arun *Maama*, que hablaba mucho con ella aunque ella no contestase, le había contado un cuento sobre las ardillas. Le había dicho que el Señor Rama, un dios que nació como ser humano, había bendecido a las ardillas. Nandana había dicho que sí con la cabeza. Ya había oído hablar del Señor Rama. Su madre había comprado unos libros en la tienda india de Main Street y le había contado cuentos acerca de él, y acerca de su esposa Seetha, y su hermano Lakshmana, y un
dios-mono
que se llamaba Hanuman y podía levantar montañas. Tenía ganas de llorar cuando se acordaba de sus padres y de las voces de estos surgiendo cálidamente de la confortable oscuridad, leyéndole un cuento tras otro hasta que ella se quedaba dormida.

«Una vez, Rama quiso construir un puente sobre el inmenso océano para llegar a un reino llamado Lanka donde vivía otro rey muy poderoso que se llamaba Ravana —le había dicho Arun *Maama* empleando el mismo tono monótono y cantarín que empleaba su madre y que a ella aún le resonaba en los oídos con toda claridad— y necesitó la ayuda de otros para llevar a cabo tal empresa. El

puente iba a ser de piedra, y Rama lo construyó con miles y miles y miles de piedras. Primero llegaron los osos del bosque para echar una mano, luego los monos, los elefantes y todos los otros animales grandes. También se presentó el rey de las ardillas y le ofreció una pata. Para mostrar su agradecimiento. Rama acarició con dos dedos el lomo del animal y dejó allí dos rayas marcadas, de manera que todas las ardillas, desde entonces, nacen con esa señal en el lomo».

Otro día su tío le había contado toda la historia de la guerra que Rama entabló con Ravana, el de las diez cabezas, y ella la había escuchado sentada y atenta hasta el final, aunque ya la conocía. Y al acabar el cuento, su tío había dicho: «Algunos creen que Rama era el héroe y Ravana el malvado».

11

Un partido para Putti

A eso de las ocho, poco después de que Nandana se hubiese ido al colegio, Nirmala subió las escaleras jadeando.

—Acaba de llegar Gowramma para hablarnos de otro posible novio para Putti —le dijo a Sripathi, casi sin aliento—. Ammayya quiere que bajes.

—¿Por qué aparece siempre esa mujer en días laborables? —refunfuñó Sripathi, pasándose expeditivamente el peine por el cabello—. Voy a llegar tarde al trabajo otra vez.

—Solo con que te dejes ver un ratito ya estará contenta.

Cuando bajaba por las escaleras Sripathi se dio cuenta de que solo llevaba puesta la camiseta y regresó al dormitorio para buscar una camisa limpia. Luego se situó frente al estrecho espejo que había en el pasillo y dio un estirón a su *jaanwaara*, el hilo sagrado que llevaba por encima del hombro izquierdo, a través del vientre y espalda arriba, ciñéndole el cuerpo en diagonal. Iba estupendamente para rascarse la espalda y tiró de él varias veces, notando con satisfacción el roce del hilo contra la piel.

—Sripathi, ¿qué haces? Date prisa, que Gowramma está esperando —gritó Ammayya desde el salón.

Se abotonó rápidamente la camisa y, antes de correr escaleras abajo, se alisó el cabello que, al ser grueso y rizado, tenía tendencia a elevársele sobre la cabeza como una niebla gris. Se preguntó a quién habría sacado esta vez de un escondrijo la casamentera para presentárselo a su hermana. Pobre Putti.

—¡*Namaskara, namaskara*! —dijo Sripathi, juntando las manos y llevándoselas a la frente.

Gowramma lo saludó con una inclinación de cabeza. La casamentera estaba sentada sobre una estera de fibra de coco que Nirmala había tendido en el suelo para ella. Contra una de las paredes, y al lado de un enorme armario de madera de teca lleno de expedientes viejos, recortes de periódicos y libros con mohosas tapas de piel, había un sofá. Era blando y olía a setas en descomposición; la seda color marfil había adquirido un tinte verdoso con los años de exposición al aire cargado de humedad. En un desesperado esfuerzo por conservar el sofá, Nirmala había cubierto la tapicería con láminas de plástico que había grapado por los bordes. Pero era demasiado tarde, pues el moho ya había arraigado y ahora medraba en el cálido interior del plástico. Nadie se sentaba en el sofá excepto en las ocasiones solemnes en que aparecía algún pretendiente de Putti. Entonces el plástico se tapaba con alegres cubrecamas de Rajasthán que ponían en evidencia lo ajado del resto de la habitación. Pero excepto en esos días, el sofá —como las dos sillas de caoba tallada y la mesita baja con incrustaciones de marfil— estaba arrimado contra la pared para hacer sitio a las alumnas de las clases de baile. Los amigos de confianza o los visitantes como Gowramma se sentaban en las sillas de madera o sobre la estera de fibra de coco que Nirmala desplegaba en el suelo.

Como siempre, la casamentera llevaba consigo una bolsa de red plastificada que contenía fajos de horóscopos, cartas y fotografías de los presuntos novios y novias. También llevaba una libreta y una toallita de algodón con la que se secaba el sudor de la nuca y del pliegue de los codos. Cuando Sripathi entró en la habitación, estaba apuntando en su libreta los datos relativos a una posible novia de la que Ammayya le acababa de hablar.

—¿Es blanca de piel? —preguntó con energía.

Ammayya arrugó la nariz y se quedó pensando.

—Regular —dijo por fin—. Un poco más morena que nuestra Putti. Pero las facciones son muy agradables.

—¿Estudios?

—Licenciada en Ciencias. Y especialista en informática.

—Muy bien, eso está muy bien. Hoy en día los chicos solo quieren economistas o informáticas —dijo Gowramma, asintiendo complacida—. ¿Altura? ¿Carácter? ¿Es de buena familia?

Solo cuando hubo acabado lo que tenía entre manos le prestó atención a Sripathi. Entonces le dedicó una amplia sonrisa, como para compensar el rápido saludo de antes. Sripathi no lograba acostumbrarse a las apariciones súbitas de aquella mujer: parecían formar parte de un espectáculo de magia. Vivía con su hijo menor. Su marido se había marchado una mañana, dejando solo una breve nota a manera de explicación. «Renuncio al mundo —había escrito en ella—. Rezaré por vosotros».

Gowramma tuvo que hacerse cargo de los tres hijos adolescentes. Furiosa, dijo a todo el mundo que era viuda para así borrar mejor el recuerdo del marido. Les prohibió a los niños que volvieran a mencionarlo. Se decía que, un año más tarde, cuando él volvió a casa decepcionado de la vida ascética, Gowramma lo había ahuyentado esgrimiendo un cuchillo y con amenazas de cortarle los testículos. Desde entonces nadie lo había visto, aunque la señorita Chintamani, directora de la biblioteca de préstamo situada en la esquina de Pilkington Road con Andaal Street, afirmaba que el mendigo que se ponía a la puerta de la biblioteca era el marido fugitivo. La bibliotecaria creía ver confirmadas sus sospechas en un hábito que tenía el mendigo —el ademán de protegerse con las manos sus partes pudendas—, que ella interpretaba como una reacción a las amenazas de Gowramma.

Curiosamente (o quizá porque su propio matrimonio hubiese terminado tan mal), Gowramma había encauzado sus energías hacia la actividad de casamentera, el hacer horóscopos, la numerología y el Vastu-Shastra, un antiguo saber que trataba de las posiciones más propicias que pueden ocupar los objetos en un determinado espacio. El negocio le había ido tan bien que ahora usaba la planta baja de su casa como oficina. Tenía dos ayudantes y había comprado un ordenador errático a un pariente de Bangalore para atender la correspondencia que recibía de toda la India y del extranjero. También escribía una revista, *Jataka*, que se publicaba semanalmente en kannada, tamil y telugu,[17] y una versión inglesa de la misma, *Información Astral*, para el público británico y

norteamericano. Sripathi la llamaba «Información Anal», y decía que su contenido era tan inservible como los desechos expulsados por ese orificio. Este comentario llegó a oídos de la casamentera y le dio una razón más para sentir antipatía por Sripathi.

Gowramma iba de visita a Casa Grande al menos una vez al mes, no solamente para cotillear con Ammayya, cuyo olfato para los rumores malévolos estaba tan desarrollado como sus mastodónticas caderas, sino porque consideraba a Putti como su proyecto más querido, aquel que constituía un verdadero reto. Había sugerido a la familia al menos un centenar de jóvenes, pero ni uno solo había merecido el visto bueno de Ammayya, aunque la anciana siempre le echaba la culpa a Sripathi.

—¡Bah! —exclamaba Ammayya cada vez que rechazaba un horóscopo—. ¿Qué puedo hacer, Gowramma? ¡Dímelo tú! Mi hijo es demasiado exigente con el que tenga que casarse con su hermana. Dice que este no, que aquel tampoco. El pelo se me ha vuelto blanco y él sigue diciendo no, no, no…

Ahora la casamentera se volvió de nuevo hacia Sripathi. Como siempre, a él le llamó la atención el *bindi* que le flameaba como un tercer ojo encarnado en el centro de la frente; al igual que Nirmala, también ella se había pasado a los *bindis* adhesivos. Aquel belicoso punto rojo era la comidilla de la ciudad: ¿tenía derecho a llevar ese sagrado símbolo del matrimonio una mujer cuyo marido la había abandonado? ¿Era decente llevarlo?

—Ammayya me ha dado la terrible noticia, Sripathi-*orey* —dijo—. ¡Qué tragedia! ¿Y no habíais visto a Maya desde que se marchó del país, no es cierto? ¿Y a su marido tampoco?

Miraba interrogante a Sripathi y, como este no contestase, siguió diciendo:

—¡Ay, ay, ay! Se me parte el corazón. Nirmala, ven a mi lado, querida, siéntate aquí. No soporto verte llorar.

Sripathi frunció los labios y estos se le afinaron aún más.

—Creo que has venido con una proposición para mi hermana —dijo, lacónico.

Gowramma lanzó una mirada compasiva en dirección a Nirmala, pero no volvió a preguntar por Maya.

—Gracias al ordenador he encontrado a un chico maravilloso

para nuestra Putti —dijo—. Todos los que le conocen, y hasta los que solo han oído hablar de él, dicen que es un verdadero príncipe, un dechado de virtudes. Muy tímido, de comportamiento intachable, y por supuesto, con un empleo estable, de modo que también es un asunto seguro. —Y al decir esto, agitaba repetidamente la cabeza, como para confirmar una y otra vez sus propios asertos—. No es muy guapo, pero goza de buena salud y es buena persona. Yo siempre digo que una chica ha de ser más atractiva que su marido: ¡de lo contrario él se pasará el día mirándose al espejo en vez de mirarla a ella!

O sea, pensó Sripathi, que el posible marido era más feo que el culo de un camello.

—Pero es un poco mayor, ¿no? Cincuenta años, eso has dicho, ¿verdad? ¿Y tiene una catarata en un ojo? —dijo Ammayya en tono dubitativo, al tiempo que tamborileaba suavemente con los dedos en los brazos de la silla.

—¿Qué otra cosa puede esperarse para una mujer que ya no está en la flor de la vida? —inquirió Gowramma, permitiéndose emplear un tono algo irritado—. No os gusta este porque es demasiado viejo, el otro porque es demasiado joven… La verdad es que no comprendo qué clase de joya estáis buscando, así que la próxima vez acudid a otra casamentera. Yo ya no tengo nada más que ofreceros.

—Yo no lo considero demasiado viejo —dijo Putti, algo malhumoradamente—. Me gustaría conocerlo.

Ammayya sonrió a su hija como para tranquilizarla y se volvió hacia Gowramma.

—La pobre niña está tensa y no se la puede culpar por ello. Escoger a un marido no es cosa fácil —dijo. Entonces dio unas palmaditas a Putti en el trasero, como si esta fuese en efecto una niña pequeña a punto de coger una rabieta y no una mujer cuarentona, y continuó—: Sí, tesoro mío, no te preocupes por nada. Tu madre decidirá lo mejor para ti. Y claro que tendrás ocasión de conocer a este pretendiente… Aunque… la verdad es que el trabajo que ha elegido es muy extraño. ¿A qué tipo de hombre le gusta trabajar con enfermos mentales y con maníacos?

—A un hombre amable y de buen corazón —contestó

Gowramma, que tenía ganas de perder de vista a esta familia que cada pocos meses aparecía en su bloc de trabajo—. Lo que esta casa necesita es una boda. Eso es lo que ahuyentará la pena que ahora la llena.

Echó una ojeada a Sripathi para ver si reaccionaba pero este no dijo nada. Ella entonces continuó:

—Será perfecto para todos vosotros. Es un hombre muy simpático que sabe cómo tratar a las personas de todo tipo, también a las personas difíciles. Tendríais que oír algunas de las anécdotas que cuenta, sobre todo la de la señora que mató a sus propios hijos. ¡Se los comió como si fuera un gato! Pues nuestro terapeuta enseñó a la pobre mujer a hacer cestos de mimbre para calmarle la angustia. —Al ver la expresión horrorizada de Ammayya, Gowramma se interrumpió e intentó arreglar su falta de discreción —. Pero es un hombre muy bueno e inteligente. Todo el mundo lo aprecia. Las mujeres hacen cola para conocerle, pero yo he decidido que no, que la primera oportunidad ha de ser para nuestra Putti, ya que los horóscopos muestran una compatibilidad tan grande.

—Un hombre que ha estado en contacto con tanta gente rara… por fuerza ha de ser un poco raro también él —observó Ammayya.

Putti se quedó mirando a su madre y leyó en su amoroso rostro una negativa más.

—Sin embargo, yo quiero conocerlo —dijo, en un tono de rebeldía.

Su madre se apretó el extremo del *pallu* del sari contra la boca y miró tristemente una gran fotografía de su difunto marido que colgaba de la ajada pared del salón y alrededor de la cual había una guirnalda de polvorientas virutas de madera de sándalo.

—Dejaremos que lo decida tu hermano —dijo—. Después de todo, es el hombre de la casa. Es como si fuera tu padre.

Sripathi eludió la mirada suplicante de Putti y, después de carraspear, preguntó con flojedad:

—¿Qué hay de malo en conocer al tipo en cuestión? La última palabra la tienes tú, claro.

—Sí, sí, yo opino lo mismo —convino Gowramma, lanzando miradas a todos los presentes.

Sin previo aviso, Ammayya estalló en llanto.

—Mi pobre hija ni siquiera conoció a su padre. ¡Qué *karma*! —dijo entre sollozos.

Gowramma, mirándola con ironía, le dijo:

—Vamos, vamos, Ammayya, piensa en la niña de Maya. Esa criatura se ha quedado sin padre y sin madre.

Ammayya hizo caso omiso del comentario, agarró la mano de Gowramma en su propia mano afilada y la estrujó como si fuese un limón.

—Tú sabes muy bien lo difícil que es criar a unos hijos sin padre. Pero a diferencia de mí, tú eres una persona independiente y no necesitas vivir de la caridad de los hijos.

Gowramma intentó desprenderse del estrecho apretón de Ammayya, al tiempo que asentía con la cabeza. No estaba de humor para lo dramático, especialmente si a ella le tocaba el papel de mera espectadora.

—No sabes los problemas con los que he de bregar diariamente, Ammayya. Lo que pasa es que no me gusta hablar de ello, por eso nadie lo sabe. Sonríe, sonríe y sonríe, esa es mi táctica. Pero la procesión va por dentro. Cómo iba yo a pensar que un día me iba a tener que ganar la vida… ¡Uf! Si no tuviera que ganarme el pan no cobraría nada por los horóscopos. Pero qué voy a hacer, me veo obligada a ello… Me avergüenza hacerlo pero me veo obligada.

Con un tirón intentó liberar su mano aprisionada, pero Ammayya no estaba dispuesta a soltarla sin antes completar su número teatral.

—Obligada, obligada… —dijo con un suspiro, mientras un lagrimón le colgaba de la mejilla como un escalador de la fachada de un alto risco—. Gowramma, amiga mía, nadie conoce las cargas de las obligaciones mejor que yo. Toda mi vida las he llevado sobre los hombros. La espalda se me ha encorvado bajo su peso y aún sigo avanzando bajo ellas.

Ammayya soltó la mano de Gowramma para secarse la lágrima que se había atascado en su trayectoria y que empezaba a hacerle cosquillas. La casamentera se apartó rápidamente de ella. Recogió su bolsa plastificada y su carpeta llena de horóscopos y fotos, y salió reculando de la habitación. Normalmente hubiera lanzado alguna indirecta para que la invitaran a tomar una taza de té y un

tentempié, pero intuía que se avecinaba una tormenta familiar y prefería no estar presente. Además, la boda entre Putti y el terapeuta era improbable, así que era una buena idea ir en seguida a casa de los Shastri y mostrarles el horóscopo para su sobrina. «Al menos —pensó la casamentera con malhumor— podré ganar algo con esa boda antes de que el novio se muera de viejo». Ammayya era una de las clientas más antiguas de Gowramma, pero el desagrado que mostraba por todos los partidos que ésta le proponía terminaba empañando su reputación como casamentera.

—Ahora he de marcharme —dijo—. Tengo que ir a otras muchas casas. Con tu permiso, Nirmala…

Nirmala, que se había mantenido en silencio, asintió con la cabeza y, prestándose al rito de despedida tradicional entre mujeres indias, alargó hacia Gowramma un bote de polvos de bermellón. Esta tomó una pizca de polvo y se lo aplicó a la raya del cabello. Asintió enérgicamente y dijo:

—Pasaré de vez en cuando… —y después de una pausa, añadió —: Ah, y también quería preguntar por vuestra nieta. Qué cosa tan triste… La pobrecilla, cómo debe de echar de menos a sus padres… ¡Uf! Qué tragedia… No sé cómo hacéis frente a todo esto… —Y los ojos de Gowramma iban posándose alternativamente en todos los presentes.

—¡Ay, Gowramma! ¿Cómo te lo diría? —empezó Ammayya, dispuesta a informar detalladamente a la casamentera de lo que habían sido sus vidas desde la llegada de Nandana. Pero Sripathi dirigió a su madre una mirada tan feroz que esta, sorprendida, se interrumpió.

—Estamos bien y nos las arreglaremos solos. Es un asunto de familia —dijo él.

—Oooh, ¿y acaso no soy yo parte de la familia? Pero Sripathi, si te conozco desde que llevabas pantalón corto… —exclamó Gowramma, poniéndose unos cuantos años de más para mentir mejor—. Así que, si necesitáis ayuda con la pobre niña, no dejéis de decírmelo. ¡Lo que está claro es que en esta casa necesitáis la alegría de la música nupcial!

Y, riéndose, pellizcó en la mejilla a Putti, a la que el gesto cogió por sorpresa.

—¿No has dicho que hoy tenías otras cosas que hacer? —preguntó Sripathi.

Gowramma le dirigió una mirada intencionada y salió de la casa. Se abanicó con la mano y exclamó:

—¡Buf! Aquí fuera hace un calor insoportable. ¿Por qué no lloverá de una vez?

Se detuvo en la veranda para ponerse unas viejas sandalias negras que su sobrino le había traído de Dubai cinco años antes y de las que ella no soportaba desprenderse porque tenían aspecto exótico. Después, tras recordarles una vez más que el partido propuesto era uno de los mejores que tenía en sus archivos, se marchó.

—¡Qué descaro, venir con esa proposición para mi hija! —comentó Ammayya.

A Putti se le alteró el rostro.

—¡Siempre encuentras alguna pega! —exclamó—. ¡Lo que pasa es que no quieres que me case!

—¿Eh? —dijo Ammayya, desconcertada por el arranque de su hija—. ¿Por qué te compro entonces saris y joyas siempre que tengo un poco de dinero? ¿Para qué vivo, dime, si no es para verte felizmente casada?

Su hija entró como un huracán en el dormitorio y volvió a salir con su bolso y con un montón de revistas.

—¿Vas a la biblioteca, cariño? —le preguntó Ammayya, saliendo a la veranda detrás de su hija—. Yo también iré. Espérame, ¿de acuerdo?

La anciana entró en la casa acompañada del tac-tac de su bastón, casi tropezando con él por las prisas. Pero cuando volvió a salir cinco minutos más tarde, Putti ya no estaba.

La biblioteca de préstamo estaba en la misma manzana que la consulta del doctor Menon, el médico ayurvédico que trataba las dolencias de Ammayya a base de pastillas y ungüentos herbarios. El dueño de la biblioteca era un hombre llamado Shekhar, pero era su hermana, la señorita Chintamani, quien la dirigía. Cuando Putti entró en el pequeño recinto, encajonado entre una panadería y una

joyería, la señorita Chintamani estaba ocupada atendiendo a una fila de usuarios. Como siempre, a Putti le sorprendió la tez verdosa de la bibliotecaria. Durante muchos años, esta se había frotado la oscura piel con pasta de cúrcuma con el fin de aclarársela. El color amarillo de la cúrcuma había acabado por dar a su rostro un tinte musgoso, como si la bibliotecaria hubiera estado sumergida en agua demasiado tiempo. Llevaba unas imponentes cejas pintadas con un lápiz negro, pues, tal como le confió a Putti durante una de las largas conversaciones que mantenían en voz baja, sus cejas primitivas se las había depilado hasta la extinción una esteticista en prácticas de la misma calle.

«Un poco más depiladas, todavía un poco más, y al final no quedaba nada. Dijo que no me preocupase, que volverían a salir, y todavía estoy esperando —le había dicho quejumbrosa, como si las cejas se le hubieran ido unos días de vacaciones rumbo a un destino desconocido—. Creo que nunca me volverán a crecer. Eran bonitas y gruesas como las tuyas». Y dirigió una mirada aduladora a Putti.

Los ojos de su cara verdosa se movían continuamente en todas direcciones, pues la bibliotecaria estaba en el punto de mira de ladrones de libros y de adolescentes de mentes calenturientas, todos los cuales —estaba convencida de ello— se escondían en el rincón de la biblioteca donde estaban los libros pornográficos. A pesar de sus protestas, su hermano insistía en tener existencias de ellos. El hombre tenía un sólido instinto comercial, por muy corroídos que pudiesen estar sus principios morales. Pero la señorita Chintamani se encargaba de que se guardase el decoro. Los niños y los adolescentes que se atrevían a acercarse al rincón recibían una buena regañina, rematada con la amenaza de prohibirles la entrada a la biblioteca.

Putti se dirigió a la mesa desde donde la señorita Chintamani estaba humillando en alta voz a un joven vestido con una camisa blanca.

—Señor Rajan —le decía—. ¿Está usted seguro de que quiere llevarse este… este libro de la enfermera Cherry? ¿No estará confundido?

Blandió un delgado volumen titulado *La enfermera Cherry asiste a clase* que tenía en la cubierta la foto de una rubia despampanante

vestida de enfermera pero con un uniforme transparente, y cuyos pechos, grandes como globos, se apretujaban contra la cara de un paciente. La señorita Chintamani examinó la cubierta con repugnancia, aspiró enérgicamente y continuó:

—A veces los usuarios se equivocan sobre el contenido de los libros de la biblioteca. Si buscan libros de médicos y enfermeras encontrarán buenos libros en ese estante de ahí —y señaló la sección de salud, curas naturales, religión y filosofía, la sección donde estaban los últimos libros de Deepak Chopra, Swami Chinmayananda o el fiable doctor Spock.

—¿No es un buen libro? —musitó el señor Rajan, con semblante abatido—. Yo creía que era sobre hospitales y demás… Me gustan mucho los libros educativos sobre el cuerpo humano. Verá, es que a mí me hubiera gustado ser médico, pero fue imposible… Los criterios de admisión… Las cantidades que hay que pagar para entrar en las Facultades de Medicina…

—Sí, sí, señor Rajan, pero este no es un libro médico —indicó la señorita Chintamani, frunciendo los labios después de cada frase. Y dirigiéndose a los demás usuarios, preguntó—: ¿A alguno de ustedes le parece que esto es un libro médico?

Algunos soltaron risitas nerviosas. Uno o dos se salieron de la fila para devolver furtivamente los ejemplares que habían cogido de las colecciones tituladas *La enfermera Cherry* y *Bunny la virgen*.

—Claro que da información sobre el cuerpo humano, y en ese sentido es muy educativo, qué duda cabe… —continuó la bibliotecaria. Y tras hacer una breve pausa para conseguir un efecto dramático, preguntó—: Pero ¿qué dirá su madre, señor, cuando lo abra y vea Dios sabe qué?

Unos cuantos hombres de los que hacían cola pasearon la vista por alrededor, en actitud estirada y virtuosa. Uno de ellos, con voz lo suficientemente alta para que la bibliotecaria lo oyese, exclamó:

—¡Hay que ver la basura que leen los jóvenes!

Y otro asintió con la cabeza y dijo:

—Hay demasiados programas extranjeros de televisión, con mujeres desvergonzadas haciendo esto y lo otro. ¡Están maleando a nuestros hijos!

La señorita Chintamani miró triunfante a su alrededor, vio a

Putti esperando en silencio y le dirigió una sonrisa.

—Ah, Puttamma, qué alegría verte. Espera un poco, que tengo unas revistas para ti.

Últimamente la señorita Chintamani la recibía con un movimiento de sus cejas pintadas que pretendía indicar complicidad, lo cual hacía que Putti se preguntase incómoda si la bibliotecaria sabía algo de Gopala Munnuswamy y de lo que este le hacía sentir.

—Hoy estás muy guapa —le dijo la señorita Chintamani. Se apoyó sobre la mesa y dedicó a Putti una sonrisa llena de admiración—. ¿Alguna persona en particular te hace tener tan buen aspecto?

Putti dio un respingo. Esta mujer lo sabía todo.

—¿Quién va a haber que me haga tener buen aspecto? —dijo en son de protesta.

—¡Ah, ayer me encontré con Gowramma! Me dijo que ha encontrado un partido muy bueno para ti. No te imaginas lo entusiasmada que estaba.

—Ah, sí, ese… —dijo Putti, aliviada—. Bueno, ya veremos.

—¿Cuándo irá a verte a tu casa? Esa es la cuestión.

La señorita Chintamani disfrutaba hablando de los pretendientes que habían aparecido fugazmente en la vida de Putti, y coleccionaba ávidamente las noticias sobre aquellos hombres cuyos horóscopos habían sido compatibles con el de Putti pero que sin embargo habían sido rechazados por Ammayya.

—Quizá la semana que viene, no sé.

—¿Qué te pondrás? Es muy importante causar buena impresión, créeme —le dijo—. Mira, lo pone en este artículo.

Se humedeció el pulgar y pasó a toda velocidad las páginas de papel satinado de una revista femenina hasta llegar a lo que buscaba.

—La primera impresión es de gran importancia.

—Todavía no lo he decidido —dijo Putti.

—Dime de qué color son los saris que tienes —insistió la bibliotecaria, a la que no parecía importarle que se hubiese formado otra cola detrás de Putti—. Lo sé todo acerca de él. Me dijo que era un hombre maduro y amable. Que trabaja en el psiquiátrico y que

es sensato y de buenas costumbres.

El verde oscuro la hacía parecer demasiado seria y el rosa era muy frívolo, dijo la señorita Chintamani. ¿Qué es lo que apreciaría un hombre que trabajaba de terapeuta ocupacional en el psiquiátrico? ¿La inteligencia o la vivacidad? ¿Una mujer joven y seria? ¿Madura y equilibrada?

—Esta vez no puedes cometer ningún error —le dijo finalmente —. De lo contrario acabarás como yo: en deuda con tus parientes y sin un futuro propio.

La bibliotecaria se inclinó por encima de la mesa hacia ella, de manera que a Putti le llegó el olor de la brillantina que llevaba en el cabello, del sudor que formaba dos círculos bajo el brazo en su ajustada blusa azul y, por debajo de todo ello, el nocivo olor de la nostalgia por el pasado.

—Casarse con *cualquiera* es mejor que vivir dependiendo de tu hermano, créeme.

Afuera no corría un soplo de aire. Putti hizo una mueca cuando el calor le dio de pleno, con la fuerza de un bofetón. Unos días antes, Shakespeare Kuppalloor había ido a Casa Grande para afeitarle la cabeza a Ammayya y les había asegurado que aquel era el verano más caluroso de los últimos ochenta años.

—¿Cómo lo sabes? —le había preguntado Ammayya, contenta de no tener ni un cabello que hiciese aún más insoportable el calor.

—Me acuerdo de todo lo pasado.

—¿Cómo vas a acordarte de cosas de hace ochenta años, mentiroso, más que mentiroso? —dijo riendo Ammayya, que le tenía simpatía al chismoso peluquero.

—¿Conoce a mi hermana Regina Victoria? Una vez, siendo yo una criatura, me llevaba en brazos y caí al suelo de cabeza, y desde entonces tengo ráfagas de recuerdos del pasado —declaró Shakespeare, cuyo padre había trabajado en una compañía teatral inglesa y había puesto a su hijo mayor el nombre del Bardo.

De la tienda que había al lado de la biblioteca salía el olor al pan y a los bizcochos que se estaban cociendo, y quedaba suspendido en el aire hasta que el paso de un vehículo lo

dispersaba. El mendigo de la esquina, al que la señorita Chintamani consideraba el marido de Gowramma, estaba repantingado contra la pared, con las piernas muy separadas y los testículos asomándole por los holgados pantalones cortos. Se fijó en Putti y le dedicó una desdentada sonrisa. Ella apartó la vista con rapidez y, descartando el coger un autobús, paró a un rickshaw que pasaba.

Casa Grande se alzaba contra el desnudo cielo de la tarde como un ser deforme y monstruoso, y a Putti la invadió una enorme desgana de entrar en ella. Pagó al culi y se quedó de pie frente a las verjas torcidas, mirando la casa como si la viera por primera vez. Deseó ser como Maya, que había vivido, estudiado, trabajado, que había estado triste y contenta, que había viajado, había amado a alguien, había creado otra vida y había muerto: todo en el lapso de treinta y cuatro años. Había sido una vida breve pero intensa. Putti, que había nacido ocho antes que su sobrina, tenía las manos vacías. Un coche se detuvo frente a la verja de Munnuswamy y Gopala salió de su climatizado interior. Vio a Putti parada frente a Casa Grande y le sonrió.

—¿Va a salir, Putti *Akka*? —preguntó—. Mi chófer puede llevarla, si usted quiere.

Durante un breve momento, Putti estuvo tentada de aceptar el ofrecimiento. Sí, que la llevaran a algún sitio donde no hubiera estado nunca. Pero no había ningún lugar en Toturpuram que fuese nuevo y maravilloso para ella. De manera que sonrió con timidez y contestó:

—No, no, acabo de regresar. Pero es muy amable por su parte.

—Para usted, Putti *Akka*, lo que sea —dijo Gopala dulcemente.

Ella se sonrojó y, sin mirarlo otra vez, entró dificultosamente por entre las verjas y caminó deprisa hacia la puerta de Casa Grande. Sintió la mirada de él en la espalda. No sabía que Gopala estaba enamorado de sus ojos desiguales, de su sonrisa dentuda y de la promesa de su cuerpo de carnes aún tensas. Que observaba celosamente las entradas de Gowramma en Casa Grande con sus proposiciones matrimoniales y se preguntaba por qué ella seguía soltera. Y que, con cada año que pasaba, el amor que sentía por ella se acrecentaba, como el aroma embriagador que las flores *raat-ki-rani* despedían en el calor húmedo de la noche. Putti no había

pensado en Gopala como un posible marido. Aunque sus miradas abiertamente amorosas hacían que se le acelerase el pulso y las atenciones que tenía con ella la sorprendían y la excitaban, la idea de casarse con él no le había pasado por la cabeza.

Ammayya la esperaba en medio del salón, umbroso y fresco.

—Te he visto —le dijo—. Te he visto hablando con ese zángano de lechero. ¿Qué te decía? ¿Eh?

—Nada, Ammayya —dijo Putti—. Solo quería saber si necesitaremos más leche para las fiestas.

—En todo el rato, ¿es eso lo único que te ha dicho?

—¿Qué otra cosa iba a decirme?

—¿Y tú? ¿Le has dicho algo?

—Solo que este año, a causa de la desgracia, no celebraremos Deepavali. Nada más.

Putti, notando un desasosiego interior, dio media vuelta y se alejó hacia la cocina.

* * *

Aquí decían «clase» en vez de «curso». Ella estaba en la clase 2, sección B, y se sentaba al lado de Radha Iyengar. Nandana encontraba muy raro que no hubiese niños en este colegio. Casi todas las profesoras llevaban saris y había que llamarlas «señorita» aunque estuviesen casadas. Algunas profesoras eran monjas que iban vestidas de negro y llevaban velos, y se las llamaba «hermana» o «madre». Radha le contó a Nandana que las monjas no tenían pelo y por eso llevaban velos, y que no tenían pelo porque estaban casadas con alguien llamado Jesús. En la pared, encima de la pizarra, había una estatua de madera de Jesús colgando de una cruz. Parecía triste, y a Nandana le hubiese gustado saber por qué tenía que estar colgado así, todo encogido encima de aquellos dos palos.

Radha era la mejor amiga de otra niña. Permitía a Nandana comer a mediodía con ella y con su amiga, pero se ponían a hablar de cosas secretas de las que ella no sabía nada: cómo hacer pompas de jabón con jugos de plantas; dónde encontrar las vainas más

grandes de flores de *gulmohur* para hacer barquitos en la época de las lluvias y espadas para las batallas de mentira; el efecto que había que dar con la mano para ganar cuando jugaban a las pistolas con flores de *gulmohur*, y hablaban de conchas y de piedrecillas mágicas, y de semillas y frutos y artistas de cine y golosinas, y de los fantasmas que había debajo del mango cercano a la capilla del colegio. Nandana tenía ganas de ver *Barney*, su programa de televisión favorito, y de comer un donut de chocolate tamaño gigante. Había visto donuts en una panadería cercana, pero la señora Mamma no le dejaba comer nada comprado fuera de casa, ni siquiera un helado, porque decía que le sentaría mal. A Nandana le hubiese gustado mucho probar algunas de las golosinas que dos hombres vendían cerca de la puerta del colegio, sobre todo el jugo de color verde fuerte que Radha compraba todos los días sin ponerse enferma nunca. Pero no tenía dinero, ni siquiera una moneda de diez centavos. Volvió a menearse con la lengua el diente que se le movía. A lo mejor si se lo daba a la señora Mamma cuando se le cayese, encontraría una moneda debajo de la almohada a la mañana siguiente. Entonces podría comprarse el jugo verde.

La campana del colegio sonaba cada hora. En la clase había dos profesoras y cincuenta y dos alumnas, y a veces hacía tanto calor que Nandana se hubiese quitado el uniforme de buena gana para quedarse en ropa interior. La señorita Asha era vieja y simpática, y nunca intentaba hacer hablar a Nandana. Pero la otra, la señorita Neena, le hacía preguntas y daba un suspiro cuando veía que no las contestaba.

—¡Pero esto es absurdo! —exclamaba, un día tras otro—. Esto no puede seguir así. ¡Me resulta imposible enseñarte nada, criatura! —Y entonces le pedía a Nandana que hiciese dibujos y que escribiese cualquier cosa que se le ocurriese.

La mayoría de las veces no se le ocurría nada, o al menos nada que tuviese ganas de dibujar. Pero esa mañana se acordó de un día muy divertido, en Vancouver, hacía mucho tiempo. La señora Lipsky les había llevado a clase unas mariposas. Les dijo que eran

para ellos. Había una que era blanca, con círculos marrones en las alas, y otra de color verde claro que era la favorita de Nandana. Había querido llevársela a casa, pero la señora Lipsky había dicho que las mariposas eran de toda la clase y que, por la tarde, las dejarían en libertad. La mariposa verde se había posado en la mano de Nandana: era como notar un copo de nieve. Entonces empezó a llover y, una tras otra, las mariposas se fueron volando. Qué triste había sido verlas desaparecer, pero la señora Lipsky había dicho que no era justo retenerlas porque eran espíritus libres. Nandana se acordaba de esas dos palabras. Espíritus. Libres. Intentó dibujarse a sí misma, de pie frente a su colegio anterior y con las mariposas en la mano, pero no le salía como ella lo recordaba, así que rompió el papel y apoyó la cabeza en el pupitre. No la quiso levantar cuando oyó preguntar a la señorita Neena si había terminado.

12

UN HOMBRE CORRIENTE

Cuando Sripathi llegó esa mañana a su oficina ya eran las nueve y media. Encontró un sitio para aparcar casi en seguida; se lo quitó por muy poco a un Maruti rojo. Caminó apresuradamente hacia la entrada del edificio que poco antes habían pintado de un verde bilioso. Una mezcla de olores varios —a *vadais, dosas*, especias y leche hervida— salía del pequeño restaurante que estaba a la derecha de la escalera principal. En el escaparate, un letrero rezaba: «Café Exquisitt. Comida continental, india y china. Hamburguesas, chow-meen, *masala-dosa, vadai*». Y debajo, pintado con letras negras: «Prohivido comer comída trahida de fuera».

Sripathi se vio reflejado en el espejo de la pared del café, que había sido colocado por el propietario para que el local pareciese más amplio. Se atusó el cabello, revuelto por la electricidad estática producida por el casco, y cuyos rizos espesos se le habían puesto de punta, como en un dibujo infantil.

¿Era realmente así de gordo? ¿Cuándo le había salido aquella barriga? No era extraño que Nirmala le diese la lata hablando de ataques al corazón. «Soy un hombre que no tiene un aspecto digno», se dijo, mirándose la cara como si perteneciese a otro. Se acordó de pronto de la cara de su padre. Qué enjuto y atractivo era, con la raya del abundante cabello siempre a la izquierda y el bigote, bien recortado, encima de una boca de labios firmes. Narasimha Rao, el conocido abogado criminalista. «Nadie sabe quién soy», pensó

Sripathi. Un hondo pesimismo se apoderó de él mientras se miraba la camisa arrugada, los pantalones que bolseaban en las rodillas, el bigote que se había dejado crecer en un intento de parecerse más a su padre.

Se oyó un ruido de pasos y Sripathi vio en el espejo otro reflejo al lado del suyo. Era el de un hombre de mediana edad, con una expresión de curiosidad en el rostro. Se unieron a ellos dos mujeres jóvenes que iban charlando y riendo; agitaban coquetamente los *pallus* de sus saris y el cabello les olía a flores y a brillantina. Antes de subir deprisa las escaleras para ir al trabajo, hicieron una pausa para echar una ojeada a sus esbeltas figuras en el lejano espejo del café, que poco a poco iba llenándose de reflejos. «No tengo tan mal aspecto», pensó Sripathi, comparándose con el hombre que estaba junto a él. El grupo de personas empezó a crecer con los que se detenían para mirar hacia el interior del restaurante, pensando que algo habría pasado allí para atraer a tantos mirones.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un joven vestido pulcramente con un traje—. ¿Alguien se encuentra mal?

—No lo sé —contestó otro tipo que daba saltos para ver por encima de las cabezas de las dos mujeres, que empezaban a mostrarse perplejas.

—¿Alguien está indispuesto? ¿Comida en malas condiciones? ¿Ataque al corazón? ¿Han llamado a una ambulancia? —inquirió oficiosamente un tipo calvo, cuya cabeza ovoide subía y bajaba por detrás de las otras reflejadas en el espejo.

¿De qué demonios estaba hablando?, pensó Sripathi, al tiempo que, girándose sobre los talones, empezaba a moverse hacia la parte trasera del grupo. No quería verse mezclado en nada que tuviese relación con ambulancias ni policías; le llevaría demasiado tiempo y Kashyap se enfadaría tanto que le querría cortar la cabeza.

—¿Alguien ha tenido un ataque al corazón? Tengo unas pastillas en el bolso. El médico me las recetó hace un par de años para un dolor en el pecho —dijo una mujer entrada en carnes a quien Sripathi reconoció; trabajaba en el bufete de abogados del segundo piso y, aunque nunca habían entablado conversación, ella siempre le sonreía cuando coincidían en el ascensor.

—¿Se puede saber qué miran? —preguntó una voz áspera. Era el

dueño del café. Sacudiendo en dirección a los presentes el trapo de cocina a cuadros que llevaba sobre el hombro, les dijo—: ¿Hay algún número de circo ahí dentro o qué? Están mirando como monos. ¿Se puede saber qué pasa?

—Pregúntele a él —dijeron sonrientes las dos mujeres, señalando al primer tipo que se había unido a Sripathi—. Nosotras nos paramos porque él se había puesto a mirar. Pensamos: ¿qué pasa aquí? ¿Qué es lo que mira?

—¿Y yo qué sé? —exclamó el hombre—. Yo me paré porque había un tipo que miraba con ojos de búho. Y pensé: «Aquí habrá pasado algo, a lo mejor hay alguien que necesita ayuda».

—¿Qué tipo? —preguntó el dueño, agitando el trapo por encima de las cabezas de los presentes y logrando secarse primero la frente y luego el cristal del escaparate en el mismo amplio ademán.

El hombre se volvió a un lado y a otro, intentando localizar a Sripathi y sintiéndose cada vez más ridículo a medida que a su alrededor aumentaba el rumor de risas y murmullos. Luego, mortificado, retrocedió y se alejó del café, estirándose la chaqueta safari de color gris que llevaba puesta.

—Ahí estaba parado… —murmuró—. Ahí mismo lo vi.

Sripathi subió deprisa las escaleras. No le apetecía explicar que simplemente estaba comprobando quién era y comparándose con el mundo en torno a él. Entró en la oficina de la tercera planta y sonrió a Jalaja, la atractiva recepcionista. Iba elegantemente vestida con un sari verde de algodón y tenía la cara brillante, pues se aplicaba una capa de vaselina en vez de maquillaje.

—Ah, señor Rao —le llamó suavemente, haciéndole una seña para que se acercase a su mesa—. Iyer Sir está de malhumor. Está muy enojado y creo que lo está con usted. Así que tenga cuidado, ¿de acuerdo?

Sripathi asintió con la cabeza, agradecido por el aviso. Siempre era mejor saber qué vientos corrían en el despacho del jefe. Bien, pues se adelantaría al estallido de la tormenta entrando resueltamente y dándole a Kashyap una muestra de su trabajo más reciente. Sripathi siempre tenía al menos dos campañas distintas entre bastidores. Mucho tiempo atrás había aprendido a no entregarlo todo de una vez y quedarse mano sobre mano esperando

una respuesta. El truco estaba en aparentar que se estaba continuamente ocupado; las apariencias lo eran todo en esa oficina. ¿No consistía la publicidad precisamente en eso?

Encima de su mesa encontró una nota que decía: «Colchones Govardhan, Frigidaire y Tottle, hoy mismo. Urgente». Sripathi echó una ojeada a su reloj de pulsera. Tenía una hora antes de que Kashyap —el irritable Kashyap de tez pálida, que creía de buena fe que la agresividad era un requisito indispensable en un directivo de publicidad— le hiciese llamar a su despacho.

Sripathi, taciturno, tachó el anuncio rimado que también le esperaba encima de la mesa. «Si quiere descansar a pierna suelta, decídase, no le dé más vueltas. Si quiere dormir a troche y moche, cómprese un Govardhan, ¡y buenas noches!».

—¿Está muy ocupado? Aquí tiene, señor, esto le inspirará.

Kumar, el recadero de la oficina, dejó de golpe una taza de té encima de la mesa de Sripathi y limpió apresuradamente el líquido derramado con un trapo manchado y maloliente. Se lo metió en un pliegue del *dhoti* y, exhalando un suspiro, se sentó en el suelo. Este era el último cubículo de la hilera de ellos que se extendía a lo largo de la angosta oficina, una serie de recuadros de color beige y amarillo que apenas permitían la menor privacidad. Si uno quería hablar con alguien sin que la plantilla entera se enterase de la conversación, tenía que bajar al Café Exquisitt y rogarle al dueño que le dejase hablar por el teléfono que tenía oculto en un cajón de su mesa. Todo lo que había en el café que pudiese ser objeto de robo o de mal uso se guardaba celosamente, encadenado a la pared o cerrado con llave en el armario que había en un rincón de la minúscula trastienda.

En su cubículo, Sripathi no se atrevía en aquel momento ni siquiera a hacer garabatos para distraerse, no fuese que a Renuka Naidu, de la casilla de al lado, se le ocurriese levantarse para desentumecerse precisamente entonces. Podía imaginársela arrugando su naricilla al ver a un colega perdiendo el tiempo. Las personas como ella —con su acento de colegio de monjas, aquella seguridad con la que hablaba a sus superiores, la ropa cara que vestía y que seguía impecable incluso al final de un día de calor sofocante—, esas personas hacían sentirse a Sripathi muy consciente

de su edad y de sus escasas habilidades para el trato social. Era un inadaptado en ese mundo de fantasía en el que había entrado por azar cuando la publicidad no era más que un empleo mal pagado para el que no se necesitaban títulos superiores. Pero a lo largo de los últimos diez años, esto había cambiado. Ahora solo las élites de los licenciados en lengua inglesa y de las escuelas empresariales podían introducirse en la profesión.

Sripathi sorbió un poco de humeante té, se lo paseó unos segundos por la boca para enfriarlo, y a continuación dejó caer garganta abajo el chorro tonificante.

—¿Está en su punto de azúcar y de leche, señor? —preguntó Kumar, mirando con inquietud a Sripathi.

Hacía el té de la misma manera desde que Sripathi lo conocía, pero necesitaba que los demás corroborasen la calidad del resultado obtenido. Era un artista, un artista en la preparación del té y, como todos los artistas, tenía un amor propio susceptible y frágil.

—Está perfecto —contestó Sripathi, apoyándose en el respaldo de la silla y notando cómo los músculos se le aflojaban uno a uno—. ¿Y qué es de tu vida últimamente, Kumar?

—Mi mujer se ha ido a casa de su madre —dijo el recadero, entre tímido y coqueto.

—¡Embarazada otra vez! Estás hecho un sátiro, Kumar. ¿Cuántos hijos tienes ya?

—Ocho, señor, y dos nietos —dijo el hombre, cuya cara angulosa y enjuta se hendió en una amplia sonrisa que descubrió unos dientes caballunos manchados de *paan* y de tabaco—. Mi hijo mayor es maestro, muy listo. Está enfadado conmigo porque he dejado preñada a su madre. Dice que a su edad no es bueno. Pero lo que pasa es que le da vergüenza.

Renuka Naidu asomó una cabecita aureolada de cabello peinado a la moda y reluciente de alheña por la abertura del tabique de separación, y dijo:

—Su hijo tiene razón, Kumar. Es peligroso que su mujer tenga un niño a su edad. Porque, de hecho, ¿cuántos años tiene?

Kumar se removió en el suelo, violento, y se dio un palmetazo en la rodilla con el trapo que llevaba.

—No sé cuántos años tiene mi parienta, señorita —dijo entre

dientes, mirándose sonriente la rodilla y dándole un par de palmetazos más—. Cuarenta y cinco, cincuenta quizá.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Renuka—. ¿No ve que hubiera tenido que ser más prudente, Kumar? ¡Qué insensatos son ustedes algunas veces! ¿Tú qué opinas, Sripathi?

Sripathi se encogió de hombros. No le gustaba nada verse envuelto en discusiones como aquella. La vida de Kumar era de él, para que la viviese como quisiera; ¿por qué aguarle la fiesta con un sermón? Además, su propia madre había permitido que su padre la dejase embarazada a una edad tardía. Y recordó que, muchos años atrás, rabioso y avergonzado, había emprendido un mezquino combate contra la amante de su padre, dejando boñigas de vaca a la puerta de su casa, haciendo novillos en el colegio para seguirla y espiarla por la calle, robando cosas que ella había dejado en la veranda o en el jardín…

—La verdad es que no es de mi incumbencia —dijo por fin.

Nada era ya de su incumbencia, pensó. Nada.

—¿No es de tu incumbencia? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso no te importa que la pobre mujer viva o muera?

Tenía el mismo celo reformador que Arun, las mismas ganas de enmendarle la plana al mundo, de salir al encuentro de las masas y hacer que tomasen conciencia de sus derechos y sus deberes.

—Bueno, supongo que se me podría considerar neutral, como lo es este país. No me gusta tomar partido ni entrar en disputas —dijo Sripathi.

—Eres un cobarde, Sripathi Rao —dijo Renuka, riendo—. No te gusta comprometerte porque tienes miedo de lo que pudieras descubrir sobre ti mismo y sobre los demás si lo hicieras.

Y se alejó pasillo abajo, deteniéndose en varios cubículos para saludar a sus ocupantes. Sripathi y Kumar miraron su ondulante trasero durante unos momentos y luego intercambiaron miradas culpables.

—¡Menuda mujer! —exclamó Kumar—. En estos tiempos son las chicas las que mandan, ¿verdad, señor?

—Pero tiene razón, ¿sabes? —dijo Sripathi severamente, pensando que el recadero quizá se había propasado al hacer un comentario sobre una empleada de categoría superior—. ¡Eres un

insensato!

—Qué se le va a hacer, señor —dijo Kumar, riéndose impenitente—. Mi Shanti es tan guapa… Y aquel día se había puesto un sari rosa. Parecía una novia y me perdí.

Una punzada de nostálgica envidia recorrió como una flecha a Sripathi. «¿Cómo es que yo ya no veo belleza ninguna en Nirmala? —pensó—. ¿Cuánto hace que no me doy ni cuenta de lo que lleva puesto? Es la persona que conozco mejor en el mundo y a veces no recuerdo ni qué aspecto tiene. ¿Cuándo le compré por última vez un ramo de flores o su revista predilecta?». De recién casados, las flores habían formado parte del ritual amoroso diario. Sripathi se acordó del cuidado que ponía en escoger los capullos más grosezuelos del cesto de la florista, así como una ramita de *chamrani* fresco para subrayar el aroma del jazmín. La florista solía burlarse bienhumoradamente de él por pasarse tanto rato en una tarea tan simple.

«¡Ajajá, son para alguien muy particular!», decía riendo, inclinándose hacia él para hacerle una mamola, aunque no era mucho mayor que él. Aún vendía flores en la misma calle, solo que esta se había convertido en una arteria de mucho tráfico y el negocio de la mujer en una cadena de pequeñas tiendas, unas casetas de madera sobre pilotes en las que se vendían enormes coronas de rosas, caléndulas, nardos y lirios —coronas gruesas, multicolores, y atravesadas de alambre— para entierros y bodas, o para mítines políticos donde eran colgadas al cuello de algún ministro obeso. Al frente de las tiendas estaban sus seis hijas, cada una de las cuales era calcada a la madre. Eran mujeres rollizas, con el cabello reluciente de brillantina recogido en unos moños que parecían pájaros oscuros acurrucados contra sus nucas, con las frentes color canela adornadas con enormes *bindis* rojos, mujeres que iban atando las flores en ramos al tiempo que charlaban y reían con los clientes.

—El señor Iyer le pide que vaya a su despacho con el trabajo, señor —dijo Kumar, que había regresado sin la parafernalia del té —. Dice que en seguida.

Sripathi asintió con la cabeza y recogió las hojas de papel en las que había garrapateado las rimas.

—No está de buen humor, señor —dijo Kumar.

Sripathi volvió a asentir y se dirigió apresuradamente al despacho de Kashyap, contento de tener algo que poderle mostrar. Jayaram, el secretario, que guardaba el despacho como un dragón, le sonrió inexorable. Era un hombre de aspecto algo ajado. Tenía el cabello ralo, unos rasgos faciales delicados, una voz atiplada y un aire altivo. Por la oficina se discutía si era un hombre o una mujer. Estas hablillas se debían a que tenía las cejas arqueadas, como si se las depilase, a que usaba polvos perfumados para la cara y tenía predilección por las camisas de poliéster de color rosa subido. También era muy eficiente y ferozmente adicto a Kashyap.

Le dirigió a Sripathi una mirada ominosa y levantó una ceja.

—Le está esperando. Tenga la bondad de pasar.

Kashyap estaba sentado a una enorme mesa cuya superficie estaba cubierta por un cristal.

—Buenos días, señor —dijo Sripathi, encorvándose un poco más de lo habitual, como hacía siempre que se sentía violento—. Ya tengo el trabajo que me ha pedido.

—Bien, bien —dijo Kashyap—. Siéntese, por favor, Sripathi. Quiero hablar con usted.

Una sensación de pavor se apoderó de Sripathi al tomar asiento. «Me va a despedir —pensó—. Voy a arruinarme. ¿Cómo nos las arreglaremos?».

—¿Algún problema, señor? —preguntó, obligándose a no perder la calma y asombrándose de la ecuanimidad de su voz.

—Estoy pensando en trasladar el negocio a Madrás el año que viene —dijo Kashyap, yendo al grano—. Allí hay más empresas y, por tanto, más trabajo. Y mis hijos van creciendo. Necesitan mejores colegios. Quizá tenga que prescindir de los servicios de algunos de ustedes.

Sripathi tragó saliva con dificultad. No podía decir nada. «He trabajado aquí treinta y cuatro años —pensó—. Más de la mitad de mi vida».

—Todavía me lo estoy pensando —siguió diciendo Kashyap, haciendo girar un bolígrafo encima de la mesa, dándole vueltas y más vueltas hasta que solo fue una borrosa línea azul y roja—, así que no hay por qué preocuparse. Pero he preferido decírselo, ya que

usted es quien lleva más años en la casa.

Qué amable por su parte, pensó Sripathi, que no se vio con ánimo ni de mirar a Kashyap. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, dejó las hojas de papel que aún llevaba en la mano encima de la reluciente mesa que los separaba y salió de la habitación. Fue directamente a su mesa, sin contestar a los saludos amistosos que le dirigieron algunos colegas desde unos cubículos muy parecidos al suyo, y se quedó allí sentado durante un rato que le pareció eterno, sin poder escribir nada. Cogió sus llaves del pequeño cuenco donde también había grapas, sujetapapeles y gomas de borrar. Tenía en la curvada superficie el logotipo de alguna empresa antigua y ya olvidada. Entonces, como en un sueño, se marchó de la oficina, aunque solo eran las tres y media. Fue vagamente consciente de que algunos se lo quedaban mirando con curiosidad, de que Jalaja, la recepcionista, le preguntaba si se encontraba mal, y luego se encontró ya fuera del viejo edificio pintado de verde.

Se quedó unos momentos de pie, engullendo el aire caliente que tenía gusto a bebida de cola pasada. Tenía ganas de llorar y al mismo tiempo de reír. «Así debe de sentirse —pensó— el que ha pasado muchos años prisionero al ser puesto en libertad: aliviado al ver las puertas abiertas pero aterrorizado por lo que pueda haber al otro lado». Sripathi había esperado durante tanto tiempo que Kashyap lo despidiese, que el momento le resultaba casi decepcionante. Por otra parte, no era seguro que hubiese perdido el puesto de trabajo. Durante unos momentos de pánico se preguntó si no debería regresar a su mesa, fingir que solo había ido al lavabo. Pero ¿por qué?, pensó desafiante. Siempre estaba cumpliendo con su deber y ¿adónde le había conducido? Vio a dos muchachas universitarias esperando en la parada del autobús que había frente al edificio, mujeres jóvenes, vestidas con saris veraniegos y con flores en el cabello. Sus caras risueñas, la tersura de su piel y la vivacidad que emanaba de ellas le recordaron a Maya. Como en sueños, se acercó a las estudiantes y se las quedó mirando como sediento. Una de las chicas se fijó en él y le dio un codazo a la otra. Dejaron de reír y se apartaron. Sripathi las siguió y ellas parecieron molestas.

—Un vago… —dijo una de las muchachas, lanzándole una

mirada asqueada—. Incluso a esa edad hacen el tonto.

Sripathi se encontró mal y dio media vuelta. Las piernas le empezaron a temblar y solo haciendo un gran esfuerzo pudo cruzar el aparcamiento y llegar donde tenía la vespa. «Necesito un médico», pensó con pánico, y deseó que el viejo doctor Pandit, ya fallecido, viviese aún. Cuando Arun y Maya eran pequeños y estaban enfermos, tenían tendencia a ponerse a cuarenta de fiebre en plena noche. Entonces él no tenía teléfono, ni tampoco la vespa, e iba a casa del doctor Pandit pedaleando frenéticamente en bicicleta. El médico vivía a tres cuartos de hora y Sripathi hacía el trayecto temiendo que su vástago se muriese mientras tanto; de esta manera pasaba por delante de las tiendas cerradas, por entre los autobuses vacíos de turistas y con la baca llena de equipaje bien estibado y cubierto que estaban aparcados a ambos lados de la calle como elefantes adormecidos, y junto a las aceras donde unos bultos grises —las personas sin hogar— dormían en compañía. El médico era un viejo afable y simpático. «¡No se preocupe! —exclamaba, interrumpiendo las profusas disculpas de Sripathi por molestarle a esas horas—. Ya se sabe que todo el mundo enferma y se pone a parir en plena noche. Por las mañanas echo un sueñecito en la consulta, porque entonces no viene nadie».

Cinco años antes, el doctor Pandit había muerto. El corazón le dio un último bandazo y el hombre se desplomó encima de un paciente que, según se decía, casi se había muerto también, en su caso del susto. El hijo del médico se había hecho cargo de la consulta, pero visitaba solo por las mañanas y les decía con firmeza a los pacientes heredados de su padre que él prefería no ser despertado en plena noche, y que tampoco haría visitas a domicilio.

—¿Verdad que usted termina a las cinco y entonces se marcha a su casa? —le había preguntado una vez a Sripathi—. ¿Regresaría a la oficina si alguien le llamase por teléfono a la una de la madrugada? Que mi padre fuese lo bastante inconsciente para hacerlo, ¿significa que yo haya de seguir sus pasos? No, no, no. Actualmente, señor, la medicina es un trabajo como cualquier otro.

Había entregado a Sripathi una lista de los hospitales y de las clínicas particulares de la zona, con sus números de teléfono, y le había dicho con firmeza que, en caso de una urgencia a horas

intempestivas, se pusiese en contacto con alguno de ellos.

Sripathi echaba de menos al doctor Pandit. Añoraba su disposición a escuchar, las atenciones que tenía con la familia del paciente, cómo se involucraba con la vida de este… Como él solía decir, un ser humano no es solo un cuerpo que hace tictac, sino la suma de lo que pasa en el mundo que le rodea.

—Si tiene usted un dolor de cabeza, ¿hay que pensar en seguida en un tumor en el cerebro? No, no… Hay muchas otras posibilidades: una pelea con su mujer, demasiado trabajo que hacer en un tiempo limitado, pocas horas de sueño… Tantas cosas pueden causar dolor, ¿no es verdad?

Y mientras hablaba, aquellos dedos arrugados que habían reconocido, explorado y aliviado tantos cuerpos se movían con experta destreza, como si le sirviesen para ver y oír al igual que las gafas y el estetoscopio.

Qué hombre tan bueno… Seguro que él hubiese sabido qué le pasaba a Sripathi Rao, de cincuenta y siete años de edad, padre de dos hijos (una ya muerta), quemado escritor de material publicitario y hombre que estaba perdiendo el control de su propio cuerpo. Seguro que él lo hubiese sabido.

* * *

Era el 15 de octubre. Solo faltaban dos semanas para Halloween, pensó Nandana, y ella no veía calabazas por ningún sitio. Nadie hablaba de los disfraces. Su madre solía comprar bolsas de caramelos varias semanas antes de Halloween, pero Nandana no había visto ni uno por Casa Grande. Claro que a lo mejor estaban en los armarios de la cocina adónde ella no llegaba, pero tenía sus dudas.

Las niñas del colegio hablaban de una fiesta llamada Deepavali de la que Nandana no sabía nada. Pero parecía divertida, porque les dejaban tirar cohetes. Los dos niños gordos decían que su padre hacía explotar muchas bombas. Seguro que era mentira, pensó Nandana, porque se acordaba del noticiario que su padre miraba todas las tardes a las ocho: ¿no se usaban las bombas solo en las

guerras? Radha le dijo que iban a regalarle tres conjuntos nuevos, dos sus abuelas y uno su madre. Nandana se preguntó si la señora Mamma le compraría ropa, si ella podría hacer estallar alguna bomba y comerse montones de caramelos, aunque lo que de verdad, de verdad quería era una tableta Mars. La señora Mamma iba al mercado todos los días, pero nunca compraba chocolatinas, ni pasteles, ni donuts. Solo verduras, puaf, y plátanos, y a veces dos manzanas, que cortaba en rodajas para dárselas a comer a Nandana. Si no se las comía, porque estas manzanas indias no le gustaban mucho, la señora Mamma se ponía triste y le decía: «No, no, *chinna*, no hay que desperdiciar la comida. Hay demasiadas personas hambrientas en esta misma calle». Y despacito, le ponía una rodaja en la boca y le daba un beso cada vez que Nandana se la comía. Tenía que reconocer que eso le gustaba, aunque ya no era un bebé y sabía comer sola.

La campana del colegio sonó y Nandana fue corriendo hasta la puerta. Si llegaba a las verjas antes de que llegase el hombre del rickshaw, podría escaparse y ponerse a caminar hasta Vancouver. Pero quería quedarse para ver de qué iba todo eso de Deepavali. «A lo mejor —pensó—, puedo irme a casa después de tirar unos cuantos petardos».

13

EN BANDOLERA

A las tres y media de la tarde, en Brahmin Street, Casa Grande yacía como un animal peludo que dormitase en medio del calor. Ammayya acababa de echarse la siesta y se había despertado hambrienta e irritable.

—*Akka*, ¿puedo dejar el cuarto de Ammayya? Esta mañana ya lo he hecho a fondo y mi nuera quiere llevarme al cine —oyó que Koti le decía a Nirmala.

La *shani* holgazana no tenía ganas de trabajar, nunca las había tenido desde que Ammayya la conocía. Ammayya no sentía la menor simpatía por Koti y no perdía la oportunidad de pegarle un grito o lanzarle la almohada de su cama.

—Con pasar la escoba será suficiente. No hace falta que friegues. Yo iré contigo —dijo Nirmala.

—¿Qué hacéis cuchicheando a la puerta de mi habitación? —inquirió Ammayya—. Seguro que estabais intrigando. No estoy a salvo ni en mi propia casa.

—¿Quiere tomarse el té aquí en la habitación, o viene usted a la mesa? —preguntó Nirmala, corriendo las cortinas para que entrase la luz de la tarde. También por la mañana las había corrido, pero Ammayya había vuelto a cerrarlas en seguida.

Ammayya se cubrió los ojos con la mano y le dijo a su nuera gruñendo:

—¡No hagas eso! Me hace daño a los ojos. Y no quiero que la chusma pueda espiarme. Son todos unos ladrones y unos

pervertidos. Y ¿acaso estoy enferma, para tener que comer en la cama? A lo mejor es lo que te gustaría, que estuviese muy enferma y hasta muriéndome; así podrías arrebatarme las joyas. ¡Ah, te conozco muy bien! Pues se lo he dejado todo a mi hija, así que no esperes ni un solo *paisa*.

—¿Quiere que le prepare el té? ¿O quiere hacérselo usted?

—¿Por qué, adónde vas? —preguntó Ammayya, mientras se balanceaba enérgicamente en la mecedora.

Le gustaba provocar discusiones, pues aliviaban aquel aburrimiento que, como una niebla, empañaba su vida cotidiana.

Koti se arrodilló y pasó la escoba por debajo de la cama. Su mano se tropezó con el baúl de Ammayya y, riendo, preguntó:

—¿Qué hay en este *petti*, Ammayya? ¿Algo para mí?

Ammayya cogió del suelo una zapatilla de caucho y se la tiró a la cabeza. Koti, riéndose, esquivó el proyectil. Tarareando una canción de una película tamil, continuó barriendo.

—¡Bruja! ¡Eres una bruja gorda y bizca! —exclamó Ammayya, y cogió la otra zapatilla—. ¡Descarada! ¡Has salido del arroyo y te atreves a decirme insolencias a la cara! Y tú, ¿quién eres tú?

Y le tiró la zapatilla a Nirmala cuando esta se inclinaba sobre la cama para estirar las sábanas y para asegurarse de que Ammayya no tuviese comida escondida debajo de la almohada. Podía comer de todo excepto dulces, pero a Ammayya le gustaba fingir que su familia le hacía pasar hambre. Cogía comida de la nevera y de la alacena, la escondía en su habitación y luego se olvidaba de ella. Una vez, mucho tiempo atrás, cuando empezó con el miedo a pasar hambre, había metido tomates bajo el colchón y allí se habían podrido durante varias semanas.

En ese momento Nirmala descubrió un *chapatti* reseco bajo la almohada de la anciana.

—Como lo vuelva usted a hacer, ni cocinaré ni haré nada para usted —dijo con firmeza.

Ammayya, con aire súbitamente senil, preguntó:

—¿Quién eres, te digo? ¿Qué estás haciendo en mi casa?

—Soy la mujer de Sripathi, Ammayya —dijo pacientemente Nirmala.

—Sripathi, mi hijo… Ah, es un chico muy guapo. Estoy

buscándole una novia por todas partes. Ya es hora de que se case. No es bueno que un hombre joven permanezca soltero demasiado tiempo. De modo que si conoces a alguna buena chica, guapa, educada, de buena familia…

Su voz se perdió en un murmullo y se balanceó en la mecedora. Dirigió una mirada disimulada a Nirmala para ver si sus palabras habían surtido efecto.

—No es médico, como a mí me hubiera gustado —continuó—. Siempre es bueno tener un médico en la familia, pero el muy tonto se puso a estudiar poesía. ¿Te vas a llenar la barriga con palabras bonitas? ¡Eso es lo que yo quiero saber! Así que necesitamos una novia rica para Sripathi. Será lo mejor. De esta manera, al menos no nos moriremos de hambre.

Y lanzó otra mirada maliciosa en dirección a Nirmala, que solo había llevado como dote dos juegos de alhajas.

Nirmala continuó tranquilamente remetiendo la ropa de la cama, mirando bajo el colchón y sacudiendo las almohadas.

Ammayya detuvo su balanceo y la miró con ira.

—¿Qué le estás haciendo a mi cama?

Nirmala dio una última palmada a las sábanas y se enderezó con una mueca de dolor. Koti la miró preocupada.

—*Akka*, ¿qué le pasa?

—La espalda —dijo Nirmala—. Ayer bajé aquel montón de libros para el *raddhi-wallah*. Pesaban mucho.

—Libros…, ¿qué libros? ¿Estás tirando los libros de mi marido? —inquirió Ammayya.

—O quizá fue el paso de baile que les enseñé a las alumnas el sábado.

—¡En esta casa no me escucha nadie! —gritó Ammayya—. ¿Por qué miras en la cama? ¿Buscas mi dinero? ¡Te digo que no obtendrás ni un céntimo!

—Ammayya, voy a salir. Si quiere té, venga ahora mismo al comedor.

Ammayya se levantó parsimoniosamente de la silla y los nudillos se le pusieron blancos con el esfuerzo. Nirmala le alcanzó el bastón y se apartó raudamente, no fuese que a la anciana se le ocurriese asestarle un golpe. Nunca se sabía por dónde iba a salir.

—¿Quiere que la ayudemos? —preguntó con cautela.

—No necesito la ayuda de nadie —contestó bruscamente la vieja.

Salió de la habitación arrastrando los pies. Toda su atención se concentraba en no perder el equilibrio, en no tropezar. Qué humillante sería caerse al suelo, sobre todo delante de la criada, aquella mona estrábica. No, ni la vejez ni la enfermedad la despojarían de su dignidad; caminaría sola, aunque le tomase mucho tiempo.

—No vaya deprisa —dijo Nirmala—. Puede resbalar y romperse la cadera.

—Calla y no me trates como si tuviera dos años, Nirmala —replicó Ammayya.

—Ah, entonces sí que se acuerda de quién soy, ¿eh, Ammayya?

—¿Acaso crees que chocheo?

—¿Dónde está Putti? —preguntó Nirmala, sosteniendo firmemente a su suegra por debajo del codo.

A pesar de que esta lo negaba, últimamente había empezado a perder el equilibrio y Nirmala tenía miedo de que se rompiese el hueso de la cadera y tuviesen que operarla. Lo último que en ese momento podían permitirse eran facturas hospitalarias, que, a juzgar por lo que le había contado una amiga suya a la que acababan de hacer una histerectomía, eran astronómicas.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Acaso soy su sombra, que haya de seguirla por todas partes?

—Así que vamos a recibir la visita de otro pretendiente de Putti… Ojalá haya suerte esta vez.

—¿Qué prisa hay? —preguntó Ammayya—. ¿Te da mucho la lata con el asunto o qué?

—No, no, nada de eso —dijo Nirmala, que, sin embargo, se había percatado del secreto interés que Putti sentía por Gopala, de cómo salía corriendo a buscar la leche cuando él llamaba al timbre por las mañanas, de la simpatía que había surgido entre ambos.

Ammayya miró recelosamente a Nirmala. Conocía muy bien a su nuera, sobre todo aquella expresión irresoluta y débil que ahora tenía en la cara. La pobre infeliz le estaba ocultando algo.

—¿De qué se trata? —inquirió, golpeando con impaciencia el

bastón en el suelo y produciendo un ruido que dio dentera a Nirmala—. ¿Qué está pasando en esta casa? Nadie me cuenta nada. Es como si estuviera aquí de visita.

Se quedó complacida de su actuación. El número de mártir no surtía efecto en su hijo pero su nuera era más impresionable, y la vieja disfrutaba pinchándola.

Nirmala titubeó y Ammayya saltó al ataque.

—Dímelo, quiero saberlo. ¿Tiene que ver con Putti?

—¡Oh, no! Solo estaba pensando si podríamos quizá comprar algo de ropa para celebrar el Deepavali este año. Para la niña al menos, pobrecilla. No podemos hacerle un regalo caro, pero un *langa-choli* nuevo le quedaría muy bonito.

—A mí no me pidas dinero, que no tengo —dijo rápidamente Ammayya—. Y quiero saber dónde está Putti. Esa muchacha está rara últimamente. Le tendré que pedir al doctor Menon que me recete algo para ella. ¿No has notado tú también algo raro?

—¿Como qué? —preguntó Nirmala con cautela.

—Se queda mirando fijamente… al espejo, a las paredes, a cualquier parte. Y siempre está lavándose el pelo en la azotea por las mañanas y mirando al cielo desde la veranda por las tardes. Dios sabe qué le pasará.

—A lo mejor le afecta el calor —sugirió Nirmala.

—Claro. ¿A quién no le afectaría? —dijo Koti, acabando de barrer el suelo y dirigiéndose a la puerta—. No sabe la de historias que se cuentan sobre este calor… El otro día, sin ir más lejos, el recaudador de impuestos… el de la Calle Ancha, cerca de donde está el cine, ¿sabe?… Bueno, pues estaba comiéndose tranquilamente un mango en la veranda cuando su mujer salió y le pidió el corazón para chuparlo.

—¿Y por qué no se comía ella su propio mango? —quiso saber Ammayya.

Encogiéndose de hombros, Koti replicó:

—¿Quiere saber lo que pasó entonces, sí o no?

—Bueno, bueno, sigue con tus chismes absurdos.

—Pues el recaudador va y se niega a dárselo. Ella intentó cogérselo y él salió corriendo con el cascajo en la mano. ¿Se imaginan el espectáculo? Y todos los que pasaban por la Calle

Ancha lo vieron con sus propios ojos. La mujer corría tras él gritando palabrotas y con un cuchillo de cocina en la mano.

—¡*Ayyo*! ¿Por qué no la paró nadie? —preguntó Nirmala.

—Hacía demasiado calor —dijo Koti—. Además, esa mujer es la mismísima diosa Kali cuando se enfada y nadie quería acercársele, y menos aún llevando el cuchillo. Pero fue el calor lo que al final salvó al marido, porque ella se desmayó de tanto correr. ¡Qué dramón!

Nirmala rio al imaginarse al recaudador de impuestos corriendo a más y mejor por la calzada con un corazón de mango en la mano e, instalando a Ammayya en una silla, le dio una taza de té.

En aquel momento Putti entró en el cuarto.

—¿Dónde estabas, hija mía? —preguntó Ammayya—. Tengo que decirte una cosa de la presión. ¿Ves qué encamados tengo los ojos? Jayanthi Ammal me dijo que es señal de tener la presión alta.

—¿Vas a salir, Nirmala? —preguntó Putti, sin mirar a su madre.

—Sí, voy a la verdulería, a comprar chiles y tomates. La niña come menos que un pájaro y yo ya no sé qué darle. Y como no habla, no puede decirme qué quiere.

—Putti, ¿me has oído? —dijo Ammayya gimoteando—. Últimamente ni me hablas siquiera. Y yo me paso todo el santo día esperándote sentada mientras tú desapareces Dios sabe dónde.

—Siempre estoy en casa —dijo Putti—. ¿Adónde voy a ir, si no es a la biblioteca o al templo? Y si te encuentras mal, ¿por qué no vas a ver al doctor Menon?

—Mañana me puedes acompañar tú. Ahora quédate conmigo y cuéntame todo lo que te ha dicho la señorita Chintamani.

—Ahora no, Ammayya. Quiero ir con Nirmala. La ayudaré a llevar las verduras.

—Bah, no tienes sentido común. Esa niña no come ni comerá verduras porque su padre era extranjero. Y comen carne. Como lo oyes. Me lo dijo Shanti Kumar. Lo pasó muy mal cuando sus nietos volvieron del extranjero. Querían vaca, cabra, cerdo… Todos los días tenía que mandar al criado al Hotel Militar a buscar bandejas de comida para sus nietos. Me dijo que el olor le daba ganas de vomitar y que tuvo que pedirle al *Acharye* que celebrase en la casa una ceremonia de purificación cuando sus familiares se hubieron

marchado.

—¿Carne? —preguntó Nirmala indecisa—. ¿La niña come carne?

—Pues ¿qué te creías? ¿Que tu hija la había criado como una brahmana? Una vez allí se olvidó de todo… Tiró todas nuestras normas desagüe abajo, con el agua sucia. —Y, mirando a Nirmala con el ceño fruncido, añadió—: Pero no creas que voy a permitir que entre carne en esta casa. No soy una tonta como Shanti Kumar, que cede a los caprichos de los niños.

Nirmala cogió sus bolsas de la compra y el monedero y se marchó con Putti.

—¡Putti, te pondrás negra como un cuervo de tanto pasearte al sol! —le gritó Ammayya—. ¡Y ese tipo que viene a verte dentro de unos días echará a correr a escape! ¡Escúchame!

No se oía más sonido que el graznido de un cuervo. Provenía del tilo del jardín de atrás. Ammayya se agitó en su silla con la emoción y meneó los pies que, embutidos en gruesos calcetines, parecían dos ratones blancos. A pesar del calor que hacía, Ammayya nunca se sentía lo suficientemente abrigada. Además de los calcetines, llevaba una blusa de fina lana y un chal.

Intentó planificarse el tiempo. Sripathi aún estaba en la oficina y la niña estaba en el colegio y no volvería hasta las cuatro y cuarto. Tenía tiempo suficiente para subir las escaleras, ir a la zona del piso donde hacía vida su hijo y mirar en el interior de los armarios, en los cajones de la mesa y debajo de las almohadas, para ver si encontraba cartas, cheques o algún fajo de billetes. Echaría una ojeada a los armarios de Nirmala por si se hubiese comprado algún sari nuevo sin decírselo. Miraría en las maletas de la niña. No se le presentaban muchas oportunidades como la de hoy, y para ella eran preciosas. Ammayya se succionó la dentadura postiza y a continuación la soltó con un húmedo chasquido. Nadie le explicaba nada de un tiempo a esta parte. Tenían secretos, estaba segura de ello. Lo notaba en sus voces y lo veía en las miradas furtivas que intercambiaban Sripathi y Nirmala, Putti y Arun. Hasta la criada sabía más que ella de lo que se traían entre manos quienes vivían allí. Ammayya golpeó furiosamente el suelo con su bastón. Nunca

hubiera debido darle a Nirmala las llaves de la casa. Las nueras eran unas ladronas. Te robaban el poder y la autoridad antes de que te dieras ni cuenta.

Con sus andares de pato se trasladó del comedor al dormitorio, donde se instaló delante del tocador, lleno de frasquitos de medicamentos ayurvédicos recetados por el doctor Menon. Ammayya se negaba a ir a los hospitales, o incluso a la consulta del joven doctor Pandit, cuyo padre había visitado a los niños de Sripathi. Le daba pavor que la reconociese un médico, que alguien hurgase en sus resecas partes pudendas, verse tendida, a merced de otro y sin poderse mover. A Sripathi y a Putti los había tenido en casa, asistida por una comadrona. Además, Ammayya había leído algunas cosas acerca del negocio de órganos que se estaba extendiendo por los hospitales.

—¿Sabe el hijo del subinspector Krishnappa? —le había dicho la señorita Chintamani—. Pues acudió a ese hospital nuevo y enorme de Nehru Road porque le dolía la garganta. Tenía un simple dolor de garganta, ¿entiende? Y antes de que pudiese decir esta boca es mía aquellos médicos tan trajeados y tan elegantes lo tenían sobre la mesa de operaciones. Le quitaron el apéndice, eso le dijeron. Pero ¿quién sabe qué más le quitaron? El chico ya lleva seis años casado y la barriga de su mujer aún está plana.

—¿Pueden hacer una cosa así? —había preguntado Ammayya, deseando más que nunca que su hijo fuese médico; porque a la madre de un médico, se dijo, no le harían algo así…

—Claro que pueden. ¿Acaso dejan entrar en la sala de operaciones? No. Y lo peor, por lo que he oído, es lo que te meten dentro del cuerpo. He oído decir que esos médicos que han estudiado en América hacen cosas nada propicias, como poner corazones de mono a los seres humanos y qué sé yo…

Ammayya había salido de la biblioteca decidida a no acabar sus días en un hospital. Además, el ver a personas con batas blancas y estetoscopios le recordaba lo que su hijo había tirado por la borda. Su ira se repartía entre aquellos seres arrogantes y casi divinos que tenían el poder de curar, y su hijo, que hubiera podido ejercer ese mismo poder. El doctor Menon, el médico ayurvédico, era demasiado viejo y pobre para inspirarle envidia o resentimiento y,

más importante aún, la visitaba sin cobrarle nada. Practicaba el ayurveda por afición, y los que acudían a él sabían perfectamente que eran sus conejillos de Indias y que no tenían derecho a quejarse si las medicinas recetadas no surtían efecto. Los pacientes no siempre se curaban al tomar sus polvos y gránulos, pero al menos tampoco se ponían peor.

Ammayya golpeó su bastón contra el borde de la cama y la contera chocó contra el baúl que estaba debajo. Al oír el topetazo, pasó del malhumor al contento. «Lleno a rebosar», pensó con satisfacción. El baúl en sí no servía más que para camuflar otro baúl más pequeño que había en su interior, también cerrado con llave, que a su vez contenía otras cajas y cofres, cada una con su cerradura. Las precauciones que había que tomar al tratar con los demás nunca eran suficientes, pensaba Ammayya. ¿No había leído pocos días antes en el periódico que una mujer mayor (como ella misma), que no podía valerse sola (otra similitud más), había sido apaleada a muerte por su propio hijo, y todo por unas cuantas cadenas de oro que llevaba alrededor del cuello? Por no hablar de lo que la señorita Chintamani les había contado a Putti y a ella acerca de la anciana señora Kaveriamma, aquella señora tan amable, devota y caritativa (solía preparar el té, ¡incluso para los criados!) que vivía en Ganges Road, junto a la iglesia Mother Mary.

—¿Sabe usted ese muchacho llamado Vasu, que trabaja en la casa de criado?

—¿Uno muy guapo?

—Sí. Pero la cara no siempre es el espejo del alma —dijo la señorita Chintamani, frunciendo los labios en un mohín censurante.

—¿Por qué, qué pasó? —quiso saber Ammayya.

—La pobre señora Kaveriamma había criado al muy desagradecido como a un hijo. Durante veinticinco años, nada menos. ¡Y él intentó matarla con el rodillo de la cocina!

La señorita Chintamani se había indignado al explicárselo.

—¡*Ayyo*! ¿Y por qué hizo tal cosa?

—¿Por qué hacen el mal las personas malas? ¡Vaya usted a saber! Dijo que ella no le pagaba el dinero que le debía. Que durante todos esos años le había hecho trabajar como un esclavo. Pero ¿dónde estaría él sin Kaveriamma, dígame? ¡En el arroyo, ahí

es donde estaría!

—Y la anciana, ¿qué dijo? —preguntó Ammayya, pensando que ella podía haber estado en su lugar, pues Koti podía atacarla de la misma manera en cualquier momento.

—La pobre apenas podía hablar. Pero le explicó al juez que había puesto todo el dinero del chico en una cuenta de ahorros y que tenía intención de dárselo el día de su boda.

—¿Pero no se casó Vasu hace dos años? —había preguntado Putti.

—Bueno, hay que tener un poco de paciencia. Kaveriamma se lo hubiera dado si él se lo hubiese pedido como Dios manda. ¡Pero el muy idiota va y le da con el rodillo en la cabeza! ¡Menudo gesto de agradecimiento!

Con estas palabras había dado fin a su narración la señorita Chintamani.

Bueno, pensó Ammayya, a diferencia de Kaveriamma ella no era tan tonta como para fiarse de los demás. Dio unas palmaditas al llavero que se había prendido con alfileres a la parte interior de la blusa y, dándose un fuerte impulso, se levantó esforzadamente de la silla. Tap, tap, tap… Siempre apoyada en su bastón, cruzó tambaleándose el frío suelo de baldosas del salón. Pasó al lado del putrefacto sofá, al lado de las viejas sillas de palisandro y los vetustos armarios de teca que aún contenían los amarillentos montones de revistas, libros de jurisprudencia, expedientes y carpetas antaño utilizados por Narasimha Rao. Aunque Ammayya no iba a necesitar para nada todos aquellos legajos, se empeñaba perversamente en conservarlos. Sabía que molestaban a Nirmala, que se quejaba del espacio que ocupaban. Chasqueando la lengua, la anciana arrastró una mesita baja hasta el centro del salón. Como los otros muebles, había sido colocada contra la pared para hacer sido a las alumnas de Nirmala. «Para las cabriolas de aquellas tontainas», pensó Ammayya con desprecio, y el corazón empezó a latirle con fuerza al subir las escaleras. ¡Las clases de baile! Había visto bailar mejor a los monitos del templo. Pero le divertía el espectáculo de los miércoles y los sábados, le gustaba mirarlo sentada en su silla y hacer comentarios sobre las bailarinas. «Esa niña gordita, ¿imita los andares del elefante?», preguntaba en voz

alta. O bien: «Nirmala, esto que les estás enseñando, ¿es el baile de todos los demonios?». Entonces se propinaba una palmada en el muslo y se desternillaba de risa.

En el descansillo hizo una pausa para recobrar el aliento y miró el agrietado suelo con desagrado. Hacía tiempo que no subía al piso de arriba y no se había dado cuenta de lo mal que estaba la casa. Quizá Sripathi tuviese razón y había llegado la hora de venderla al mejor postor. A cambio les darían algunos de esos pisos que eran como cajas de cerillas. Ella alquilaría el suyo y continuaría viviendo con su hijo. A Putti también le correspondería un piso, y también el suyo podría alquilarse.

Ya en el dormitorio de Sripathi, Ammayya se aseguró de que tanto las ventanas como la puerta del balcón estaban bien cerradas para que ningún vecino fisgón pudiera decirle nada a Nirmala, y a continuación empezó a abrir los armarios. Con gran decepción, vio que Nirmala había cerrado con llave el *almirah* de acero donde sin duda guardaba sus más recientes adquisiciones. Pero el armario de madera que contenía la ropa de a diario estaba abierto, y Ammayya buscó con ansia por entre los saris y las combinaciones pulcramente doblados, murmurando entre dientes algo sobre las nueras desconfiadas. Allí no había nada, ni dinero que birlar ni cartas secretas que leer. Solo la caja de sándalo llena de cartas de Maya. Y esas, Ammayya ya las había leído. La vieja espolvoreó en una de sus palmas un poco de talco de un bote que había en el armario y que también ella tenía en su tocador. Con una mano se abrió el escote de la blusa que llevaba puesta y con la otra se esparció los polvos por los pechos. Qué bien olían, qué bien… ¿Por qué solo Nirmala podía ponérselos? Decidió llevarse los polvos de talco a su habitación para cuando se terminasen los suyos. Que su nuera se preguntase qué se había hecho del bote. Una vez convencida de que no había ninguna otra cosa de interés en el cuarto de Sripathi, se trasladó al otro arrastrando los pies. Donde dormía la cría extranjera. Presa de una creciente excitación, Ammayya arrastró la maleta de debajo de la cama. Desde la llegada de Nandana, Ammayya estaba deseando ver lo que su bisnieta había traído del extranjero. Imaginaba que habría gruesos paquetes de chicle, golosina que le gustaba con pasión. Cajas de jabones que tendrían

un olor muy distinto al de las pastillas Lifebuoy que Nirmala compraba a granel para toda la familia. Docenas de plumas estilográficas de distintos colores. La anciana se preguntó si la niña habría traído con ella la ropa de sus padres. Esa ropa podría venderse a buen precio en el Bazar Chino; las tiendas hacían un floreciente negocio con los géneros de contrabando y con la ropa, zapatos y bolsos extranjeros de segunda mano. Tendría que idear alguna forma de sacar la ropa a escondidas de la casa y llevarla hasta el bazar, pero —y aquí se chupó la dentadura postiza con fruición— ya se las arreglaría. Con enorme decepción vio que las maletas solo contenían fotos y una cantidad de libros que, por alguna absurda razón, Sripathi había transportado desde América, Canadá o como se llamase el sitio aquel. ¡Cómo si no hubiese libros en este país! No le extrañaba que su hijo hubiese metido la pata al decidir qué tenía que traer y qué no. Nunca había tenido buen juicio; era tonto desde que nació. Ammayya lo había sabido desde que puso los ojos en las orejas sobresalientes, la cara pálida y el ombligo protuberante del niño, cincuenta y siete años antes. Entonces, sin embargo, al tener los ojos empañados por el cariño hacia su primogénito, había creído que las orejas elefantinas eran una señal de futura grandeza, a pesar de que en la parte superior estaban dobladas, como esquinas de fotos, y se las tuvieron que atar a la cabeza durante unos meses hasta que se enderezaron un poco. Ammayya ojeó con impaciencia las fotografías e hizo una pausa al llegar a una en la que Maya, Alan y Nandana estaban enfrente de una casita azul al lado de la cual había un arbusto con flores. De pronto a la vieja la embargó una rara melancolía. Miró la cara joven y risueña de la foto y recordó que Maya siempre la había mimado. Como aquella vez que llevó a Ammayya a ver una película antigua en la que Shivaji Ganeshan hacía de Robin Hood. Había ahorrado durante varias semanas el importe del autobús, a pesar de que ir a pie hasta la Universidad le suponía tener que salir antes de casa. Y entonces había invitado a su abuela a ir al cine y hasta le había comprado una bolsa de palomitas de maíz que, según les había asegurado el vendedor, estaban preparadas con aceite vegetal. Después de marcharse al país extranjero, nunca había dejado de incluir en sus cartas un paquete de chicles para Ammayya, que se

había aficionado así a aquellas tiras gomosas. Sí, Maya había sido una buena nieta. Claro que, bien pensado, quizá había tenido la esperanza de que Ammayya le dejase algunas joyas. Nadie hacía nada sin segundas intenciones. La vieja volvió a meter las fotos en el sobre, cerró la maleta, y con ese gesto puso también punto final a su breve recaída en el sentimentalismo. Ammayya había perdido tantas cosas —hijos, ilusiones, sueños, capacidad de confiar— que una pérdida más no le importaba ya demasiado. Las cosas iban y venían. La vida era así. A aquello a lo que podía agarrarse, se agarraba con la ferocidad de un animal depredador.

Las pertenencias de Arun no las consideró dignas ni de echarles un vistazo. Era un ascético y no tendría nada que valiese la pena tomar. Es más: de haber llevado consigo su monedero, pensó Ammayya, a lo mejor hasta le hubiese dejado unas monedas al pobretón de su nieto. También él había resultado decepcionante, igual que su padre. Pero así sucedía con los hombres de la familia. Llegaban al mundo haciendo mucho ruido y luego no hacían nada para mostrarse merecedores de aquella atención que en un principio habían suscitado. ¡Bah!

Pero en cuanto abrió el armario ropero supo que al fin estaba ante un hallazgo. Ahí, en el oscuro hueco, el chaquetón rojo de Maya resplandecía como una llama. Le estaba diciendo: «Róbame». Ammayya acarició la superficie espesa y sedosa de la prenda. Se encaprichó con ella de inmediato y con pasión. La cogió con ambas manos y, como una novia que se prueba el atuendo de la boda, metió cuidadosamente un brazo y luego el otro en aquella suave calidez que la rodeó como un abrazo. La piel fláccida de Ammayya se estremeció al notar el contacto con lo que ella creía un artículo de lujo. Y qué bien olía… Los aromas atrapados en aquella fogarada de lana roja eran sutiles y estimulantes. Nunca podría ponerse el chaquetón por casa, pero sí podía venderlo en el Bazar Chino y conseguir una buena cantidad de dinero a cambio. Ammayya dejó el bote de polvos de talco encima de la mesa de Arun, atestada de papeles. «Que se lo quede Nirmala», pensó con magnanimidad. El chaquetón la compensaba con creces del pequeño sacrificio. La vieja lo apretó contra su cuerpo gastado, abrió las ventanas que había cerrado y las cortinas que había corrido, y bajó las escaleras como

una jefa de bandoleros satisfecha del botín. Atravesó el lóbrego salón arrastrando los pies y, una vez en su cuarto, guardó el abrigo en uno de los armarios, que cerró a continuación cuidadosamente con una de las llaves que le colgaban del cuello. ¡Ah, qué tarde tan buena había pasado! Muy contenta de sí misma, salió a la veranda y se sentó en los escalones. Más inocente que una hoja oreándose en la rama de un árbol, era solo una viejecita que esperaba el regreso a casa de la familia.

* * *

«¡El afilador de tijeras y cuchillos!», decía el sonsonete que provenía de la calle, y a continuación se oía un estruendo de cuchillos contra el costado de una bicicleta. El afilador pasaba por allí todos los días pero nadie reclamaba sus servicios. La semana anterior, los dos hermanos gordos del rickshaw le habían dicho que, si se portaba mal, el hombre de los cuchillos la cortaría en rodajas con las tijeras más afiladas que tuviese, y las daría a comer al monstruo marino que defendía Toturpuram de los piratas de allende los mares. Así que fue con una sensación de alivio que Nandana lo vio pasar sin detenerse. A medida que su voz se iba apagando, otras empezaron a oírse al otro lado del muro que limitaba el recinto de la casa, unas voces chillonas que se peleaban por el contenido del cubo de la basura. Los gitanos que vivían en la acera habían empezado su recogida diaria de basura y discutían a propósito de los trapos, latas y botellas desechados. Nandana reconoció las voces de estas dos gitanas, unas que llevaban unas faldas muy plisadas y muy sucias a la altura de las caderas, de manera que sus barrigas sobresalían por encima de las faldas. A Nandana le fascinaban los gitanos. Los hombres tenían el cabello rizado y lo llevaban atado y adornado con plumas de pavo real. A veces cantaban y otras veces estaban echados en el suelo sin hacer nada, mirando al cielo a través de las hojas de los árboles. Los niños corrían desnudos y jugaban todo el día en vez de ir al colegio. Y las mujeres se sentaban en la acera y hacían pulseras y collares de abalorios o cosían faldas de muchos colores con los trapos recogidos. El primer día de colegio, Nirmala y

Sripathi la habían acompañado en el autobús, y allí había visto por primera vez a los gitanos.

«Son ladrones —había murmurado Nirmala, pasándole el brazo por los hombros—. No te acerques a ellos. Te echarían una maldición». Los gitanos robaban todo lo que encontraban. Eran como cuervos. Incluso robaban niños, si se topaban con uno vagando solo. «Nunca salgas sola a la calle, ¿de acuerdo, *mari*?», la previno Nirmala, apretándole la mano.

Pero Nandana no tenía miedo. Lo que ella quería era llegar a la estación de trenes, al aeropuerto y a casa.

14

CAMINOS DESCONOCIDOS

Cuando Sripathi llegó a la calle donde el doctor Menon tenía la consulta, las piernas ya no le temblaban. Sin embargo, vio con desaliento que la entrada a la calle estaba obstruida: un gigantesco panel de contrachapado con la efigie de la primera ministra estaba apoyado contra la fachada de un edificio y era de tales dimensiones que su base llegaba al otro lado de la calle. Un hombre subido a un alto andamio retocaba la cara de la ministra con un pincel. Había colgado del andamio una jardinera con botes de pintura y, de vez en cuando, mojaba el pincel en uno de ellos.

Sripathi chasqueó con la lengua, irritado, y se detuvo.

—¿Pero esto qué es? —preguntó a gritos—. ¿Cómo han de pasar los peatones?

El pintor hizo una pausa para mirar hacia abajo y gritó:

—¡Por el otro lado!

—¿Cómo que por el otro lado? ¡A ver si tendré que dar la vuelta a la ciudad para ir al final de esta calle! —exclamó Sripathi.

—Este retrato es de la primera ministra. Tengo que acabarlo urgentemente. No se puede tocar sin permiso —dijo el hombre, al tiempo que se afanaba en oscurecer las cejas del enorme rostro ministerial. Dio un toque rosa fluorescente a los labios y, apoyándose en el andamio para comprobar el efecto, añadió—: A la señora le gusta mi estilo. Ella solicitó personalmente que yo, Chamraj, de profesión pintor, le hiciese este retrato. Para mí es un gran honor.

—¿Cuánto le paga? —preguntó Sripathi, protegiéndose los ojos del sol con la mano para mirar el gran panel cuya altura rebasaba la del edificio contra el que se apoyaba.

—No lo sé. El honor es lo que importa —contestó el pintor.

—¿Quién le ha dado el dinero para las pinturas? Al menos eso lo hubiera podido conseguir del Ministerio —le hizo notar Sripathi.

—Ah, la señora se encargará de que me paguen —dijo el pintor, colocando unos pendientes de diamantes en las orejas de la ministra con un par de brochazos. Con el mismo pincel dio a los enormes ojos un brillo benevolente y añadió—: Sabe que soy pobre y que tengo una familia que mantener. ¿Por qué iba a timarme unas cuantas rupias?

¿Por qué no iba a hacerlo?, tuvo ganas de decir Sripathi. Así es como estos políticos corruptos se hacen ricos, robando a los pobres y a los desvalidos. Pero el pobre tipo seguramente sabía que no iba a ver ni cinco y que no podía hacer nada al respecto. Los gorilas al servicio de la ministra le hubiesen hecho papilla de haberse negado a aceptar el encargo.

—¿Le importa si dejo aquí la vespa? Me llegaré andando hasta la consulta del doctor Menon… Le daré dos rupias si me la vigila.

—Ningún problema, señor —dijo el pintor jovialmente—. Pero no tiene que darme nada. Igual he de estar aquí… ¿Para qué me va a pagar?

Sripathi pisó con cuidado la tabla inferior del andamio y pasó bajo el panel. El olor acre del aguarrás dominaba sobre el olor a madera y sobre la inevitable peste del sumidero que había a lo largo de la cuneta. Después de caminar unos cien metros, Sripathi dio media vuelta para ver si la vespa seguía donde él la había aparcado. Ahí estaba, diminuta junto al altísimo panel de la primera ministra. Las enormes mejillas de la retratada eran de un rosa radiante, sus ojos parecían planetas sobresaliendo saltonamente de un reborde de pestañas largas como escobas. Sonreía modosa en dirección al cielo, y sus labios, aún brillantes de pintura fresca, parecían gruesas tajadas de carne roja. Justo debajo de la cabeza, los pechos eran dos montañas gemelas envueltas en un chal salpicado de lo que parecían ser relucientes piedras preciosas. La ministra llevaba siempre ese chal y, según se decía, bajo él ocultaba un chaleco

antibalas. Tenía las manos dobladas en ademán de *namaskaram*. Durante la noche, probablemente, algún golfillo había trepado hasta aquellos senos protuberantes y les había pintado un par de pezones negros rodeados de aureolas rojas. Esto, sumado a los labios gordezuelos, los ojos de expresión trágica y el halo, daba a la ministra un aspecto de ramera martirizada. Sripathi supuso que el pintor se percataría del añadido a su obra de arte antes de obsequiársela a la respetada ministra.

La consulta del doctor Menon estaba en un antro al que se accedía por una especie de agujero abierto en el muro de un edificio en estado ruinoso. El muro estaba lleno de carteles cinematográficos y de pintadas de contenido político, de manera que la consulta médica parecía formar parte del mismo collage. En los carteles, unas mujeres de mirada incitadora contemplaban extasiadas a unos héroes fornidos y musculosos, y en letras negras podía leerse: «¡Película de acción, misterio y suspense! ¡Romanticismo! ¡Comicidad! ¡Tragedia! ¡Espectáculo superespectacular!». Junto a estos reclamos rimbombantes, los mensajes políticos, más sombríos, rezaban: «Vota por VKR. Le importan tus problemas. Secará el sudor de tu frente».

Los viandantes que no sabían de la existencia de la consulta médica se quedaban sorprendidos por la súbita aparición de unas personas que parecían personajes salidos de las películas anunciadas. El doctor Menon, una pieza más de este escenario surrealista, era tan viejo que sus pacientes tenían que ayudarle a levantarse de la silla y luego acompañarle al rincón en penumbra de la consulta donde preparaba con mano temblorosa polvos y gránulos, los metía en unos sobrecitos de papel y se los entregaba a los pacientes con unas líneas garabateadas acerca de las dosis. Era difícil saber si el anciano oía realmente a sus pacientes, si hacía un diagnóstico y luego decidía qué medicina darles, porque tosía continuamente mientras el paciente enumeraba los síntomas y se levantaba tambaleándose de la silla antes de que aquel hubiese terminado. Cuando Sripathi entró en el oscuro antro, encontró al médico inmóvil, con la cabeza apoyada sobre la mesa y los ojos cerrados, rodeado de un amasijo de papeles y de libros. En un rincón estaba sentado un niño, probablemente su nieto, recitando la

tabla de multiplicar.

—Dos por uno dos, dos por dos cuatro, dos por tres seis —decía monótonamente, meciéndose hacia adelante y hacia atrás al ritmo de su propia voz.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Sripathi con inquietud, señalando con un movimiento de cabeza en dirección al médico.

—Sí —dijo el niño—. Sacúdale un poco y se despertará.

Una palmadita en el hombro del buen hombre no suscitó respuesta alguna. Sripathi miró al niño con expresión interrogante. Este se levantó de un salto, agarró a su abuelo por el hombro, le dio un par de pellizcos y puso su boca junto a la oreja de aquel, arrugada y blanda como terciopelo viejo.

—¡*Thatha*! —gritó el chico, mientras seguía pellizcando vigorosamente el hombro del anciano—. Ha venido un paciente. ¡Levántate, *thatha*!

El viejo se levantó de un salto y miró alrededor con ojos espantados.

—¿Qué? ¿Qué? —dijo.

—¡Qué te espera un paciente, *thatha*!

El doctor volvió sus ojos lechosos hacia Sripathi.

—Buenos días, señor. Buenos días. ¿Qué es lo que le pasa?

—Las piernas me tiemblan —dijo Sripathi a gritos, pues sabía que el doctor Menon era duro de oído. «Y quizá me quede sin trabajo a finales de mes», tuvo ganas de añadir.

—Temblor en las piernas. Mmmm… Podría ser una apoplejía o quizá filaria. O malaria. En esta pocilga de ciudad hay tantas clases de mosquitos…

El doctor Menon se apoyó en el respaldo de su desvencijada silla y cerró los ojos. Estuvo en silencio tanto rato que Sripathi pensó que se habría quedado dormido. Cuando empezaba a pensar en sacudirle, el anciano dio un respingo y se puso a registrar febrilmente los cajones de la mesa. Abrió y cerró varios de ellos antes de sacar un frasquito que contenía un líquido traslúcido.

—Mi hijo me ha traído esto de Singapur. Según el prospecto, es un *malam* curalotodo. Está hecho a base de hierbas y bayas. Frótese las piernas con él y, si no nota alivio, bébase una cucharadita del líquido con un vaso de leche caliente. Si le hace efecto, bien; en

caso contrario, no le hará ningún daño.

El doctor Menon volvió a reclinarse, agotado por aquel interludio, y se quedó dormido. Sripathi dejó encima de la mesa un billete de cinco rupias y salió sin hacer ruido.

En el camino de vuelta hacia el escúter, Sripathi vio a una mujer de aspecto cansado que vendía unas cuantas flores acuclillada en la acera. Se acordó de su antigua costumbre de comprarle flores a Nirmala y también de que era el cumpleaños de Putti. La vendedora solo tenía en el cesto un ramo de jazmines algo ajados y unas cuantas rosas que se estaban quedando sin pétalos.

—Todo por setenta y cinco *paise* —dijo la mujer.

Sripathi le dio el dinero sin regatear y ella le entregó las flores envueltas en una hoja de plátano.

Cuando Sripathi llegó a la vespa, el pintor de paneles estaba haciendo una pausa para beberse un té. De nuevo se negó a tomar el dinero que Sripathi le alargó.

—Ande, cójalo. Para sus hijos… Cómpreles unos caramelos —insistió Sripathi.

—Bueno, mirándolo así… —dijo sonriente el hombre, metiéndose las monedas en el bolsillo de la camisa.

—¿Ya ha terminado el retrato? —le preguntó Sripathi.

Se puso la mano sobre los ojos para protegerse de los últimos rayos del sol y contempló el gigantesco tablero. Los pezones negros habían desaparecido bajo una capa de pintura y ahora la primera ministra tenía un aspecto coqueto nada más.

—Yo sí. Pero esta noche esos vagos del partido de la oposición le pintarán algo que mañana tendré que borrar. Es una lata. Y me hacen malgastar pintura. He pedido a la oficina de la señora que vengan urgentemente a recogerlo, pero no me hacen caso —dijo el pintor con tristeza—. ¿Cuánto tiempo más podré tener la calle cortada? La gente me abuchea, como si fuese culpa mía. Y yo soy un pobre hombre que se está ganando el pan.

—¿Hace muchos retratos de este tipo? —le preguntó Sripathi.

—Tres o cuatro al mes. El dibujo me lleva bastante tiempo. He de esbozar la cara en una tabla que esté plana en el suelo. Luego la

uno al resto del cuerpo. Los trajes no tienen dificultad. Pero la cara sí puede ser un problema. A veces parece distinta cuando el panel está vertical y entonces he de empezar de nuevo.

—Sí, es muy laborioso —convino Sripathi.

—¿Ha visto el que está sobre el puente de Chettiar? También es mío. Y la mayoría de carteles que hay en el cine Talkies. Lo que se me da mejor son los famosos. Por eso siempre tengo trabajo… Aquí todo quisque se piensa que es una gran figura… —le dijo el pintor de paneles a Sripathi, guiñándole un ojo.

Para volver a casa dio un rodeo, sobre todo por evitar la calle en la que había muerto su padre. A la luz mortecina del atardecer todo le parecía vetusto y remoto. Nada era como él lo recordaba. Se perdió un par de veces, aunque había vivido en Toturpuram toda su vida. Cuando llegó a Brahmin Street, el sol estaba a punto de ponerse. En medio de la semioscuridad, Casa Grande parecía un monstruo horrible. La puerta de entrada estaba abierta y probablemente la de atrás también lo estaría, para dejar salir a los malos espíritus atrapados en el interior y permitir la entrada de los buenos. Nirmala ya habría encendido las lámparas y habría llevado a cabo su breve invocación a los dioses. La verja se movía despacio y chocaba contra el montón de escombros más reciente; una figura menuda estaba subida a ella y se empujaba hacia adelante y hacia atrás con un pie. Por un instante Sripathi creyó que era Maya, que le esperaba al volver del trabajo. Al acercarse, la figura se soltó de la verja y corrió al interior de la casa. Vio entonces que se trataba de la niña.

—¿Cómo está, Sripathi-*orey*? —le dijo Munnuswamy desde la casa de al lado. Estaba sentado junto a la ternera, acariciándole la ijada, que se le agitaba febrilmente al animal.

—Bien —dijo escuetamente Sripathi, que no tenía ganas de hablar con él. Todavía se notaba el corazón desbocado con la ilusión que había albergado un momento al ver aquella silueta columpiándose en la verja. Pero se sintió obligado a añadir—: ¿Y usted?

—Tengo a la ternera muy enferma —dijo Munnuswamy—. No

creo que llegue a mañana.

A Sripathi no se le ocurrió nada que decir. Ató la vespa con cadena y cerrojo a la barandilla de la veranda, se quitó las sandalias y entró en la casa. La niña no estaba a la vista. Ammayya, sentada delante del televisor, miraba uno de los tres canales que se recibían en la casa. Daban un programa de secuencias de películas musicales antiguas. La heroína bailaba y se contoneaba alrededor de árboles, montañas, fuentes y jardines, mientras el protagonista corría tras ella extasiado. El reverbero azul de la pantalla caía sobre el rostro arrobado de su madre, dándole un aspecto fantasmal. Nirmala salió de la cocina secándose las manos en el *pallu* del sari.

—¿Cómo llegas tan tarde? —le preguntó.

Sripathi le extendió el estrujado ramo de flores que había comprado.

—¿Son para mí? —preguntó Nirmala.

Él asintió con la cabeza y dijo:

—Y la mitad para Putti. Hoy es su cumpleaños, ¿sabes? Están un poco secas. La vendedora no tenía otras.

Ella rompió un tallo de jazmín y se lo puso en el cabello sin dejar de mirar a Sripathi, con expresión tímida y algo perpleja.

—¿Qué estáis cuchicheando? —preguntó Ammayya, mirándoles con ojos de miope desde el otro extremo del cuarto en penumbra.

—Nada —dijo Nirmala—. Es que me ha traído unas flores.

—¿Flores? ¿A estas alturas?

Con estas palabras Ammayya volvió a enfrascarse en el programa de televisión y Sripathi subió al piso de arriba. «Tendré que decirles lo del trabajo», pensó. En la habitación de Arun la luz estaba encendida y una súbita rabia se apoderó de Sripathi al pensar en su hijo. Si el muy tonto tuviese un empleo, al menos la carga de mantener a la familia estaría compartida. Había algo de dinero para la niña, el dinero de la póliza de seguros de sus padres. Sripathi se había empeñado en que lo pusieran en un fondo de fideicomiso para cuando la niña fuese mayor. Él se encargaría del presente, le había dicho al doctor Sunderraj. Por eso se había negado a que se descontase de ese fondo un tanto mensual en concepto de gastos de colegio y ropa para la niña. «Puedo arreglármelas —le había dicho a Sunderraj, un poco ofendido por lo

que consideró una intromisión—. Nosotros los indios no somos todos unos indigentes».

Ahora, dejándose llevar por un impulso, entró en el cuarto de su hijo. Buscó con la vista a la niña pero no estaba. Arun estaba sentado en su cama, examinando unos folios a la luz mortecina de una de las bombillas de veinte vatios que Ammayya les obligaba a usar. Sripathi miró el cuerpo rechoncho de su hijo, el cabello en desorden, la cara sin afeitar, y dejó que todo lo que veía avivase su creciente ira.

—¿Dónde está la niña? —preguntó secamente.

—Debajo de la cama —dijo Arun levantando la vista para mirar a su padre; los ojos apenas se le veían, ocultos tras unas gafas.

—¿Debajo de la cama?

—Es donde se mete cuando está asustada.

¿La niña le tenía miedo? Pero ¿qué le había hecho él? ¿También ella le culpaba por la muerte de su madre?

Retrocedió hasta situarse en el umbral de la puerta. Desde allí veía el delgado codo de la niña asomando por debajo de la cama. También se dio cuenta entonces de que Arun tenía la cara hinchada y amoratada.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Sripathi—. Parece que te hayas caído…

Arun se tocó la mano con cuidado.

—Los gorilas de Munnuswamy me dieron una paliza.

—¿Qué?

—Bueno, él probablemente no lo sabe. Él se limita a dar órdenes.

—¿En qué andas metido ahora? ¿En algún otro plan para salvar al mundo? ¿Por qué pierdes el tiempo intentando hacerte el héroe en vez de buscar trabajo? Yo, que tengo la cabeza llena de canas, voy a trabajar todos los días como un buey, y mientras tanto mi hijo se queda en casa soñando inútiles fantasías.

—*Appu* —dijo Arun—, no pretendo ser un héroe ni nada de eso. Es solo que no quiero esperar pacientemente a que el gobierno decida mi futuro por mí. Son todos unos estafadores y unos ladrones que no hacen más que forrarse.

—Eso ya lo sé, no hace falta que me lo digas —dijo Sripathi—.

Pero ¿qué clase de futuro te vas a labrar si pierdes el tiempo agitando banderas y gritando consignas? Cuando yo tenía tu edad me ganaba la vida y mantenía a tres personas más.

—No lo entenderías, *Appu*, así que dejémoslo correr.

—Pero me gustaría entenderlo. Tu madre me dice lo mismo, que no lo entiendo. Pero ¿por qué no me dice alguien qué es exactamente lo que no entiendo? —inquirió Sripathi, dando manotadas a la puerta para subrayar sus palabras.

La niña escondida empezó a lloriquear.

—No grites, que se asusta —dijo Arun—. Intentaré explicártelo. Verás: las personas de tu generación pudisteis luchar por la independencia de la India, teníais verdaderos ideales por los que luchar. En mi caso y el de mis amigos, la lucha es contra la injusticia cotidiana, contra el hecho de que es nuestra propia gente la que nos está privando de derechos. Este es el único mundo que tengo y me siento responsable de él. Tengo que asegurarme de que no lo van a hacer saltar en pedazos, de que no va a desaparecer en la próxima inundación, de que no lo envenenarán con productos químicos.

Miró incómodo a su padre y, revolviendo los papeles que tenía encima de la cama, continuó:

—Quiero decir… Mira cómo están las cosas ahora mismo. No hay agua potable, la luz se va cada dos por tres, ni siquiera se puede jugar en la playa sin que luego te salgan toda clase de sarpullidos en las piernas… No era así cuando yo era pequeño, ¿verdad, *Appu*?

Sripathi no contestó. En el fondo sabía que su hijo tenía algo de razón, pero aun así… Hablaba mucho de obligaciones, pero ¿y su obligación para con la familia? Y el día de mañana, si se casaba y tenía hijos, ¿cómo iba a mantenerlos?

—Ya sabía que no verías las cosas como las veo yo. Nunca las hemos visto igual —dijo Arun con amargura.

Sripathi miró ceñudo a su hijo. Con cierto sobresalto se dio cuenta de que tenía ganas de pelear. Hubiese querido gritar, chillar, descargar su cólera en alguien, y en ese momento Arun estaba a mano. «¿Por qué te embarcas en estas inútiles contiendas? —tuvo ganas de preguntarle a gritos—. También yo soñé con ser alguien y mírame ahora. Perderás ese ardor inocente de cruzado a medida

que el pelo se te vaya volviendo blanco y te veas responsable de otras vidas. Todo se te irá escapando sin que te des cuenta, cada uno de tus sueños, todos volatilizados por el fiero sol de la realidad. Una casa, una vespa, el colegio de los niños, las facturas médicas, comida, ropa, zapatos… Todo esto te irá ahogando y, antes de que te des cuenta, te verás, como yo mismo, con la juventud detrás y preguntándote: ¿Cómo renuncié a todo aquello?».

Un rumor bajo la cama le recordó la presencia de la niña y, haciendo un esfuerzo, se contuvo.

—Eres un tonto y no hay más que hablar —se limitó a decir con voz reposada, antes de ir a darse un baño.

Esa noche, a la hora de cenar, Ammayya dirigía a la niña unas miradas feroces. Finalmente, le dijo:

—Es una maldad jugar con la comida que tienes en el plato.

Ella había despachado a sorbos, como solía, grandes cantidades de comida. Había cenado como si acabasen de padecer una hambruna y se las había arreglado para meterse a escondidas una *chapatti* entre los pliegues del sari para comérsela más tarde.

Nandana continuó jugueteando con el arroz y el *sambhar* que Nirmala le había servido. A lo largo del borde del plato, que era grande y de acero inoxidable, se había puesto montoncitos de granos de mostaza, chiles, hojas de curry, judías blancas y otros ingredientes que había pescado del montón de comida salsosa.

—Tú, niña, ¿me has oído? —insistió Ammayya, golpeando la mesa con una cuchara—. Dios nos pone la comida en el plato para que nos la comamos, no para que la arrastremos de acá para allá. ¿Qué pensaría tu madre de este despilfarro?

La niña levantó rápidamente la cabeza. Nirmala miró a su suegra frunciendo el ceño; luego miró con idéntica expresión a Sripathi porque este no decía nada.

—No hace falta asustar a la niña —dijo Nirmala—. No está acostumbrada a la comida de aquí.

—¡Bah! Su madre sí que era una niña modelo. No se hacía de rogar ni para comer ni para nada.

—Ammayya, ya es suficiente —dijo Nirmala.

Pero la anciana siguió adelante, inventándose cosas a medida que hablaba.

—Con mis propias manos le daba de comer. Solamente yo le daba la comida. Ammayya, me decía ella, me dan mucha pena los pobres huérfanos que pasan hambre en los barrios bajos. ¿Podemos llevarles algo de comida? Al ver lo generosa que era, los ojos se me llenaban de lágrimas. Claro que fui yo (y no me gusta alabarme) quien le enseñó a pensar en los desposeídos del mundo.

La niña empujaba con la cuchara un guisante alrededor del revoltijo marrón de comida que tenía en el plato.

—Miradla, lo terca que es —continuó Ammayya—. Actualmente los niños están muy mimados, eso es lo que pasa.

Nirmala acarició a la niña en la cabeza y en una mejilla.

—¿No te gusta la comida que hacemos? Este era el plato favorito de tu madre. ¿Quieres que te dé yo la comida?

Sin esperar la respuesta, cogió la cuchara y le fue poniendo a la niña pequeñas cantidades de comida en la boca.

—¿Sabes cuál es la capital de la Argentina? —le preguntó Ammayya a Nandana—. ¿Y el presidente de América? Miradla, no sabe nada.

—Déjela en paz, es demasiado pequeña para esas cosas —dijo Nirmala.

—A su edad yo lo sabía todo. Y su madre también era muy lista gracias a mí —sostuvo Ammayya—. ¿Cuál era el nombre completo de Oscar Wilde? ¿Quién puede decírmelo?

—Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde —contestó Sripathi. Esta era una de las respuestas que nunca recordaba cuando su padre le interrogaba años atrás, y ahora la tenía grabada en la memoria—. Bueno, ya está bien, Ammayya —añadió.

Arrastró la comida por el plato, sin poder comer más. No tenía hambre. Volvía a notar algo raro en las piernas. Había mirado debajo de la mesa un par de veces para comprobar que seguían allí. Le parecía que su pie izquierdo se había disuelto en una masa amorfa y traslúcida.

—¿Qué te pasa? —le preguntó de pronto Ammayya—. ¿Qué hay debajo de la mesa? ¿Es ese maldito gato? Tendríamos que matarlo, es un bicho que no nos es propicio. Mañana le pediré a Koti que lo

atrape y lo tire al sumidero.

Nandana empujó el plato lejos de ella y corrió escaleras arriba. Nirmala soltó la cuchara con estrépito y miró furiosa a Ammayya.

—¿Por qué dice estas cosas delante de la niña? Sabe perfectamente que a ella le gusta jugar con el gato. ¿Por qué siempre nos hace cosas así?

Antes de que Ammayya pudiese contestar, se oyó un grito en el piso de arriba.

—¿Qué es eso? ¿Habéis oído?

A continuación se oyó otro grito, al que siguió un llanto histérico.

—Es Nandana, que se habrá hecho daño —dijo Nirmala, levantándose de la mesa. Y subió las escaleras lo más deprisa que pudo, seguida de Arun.

Encontraron a la niña frente al armario abierto, gritando y sollozando alternativamente.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te has hecho? ¿Te duele algo? Dime. ¿Te ha mordido algo? —preguntó Nirmala abrazando a la niña, pero ella la apartó con fuerza y siguió llorando aún más fuerte.

Las puertas del armario estaban abiertas de par en par y Nirmala se asomó vacilante al interior. Se preguntó qué era lo que habría asustado a la pobre criatura. Si no les hablaba, ¿cómo iban a saber qué hacer? Fue apartando la ropa que colgaba en el armario y se dio cuenta de que el abrigo rojo no estaba. Claro, eso era lo que había disgustado a la niña… Nirmala sabía ya que Nandana tenía la costumbre de esconderse en el armario cuando estaba triste o enfadada.

—Ah, pequeñina… —dijo con un suspiro—. No está el abrigo. ¿Es eso, verdad?

Nandana asintió con la cabeza, mientras sus sollozos iban convirtiéndose en hipos.

—No te preocupes, se habrá caído. No estará muy lejos.

Nirmala se arrodilló frente al armario y se puso a buscar y a revolver en la penumbra del mueble, pero sus dedos no toparon sino con las maletas que ella misma había guardado allí.

—Tiene que estar por aquí —murmuró—. ¿Dónde si no?

Luego, exhalando un suspiro, se sentó en el suelo y miró la cara

llorosa de Nandana.

—No te apures, *chinnu-ma*. Mañana le diremos a Koti que busque por toda la casa. A lo mejor lo puso en otro sitio sin darse cuenta.

Se quedó con Nandana, dándole palmadas en la espalda hasta que se hubo dormido, y luego bajó pesadamente las escaleras. Al ver a Ammayya balanceándose en la mecedora a la puerta de su habitación, tuvo una súbita sospecha. ¿Era posible?, se preguntó. ¿Podía ser que la vieja fuese tan ruin?

Sripathi pasó toda la noche despierto, mirando por el abierto balcón el firmamento nocturno, aún muy poblado de estrellas. Los rectángulos y cuadrados de luz de las ventanas del bloque de apartamentos convertían el edificio en un centón de piezas oscuras y luminosas. En algunos balcones había lamparillas de aceite con la mecha de algodón encendida; otros estaban guarnecidos con guirnaldas de bombillas eléctricas que se encendían y se apagaban sin cesar. Sripathi recordó que estaban a finales de octubre y que faltaban pocos días para Deepavali. Antaño, cuando sus hijos eran pequeños y el futuro era un tiempo de promesas que había que festejar, también Casa Grande había estado iluminada y llena de los olores de la cocina festiva. Putti, Koti y Nirmala sacaban las lamparillas de barro cocido, separaban las que estuviesen agrietadas, las sustituían por otras nuevas y se pasaban una tarde o dos retorciendo borra de algodón para hacer las mechas. Pulían la plata hasta dejarla resplandeciente. Todos los cacharros de cocina eran restregados concienzudamente y luego decorados con bermellón y cúrcuma. A los niños se les compraba ropa nueva y petardos. «¿Podemos hacer estallar uno ahora mismo? —solían pedir con los ojos brillantes—. Por favor, por favor, solo uno». Y Nirmala se negaba con firmeza. Hasta el día de Deepavali al amanecer no podrían encender una bengala cada uno. La casa se limpiaba de arriba abajo, pues la fiesta celebraba el retorno a casa de Rama, el heroico rey que volvía de la guerra. Se celebraba el triunfo de la luz sobre la oscuridad. Sripathi había hablado con Nirmala más de una vez acerca de aquella fiesta.

«¿Por qué ha de ser Rama el héroe? —le preguntó un día—. ¿Por

qué no Ravana? Después de todo, también él fue un rey famoso y estimado. Era músico y erudito. Solo porque tenía diez esposas y deseó a la mujer de otro, ¿ha de convertirse en el malvado? Mira lo que hizo tu admirado Rama. ¿Acaso no terminó abandonando a su mujer? Pues si él es un héroe, yo soy un superhéroe. ¿No ves cuánto tiempo llevo contigo?».

Y Nirmala, que estaba demasiado ilusionada con las fiestas que se acercaban como para enfadarse de verdad, le había contestado: «Ravana tenía mucho amor propio. Como tú. Un héroe es humilde».

Este año no habría en Casa Grande ni luces ni petardos. De pronto sintió el anhelo de esas cosas: El parpadeo de las llamas, la fina lluvia que siempre caía durante la noche de fiesta, el olor a *chakkuli* y *khara sev* friéndose en la cocina, el destello de las sedas de los vestidos femeninos al entrar y salir de casa las mujeres… Deseó que el ayer volviese a él completo e intacto.

Vio apagarse las luces una tras otra, hasta que solo quedó el rectángulo oscuro del bloque de apartamentos. Oyó llegar a Arun. Unas horas más tarde, oyó a Putti abriendo la puerta de entrada para recoger la leche. Se adormeció pero lo despertó en seguida un gemido proveniente de la habitación de Arun, al otro lado del rellano. Durante unos minutos Sripathi se quedó tendido, preguntándose si se lo habría imaginado. Oyó un grito más fuerte y se apresuró hasta allí para ver qué pasaba. No era nada. La niña estaba dormida, con el brazo derecho rodeando prietamente una ajada vaca de trapo. La cama de Arun estaba vacía. Debía de estar en el comedor, leyendo o planeando otra manifestación de protesta, pensó Sripathi con ironía. Alisó la sábana que tapaba a la niña y, sentándose al borde de la cama, contempló su carita delgada, el cabello enmarañado curvándose sobre la almohada, la curva de sus párpados aleteando en sueños. Los blancos de los ojos brillaban por la abertura entre los párpados como dos medias lunas. También Maya dormía con los ojos algo abiertos. ¿Qué sueños o pesadillas deambulaban tras aquellos tiernos párpados?, se preguntó Sripathi. Si Nirmala y él apenas podían contener la pena que llevaban dentro, ¿cómo podía hacerlo esta frágil criatura que había perdido a las dos personas que conocía mejor en el mundo? Sripathi siempre había pensado que, como era natural en este mundo regido por el tiempo,

su vida se detendría y las de sus hijos la rebasarían ampliamente, cual corredores portando el cáliz de su memoria hacia el futuro. Les hablarían a sus nietos de él. Después de su muerte, al tropezarse con sus fotos o sus plumas, les dirían: «Mirad, estas eran las posesiones más preciadas de *Appu*. Ni siquiera nos dejaba tocarlas». Nunca, ni siquiera en pesadillas, se le había ocurrido la posibilidad de seguir viviendo tras la muerte de un hijo.

Sripathi tocó la cabeza de Nandana deseando poder permitirse un desahogo, poderle dar a la niña el amor que tenía en su interior. Se avergonzaba de mantener distancias; se daba cuenta de que la niña captaba su malestar y de que no lo entendía. Nunca se acercaba a él ni se mostraba inclinada a pedirle nada, aunque con Nirmala y con Arun parecía estar cómoda. Sobre todo con Arun, que se pasaba horas explicándole cosas de este desconcertante y ruidoso país de gentes abigarradas, sin que el silencio de la niña pareciese incomodarlo en lo más mínimo.

«¿Cómo puedo mirar a mi nieta a la cara si soy responsable de la muerte de su madre?», se preguntó Sripathi. Cuanto más pensaba en sus actos de nueve años atrás, más se convencía de que su ira había desencadenado los acontecimientos que desembocaron en la muerte de Maya. La había maldecido por negarse a contraer matrimonio con Prakash, por humillarle al romper el compromiso, por obligarle a encararse con el padre de Prakash cuando tuvo que ir a devolverle las joyas regaladas a Maya, por deshonrar el buen nombre de la familia ante toda la ciudad. Y la maldición la había matado.

Nandana volvió a agitarse en sueños y Sripathi alargó automáticamente un brazo para darle palmadas en la espalda, como solía hacer con Maya y Arun, y luego le puso la mano en la frente para comprobar que no tuviese fiebre. La frente de la niña estaba fresca y húmeda. Sripathi se levantó del borde de la cama, puso en orden unos cuantos folios que estaban sobre la mesa de Arun y decidió bajar a la cocina a hacerse una taza de té.

Su hijo estaba sentado a la mesa del comedor y tenía varios libros delante de él. Estaba ocupado anotando algo en unas hojas.

—¿Estás trabajando? —le preguntó Sripathi, frotándose la nuca.

Estaba decidido a mostrarse agradable, aunque el solo hecho de ver el cabello largo y descuidado de su hijo y su camisa desharrapada le producía irritación—. ¿Un nuevo proyecto?

—Sí —dijo escuetamente Arun.

—¿De qué se trata?

—¿Te interesa realmente?

—¿Por qué iba a preguntártelo si no? —dijo Sripathi.

«He perdido a una hija por culpa de mi mal genio —se dijo—. Que no pase lo mismo con el otro».

—¿Has oído hablar de las tortugas verdes marinas?

—Sí, algo he leído en el periódico.

—¿Y de verdad quieres saber más? —preguntó cautamente Arun.

—Estoy sumamente interesado en saber qué tienen que ver las tortugas con el futuro de este mundo, o, si vamos a eso, con el tuyo —dijo Sripathi, sin conseguir despojar sus palabras de un tono algo sarcástico.

—Todos formamos parte de la naturaleza, *Appu*. Si desaparecen los recursos naturales, nosotros también desapareceremos. Los residuos industriales que se vierten en el mar están destruyendo a las tortugas y pronto nos destruirán también a nosotros. No pasará mucho tiempo antes de que la capa freática se vea afectada, y entonces en vez de agua beberemos cloro o cualquier otro tóxico que estén vertiendo.

—Muchas palabras, como siempre —refunfuñó Sripathi—. ¡Tortugas! ¿No podías encontrar otro tema que te reportase una mayor utilidad?

Arun arrastró la silla hacia atrás y se levantó, enojado.

—No sirve de nada hablar contigo —dijo, saliendo de la habitación.

Entonces volvió a entrar en ella y miró a su padre con ira.

—Te pasas la vida sermoneándome. Quieres que encuentre un empleo, ¿verdad? Mañana mismo encontraré uno.

—Sí, claro, el mundo entero está esperando que el señor Arun Rao vaya a pedirle un empleo… Los empleos abundan como las perlas en el camino, solo hay que agacharse a cogerlas… Veremos qué clase de trabajo consigues.

Sin contestar a esto, Arun salió por la puerta de atrás, cerrándola suavemente tras él. Sripathi se quedó solo con los bufidos espasmódicos de la vieja nevera Zenith. La había comprado veinte años antes por un precio irrisorio, cuando estaba haciendo la campaña publicitaria para esa marca.

«Japonés hasta los tuétanos: fuerte, serio y de fiar», había escrito, refiriéndose al motor.

Y casi se lo había creído. Hasta que la empresa quebró. Resultó que el motor no era tan de fiar, y la mayoría de clientes devolvían la nevera y pedían el reembolso de dinero. La única nevera en todo el país que había durado sin ningún problema había sido la de Sripathi. Así se lo dijo el propietario de la empresa en una de las visitas bianuales que le hacía y durante las cuales se quedaba mirando la nevera con asombro. El hombre, arruinado, vivía de la ayuda económica de sus hermanos, y Sripathi no era capaz de negarle este pequeño placer. ¿Por qué había en su interior algo de bondad para todos menos para su hijo?, se preguntó, deseando no haber sido tan duro con él. No había tenido intención de serlo, pero era como si las palabras le hubiesen salido solas de la boca. Se acordó de Rama Rao, un tío de su padre, un hombre bueno que vivía solo en una casita apenas amueblada de Veerappa Street, totalmente satisfecho con lo que tenía y sin desear nada que no tuviese. El padre de Sripathi le hacía una visita cada quince días, siempre llevando consigo a Sripathi. En cuanto entraban en aquel pequeño habitáculo que parecía un gnomo agachado en medio de la miseria de la calle, Rama Rao se acercaba a ellos arrastrando los pies, le cogía la barbilla a Sripathi con mano temblorosa y exclamaba: «¡Pero cómo ha crecido este niño!». Rama Rao hablaba con una lentitud exasperante. Tardaba media hora (o eso le parecía al joven Sripathi) en terminar cada frase.

Un día, cuando el anciano iba por la mitad de una larga anécdota que había empezado a contar, Sripathi, aun sabiendo que su padre se enfadaría, reventó de impaciencia: «Tío Rama, ¿por qué vas tan despacio al hablar?».

Y el viejo, mirándolo con ojos alegres, había contestado, también muy lentamente: «Ah, mi niño, es que una vez las palabras han salido de la boca ya no se pueden hacer volver. Por eso me lo

pienso bien antes de dejarlas escapar».

Sripathi deseó haber asimilado mejor este consejo. Salió a la veranda, cogió el periódico, se lo llevó al balcón del piso de arriba y lo abrió por la página del artículo de fondo. Ahí estaba una de sus cartas, en la sección de cartas al director.

Muy señor mío:

Me refiero al comentario hecho por uno de nuestros estimados ministros en el sentido de que el baniano que se encuentra en la confluencia de Beach Road y la antiguamente denominada Brahmin Street debe talarse para así evitar más accidentes de circulación. Permítame señalar que el árbol no es más que un inocente testigo. Los verdaderos culpables son los conductores bebidos, la insuficiente iluminación de la zona, la ausencia de policía de tráfico que controle el exceso de velocidad, y otros factores humanos.

Atentamente,

Pro Bono Público

Esperó a sentir el leve escalofrío de placer que le producía el ver su pie de autor en letras de molde, pero no pasó nada. Se notaba más muerto que un palo seco.

* * *

«No es justo», pensó Nandana. A ella siempre le tocaba parar cuando jugaban al escondite en el bloque de apartamentos. Jugaban ella, Nithya, Meena y Ayesha. Hacían alguna trampa, seguro, pero no sabía cómo.

—Cierra los ojos y cuenta hasta veinte —le ordenó Nithya.

De mala gana, Nandana se apoyó contra el muro del edificio y cerró los ojos. Empezó a contar: uno, dos, tres…

—Pequeñina… —dijo una voz zalamera cerca de su oído, dándole un susto y haciéndole abrir los ojos—. Mi pequeñina, mi niña bonita, ven aquí.

Era la señora de la planta baja, la que siempre estaba triste, sentada en el patio y mirando al frente. Koti le había dicho que estaba loca. Nandana se apartó nerviosamente. ¿Qué hacía la gente loca?

—¡Ha hecho trampa! ¡Ha hecho trampa! —chilló Meena, que se

había asomado por la esquina del edificio para ver si Nandana había terminado de contar—. ¡No se vale! Estaba con los ojos abiertos…

Nandana negó con la cabeza. Ella nunca hacía trampa. Nunca. Las otras dos niñas salieron de sus respectivos escondites.

—Tenemos que castigarte porque has hecho trampa —le dijo Nithya.

—¡Sí, sí, sí! —gritaron Meena y Ayesha, a modo de cantilena—. Tiene que cruzar los ojos hasta que se vuelva bizca. Y además tiene que parar tres veces seguidas.

«No llores, no llores», se dijo Nandana. Llorar era señal de que la batalla se daba por perdida. Se lo había dicho su padre cuando Janet Lundy estuvo muy antipática con ella en la fiesta de cumpleaños de Molly. Aquel día había llorado, había llorado tanto que la pechera del vestido nuevo había quedado empapada y luego le había notado al pastel un gusto raro. Pero ahora no iba a darse por vencida. Se cogió la punta de la falda y la apretó en su puño derecho. Ojalá tuviese con ella a su vaca Moona.

—No, esos castigos son bobos —dijo Nithya—. Tengo una idea mejor. Ha de pasar una prueba.

¿Qué prueba?

—Ha de pasar por el túnel que hay entre el edificio A y el B —dijo Nithya señalando el oscuro callejón que había entre los dos bloques.

Meena y Ayesha emitieron unas risitas sofocadas y nerviosas.

—Pero ahí no podemos ir… —dijo Ayesha en voz baja.

—La prueba del túnel —dijo Nithya con firmeza.

Nandana miró temerosa hacia el pasadizo oscuro y lúgubre. Allí dentro había espíritus malignos. Se lo habían dicho todos los niños. Y a veces se escondía allí el señor loco del segundo piso, el *Ajja* Chocobar. La señora Mamma le había dicho que, cuando lo viese, echase a correr. Pero la señora Mamma no le caía bien a Nandana desde hacía unos días. No había encontrado el chaquetón rojo. Le había mentido.

—Si no haces la prueba, nunca más jugaremos contigo —le dijo Meena.

Nandana vaciló un momento y se puso a andar despacio en

dirección a la estrecha abertura entre los edificios. Detrás de ella, las niñas rieron nerviosamente, un poco asustadas.

—Es una cobardica —dijo Nithya.

—Mi mamá me dijo que es un sitio in-sa-lu-bre —dijo Ayesha—. Si lo supiera me pegaría.

—¡Acusica! —exclamó Nithya—. ¿Cómo va a saberlo si tú no se lo dices? —Y volviéndose con los brazos en jarras hacia Nandana, le preguntó—: ¿Bueno, vas a entrar o es que tienes miedo?

Ni hablar, pensó Nandana. Y entró en el túnel, oyendo chillar a las niñas a su espalda.

—¡Te esperamos en la otra punta! —gritó una de ellas, y todas echaron a correr.

En el túnel había una luz crepuscular. Las luces provenientes de las ventanas de los pisos cercanos rielaban, fantasmagóricas, en las paredes viscosas, y el suelo resbalaba un poco con el líquido que goteaba de las cañerías. Olía a fruta podrida y Nandana tuvo ganas de vomitar. Las cañerías de las aguas residuales parecían serpientes bajando por las paredes, y el ruido del agua de los retretes, de los grifos abiertos, de los chorros de las duchas, de las canciones y charlas familiares se convertía en un batiburrillo fantasmal de gemidos y silbidos, suspiros y gorgoteos. Una cosa suave le resbaló por el tobillo y, dando un grito de terror, Nandana se abalanzó hacia la salida, sollozando de alivio.

Las tres niñas la estaban esperando, pero en cuanto la vieron salir echaron a correr y desaparecieron tras la esquina del edificio. Las lágrimas que Nandana había acumulado en su interior salieron de golpe y lloró más y más fuerte. Eran malas, como sus padres. Se habían ido. Ella había rezado todas las noches a Hanuman para que le devolviese a sus padres, a aquel valiente
dios-mono
de quien le había hablado la tía Kiran, el que siempre ayudaba a los que estaban en apuros y les hacía felices. Pero no había funcionado. El
dios-mono
no había hecho nada.

—Ah, mi vida, ahí estás —dijo una voz dulce que la sobresaltó.

Era la señora loca otra vez.

—¿Dónde has estado, criatura? No sabes lo preocupada que me has tenido.

Nandana retrocedió, aunque la mujer tenía un aspecto más bondadoso que otra cosa. No llevaba ni los palos ni los cuchillos que, según Nithya, tenía siempre consigo. Sin embargo, era una desconocida.

—Ven, mira lo que te he preparado —dijo la señora, sonriendo y extendiendo un brazo.

Nandana, curiosa, avanzó un poco para ver qué le ofrecía la mujer. Era un *paratha* muy hojaldrado.

—¿Ves? Tu golosina preferida —dijo la mujer, alargando un brazo para coger el de Nandana—. Con mucho azúcar, como a ti te gusta.

Ahora le daba miedo, porque la miraba fijamente con sus ojos negros. Así que Nandana dio media vuelta y echó a correr hasta salir del recinto. Cuando pasó como un rayo por delante del *gurkha* que dormitaba sentado en su taburete, junto a la verja de entrada, este se levantó de un salto.

—¡Eh, eh, señorita! —gritó, echando a correr tras ella—. ¿Dónde va usted tan deprisa?

Al ver que Nandana entraba por las verjas de Casa Grande, dejó de seguirla. Al entrar en el jardín, Nandana oyó a la señora Mamma cantando y el
tap-tap
de la batuta que usaba en las clases.

—¿Adónde vas? —le preguntó la tía Putti desde la veranda donde estaba sentada leyendo una revista.

Pero Nandana siguió corriendo hasta que llegó al jardín de atrás y al mango del que su madre le había hablado hacía mucho, mucho tiempo. Se sentó bajo él, casi sin aliento. Esta vez, para variar, ni siquiera se molestó en comprobar si por el tronco había hormigas rojas, abejas asesinas o cobras.

15

Canto por lo perdido

Putti terminó de leer la revista y miró discretamente por encima del muro, hacia la casa azul de Munnuswamy. No se veía a nadie; solo la vaca y, a su lado, la ternera muerta. Habían tapado un montón de heno con el pellejo de la ternera, lo habían atado para que, más o menos, pareciese un animal, y lo habían puesto al lado de la vaca. La señora Munnuswamy había dicho que era lo que se hacía siempre. «A la madre hay que hacerle creer que la cría aún está viva —dijo—. Si no, la pobre estaría tan triste que no daría leche, las ubres se le infectarían y también ella se moriría». Putti había pensado que sería estupendo que a los seres humanos se les pudiese engañar con la misma facilidad. ¿O acaso sabía la vaca que su cría estaba muerta y se prestaba de buena gana al mentiroso consuelo que Munnuswamy había pergeñado con el heno y el pellejo?

Decidió subir a la azotea y sentarse allí un rato. Pasó junto a las niñas que bailaban e hizo caso omiso a su madre que, sentada en el umbral de la puerta, hacía comentarios sobre las alumnas y sobre los métodos pedagógicos de Nirmala.

Ammayya tampoco la miró. Estaba enfadada con Putti. Ese mismo día por la mañana habían registrado la casa de arriba abajo buscando el chaquetón rojo de Maya. Pero no habían podido buscar en la habitación de Ammayya, pues esta no les había dejado entrar, ni por supuesto abrir ninguno de sus armarios o baúles.

—¡Conque insultándome en mi propia casa! —había gritado,

dándoles bastonazos a su nuera y a la criada—. ¡Acusándome de robo! ¡Ha llegado Kali-yuga[18] y yo tengo la desgracia de estar viva para verlo! ¡Ay, ay, ay!

—Nadie la acusa de nada, Ammayya —dijo Nirmala, esquivando los golpes—. La niña ha tenido un disgusto muy grande y solo queremos ver si el chaquetón ha venido a parar a su cuarto por error.

—¿Por error? ¿Por error? ¿Puede un chaquetón abrir puertas y meterse en un armario él solo? ¡A mí no me engañáis, ni tú ni esa furcia de Koti! ¡Vais detrás de mis joyas, lo sé!

—Si el espectro de Maya puede vagar por la casa, ¿por qué no un chaquetón? —preguntó con aspereza Nirmala, que no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente ante su suegra.

—¿Espectros? ¿Hay espectros en esta casa? —preguntó ingenuamente Ammayya, abriendo mucho los ojos.

—Usted es la que le dijo a mi nieta que los había —dijo Nirmala.

—¿Yo? Yo nunca hablo con esa cría. ¿Para qué, si está muda? —Y llevándose una mano al corazón, dejó que los ojos se le llenasen de lágrimas—. Me he pasado la vida haciendo favores a otros, incluso a los extraños, y hay que ver cómo me tratan ahora en mi propia casa…

Después de comer, mientras Ammayya dormía la siesta, Putti había cogido las llaves de su madre y había encontrado el abrigo. Estaba escondido en un rincón del armario, envuelto en un sari viejo. Sin decir nada, se lo había entregado a Nirmala. Ahora, ya en la azotea, Putti se apoyó contra el repecho de la pared y se apartó todo el cabello a un lado. Era domingo y se había permitido el lujo de darse un baño de aceite. La combinación del espeso aceite de mostaza fundiéndose en su piel y del agua caliente con la que luego se había aclarado la hacían sentirse agradablemente soñolienta. Una ligera brisa le refrescaba la nuca. Abajo, en el jardín, vio a Nandana cerca del mango. La niña había atrapado al gato y estaba jugando con él.

—Sus rizos son nubes negras que se despeñan —llamó una voz proveniente de la azotea vecina.

Sobresaltada, Putti levantó la vista y vio a Gopala en la azotea de su casa, en camiseta y pantalones cortos. Sabía que era

indecoroso por parte de él mostrarse medio desnudo a una mujer soltera, pero notó un revoloteo de emoción en el vientre.

—La cara, rayo de luna asomando entre ellas —continuó Gopala, apoyándose contra el parapeto y dirigiendo a Putti una mirada honda y significativa—. Los ojos son dos estrellas que me hacen señas.

Entonces dirigió la vista hacia los senos de ella, púdicamente cubiertos por el *pallu* del sari, y Putti, horrorizada, notó que los pezones se le endurecían dentro del austero sostén de algodón blanco que llevaba puesto. Como toda la ropa interior que vendían en Beauteous Boutique, era una prenda hecha para durar varias décadas. Putti se sonrojó, avergonzada por las imprevisibles reacciones de su cuerpo.

—¿Quieres que te arrebate, rayo de luna? —dijo en voz alta Gopala, e hizo un amago de salvar de un salto el espacio entre los dos edificios.

Putti dio media vuelta y huyó a refugiarse en el interior de la casa. Estaba tan agitada que no sabía qué hacer ni dónde meterse. Lo último que quería en ese momento era encontrarse con su madre. Con el corazón desbocado de miedo y de emoción, se sentó en lo alto de las escaleras. Pensó que Gopala era como un artista de cine. Pero era también, se dijo Putti a sí misma, un hombre despiadado y sin escrúpulos. Era peligroso. Sin embargo, la idea de que él pudiera salpicar el mundo inmaculado y seguro en el que vivía ella era muy emocionante.

Y para complicar las cosas aún más, el terapeuta del psiquiátrico —el tipo al que Gowramma consideraba una joya— había anunciado su visita para la semana siguiente. Putti no sabía lo que haría si él se mostraba de acuerdo en casarse. ¿Podría quizá negarse ella? ¿O le encontraría Ammayya alguna pega al novio, como había pasado con todos los anteriores? Inquieta, bajó al cuarto de baño de su hermano, en el piso de abajo, y se lavó la cara con agua fría. Entonces, ya más tranquila, se dirigió a su cuarto con la esperanza de que su madre no estuviese allí. Pero las alumnas de Nirmala ya se habían marchado y Ammayya estaba medio arrepentida de haberse peleado con Putti. Cuando vio a su hija, la miró con ansia.

—Hija mía, ¿no estás contenta? La semana que viene conoceré a

mi yerno.

—Todavía no estoy casada con él. Solo vamos a conocernos —replicó Putti, pasando rápida al lado de su madre y metiéndose en el dormitorio.

—Tengo la corazonada de que este nos va a gustar —dijo satisfecha Ammayya, balanceándose en la mecedora—. Algo me lo está diciendo. Y esta mañana he visto cuatro cuervos en el jardín de atrás. ¿Sabes lo que eso significa?

—No.

—Claro que lo sabes. Si te enseñé yo misma la poesía… «Uno es pena grande, dos es un cariño, tres una misiva… ¡y cuatro un niño!». ¿Te acuerdas ahora, hija mía?

Putti se sentó frente al espejo belga y empezó a cepillarse el pelo, que la brisa le había enmarañado.

—¿Por qué no le dices nada a tu madre, mi cielo? —dijo Ammayya en tono de súplica.

—No tengo nada que decir.

Ammayya miró afectuosamente a Putti, que contemplaba el espejo como si no lo hubiese visto nunca. En la mente de la anciana surgió un asomo de perplejidad: una vez más veía a Putti transfigurada delante del espejo. Se acercó para ver qué era lo que miraba su hija, pero en el azogue corroído no había más que el reflejo de ellas dos.

Esa tarde, a las seis, cuando las alumnas de danza se hubieron marchado, la familia fue al templo. Nandana tenía un aspecto distinto porque, en vez de los tejanos habituales, vestía una falda larga de algodón verde y una blusa a juego. Nirmala llevaba la ofrenda de fruta en una bandeja de plata: plátanos, una sola manzana (pues iban muy caras en ese momento), un racimo de uvas cubiertas de un polvillo blanco de pesticida que no se había ido al lavarlas y un coco con la peluda corteza aún intacta, pues se consideraba poco propicio el tirarla antes de ofrecer el fruto a Dios. Un par de palitos de *garbatti* y un ramo de flores completaban el cuadro. Cuando el padre de Sripathi aún vivía, la ofrenda era más espléndida e incluía frutos que no eran de la estación, como mangos

y granadas, e incluso una moneda de plata o dos.

Ahora que había empezado el período de fiestas, y a esta hora del atardecer, el templo estaba lleno de fieles. Las mujeres pasaban vestidas con ricos saris de seda y oliendo a sándalo, jazmín e incienso. También ellas llevaban fuentes con frutos y flores. Los hombres, en comparación, tenían un aspecto más ordinario; casi todos llevaban *lungis* blancos alrededor de la cintura y *kurtas* blancas y almidonadas. A las afueras del templo, una vez pasadas las verjas, había hileras de vendedores pregonando sus mercancías. Más flores, cocos, frutas, hojas de betel, montones de polvos de *kum-kum* en tonos rosa y carmesí, como montañas en el sueño de un niño: allí estaba todo lo que uno pudiese necesitar para aplacar, honrar o halagar a los dioses que residían en medio del sosegado silencio de aquel gran edificio pétreo de altísimas columnas y vientre oscuro.

Le dejaron los zapatos a un chiquillo que les entregó una ficha. Por una pequeña cantidad, les guardaría el calzado de los ladrones y mendigos que siempre pululaban por las verjas del templo esperando una limosna o algún descuido de quien llevase el bolsillo lleno. El templo estaba rebosante de fieles: algunos cantaban o se inclinaban ante los diversos ídolos que estaban repartidos por el resonante recinto de piedra; otros rezaban en silencio con los ojos bien cerrados. Un hombre estaba tendido en el suelo y se golpeaba la frente en el pavimento una y otra vez, de manera que el murmullo de sus rezos se alzaba y disminuía de volumen con cada movimiento de cabeza. En un rincón alejado, un viejo pulcramente vestido y de cabello ralo estaba sentado contra un pilar. Batía las palmas y, con una voz sonora que parecía surgir directamente de su barriga, gritaba: «¡Todos se han ido, todos! ¡Oh Señor de los ganados, solo Tú me quedas!».

Krishnamurthy Acharye los estaba esperando. Era el viejo sacerdote que había presidido las ceremonias al nacer Maya, durante el *annaprashna* en que comió alimento sólido por primera vez, cuando más tarde la niña cumplió un año de edad, y también era quien la había bendecido al marcharse de Toturpuram. Ahora rezó unas oraciones por su alma y la de Alan, esto último a pesar de las objeciones de Ammayya.

—Tú y yo somos lo suficientemente viejos como para no hacer aspavientos por una tontería, Janaki *Amma* —le dijo, pues el sacerdote era una de las pocas personas que, al conocer a Ammayya desde hacía muchos años, se permitía llamarla por su nombre de pila—. A nuestros dioses no les importará que digamos una oración por alguien de otra religión. Hace ochenta y cinco años que hablo con ellos y lo sé bien.

—¡Pero no tiene un *gothra-nakshatra*, no lo tiene en absoluto! —se quejó Ammayya—. ¿De qué linaje procede? ¿Bajo qué constelación nació?

—Lo haremos en el nombre de Dios, eso será suficiente —dijo el sacerdote.

Ammayya tuvo que contentarse con echar una ojeada a los relucientes utensilios de plata que Nirmala había traído junto con el coco, las flores, las monedas y las prendas de vestir; todo ello iba a distribuirse entre los pobres una vez terminada la ceremonia.

—¿Has visto todas las cosas nuevas que ha traído? ¡Y la muy taimada dice que no tiene dinero para comprar! —le susurró Ammayya a Putti, que a su vez miró ceñuda a su madre.

—Estas son las cosas de su dote, Ammayya —dijo Putti, asqueada con su madre por mostrarse tan poco caritativa incluso en esa triste ocasión.

Fue una ceremonia sencilla, pues Nirmala había insistido en ello. Una vez el sacerdote hubo terminado de salmodiar, la familia permaneció sentada en silencio durante unos minutos. El ritmo ancestral de las palabras era profundamente conmovedor y Sripathi se notaba el picor de las lágrimas tras los párpados. Pero no iba a derramarlas: hacerlo sería como aceptar definitivamente la muerte de Maya; sería como absolverse de toda culpa, y eso no lo podía hacer. Como los penitentes, necesitaba notar la áspera comezón de la culpa para mantener vivo el recuerdo.

Ese mismo día, al anochecer, Arun y Sripathi fueron hasta la playa con las cenizas de Maya. Estaba llena de gente que había salido a dar un paseo. Los niños corrían por la orilla y chillaban con semifingido temor cuando las olas arremetían contra sus piernas desnudas. Las mujeres, con los saris recogidos a la altura de las rodillas, vigilaban a los niños y de vez en cuando gritaban:

«¡Cuidado!». Aquí y allá brillaban las luces de las lámparas Petromax[19] junto a los vendedores de cacahuetes y de mangos verdes cortados en espiral, de
bhel-puri
y de jugo de caña de azúcar, los cuales tenían las voces roncas de pregonar con el incesante ruido de fondo de las olas.

—Vayamos más lejos, hacia allá —dijo Arun, señalando hacia un estrecho arenal que se adentraba en el mar y que estaba rodeado de rocas musgosas.

Allí vaciaron la urna. Vieron cómo las motas grises se alejaban flotando entre la espuma del mar o caían sobre las rocas, desde donde serían arrastradas cuando entrase la marea. Sripathi notó que algo de polvo se le posaba en la cabeza y se le quedaba pegado a la piel de la cara. Se pasó una mano por el cabello, pero seguía notando —o así se lo parecía— el peso de aquellas partículas. También se notaba la cara áspera, como si la ceniza le hubiese producido unas costras permanentes.

—Tendríamos que haberlas llevado a un río —murmuró—. Hubiera sido lo más apropiado.

—No creo que eso importe. A Maya no le hubiese importado —dijo Arun—. Nunca dio importancia a los detalles tontos.

Sripathi, demasiado conmovido como para decir nada, asintió con la cabeza. No, a ella nunca le importaron los detalles como el buen nombre de su padre, la ira del señor Bhat… ninguna de estas cosas. Y a él sólo le importaban las cosas así. Ese era el problema. De pronto tuvo ganas de ver a Raju, de que su amigo le contagiase un poco de su tranquila firmeza, de su buen humor.

—Tú vete a casa —le dijo repentinamente a Arun—. Dile a tu madre que yo iré más tarde.

Estuvo un rato al borde del mar y luego cruzó la playa de arena mojada hasta llegar a la calle donde había aparcado la vespa. Durante el trayecto pasó por delante del taller de Karim, del edificio Ace Tutorial,[20] repleto de chicos y chicas que preparaban, nerviosos y a toda prisa, los exámenes SAT, GRE y GMAT,[21] y de la tienda de vídeos, que retumbaba con el sonido de la banda sonora de alguna película. La casa de Raju, cuando Sripathi llegó a ella, era un oasis de paz, pero su amigo estuvo extrañamente

silencioso y como ausente durante la visita. Escuchó lamentarse a Sripathi acerca de la posibilidad de perder su empleo; y asintió con la cabeza cuando este le habló de la ceremonia recién celebrada.

—Sí, tienes que poner punto final a algunos episodios de tu vida —le dijo—. De lo contrario te volverás loco.

Pero cuando Sripathi empezó a quejarse de Arun, Raju lo miró con irritación.

—¿Por qué estás siempre mortificando al muchacho? Al menos está a tu lado cuando lo necesitas. Mis hijos, en cambio, se han convertido en unos extraños.

Se interrumpió y, mirando fijamente el libro que tenía en las manos, quedó sumido en silencio. Sripathi, intuyendo que algo más que la actitud de los hijos preocupaba a su amigo, se tomó el té a sorbos, sintiéndose algo incómodo.

—¿Te pasa algo? —preguntó al cabo de un rato.

—No —dijo Raju, tras un momento de duda—. Estoy bien, solo un poco cansado.

—Sí te pasa algo —insistió Sripathi—. A mí no me lo puedes ocultar. Anda, dímelo. Creía que éramos amigos.

—Tienes demasiada imaginación, Sri —dijo Raju, sonriendo levemente—. No hay nada que contar.

Poppu entró trayendo más té y Raju cambió de tema.

—¿Por qué no has traído a Nandana? —preguntó—. Tengo ganas de conocerla. ¿No soy yo como otro abuelo?

—Sí, lo haré —dijo Sripathi, dudando de si decirle a su amigo que la niña no hablaba y que parecía sentir antipatía por él.

—¿Cuándo? ¿Mañana? Estoy harto de no tener compañía. ¿Por qué no venís todos a tomar el té mañana? Le diré a Poppu que haga su famoso *maddur vadais*. ¿Qué dices?

—Digo que estás intentando cambiar de tema. Sé que te preocupa algo y no me iré hasta saber qué es —dijo Sripathi con firmeza.

Raju jugueteó con las páginas del libro que tenía entre las manos.

—Me vendo esta casa —dijo—. Ya no tengo suficiente con la pensión de jubilación. Yo solo no puedo con Ragini y Poppu se está haciendo vieja. Necesitamos una enfermera y no me lo puedo

permitir a menos que venda la casa.

Sripathi se quedó tan sorprendido que enmudeció unos momentos.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—¿Qué hubieras podido hacer? Tú también tienes problemas.

Sripathi se sentía demasiado avergonzado para decir nada. Le daba la lata a Raju lleno de lástima de sí mismo, siempre estaba aprovechándose de la fortaleza de su amigo y nunca le había preguntado cómo le iban sus asuntos.

—A veces me imagino matándola, ¿sabes? —siguió diciendo Raju—. Pienso en lo fácil que sería ponerle una almohada sobre la cara mientras duerme y salir impune. ¿Quién haría preguntas? Nadie. ¿Por qué iba a preocuparse la gente de una chica retrasada a la que sus propios hermanos han abandonado?

—No digas eso —dijo Sripathi, sin poder ocultar que estaba escandalizado.

—¿Por qué?

—No lo piensas realmente, lo sé.

—No estés tan seguro —le dijo Raju, dirigiendo a Sripathi una mirada cansina—. A veces estoy aquí sentado y pienso: si a mí me pasara algo, ¿quién se ocuparía de ella?

Sripathi deseó poder decir sin vacilación que él lo haría. Deseó tener la valentía y la bondad de decirlo. Pero se quedó callado y, después de un rato, cuando Poppu entró para llevarse las tazas de té, se levantó para irse.

—Si vendes esta casa, ¿adónde irás? —preguntó.

—Pues seguiré en el mismo sido, porque los constructores me dan un piso como parte del precio de la casa —contestó su amigo—. ¿Te vas ya? No te olvides de que quiero conocer a Nandana. Tráela la próxima vez que vengas, ¿de acuerdo?

—Muy bien —dijo Sripathi—, pero a condición de que no vuelvas a pensar esas cosas sobre Ragini.

De nuevo estuvo a punto de decirle a Raju que él cuidaría de la chica si algo le pasaba, que siempre podría contar con su ayuda, pero las palabras no le salieron de la boca. Cuando estaba a medio camino de su casa se dio cuenta de que Raju no había contestado nada a su última frase. El próximo viernes, se dijo. El viernes

hablaría de nuevo con Raju, le diría que él estaba dispuesto a ayudar en todo lo que hiciese falta. A lo mejor podía quedarse unas horas con Ragini mientras Raju daba un paseo hasta la playa. O podían ir con la muchacha a merendar al campo.

Al entrar en Casa Grande, Sripathi vio a la señora Poorna esperando en el balcón de su piso; estaba a la espera de su hija perdida.

—Pobre desgraciada, tu hija no volverá —murmuró Sripathi con tristeza—. Los desaparecidos nunca vuelven.

En cierto modo, le envidiaba a aquella mujer la locura. La señora Poorna vagaba por los corredores secretos de su mente eternamente esperanzada. Había encontrado alivio en la idea de que su hija había salido a jugar y volvería en cualquier momento. Sripathi se preguntó si no sería un consuelo perderse en la locura. Anhelaba sumirse en el olvido para no sufrir. O tener la fortaleza de poder desvincularse completamente del mundo y llegar a aquel estado que los sabios de las epopeyas habían alcanzado después de largos años de ayuno, penitencia y meditación. Cuando era niño, a Sripathi le advertían de que no se quedase mucho rato en un mismo sitio de la orilla del mar. El mar se lo llevaría, le decían. Pero él esperaba hasta que notaba debajo de los pies el incipiente y traicionero movimiento de la arena, y con él la sensación de que se iba hundiendo centímetro a centímetro, y solo entonces, con mucha fuerza de voluntad, se apartaba del insidioso tirón del mar y corría por la orilla dándoles puntapiés a las olas en un arrebato de libertad. Esta pena que le envolvía era como el mar. Cuanto más se quedaba a su lado, mirando absorto su ilimitado horizonte, más se hundía. La pena le impedía sentir nada por la criatura que Maya había dejado atrás, le impedía amar de nuevo a las personas. Quizá no deseaba apartarse de aquel acogedor abismo de oscuridad que se abría ante él cada vez que oía un fragmento de la música que había gustado a su hija, cada vez que oía una voz con un timbre parecido al suyo o que veía girarse una cabeza peinada igual en el mercado, o algún gesto que se la recordaba.

* * *

El diente se le cayó el miércoles por la mañana, justo antes de levantarse de la cama, con el acompañamiento de un borbotón de sangre que le manchó la almohada y que asustó a la señora Mamma. Pero Nandana se alegró. Ahora encontraría algo de dinero debajo de la almohada y podría comprarse una de aquellas botellas de zumo verde que todos los demás niños compraban a la salida del colegio. O el caramelo rosa y negro en forma de canica gigante, tan grande que parecía que tuvieras paperas y además se te caía la baba por la barbilla.

—Cuánta sangre por un diente tan chiquitín… —dijo maravillada la señora Mamma, mientras le lavaba la cara y le empujaba el labio hacia arriba para mirar el hueco rosa que había quedado entre dos dientes tambaleantes—. ¡*Ayyo*! Con lo menuda y guapa que tú eres… —E inclinándose hacia adelante de manera que su olor cálido a encurtidos, sudor y talco envolvió a Nandana, la besó en la frente—. Ahora te saldrá un diente tan grande que podrás comer el doble de deprisa, ¿a que sí?

Apagó el calentador eléctrico de inmersión que había metido en un cubo de agua, lo sacó del líquido y lo colgó de un gancho clavado en lo alto de la pared. La espiral metálica, que estaba color de rosa, se volvió blanca al secarse. Nandana nunca había visto cosa igual. Le habían dicho que no debía tocarlo nunca, ni cuando estaba en el agua ni cuando estaba fuera. Ahora la señora Alamina mezcló con el agua caliente un poco de agua fría que tenía en otro cubo y la fue probando con los dedos hasta que estuvo en su punto.

—Bueno, hoy te puedes bañar sola —le dijo—. No tardes mucho.

Recogió el afilado pedacito de hueso que Nandana le había dado y salió andando del cuarto de baño. Nandana miró el agua del cubo. Desde la puerta vio cómo la señora Mamma sacaba la funda manchada de la almohada y hacía la cama antes de salir de la habitación. No dejó nada debajo de la almohada, así que Nandana hizo caso omiso de sus instrucciones y la siguió dando saltos. A lo mejor aquí en la India te daban el dinero en la mano. A lo mejor aquí no había hadas que te lo dejasen debajo de la almohada. La señora Alamina subió pesadamente las escaleras hasta llegar a la

azotea, a plena luz del sol, y con un rápido movimiento del brazo arrojó el diente al tejado de la casa.

—Eso es —dijo—. Así los cuervos se lo llevarán y los espíritus malos no sabrán de quién es.

¿Había tirado el diente? ¿No lo había guardado en una caja como hacía su papá? Nandana no daba crédito a sus ojos. Pero seguía allí de pie, junto a su abuela, que ahora tocaba la ropa que había estado tendida durante la noche y estiraba las prendas ya secas. Dentro de un momento se sacaría un billete de una rupia de aquel sitio húmedo que tenía entre los pechos y se lo daría a Nandana. Seguro. Siguió pegada a la señora Mamma, chupándose una trenza, notando el calor del sol en los brazos desnudos que asomaban de la delgada combinación de algodón que llevaba puesta.

—¿Eh? ¿Qué estás haciendo aquí, criatura? —preguntó la señora Mamma, percatándose de la presencia de la niña—. Otra vez te vas a retrasar y tendremos todo el barullo del rickshaw. ¿Acaso no te he dicho que te bañases? Entra, rápido.

¿Y el dinero del diente?, pensó Nandana, mirando esperanzada a su abuela. Abrió bien la boca y se señaló el hueco de la encía superior.

—¿Qué hay, nena? —preguntó cansinamente la señora Mamma —. Ya te he dicho que pronto te saldrá otro. Uno más fuerte, no te preocupes. Y ¿por qué no dices algo? Me está cansando mucho ya el procurar entenderte…

Dando un suspiro, se puso toda la ropa contra un brazo y empujó a Nandana hacia las escaleras y hasta el cuarto de baño. Se sentó encima de la cama y dobló las prendas, tiesas de jabón, sal y restos de almidón, mientras que Nandana, mohína, se echaba por la cabeza una taza de agua tibia tras otra. Esto era hacer trampa, pensó. Se le había caído el diente para nada. Quería volver a casa.

16

Billete de huida

Mientras hacía garabatos en un bloc, Sripathi se preguntó si no le sería posible escapar del trabajo a una hora temprana, antes de que empezase
rahu-kala
, la hora mala. De lo contrario, tendría que quedarse hasta las seis. No tenía nada que hacer excepto el anuncio de las tuberías de aluminio. Era el encargo de menor envergadura económica que Publivista había recibido nunca, y el cliente no quería más que una foto de una chica escotada, apoyada contra una pila de tuberías. Eso les había dicho en la primera entrevista que habían mantenido con él. Sin embargo, Kashyap le había pedido a Sripathi que escribiese algo. Ambos sabían que era pura fórmula, que se le pedía un ejercicio innecesario que más tarde se descartaría. Mientras Kashyap acababa de decidirse sobre el traslado a Madrás, mientras negociaba con los bancos los empréstitos que le permitirían dar ese paso y procuraba conseguir clientes en aquella ciudad, dejaba que Sripathi continuase sentado a su mesa y le arrojaba alguna campaña sin importancia que roer. No volvió a llamarle a su despacho, ni le envió a Kumar, el peón, con ninguna nota más. Sripathi se preguntaba si a los demás también les habían dicho que pronto iban a perder su puesto de trabajo. Ni Victor ni Ramesh habían mencionado el traslado a Madrás durante la hora de la comida: los dos seguían bromeando y contando chismes como siempre. ¿Acaso iban a despedirle solo a él? Tenía cincuenta y siete años. El año

próximo tendría que jubilarse de todas formas, así que no era demasiado grave. La compañía tenía un plan de pensiones al que Sripathi había estado contribuyendo durante muchos años, de manera que podría contar al menos con eso, pensaba él. El bloc de hojas pautadas estaba lleno de cálculos numéricos: nerviosos apuntes de sumas, restas, multiplicaciones… En la cabeza de Sripathi no había sitio para tuberías de aluminio o para la Joyería Mangalore o para los Ace Tutorials, que garantizaban el acceso a universidades extranjeras preparando a los alumnos para los exámenes SAT, GRE y TOEFL.

Oyó a Renuka Naidu, al otro lado de la pared que separaba los dos cubículos, comentando la película que en ese momento proyectaban en el Galaxy Theatre.

—Los actores están espléndidos —decía con aquella voz suya que denotaba seguridad—. El papel femenino tiene mucha carga dramática. Pero a mí me encanta Shahrukh Khan. Es un sueño y en esta película hace todo un papelazo.

Ella iría a Madrás, sin duda alguna. Una especie de sorda envidia se apoderó de Sripathi, y hasta en la boca se notó el gusto amargo de la misma.

—Lo que pasa es que a las mujeres os gusta lo macizo que está —dijo riendo Mohán, otro de los jóvenes contratados por Kashyap en los últimos años. Sripathi se había percatado de que resolvía los trabajos encargados con mucha rapidez. Era simpático, siempre estaba relajado y al hablar contigo sabía darte la impresión de que eras la persona más importante del mundo—. A mí me gustó más la chica, Madhuri Dixit.

—Claro, claro, y seguro que te gustó solo por su interpretación.

Sripathi oyó el ruido de una silla que se arrastraba por el suelo.

—Ahora tengo que ir a ver al jefe. Nos vemos luego, ¿vale?

Sus voces se fueron apagando y Sripathi volvió a garrapatear números en su bloc de hojas amarillas: los pagos de los préstamos, la cantidad que debía devolverle a Raju, la contribución de bienes inmuebles, la reparación del tejado antes de que llegasen las lluvias, comida, agua, electricidad… La lista era interminable. Al final soltó la pluma dando una manotada en la mesa. Cediendo a un impulso perversamente irracional, decidió marcharse de la oficina temprano

e ir al Galaxy Theatre a comprar unas entradas para la película. ¿Y qué, si había facturas que pagar? Hacía años que no iba al cine, hacía años que no se dejaba arrastrar por el luminoso encanto de las fantasías proyectadas en una pantalla. ¿No podía comprar unas entradas y darle una sorpresa a Putti? A la pobre ni siquiera la había llevado a un restaurante para celebrar su cumpleaños. Y en cuanto a Nirmala, le haría bien salir de casa con él, y ver una película con mujeres de muslos macizos bailando alrededor de los árboles la haría reír. También la niña podía ir con ellos; sería su primera experiencia de una película india. Sripathi estaba tan contento con la idea que se olvidó del terapeuta del psiquiátrico que esa tarde iba a ir a conocer a su hermana.

Escribió deprisa unas cuantas líneas de material, dejó las hojas de papel en la mesa de la mecanógrafa y fue a entrar en el despacho de Kashyap. Afortunadamente este acababa de salir para encontrarse con un cliente y no regresaría hasta última hora de la tarde.

—¿Podrías decirle que he tenido que irme a casa? No me encuentro bien —le dijo Sripathi al secretario.

Jayaram le lanzó una mirada crítica con sus ojos cejudos.

—Pues a mí me parece que tienes buen aspecto.

—Tengo vértigos —mintió Sripathi, procurando parecer mareado—. El médico me dijo que fuese a su consulta en seguida si me volvía a pasar. Dijo que podía ser la presión arterial. Demasiadas tensiones últimamente.

La mirada de Jayaram se dulcificó y asintió con la cabeza.

—¿Qué hace la niña? Debe de encontrarlo todo muy raro, ¿no? Muy sucio y ruidoso, después de ese país tan limpio donde ha vivido. Mi sobrino, que vive en Australia, se pasa el día tapándose las narices cuando viene a visitarme. Pobre chico.

Le entregó a Sripathi una hoja que rellenar, echó luego una ojeada a esta y le permitió marcharse. Sripathi se sintió aliviado y culpable al mismo tiempo.

Desde la taquilla, un río de gente se extendía escaleras abajo, formaba un meandro alrededor de las bicicletas aparcadas y

terminaba en forma de charco en el exterior de las verjas del edificio del cine. Sripathi aparcó la vespa en la acera, convertida ya en un improvisado aparcamiento de vehículos. En la pared del edificio se alzaba una gigantesca valla publicitaria. Estaba pintada en colores chillones y representaba a un hombre embutido en unos ajustados pantalones de cuero, de pie junto a un cadáver sanguinolento. El hombre extendía en ademán triunfante un brazo, con el puño cerrado, que sobresalía de la valla. De la esquina inferior derecha surgía asimismo una pierna de cartón que pertenecía a una mujer de curvas exuberantes, de piel color de rosa y ataviada solo con un bikini de lentejuelas que resplandecía trémulamente en la brisa. La mujer parecía estar bailando: tenía las caderas desplazadas a un lado y los pechos enfundados en el sostén de lentejuelas se adelantaban agresivamente.

—Está de muerte, ¿no? —dijo una voz detrás de Sripathi.

Era Shyamsundar, un oficinista de Marketing Publivista. «¡Maldita sea! —pensó Sripathi—, ahora les dirá que me ha visto aquí y habrá problemas».

—Hola, Shyamsundar, ¿tú también te has tomado unas horas de asueto? —le preguntó Sripathi.

—Sí, sí —dijo el hombre tímidamente—. Mi hija celebra hoy su llegada a la madurez. La semana pasada se convirtió en una mujer, así que en casa lo están celebrando por todo lo alto.

—Entonces, ¿qué haces tú aquí?

—Es cosa de mujeres, ¿no? ¿Qué haría yo allí, con mi parienta, la suegra, mi madre, mis hermanas…?

—Pero entonces, ¿por qué te has tomado el día libre?

Su interlocutor pareció ofenderse.

—Y si mi familia necesita ayuda para preparar la fiesta, ¿qué? Me he pasado toda la mañana trabajando, que si las flores, la comida, el sacerdote… Ahora que tengo un respiro, la mujer me ha dicho: anda, vete a ver una película, y aquí estoy. —Y mirando a Sripathi con curiosidad, añadió—: ¿Cómo es que tú tampoco estás en el trabajo?

—Ah, porque me he tomado medio día libre. Tengo que ir al médico para un chequeo. Y como esto me coge de camino he decidido comprar unas entradas para la sesión de noche.

—¿Por qué tienes que ir al médico? ¿No estás bien?

—No me pasa nada grave, pero tengo la presión alta.

—La presión alta, ¿eh? —dijo sonriente Shyamsundar—. ¡Pues después de ver a esta tía cachonda y los meneos que se trae, la presión te va a estallar!

Le dio un codazo a Sripathi y continuó diciendo:

—Y la Madhuri de muslos macizos, cuando se pone a besar al protagonista con el sari húmedo pegándosele al cuerpo… ¡*Ayyo*! ¿Adónde te subirá la presión entonces, eh?

Guiñó un ojo y volvió a darle un codazo a Sripathi en las costillas.

Qué idiota, pensó Sripathi, pero en vez de decirlo sonrió.

Se hizo una pausa y a continuación Shyamsundar se acercó a Sripathi y le dijo en voz baja:

—¿Has visto alguna de esas?

Señalaba hacia un cartel menos visible, de tonos grises, colocado en una de las paredes del edificio del cine. En una esquina del póster, una mujer miraba coquetamente por encima del hombro y se desabrochaba el sostén, mientras que casi todo el espacio lo ocupaba un hombre de torso desnudo, despatarrado sobre una cama. Parecía muerto.

«Noches sin fin. Solo adultos. Escenas XXX no suprimidas», rezaba el letrero del cartel.

—Una vez, cuando estaba en la Universidad —reconoció Sripathi, acordándose de lo culpable que se había sentido y de cómo había temido que lo reconociera alguien del cine y que su madre llegara a enterarse.

—¿Y qué tal estuvo? —preguntó Shyamsundar.

Sripathi se encogió de hombros.

—Hace tanto tiempo que ni me acuerdo. Entonces la calidad de las copias dejaba mucho que desear, eran tan oscuras que apenas se veía nada.

Delante de él la multitud avanzaba a paso de tortuga y Sripathi se preguntó si no sería mejor dejar correr lo de las entradas y marcharse a casa. Un hombre vestido con una camisa amarillo chillón y pantalones acampanados pululaba a lo largo de la cola murmurando monótonamente: «Cincuenta por dos, cincuenta por

dos». A Sripathi le hizo pensar en una rata: tenía unos ojos pequeños, brillantes y ribeteados con *kohl*, y una nariz afilada que se estremecía cada vez que veía la cara crédula de alguien propenso a pagar los precios del mercado negro.

Se acercó sigilosamente a Sripathi y le sonrió con zalamería, dejando al descubierto una dentadura corroída por el jugo de *paan* y el tabaco.

—¿Cincuenta por dos? —preguntó, expeliendo un aliento a ajo que hizo retroceder a Sripathi—. ¿Por qué han de perder el tiempo haciendo cola, con el calor que hace? Lo lamento, de verdad —siguió diciendo compasivamente el revendedor—. Primero hay que trabajar todo el día y luego hacer cola para comprar entradas. ¿Han venido a descansar o a seguir trabajando? Lo lamento, de veras. Por eso he pensado «Voy a echar una mano a mis semejantes», eso es.

—Menudo sinvergüenza. Timando a la gente honrada y encima dorándoles la píldora —refunfuñó Shyamsundar, y Sripathi asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

El revendedor se encogió de hombros y siguió recorriendo la cola, dejando tras de sí un cóctel de olores donde el ajo, la brillantina y el sudor rancio se mezclaban con un perfume empalagoso. Eran ya las tres y en la zona frente al cine había una multitud. Entonces se produjo un pequeño revuelo en la parte delantera de la cola y la gente empezó a marcharse.

—Vaya, han cerrado la taquilla —dijo Shyamsundar, secándose el sudor de la frente y de la nuca.

Miró el dinero que llevaba en la billetera y avanzó a empujones entre la muchedumbre en dirección al revendedor, que en ese momento veía prosperar su negocio. Sripathi, tras un momento de duda, lo siguió. Ya que había esperado tanto rato, más valía comprar las malditas entradas, aunque fuesen tres veces más caras. Al fin y al cabo, no se daba ese gusto todos los días.

—¿Qué, caballeros…? —dijo el hombre sonriendo y atusándose el grasiento cabello con la palma de la mano—. ¿Se han cansado de esperar a pleno sol?

—Dos entradas, por favor —dijo Sripathi, alargando un billete de cincuenta rupias. Dado el precio de la reventa, había decidido comprarlas solo para Nirmala y Putti.

—Setenta y cinco rupias —dijo el vendedor.

—¿Qué? ¡Es usted un sinvergüenza! ¡Antes ha dicho cincuenta!

—¿Qué se le va a hacer? En este país los precios suben a cada momento. Ayer una rebanada de pan costaba dos rupias, hoy cuesta cinco. Los tomates iban a tres el kilo y esta mañana a mi mujer se los han cobrado a siete. Y haga el favor de no insultar, ¿eh? Soy una persona decente que hace un favor a sus semejantes. Si quiere usted las entradas, pague lo que cuestan. Hay gente que está dispuesta a darme por ellas hasta cien rupias. Encima que a usted le estoy haciendo un favor…

De pronto se inclinó hacia adelante y señaló con el dedo un billete de cinco rupias que a Sripathi le asomaba por el bolsillo de la camisa.

—Tenga cuidado con el dinero, caballero, que por aquí hay ladrones, carteristas y de todo —dijo solícito.

—Como si no lo supiera —contestó Sripathi.

—Yo solo cumplo con mi obligación, soy un hombre temeroso de Dios que solo cumple con su obligación —dijo el revendedor, en tono mosqueado.

—Bueno, basta ya, tenga las setenta y cinco.

Prefería no pensar en lo que diría Nirmala cuando supiese cuánto había pagado por las entradas, pero ahora ya era tarde para arrepentirse. Concluido el negocio, el revendedor desapareció entre la muchedumbre, que ahora parecía agolparse en la zona de las verjas. Sripathi también se vio empujado lentamente por la aglomeración de cuerpos en dirección a las verjas. Intentó ver la calle. Buscó con la mirada su vieja vespa entre el mar de vehículos aparcados en la acera. En la calzada, el tráfico se había detenido para dejar paso libre a una procesión de manifestantes que hacían ondear banderas. A ambos lados de la manifestación se veía a agentes de policía.

—¿Qué pasa? —preguntó Sripathi, tocando en el hombro al que tenía delante.

—Una marcha de protesta, supongo —dijo el viandante, encogiéndose de hombros.

—Menuda están armando… —comentó un vendedor de la acera mientras vaciaba una cesta de cacahuetes en una gran bolsa de

plástico y plegaba la mesita que le había hecho de tienda—. Mejor no mezclarse en ello. Han quemado un autobús en Margosa Road porque sí, eso me han dicho. —Colgándose los bártulos al hombro y poniéndose la cesta encima de la cabeza, se dio un meneo para que todo quedase en su sitio y se alejó caminando.

Sripathi se preguntó si debía arriesgarse a abandonar el recinto del cine, que era relativamente seguro, para ir rápidamente hacia el escúter aparcado. Pero tardaría un rato en sacarlo de aquel revoltijo de vehículos y durante ese rato podía pasar cualquier cosa. Esa gente podía ser agresiva, una palabra les hacía estallar y entonces el caos se propagaría como el fuego.

—¡Dejad en paz a los peces! —gritaban al unísono—. ¡Justicia para los pobres!

Algunos de los manifestantes llevaban pancartas con otras consignas: «¡Fuera barcos extranjeros! ¡Ladrones fuera! ¡Nos robáis la pesca y nos dejáis la sangre!».

La muchedumbre que se apiñaba en torno a Sripathi lo había ido empujando hacia adelante, de manera que se encontró apretujado contra las verjas del recinto, que un par de fornidos guardas acababan de cerrar. Miró el desfile de gente y de pronto vio a Arun, desaliñado como de costumbre y gritando con furia algo que Sripathi no llegó a oír. Este sacó frenéticamente un brazo por entre los hierros de la verja, notándose al mismo tiempo lleno de ira por la imprudencia del hijo y orgulloso de su actitud valerosa y desafiante. «¡Arun!», gritó, pero el grito quedó ahogado por la creciente oleada de voces de la calle. Vislumbró de nuevo a su hijo, que tenía la camiseta desgarrada a la altura del hombro. La cabeza de Arun subió y bajó varias veces por entre la multitud antes de desaparecer en medio de ella. Sripathi sacudió las verjas deseando salir; quizá pudiese alejar al idiota de su hijo de todos aquellos policías, llevarlo a casa, donde estuviese a salvo. Uno de los guardas de seguridad le tocó en el brazo con la porra y le dijo educadamente:

—Deje de hacer eso y quédese en el interior. No cause problemas o le rompo la crisma.

—Pero es que mi hijo está ahí fuera —replicó enérgicamente Sripathi.

El guarda hizo caso omiso de sus palabras y le golpeó más fuerte en el brazo, haciéndole soltar la verja.

—Le repito que le romperé la crisma.

Unos cuantos empleados del cine, también corpulentos, se abrieron paso hasta la verja y se colocaron en fila y de espalda a ella, de manera que le tapaban casi por completo a Sripathi la vista de la manifestación.

—¡Quiero salir! —gritó, moviéndose a contracorriente de la multitud, que en ese momento era empujada hacia atrás, de vuelta al cine, por los guardas de las porras.

Alguien le tocó en el hombro y, al volverse, encontró a Shyamsundar pisándole los talones.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Tú lo sabes? —preguntó Sripathi con voz entrecortada, aliviado al ver aquel rostro moreno y conocido.

—Ni idea —dijo Shyamsundar, negando con la cabeza—. Anda, vamos dentro a beber algo. Quién sabe cuánto rato tendremos que esperar. Mejor ponemos cómodos.

—He visto a mi hijo en la manifestación. Ojalá no resulte herido.

—¿Tu hijo? ¿Y qué hacía con esa *khachda*? ¿Trabaja de policía?

—No, estaba entre los manifestantes.

—¿Por qué le dejas mezclarse en protestas y cosas así? Yo a mis hijos no les dejaría participar en asuntos peligrosos.

Sripathi, incómodo, se encogió de hombros. El poco de orgullo que había sentido un rato antes se convirtió en puro enfado.

Se abrieron paso hasta llegar a la fresca penumbra del vestíbulo del cine. Había unos sofás de skai de un verde descolorido, papeleras repletas de ceniza y colillas que llevaban días sin vaciarse, carteles de repeinadas estrellas de Hollywood de los años cincuenta… todo ello envuelto en un olor acre a café rancio y palomitas de maíz. Sripathi fue a la cabina que había en un rincón y marcó el número de teléfono de su casa. El auricular permaneció mudo. Metió una moneda de una rupia en la ranura y volvió a marcar. Nada. Solo el zumbido lejano de la electricidad estática. Colgó de golpe el teléfono, lo zangoloteó unas cuantas veces y volvió a marcar. Esta vez el aparato se tragó la moneda pero no le dio a cambio más que otro espacio de silencio. Maldito chisme. ¿Y

ahora qué? A las seis empezarían a preguntarse dónde estaba y a las siete, si aún no había llegado, empezarían a preocuparse. Sripathi colgó dando un porrazo un par de veces más y luego fue a unirse con Shyamsundar en la cola para pagar un café.

—¿Has oído el aviso? —le preguntó Shyamsundar.

—No, ¿qué han dicho?

—Al parecer están tirando piedras. Es posible que la policía acordone la zona. Así que el gerente del cine ha hecho saber que todo el que tenga entradas, para cualquier sesión, puede ver la película ahora mismo. ¿Qué te parece?

A Sripathi se le hizo un nudo en la garganta. ¡Estaban lanzando piedras! Pocos días antes Arun había llegado a casa con magulladuras después de un encuentro con los muchachos de Munnuswamy. Hoy era la policía. ¿Por qué se metía en líos?

—Anda, vamos. Al menos veremos la película. Quién sabe cuánto rato tendremos que estar aquí.

Sripathi estuvo indeciso unos momentos. Las entradas eran para la sesión del sábado, de modo que podía sentarse en el vestíbulo y esperar a que acabasen los disturbios. No le podían devolver el dinero de las entradas porque las había comprado en el mercado negro; como mucho conseguiría un tercio de lo que le habían costado.

Como dando respuesta a su dilema, un *seth* muy gordo al que le salía el pelo profusamente por las narices dijo en voz alta:

—¿A alguien le sobra una entrada? Pago por ella treinta rupias.

Shyamsundar dio un codazo a Sripathi y le dijo:

—¿Por qué no te vendes la otra entrada? Así recuperarás algo de dinero.

Sripathi asintió e hizo una señal con la mano al *seth*.

—A mí me sobra una; tenga.

La multitud entró en la sala de cine, débilmente iluminada, y Sripathi se sentó resignado al lado del *seth* cuyo menor movimiento hacía retemblar toda la fila de asientos. No servía de nada preocuparse por Arun, por la vespa aparcada o por lo que iban a sufrir en casa por su tardanza, se dijo Sripathi. A lo mejor al terminar la película la zona ya no estaría acordonada. Y a lo mejor incluso esto era solo un rumor, porque en Toturpuram los rumores

eran el pan de cada día.

Las luces se apagaron, una especie de suspiro recorrió la sala, se oyó el crujido apresurado de una bolsa de patatas, y a continuación la alegre melodía de la banda sonora rebotó de las paredes. En la pantalla apareció la protagonista, vestida con un sari rosa pálido, y fijó sus ojos húmedos y brillantes en Sripathi. Este se arrellanó en la butaca y esperó a que hiciese su entrada el bueno de la película, esperó a unirse a él en la batalla contra la vileza y la injusticia, la avaricia y el mal. Mientras afuera, en la calle, reinaba la confusión, Sripathi se hizo un ovillo entre los reconfortantes brazos de la fantasía y acompañó al héroe en su persecución de los *goondas* que habían matado a su madre, violado a su hermana y que ahora acosaban a su novia. Él los derrotaría a todos con acompañamiento de bombo y platillos, y también con mucha labia. Siempre sabría qué hacer en cualquier circunstancia, siempre tomaría el camino mejor al llegar a una encrucijada y, si se metía en líos, saldría incólume y con una sonrisa en los labios. Al final, el protagonista ganaría todas las batallas que el destino hubiese puesto en su camino.

El *seth* se removió en su butaca, haciendo vibrar toda la fila de asientos, pero Sripathi apenas se dio cuenta de ello. El héroe era él. La duración de su empleo dependía de la decisión de Kashyap; su hijo, en vez de trabajar, vagaba por las calles de Toturpuram agitando banderas; tenía una nieta huraña que le había caído del cielo y una hija muerta. Su casa estaba a punto de desmoronarse, su hermana se subía por las paredes y su madre no callaba. ¿Importaba todo esto? No, en absoluto. ¿Qué otra cosa hacían los héroes sino aplastar a manotazos los problemas, como si fuesen moscas?

—¿Palomitas? —le susurró el *seth*, extendiendo hacia él una bolsa de papel.

Sripathi le sonrió en la oscuridad y metió los dedos en la bolsa. Hubo otro traqueteo de butacas cuando el *seth* volvió a arrellanarse; después, silencio. Sripathi notó una punzada de culpabilidad al echar una ojeada a la esfera luminosa de su reloj y en seguida el brillo de la pira funeraria de la madre del protagonista captó su atención. Aquella especie de parálisis que había retoñado en su interior meses atrás y que había ido creciendo como unas malas

hierbas hasta impedirle sentir nada empezó a resquebrajarse. La había aceptado con gratitud porque le permitía mirar a su nieta sin ver en ella la cara de su hija muerta. Le permitía mirar a Ammayya sin resentimiento por verla viva y sana. Ahora, al ver crepitar en la pantalla las llamas anaranjadas, Sripathi notó hervir en sus propias venas la rabia del protagonista. Por un rato al menos, la ira le purificó.

Hacia el final de la película empezó a notar mucho frío. Se dijo que sería una jugarreta más de las que su cuerpo le estaba haciendo últimamente. Se estremeció, se cruzó de brazos y deseó haberse puesto algo de más abrigo que la camisa de nailon de manga corta que llevaba puesta. Ahora no era solo el obeso *seth* el que hacía temblar las butacas sino también Sripathi. Sin poder controlar los temblores se levantó y salió de la sala, cansado de no saber qué iba a pasar a continuación en su propia vida. Quería que alguien le dijese que el mundo seguía siendo igual, que su hija iba a volver a casa. Quería empujar el tiempo hacia atrás, ser el hombre joven que había acunado a su primera hija y luego al segundo, lleno de esperanzas con respecto a esos dos seres que había contribuido a crear. Quería, más que ninguna otra cosa, poder rehacer el pasado.

La puerta de salida a la calle estaba abierta. Cuando la cruzó, a Sripathi le castañeteaban los dientes. Eran ya las últimas horas de la tarde. La calle estaba desierta y sembrada de cristales rotos de las lunas de los escaparates. Un policía caminaba arriba y abajo, produciendo con sus zapatos un fuerte ruido en la calzada. Al ver a Sripathi cerca de los vehículos aparcados, se dio un golpecito en el muslo con la porra y le gritó:

—¿Qué te propones? ¿Quieres ver si hay alguna vespa que robar? No intentes nada o te doy con la porra. ¿Lo entiendes?

—No estoy haciendo nada. Esa vespa es mía. Solo pretendo irme a casa.

—¿Y cómo sé yo que es tuya, eh?

El policía era más bajo que Sripathi pero parecía más forzudo. Se golpeó la porra contra la palma de la mano y miró desafiante a Sripathi.

—Tengo las llaves en el bolsillo —dijo Sripathi—. Y el carnet de conducir.

—Sigo sin tener una prueba. Tú dame alguna prueba y entonces te marchas; si no, tendrás que vértelas conmigo —dijo el policía, dándole suavemente con la porra en el pecho—. ¿Entiendes? Dame alguna prueba y entonces no habrá problema.

El policía se frotó el índice y el pulgar y sonrió, dejando ver una dentadura que relució débilmente en la penumbra. Sripathi tardó unos momentos en comprender lo que el tipo le decía. Sacó su billetera y extrajo un billete de diez rupias. El policía seguía dándole en el pecho con la porra.

—Qué caro está todo hoy en día, ¿verdad? —dijo, sonriendo todavía—. El otro día mi hijo llegó del colegio y me dijo que la maestra le había suspendido porque él no le había llevado caramelos de buena calidad para Deepavali. El mundo se está yendo al carajo.

Sripathi sacó entonces el billete de treinta rupias que le había dado el *seth* a cambio de la entrada y se lo dio en silencio al policía.

—No tengo más —dijo entre dientes.

Con un rápido movimiento de la mano, el policía cogió el billete y se lo metió en el bolsillo de la cadera. Entonces, con una sonrisa ya cordial, acompañó a Sripathi por entre la maraña de vehículos que se apoyaban unos en otros y le ayudó a sacar el escúter. Incluso se sacó un pañuelo verde de otro bolsillo de sus ajustados pantalones caqui y limpió cuidadosamente el polvo del asiento y del manillar. Miró a Sripathi mientras este buscaba el trozo rectangular de lona alquitranada que solía usar para tapar la vespa cuando era nueva. Estaba embutido detrás de la rueda de recambio y olía a gasóleo y a moho. Con todo, se lo echó por encima de los hombros a manera de capa y se ató los extremos bajo la barbilla.

—¿Por qué haces eso?

—Tengo frío —dijo Sripathi, buscando ahora torpemente las llaves.

—Pues cómprate un jersey. ¿Cómo te pones esa porquería?

Sripathi se encogió de hombros y el policía le dio unas palmadas en la espalda.

—Los jerseys están muy caros. ¿Qué tal la película, te ha gustado?

—No está mal —dijo Sripathi, poniendo en marcha la vespa.

El policía le hizo una señal de despedida con el brazo.

—A lo mejor mañana traigo a la parienta. Siempre me dice que trabajo demasiado. Ten cuidado al conducir, que hay por ahí muchos *goondas* manifestándose e infringiendo las leyes.

Con el alquitranado azul ondeándole a la altura de los hombros como si tuviese alas, Sripathi se dirigió a su casa. El cielo estaba ennegrecido con unos cumulonimbos que parecían oscuros gigantes. A intervalos se encendían y se apagaban unos relámpagos tenues y a lo lejos se oía el retumbar de los truenos.

* * *

—Para Deepavali me van a regalar un *pavadai* de seda —dijo Radha, en plan presumido—. Y mi padre ha comprado dos cajas grandes de petardos, una para mí y otra para mi hermana. Y ha dicho que hoy podía encender bengalas, un paquete entero. A lo mejor también una fuente. ¿A ti cuáles te gustan más, las fuentes o las ruedas que arden en el suelo?

Nandana se encogió de hombros y le echó una ojeada a la fiambrera para ver qué le había puesto de comer la señora Mamma. Se había dado cuenta de que en la India no celebraban Halloween. En cambio tenían una fiesta que se llamaba Deepavali, en la que había fuegos artificiales y la gente se hacía regalos. Se preguntó por qué la señora Mamma no le había comprado a ella ropa nueva. El día anterior, cuando Nandana la acompañó al mercado a comprar pan, se había quedado mucho rato frente a un escaparate, mirando una falda naranja, toda recubierta de lentejuelas de oro, que le había gustado mucho. Era casi igual al vestido que llevaban aquellas mujeres que bailaban en los programas de televisión que la tía Putti miraba siempre.

—¿Por qué no hablas? —quiso saber Radha—. ¿Eres muda? ¿Te han cortado la lengua? Una vez, en una película que vi, les hacían cosas malas a unos huérfanos. Tú eres huérfana, ¿no?, ¿le han hecho cosas malas?

Nandana negó con la cabeza y empezó a chuparse nerviosamente una trenza. Los otros niños que estaban sentados en

círculo sobre la hierba callaban, esperando que dijera algo. Cuando ella se mantuvo en silencio, perdieron interés y se pusieron a hablar entre ellos de la ropa nueva y de los petardos con los que jugarían dentro de pocos días. Nandana, mohína y muda, hizo una lista de todas las cosas que la roían por dentro: la señora Mamma había tirado el diente sin mirar siquiera cuál era; debajo de la almohada no había encontrado moneda alguna (había mirado dos veces antes de irse a la escuela); ella era la única niña del colegio que no había recibido regalos para las fiestas, ni ropa ni petardos; esa mañana el conductor del rickshaw la había regañado por hacerle esperar aunque no había sido culpa suya: había tenido que quedarse sentada en el váter mucho rato porque no había papel. Luego la señora Mamma se había impacientado. «¡Bah! Esto del papel no es limpio. ¿Por qué no puedes aprender a lavarte con agua?». Y para desconcierto de Nandana se había inclinado hacia adelante de modo que la cara de Nandana quedó chafada contra sus pechos cubiertos con el sari, y le había aclarado el trasero con agua fría como si hubiera sido un bebé.

Estuvo de mal humor en el rickshaw durante todo el trayecto a casa. Le dio una patada a uno de los hermanos gordos sin razón alguna y se movió tanto que el otro por poco se cae del carro. Para su sorpresa, la señora Mamma no estaba junto a las verjas cuando llegó a casa. La encontró dentro, yendo muy ocupada de acá para allá, ordenando a Koti que arrastrase hacia adelante el apestoso sofá y friendo unas cosas redondas y doradas en la cocina.

—Corre, ve a lavarte las manos y la cara y luego bajas, *chinnamma* —le dijo, mientras entraba y salía de la cocina—. Te daré leche y galletas, y entonces te vas a jugar a la casa de al lado hasta que yo vaya a buscarte. Hoy Putti va a recibir una visita importante.

Nandana quería quedarse en casa. No tenía ganas de mirar cómo Nithya, Ayesha y Meena jugaban y se decían secretos. Se puso a andar detrás de su abuela, que iba hacia la cocina a darle el vaso de leche. La Bruja estaba sentada junto a la puerta de su habitación, leyendo. Levantó la vista al pasar Nandana y la agarró de un brazo.

—Ten cuidado con el abuelo Chocobar. Es muy malo. Se lleva a las niñas pequeñas —le dijo—. Si tu pobre madre viviera, ya se

encargaría ella de que no fueses a jugar a sitios peligrosos…

«Mi madre está en Vancouver —tuvo ganas de gritar Nandana—. Yo solo estoy pasando aquí unos días».

17

En el túnel

Las alumnas de danza empezaron a llegar poco después de que Nandana se hubiese marchado con Koti. Nirmala extendió en el suelo una estera de caña, colocó junto a ella el libro de las canciones y se sentó en el suelo. Unos profesores de Kala Kendra[22] le habían pedido que participase en el festival cultural de final de curso con la coreografía de un breve número dramático, tal vez algún episodio de una de las epopeyas. Durante las últimas semanas había escogido a las chicas que harían los papeles y ya habían empezado a ensayar. Miró a las cinco jóvenes que estaban de pie ante ella, esperando. Habían adoptado la postura tradicional de las bailarinas de Bharat Natyam: piernas dobladas en forma de diamante, puños cerrados apoyados en las caderas, espaldas rectas y todo el cuerpo en ligera tensión. Años atrás, también Maya había estado así delante de ella, con su cuerpo joven presto a saltar al oír el primer compás de la música, o golpeando con fuerza los pies contra el suelo, o dirigiendo su mirada vivaz al movimiento grácil de sus propios brazos. Nirmala pestañeó deprisa para detener las lágrimas y empezó a marcar el ritmo golpeando el suelo, al tiempo que tarareaba la melodía. ¿Para qué llorar?, pensó. ¿Le devolvería eso a su hija? Poco rato antes de que naciese Maya, la enfermera del hospital le había dicho que los dolores del parto eran horrorosos, que tendría la sensación de llegar hasta la antesala de la muerte y de regresar de ella cuando el bebé saliera por fin de su vientre. Pero fue un parto fácil y rápido, pues la niña nació después de solo

cuatro horas de dolores. Quizá fue a cambio del sufrimiento que iba a llegar treinta y cuatro años más tarde por lo que los dioses le habían dado a Maya tan descansadamente.

—¿Es la marcha de los demonios lo que están ensayando? —preguntó a gritos Ammayya, arrastrando su silla hacia la puerta del salón.

Nirmala vio que no llevaba el compás con toda exactitud y que las alumnas daban los pasos del baile con cierta inseguridad. Se secó los ojos y, mirando a la chica que representaba al rey Rama, inclinó la cabeza en un gesto de aprobación. Imitaba a la perfección los andares del héroe: acompasados, llenos de gracia y de dignidad. Pero la que haría el papel de Ravana, el rey demoníaco, estaba cohibida y torpe.

—Pisa más fuerte —le indicó Nirmala—. Recuerda que tú también eres un gran rey, y muy valiente además. Pero eres vanidoso y eso es lo que te diferencia del protagonista. Saca el pecho, niña. Tuércete los bigotes. Flexiona los músculos. —Y dejando la batuta en el suelo, Nirmala le mostró cómo hacerlo—. Así, así. Exagera los andares, frunce el ceño y pisa fuerte. Estás haciendo alarde de tu fuerza.

—¡*Vanara sena*! —exclamó Ammayya—. Parecen un ejército de monos. ¡Mira qué brincos dan! —Y la anciana reía mientras se mecía.

Las alumnas, sin hacer caso de Ammayya, siguieron con la clase de baile, y la anciana se cansó pronto de hacer comentarios que no suscitaban respuesta ninguna.

—¿Dónde está Putti? —inquirió—. Tengo dolor de cabeza y quiero que me haga un masaje de aceite. ¿Está otra vez en la azotea? ¿Qué demonios hace allí todo el día? No se habrá olvidado de que esta tarde viene el recomendado de Gowramma… ¿Acaso no piensa arreglarse?

Para Nirmala fue un alivio que la clase terminase por fin. Los quejosos comentarios de Ammayya la habían puesto nerviosa. Cuando vio a Putti bajando las escaleras con expresión soñadora, Nirmala descargó en ella su malhumor.

—Hace dos horas que tu madre me está dando la tabarra. ¿Y si empezaras a prepararte, Putti? En esta casa cada uno no piensa más

que en sí mismo. Sois todos unos egoístas.

Putti, mirándola alarmada, preguntó:

—¿Estás enfadada conmigo, *Akka*?

—¿Enfadada? No, qué va… —dijo Nirmala, con algo del sarcasmo que empleaba su marido—. ¿Enfadada porque yo lo tenga que hacer todo mientras los demás estáis tumbados a la bartola? Tu hermano no ha vuelto todavía, tu sobrino también ha desaparecido, y tú te pasas la tarde en la azotea oyendo cantar canciones al tipo ese. ¿Por qué he de estar enfadada?

—¿Quién canta canciones? —saltó Ammayya, mirando interrogante a su hija y luego a Nirmala—. Puttamma, ¿qué pasa? Nirmala, ¿qué hay?

—Pregúnteselo a su hija —dijo Nirmala, alejándose hacia la cocina para prepararle el café al futuro novio.

Ammayya, levantando la voz, dijo:

—Puttamma, te lo pregunto por última vez: ¿quién te canta?

—Nadie, Ammayya. ¿Quién va a cantarme canciones? —preguntó Putti—. Ahora estate un rato callada. Dan tu programa favorito por televisión. —Encendió el aparato y de inmediato una luz azulada bañó la habitación—. Yo voy a vestirme.

Ammayya le lanzó una mirada inquisitiva. Se olía algo, algo que estaba en el aire, maduro y bullente como un fruto del árbol del pan dejado a pleno sol.

—Mi niña bonita —susurró, mientras caminaba arrastrando los pies hacia el televisor—. ¿Hay algo que te gustaría decirme? Sé que lo hay. Yo podré ser vieja pero no soy tonta.

—No, te digo que no hay nada. En la azotea hace fresco, y el olor de las vacas de Munnuswamy no llega hasta allí. Por eso me gusta ir. Pero Nirmala está enfadada conmigo y por eso dice esas cosas.

Ammayya escrutó durante unos momentos la cara de su hija y a continuación se sentó delante del televisor para mirar el serial.

Al cabo de poco estaba enfrascada en las travesuras de tres atractivas hermanas, todas enamoradas del mismo hombre. El protagonista era un tipo rechoncho. Llevaba en la cabeza una peluca ondulada que parecía el tejado de una construcción chapucera.

—¡*Ayyo*! ¡La basura que dan por televisión hoy en día! —exclamó Ammayya, mientras el protagonista besaba a una de las hermanas casi en plena boca, a solo unos milímetros de distancia. También estaba segura de que acababa de tocarle, sí, sí, le acababa de tocar el trasero. Y ahora estaba rozándose contra ella de una manera que haría sonrojarse a una furcia de Kopraj Street. La atrevida serie nueva había conseguido escapar a los tijeretazos de la censura.

Cuando llegó el terapeuta del psiquiátrico, resultó ser el poseedor de unas finas guedejas de cabello peinadas en espiral alrededor de la calva y mantenidas en su sitio a base de brillantina. Unas mechas rebeldes se le habían despegado y se alzaban como plumas por detrás de la oreja izquierda. Tenía un hábito vagamente viperino que consistía en humedecerse con rapidez los labios antes de hablar. Mientras disertaba sobre las ventajas de la cestería en casos de pacientes muy trastornados, Putti se fijó en que tenía el dorso de las manos cubierto de una negra pelambrera. Pensó en los tersos dedos de Gopala, pensó en lo que sería pasar el resto de su vida dejándose tocar por este otro hombre, y se decidió.

—No —le dijo a Ammayya cuando el terapeuta se hubo marchado—. No puedo casarme con él.

Había supuesto que su madre coincidiría con ella: nunca había encontrado de su gusto a ningún pretendiente. Pero sorprendentemente su madre salió en defensa de este.

—Es de buena familia, de casta elevada, tiene un empleo seguro… ¿Se puede saber por qué eres tan quisquillosa?

Putti la miró estupefacta, pero al cabo de un momento entendió las razones de su madre.

—Le dije que podía quedarse a vivir aquí en casa. Como un hijo, solo que pagando un pequeño alquiler. Se alegró mucho, pobre chico. Él no tiene familia, ¿sabes?

—Yo no me caso con él —repitió Putti enfadada.

Dirigió una mirada suplicante a su cuñada, pero Nirmala se limitó a encogerse de hombros y a decir:

—Tengo que ir a buscar a Nandana. Se está haciendo tarde.

Cuando Nirmala entró en el recinto de los bloques de apartamentos no vio a la niña por ninguna parte. Dio la vuelta rápidamente a los dos edificios con una creciente sensación de miedo. «Por favor, *deva*, por favor Krishna, que esté a salvo», pensó, musitando apresuradamente una oración. Había en la ciudad tantos extraños y tanta gente rara que había dejado de ser una ciudad segura. Recordó los rumores oídos sobre niños que habían sido raptados y vendidos a los burdeles de las grandes ciudades o a pandillas organizadas de mendigos. ¿No traía el periódico, pocos días atrás, un reportaje acerca de una niña nepalesa a quien la policía había rescatado de un burdel de Bombay? Se la habían llevado de su pueblo cuando tenía siete u ocho años, y ahora, diez años más tarde, había regresado a una familia que ya no la quería.

Nirmala se acercó al *gurkha* que estaba en la verja. Él la saludó atentamente.

—¿Ha visto a mi nieta? —le preguntó Nirmala—. Llevaba una camiseta roja y pantalones azules.

—No, *memsahib*. La vi jugando hará cinco o diez minutos, pero no sé dónde habrá ido. Ahí mismo estaba —dijo, señalando con su bastón un lugar enfrente del edificio.

—¿No habrá salido en algún momento en que usted no estaba?

—*Memsahib*, la niña no ha salido del recinto —afirmó tajantemente el *gurkha*—. Yo llevo aquí toda la tarde y no he visto salir a ningún niño. Ni siquiera he ido a beber agua. Tengo aquí todo lo que necesito. —Y golpeó con el bastón una cesta que tenía en el suelo, junto a la silla—. Cuando tengo que ausentarme para atender la llamada de la madre naturaleza, cierro la verja con un candado. Nadie entra ni sale sin mi permiso, *memsahib*.

Nirmala asintió con la cabeza, aliviada por las palabras del guarda, y se acercó tímidamente a un grupo de adolescentes que charlaban cerca de la entrada del bloque A. Esos jóvenes turbulentos la intimidaban. Claro que a los demás debía de pasarles lo mismo al ver a Arun, pensó tristemente, con su barba descuidada, aquella *kurta* tan deformada que llevaba, las sandalias viejas y el pelo largo.

—¿Podemos ayudar en algo? —le preguntó uno de los chicos.

—Estoy buscando a Nandana, mi nieta. Una niña que lleva una

camiseta roja…

—La niña extranjera —dijo otro de los chicos—. La he visto con Nithya y Ayesha hace poco rato. Corrían alrededor del bloque.

Los chicos le indicaron en qué apartamentos vivían las niñas. Nirmala subió despacio las escaleras deseando que hubiese un ascensor que la llevase hasta el cuarto piso donde vivía Ayesha, la hija del doctor Quadir. Pero muy pocos edificios de la ciudad tenían ascensor. ¿Para qué? La corriente eléctrica iba y venía con la irregularidad del viento. La escalera estaba sorprendentemente limpia. Olía bien: en varios pisos estaban quemando *agarbatti*, y también le llegó el olor a cebolla frita y arroz hervido. Los sonidos amortiguados se filtraban por las puertas de los rellanos y se mezclaban unos con otros hasta formar un murmullo que se alzaba y disminuía, como el rumor del mar. Nirmala se puso a pensar en las vidas afanosas que transcurrían detrás de aquellas puertas cerradas. En cada uno de los pisitos había gozos y penas, ira y dolor, memoria y olvido… la sal y el azúcar de la vida diaria. ¿Compartían estas gentes sus sentimientos y experiencias con los vecinos del rellano? Nirmala había vivido siempre en casas, casas grandes y llenas de familiares. Primero había estado con sus padres, sus abuelos y sus hermanos. Desde que se casó, había vivido con Ammayya y Putti, con Sripathi y con sus propios hijos. Solo tenía la sensación de estar a solas cuando estaba rodeada de extraños en el autobús o cuando iba paseando hasta el templo. Una vez en el interior de este, era casi como estar en casa porque conocía a la mayoría de los asistentes. El sacerdote era el que había llevado a cabo todas las celebraciones familiares. Se preguntó si le gustaría trasladarse a un apartamento, en el caso de que Sripathi acabase vendiendo la casa. ¡Ah, la libertad de no vivir en la misma casa que Ammayya! Al acordarse de Ammayya, Nirmala se preguntó si habría dejado el armario cerrado con llave antes de salir. Sabía que la vieja iba a su cuarto a fisgonear pero durante muchos años ni siquiera se había planteado la posibilidad de hacer algo al respecto. El hábito de la obediencia, el respeto a los mayores, la actitud de subordinación… estas cosas estaban hondamente enraizadas en ella. Pero la muerte de Maya había supuesto el brusco final de la mayor parte de esas costumbres. Al perder a su hija, primero a causa del

orgullo de Sripathi y luego, de forma definitiva, al llevársela el Señor Yama, Nirmala había recibido un golpe más fuerte de lo que podía soportar. ¿Esta era la recompensa por todos los años de ser una buena esposa, una buena nuera y una buena madre? Ella se había entregado a sus obligaciones en cuerpo y alma y la recompensa había sido una bofetada. Ahora ya no le importaba el no obedecer sumisamente a Sripathi o el decir algo que pudiese molestar a Ammayya. Ahora se atrevía a cerrar con llave el armario metálico donde guardaba los saris, las pocas alhajas que había reunido para Maya, las fotos, las papeletas de notas escolares, mechones de cabello, botitas y ropa de bebés: todos los recuerdos de sus hijos, de aquel tiempo inocente en que la felicidad estaba en el sonido de sus voces infantiles o en la sonrisa de aprecio de Sripathi cuando ella había preparado un plato especialmente rico. Incluso el pasar todo un día sin oír quejarse a Ammayya la había complacido en aquel entonces, porque ello significaba que no había hecho nada que hubiese ofendido ni irritado a su suegra. ¿Cómo había sido hasta tal punto como un animal fiel? Subió otro piso más y pensó que también ella le había fallado a Maya. Se acordó de todas las veces que, hablando por teléfono, su hija le había preguntado: «Mamma, ¿puedo ir ya a casa?». Y ella, demasiado temerosa de enfrentarse a Sripathi, le había dicho: «No, ahora no. Espera que hable con tu padre». Pero Nirmala, intimidada por la ira impenetrable de su marido y reacia a provocar cualquier tipo de enfrentamiento, nunca había llegado a hablar con él. Era demasiado cobarde para enfrentarse a lo desagradable cara a cara. Siempre había preferido tomar la ruta más fácil, más conciliadora.

La siguiente ocasión en que Maya le había rogado que la dejase volver, ella le había dado largas de nuevo. Claro que no hubiera podido hacer nada para evitar su muerte, pero al menos hubiera podido esforzarse por ser parte de su vida durante todos esos años. Habría podido decirle: «Ven a casa, hija. Trae contigo a los tuyos. Quiero conocer a mi nieta».

Se oyeron unos pasos que bajaban y Nirmala se apoyó jadeante contra la pared. Apareció el abuelo Chocobar acompañado de su criado. Miró ceñudo a Nirmala y ella se retrajo aún más contra la pared. Menudo viejo verde… ¡Enseñarles sus partes pudendas a los

niños! El mundo se estaba volviendo loco. Ella no recordaba haber tenido miedos cuando niña. ¿Era el cambio un síntoma de un mundo que había perdido la moralidad, o se era ahora más consciente de la maldad que siempre había acechado bajo la superficie de la vida humana? Quizá en el pasado nadie hablaba de estas cosas y las familias ocultaban sus pecados tras los cortinajes de la respetabilidad. Nirmala se limitó a dirigirle al viejo una mirada sombría cuando este pasó junto a ella.

Cuando llegó al cuarto piso estaba casi sin aliento. Procuró dominar la dolorosa inquietud que el abuelo Chocobar había suscitado en ella diciéndose que Nandana estaría probablemente jugando en casa de una amiguita y se habría olvidado de la hora. Entonces sintió una enorme irritación contra la niña. Tendría que regañarla. Estaba claro que la niña no le hacía ningún caso, como el resto de la familia.

Abrió la puerta la señora Quadir, madre de Ayesha. Su rostro delgado y de gratas facciones hizo ademán de sorpresa.

—¿La señora Rao? Pase, pase usted. Por fin nos hace una visita…

Nirmala había coincidido muchas veces con ella en la verdulería o en la biblioteca de préstamo, pero aunque habían hablado de intercambiar visitas, nunca habían llegado a hacerlo.

—Perdone que la moleste —dijo Nirmala, secándose el sudor que le perlaba la frente y el labio superior.

—No, no, usted no molesta. Me alegro mucho de verla en mi casa, señora Rao. Pase y siéntese. ¿Qué quiere tomar… té, café, un zumo…?

—La verdad es que he venido por si estuviera aquí mi nieta. Todavía no ha vuelto a casa y estoy algo preocupada.

—No, la niña no ha subido. Ayesha ha vuelto a casa pronto para acabar los deberes. Las maestras las cargan de trabajo para hacer en casa; no sé por qué tenemos que pagar unas matrículas escolares tan altas si al final hemos de hacerlo todo nosotros. Pero le preguntaré a Ayesha. No se preocupe, ésta es una zona segura y no habrá pasado nada.

Se fue hacia una de las habitaciones, que quedaba oculta a la vista por unas cortinas de algodón de vivos colores, y volvió a

aparecer acompañada de Ayesha.

—Da las buenas tardes a la señora —le dijo a la niña, empujándola hacia adelante—. Quiere saber si hoy has visto a Nandana.

—Sí —murmuró nerviosamente la niña, mirándose los pies.

—¿Por qué estás tan vergonzosa de pronto? —le preguntó su madre. Y volviéndose a Nirmala, añadió—: Normalmente habla por los codos, y en cambio mírela ahora… Cómo son los niños, ¿verdad? —Apoyó la mano en el hombro de su hija y le preguntó—: ¿Sabes dónde ha ido? La señora está preocupada.

Para sorpresa de las dos mujeres, Ayesha estalló en llanto.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó severamente su madre—. ¿Estás ocultando algo? Mírame y dime la verdad.

La historia fue saliendo poco a poco. Ella y las otras niñas estaban jugando a «Por el túnel». Cuando le tocó a Nandana entrar en él, le habían prometido que la esperarían al otro extremo, pero en vez de esperarla se habían ido a casa de Nithya. Y cuando bajaron al cabo de diez minutos, no había rastro de ella.

—Se la han llevado los fantasmas —dijo Ayesha entre sollozos, apartando la mirada del rostro enojado de su madre—. Le dije a Meena que no la obligase pero ella dijo que era una prueba de amistad. La última vez que jugamos entró y luego salió, y no pasó nada.

La señora Quadir miró furiosa a su hija.

—¿Es así como tratáis a los niños recién llegados? Me avergüenzo de lo que has hecho. ¿Te gustaría que a ti te hicieran lo mismo?

—No la riña más —dijo Nirmala, procurando no exteriorizar el miedo que sentía—. Es pequeña…

—Siento muchísimo que mi hija se haya comportado así, señora Rao. Espere un momento. Llamaré a Nithya y a Meena por si supiesen dónde está su nieta.

Hizo varias llamadas telefónicas a familias que vivían en los bloques pero no obtuvo más información y Nirmala se levantó para marcharse. La señora Quadir bajó con ella algunos tramos de escalera, disculpándose de nuevo por el papel que había hecho su hija en el pequeño drama. El grupo de adolescentes seguía en el

mismo sitio. Los chicos charlaban y reían, algunos apoyados en la pared del edificio, otros de pie y con las manos en los bolsillos.

—¿La ha encontrado? —le preguntó a Nirmala el chico que anteriormente se le había acercado.

—No, no sé dónde puede estar.

—Si quiere, podemos ir de piso en piso preguntando —propuso otro muchacho—. No puede estar muy lejos, con ese leonazo de *gurkha* que tenemos vigilando la puerta.

Nirmala asintió con la cabeza y sonrió.

—No, tienes razón. Debe de estar jugando en algún piso, la muy traviesa.

Salió del recinto apesadumbrada. ¿Sería mejor llamar a la policía para pedirles ayuda? Suponiendo que la niña no estuviese en la manzana de pisos, ¿por dónde habría que empezar a buscarla? Aquella era una ciudad atestada de habitantes y no había muchos que conociesen a Nandana como podían conocer a los niños nacidos allí. Y algunos niños desaparecían incluso siendo indígenas. Nirmala se acordó un momento de la hija de la señora Poorna y se estremeció.

En algún lugar del trayecto entre
Chamber's
Road y Brahmin Street, la vespa de Sripathi emitió por dos veces una especie de tos y a continuación el motor se caló definitivamente. Sripathi esperó a que se formase un hueco en la corriente incesante de tráfico y entonces, acompañando el escúter, se lanzó al sitio donde la presencia de una vaca, que se había metido lánguidamente en la calzada, obligaba a todos los conductores a reducir la velocidad. Mientras se mantuviese pegado a la vaca, pensó Sripathi, nadie se atrevería a atropellarle. Se apretó contra el animal y se dejó guiar por él, deseando que no se le fuese a ocurrir evacuar el vientre encima de sus zapatos. Cuando llegó a la acera se sintió como si hubiese conseguido algo milagroso al sobrevivir a la salvaje acometida del tráfico. Le dio unas cariñosas palmadas a la vaca y se encaminó hacia la chabola de Karim, el mecánico, que apenas se veía a la luz mortecina de la única farola

de la calle que funcionaba. A ambos lados de la choza ardía una lámpara Petromax, iluminando los neumáticos apilados, las piezas de recambio, el chasis desmontado de un coche… En el momento en que Sripathi llegó a la chabola caían los primeros goterones de lluvia, que estallaban como abalorios contra el seco pavimento. La tierra, como una amante sedienta, exhalaba un aroma húmedo que en cualquier otro momento a Sripathi le hubiese resultado tonificante.

El mecánico gritó unas instrucciones a sus ayudantes, dos chicos no mucho mayores que Nandana, y todos se pusieron a tapar aquel surtido de piezas de vehículos con lona alquitranada.

—¡Qué, *sahib*! —dijo el mecánico a modo de saludo, mientras pugnaba por atar un extremo de la tela, que se había soltado y se agitaba al viento—. ¿Este vejestorio se ha vuelto a poner enfermo?

—Se me ha averiado en plena calle —dijo Sripathi.

—Tendré que darle un buen repaso. Si para de llover lo haré mañana; sí no, ya le enviaré a uno de mis ayudantes cuando la tenga lista. Es posible que tenga que comprarse una vespa nueva, *sahib*. Esta está vieja y atrotinada, como usted y como yo, ¿verdad?

Con el recuadro de lona alquitranada cubriéndole aún los hombros, Sripathi se puso a caminar cuidadosamente calle abajo. No quería empeorar su estado, si podía evitarlo. Le estaba cogiendo miedo a su propio cuerpo. Le asaltó una nueva oleada de escalofríos y hasta los pelos hirsutos de la barbilla se le erizaron.

Nirmala lo estaba esperando en la veranda. Detrás de ella, la casa estaba completamente a oscuras, lo cual desconcertó a Sripathi. Su mujer nunca se olvidaba de encender algunas luces al atardecer, pues creía que una casa a oscuras atraía a los malos espíritus. Sripathi tampoco olió el aroma del incienso y de los palitos que ella ponía a arder en aceite de mostaza, lo cual significaba que Nirmala no había rezado las oraciones vespertinas.

—¿Dónde has estado? —le preguntó en cuanto lo vio—. Me estoy volviendo loca. Nandana no ha vuelto a casa. Le dije que la iría a buscar a las seis y media. Quedamos en que me esperaría. La mandé a jugar a la casa de al lado y ahora no la encuentro por ninguna parte.

Sripathi se sentó cansadamente en la silla de mimbre de la

veranda. Como de costumbre, se sentó en el borde, evitando los filamentos deshilachados de bambú que había en el centro del asiento. La silla tenía más de veinticinco años y Sripathi se negaba a deshacerse de ella, aunque Nirmala le amenazaba de vez en cuando con dársela al *raddhi-wallah* la próxima vez que este fuese a comprar los periódicos de Ammayya.

—No grites. Quizá haya vuelto a escaparse. Ya sabes que intenta irse sola a alguna parte. Ya la traerá alguien, no te apures —dijo Sripathi, sacando sus doloridos pies de los zapatos.

Se quitó de encima el rectángulo de tela y, al notar en los brazos el aire frío del atardecer, se estremeció.

—Pero ya ha pasado una hora desde las seis y media —dijo Nirmala llorando y apretándose un extremo del sari contra la boca para ahogar sus sollozos—. Ahora está oscuro. No se ha llevado la mochila, está en su cuarto. Cuando se escapa, siempre la lleva con ella. No sé qué hacer.

—No seas tonta. ¿Cómo va a desaparecer de la casa de al lado? ¿Has preguntado a los otros niños?

—Claro. Y unos chicos muy amables han ido piso por piso preguntando. El *gurkha* no la ha visto salir del recinto. Dice que ha estado en su sitio toda la tarde y que no la hubiese dejado salir sola. Pero a lo mejor lo dice para quedar bien.

—¿Por qué la envías por ahí sola? —le preguntó Sripathi volviéndose a poner los zapatos—. ¿No puede jugar aquí en casa?

—Qué buenos consejos das… ¿Cómo voy a encerrar a una niña pequeña en una casa donde solo hay viejos? Siempre encuentras a alguien a quien echar la culpa. ¿Por qué no la llevas nunca a jugar a la playa, si sabes tanto de niños? Y tu hijo, otro que tal. Todavía no ha vuelto. Hay dos hombres en la casa pero ninguno de los dos está cuando se les necesita…

—Lo he visto desde el cine. Participaba en una manifestación —dijo Sripathi. Y bajando la voz, añadió—: Había mucha policía.

—¿Desde el cine? ¿Te has ido al cine mientras yo estaba aquí, consumida de nervios?

—¿Qué película has visto? —preguntó Ammayya, interviniendo por primera vez en la conversación.

—No fui a ver la película. Solo quería comprar unas entradas

para el sábado, pero tu maravilloso hijo empezó a manifestarse con otros ecologistas. Acordonaron la zona durante unas horas. ¿No habéis visto las noticias? Nos quedamos encerrados dentro del cine.

Entró en la casa para buscar un jersey y Nirmala lo siguió.

—¿Dónde está la vespa? —le preguntó, mientras subían las escaleras.

—Se ha averiado y he tenido que venir andando. Se la he dejado al mecánico —dijo Sripathi—. ¿Dónde has puesto mi jersey?

Nirmala se quedó perpleja.

—¿Para qué quieres un jersey? Esta misma mañana te quejabas del calor y ahora parece que quieras irte de *yatra* a Gangotri o al Everest… Los jerseys están guardados en una caja que está en un altillo de la cocina. Pesa demasiado para bajarla ahora. Ponte otra cosa.

—¿El qué?

Nirmala pensó un momento y entró en el cuarto de Arun. Abrió el armario, sacó el chaquetón del padre de Nandana y se lo alargó a Sripathi.

Él lo miró sin tocarlo, asombrado por la falta de sentimentalismo de Nirmala.

—¿Que me ponga eso? —preguntó. Volvió a notar escalofríos y con voz temblorosa añadió—: ¿Estás loca?

—¿Por qué, si es un chaquetón que nadie usa? Tienes frío, ¿no? Pues póntelo —le contestó Nirmala, acompañando sus palabras de una mirada glacial.

Nunca la había visto así y el cambio le daba miedo. Nirmala era la única persona de la casa en la que siempre podía confiar, la persona cuya bondad y sabiduría sencillas nunca le habían fallado, pero ahora parecía estar cambiando por momentos delante de sus ojos. Sripathi siempre había agradecido el tener al lado a una persona de imperturbable sentido práctico, alguien capaz de llevar adelante los trabajos de la vida cotidiana sin desmoronarse nunca. Pero esto era una parodia horrible de ese sentido práctico.

—Pero este chaquetón es de él —dijo Sripathi.

—¿Y qué? Ese chico nunca te importó cuando estaba vivo, ¿por qué te preocupa ahora?

Él apartó la cara de la mirada dura de su mujer y regresó a su

cuarto. Allí cogió del armario una camisa de franela que llevaba años colgada y sin usar.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó sin darse la vuelta.

—Pídele ayuda a Munnuswamy. Él y sus muchachos conocen a todo el mundo en esta ciudad. Ellos la encontrarán seguro.

—A ese maleante no voy a pedirle nada —dijo Sripathi—. Iré a preguntar al colegio de la niña. Quizá alguien la haya visto por allí. Si dentro de media hora la niña no ha vuelto, llama a la policía.

—Pero no vas a ver a Munnuswamy —dijo Nirmala, que aún tenía en las manos el chaquetón y agarraba fuertemente con los dedos el grueso paño gris.

—No. Es un canalla.

—Entonces iré yo. Ya estoy cansada de escuchar tus tonterías. Esto no está bien, eso no es correcto, qué dirá la gente… Me has destrozado la vida con estos absurdos. Tú ve al colegio de Nandu y yo le pediré ayuda al vecino.

Y Nirmala bajó deprisa las escaleras.

—¿Adónde vas? ¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó Putti, yendo tras ella.

—Aquí al lado —dijo escuetamente Nirmala antes de salir, y sus pies desnudos, al andar con paso decidido, parecían transmitir un mensaje desafiante por entre los aletazos del reborde de su sari.

—¿Vas a casa del lechero? —chilló Ammayya—. ¡Son gente baja!

—¡Cállate, Ammayya! —exclamó Putti, sorprendiéndose incluso a sí misma.

Se hizo un momento de silencio mientras su madre digería esta inesperada respuesta y a continuación se abrieron las esclusas. Ammayya puso el grito en el cielo, se golpeó el pecho, lloró, hipó, resolló y, con el semblante azulado, afirmó que estaba a punto de desmayarse. Por último, dio malhumoradamente un golpe de bastón en el suelo y dijo quejosamente:

—Sripathi, ¿has oído lo que me ha dicho tu hermana? ¿Vas a quedarte como un pasmarote mientras a mí se me insulta?

Sripathi, sin molestarse en contestar, siguió a Nirmala al exterior de la casa. Ahora llovía con más fuerza. Hizo señal de parar a un rickshaw, pero el carro siguió su camino. Pasó otro que se detuvo,

pero el culi se negó a ir en la dirección del colegio. Sripathi vio que no tenía ánimos ni para enfadarse con aquel hombre. Se puso a andar calle abajo. Pasó por delante de los gitanos, acurrucados bajo las cajas de embalaje de aparatos de televisión, por delante de los verduleros, que habían tapado sus mercancías con plásticos, y por la luminosa tienda de vídeo, con su luz de neón encendiéndose intermitentemente en el exterior. La lluvia, que había empezado a menguar, volvió a caer con fuerza cuando Sripathi llegó a la altura de la chabola del mecánico Karim, ahora completamente cubierta de alquitranado. Vio un momento su vespa, echada de lado como un animal herido, entre otros vehículos y trastos. La habían envuelto en plástico y atado con cuerdas a un árbol. Se oyó un retumbar de truenos. Sripathi abrió el paraguas y apretó el paso. Empezó a soplar un viento que agitó las ramas de las añosas cesalpináceas que flanqueaban la calle como guerreros vetustos, y el paraguas de Sripathi pareció cobrar una rebelde vida propia. Él avanzó, empujando contra el viento, y así continuó andando por la calle que se extendía ante él, larga, oscura y extrañamente desconocida a pesar de que se había pasado la vida recorriéndola.

18

Camino a casa

La puerta se abrió y la señora Poorna entró en la habitación con una fuente llena de *parathas*.

—Toma, cariño, los he preparado exactamente como a ti te gustan. Con mucho, mucho azúcar —dijo, sentándose en la cama, al lado de Nandana—. ¿Quieres que yo te dé de comer?

Nandana negó enérgicamente con la cabeza. Quería volver a la casa vieja de al lado. No le gustaba nada esta señora loca, ni el piso lleno de olores, ni el cuarto lleno de vestidos azules. Por todas partes había fotos de una niña, de todos los tamaños, algunas enmarcadas y otras clavadas con chinchetas en la pared. Una recién nacida desnuda, un bebé de ojos muy abiertos, una niña de seis años con un uniforme almidonado, mirando a la cámara seria y solemne… Recuerdos de una niña que había desaparecido de todas partes menos del corazón de su madre y de la cabeza trastornada de la pobre mujer. Nandana, violenta, se apartó un poco de la señora Poorna, que la miraba con ojos brillantes.

La mujer emitió una risilla sofocada y pellizcó a Nandana en la barbilla.

—Mi niña, mi dulce *paapu*, que me gasta bromas… Claro que te comerás los *parathas*. Y mientras comes, recitarás tu poesía predilecta. ¿Te acuerdas de ella? Ganaste un premio recitándola, ¿no te acuerdas? «Alegre el niño en la popa…». Y mira, mira esa foto; esta eras tú cuando cumpliste un año. Ese día empezaste a andar sólita. Qué orgullosa me sentí…

Al ver que sus palabras no suscitaban reacción alguna en Nandana, la mujer frunció el ceño.

—Qué callada te has vuelto, criatura… ¿Por qué no me dices nada?

Rompió un trocito de *paratha* e intentó meterlo por entre los labios prietamente cerrados de Nandana. La niña se echó a llorar y la señora Poorna dejó en seguida la fuente en el suelo.

—No llores, cariño. No estés enfadada con tu pobre madre. Yo no quería perderte. No estés triste, por favor.

Abrazó a Nandana, la apretó contra sí, la besó repetidamente en la frente y las mejillas, y la meció en sus brazos mientras susurraba:

—¡Verás qué sorpresa tan grande tiene tu *Appa* cuando llegue a casa! ¡Y la sorpresa que se va a llevar la malvada Shyamala! Me dice que estoy loca. ¡Imagínate! ¿Está loca una madre porque espere a su hija?

Al cabo de un rato soltó a Nandana y se puso de pie. Con una sonrisa radiante, cogió un tebeo de la mesilla blanca y se lo dio a Nandana, diciéndole:

—Toma, este es el tebeo nuevo, el que no acabaste de leer. Ahora puedes acabarlo tranquilamente. Mientras tanto *Amma* irá a preparar todos los platos que más te gustan, ¿de acuerdo?

Salió de la habitación tarareando alegremente una melodía y Nandana la oyó cerrar la puerta con llave. La fuente se había quedado en el suelo, junto a la cama.

Esa misma tarde, Meena había desafiado a Nandana a que de nuevo atravesase corriendo el túnel que había entre los bloques A y B. «Si lo haces, te dejaré venir a mi casa y usar mi consola de videojuegos», le había prometido.

Nandana había dicho que sí. El túnel todavía la asustaba, pero las ganas de jugar con la consola en casa de Meena habían podido más que el miedo. Sería como estar otra vez en casa de Yee, en Vancouver. De modo que había atravesado corriendo el oscuro pasadizo, lleno de légamo y de ruidos extraños, y al salir se había encontrado con que las tres niñas no estaban.

Se había quedado allí, mordisqueándose el cabello y muy enfadada con ellas. No se dio cuenta de que la señora Poorna se le acercaba hasta que esta la cogió suavemente por un brazo.

«Mi vida, otra vez jugando fuera de casa… —le había dicho la mujer—. Me estaba preguntando dónde estarías. Anda, ven, vamos a casa. Te enseñaré una cosa muy bonita que te he comprado».

Había llevado a Nandana hacia el patio de su piso y, al llegar a la pequeña verja metálica, la había animado a entrar. La niña no opuso resistencia. ¿Por qué tenía que obedecer las advertencias que su madre le había hecho acerca de los extraños?, pensó con rebeldía. Sobre todo teniendo en cuenta que se había marchado y la había dejado sola. La señora Poorna la había metido en su casa diciéndole ternezas sin parar, como si ella fuese un potrillo nervioso. Una vez dentro, cerró la puerta del patio y echó el cerrojo.

«Dijeron que no volverías, pero ¿qué saben ellos? Yo te llamaba y te llamaba, y al final tú me has oído», había dicho la mujer, acariciándole a Nandana la cara y el cabello.

Nandana miró con inquietud el pequeño cuarto en el que la señora Poorna la había dejado encerrada. Ahora se arrepentía de haberse dejado conducir hasta él. La habitación estaba llena de juguetes, de libros y de ropa pulcramente doblada, todo ello colocado en estantes. En una esquina del cuarto, un vestido azul colgaba de una percha. En una de las paredes había una ventana. Nandana se subió en la cama y forcejeó con la falleba, que estaba un poco oxidada. Cuando por fin abrió la ventana, miró al exterior por entre las rejas. No se veía más que otra pared, entrecruzada de cañerías de todos los tamaños. Aquello le resultaba conocido. Con cierta sorpresa, Nandana se dio cuenta de que era una de las paredes del túnel. Un poco por encima y a la izquierda de donde ella estaba había otra ventana iluminada y, si pegaba la cara contra las rejas, veía más cuadrados luminosos. De la ventana salía el sonido de conversaciones y risas, pero quedaba en parte ahogado por el tintineo de las gotas que caían de las cañerías y por el rumor del agua que corría por los canales de desagüe, a ambos lados del túnel. Otros sonidos humanos salían de diversos apartamentos y, al chocar contra las paredes, se convertían en ruidos fantasmales.

En algún sitio del otro lado estaba la vieja casa donde vivía. Por la puerta cerrada de la habitación oyó a la señora loca cantando en

la cocina y haciendo ruido con los cacharros. Entonces Nandana oyó un timbre y luego a la señora abriendo la puerta. Esperó, deseando que fuese alguien que venía a buscarla. Apretó la cara contra las rejas de la ventana y dijo en voz baja: «Mamma, estoy aquí». Entonces lo repitió en voz más alta. Su voz rebotó por el túnel (aquíaquíaquí…) y luego fue arrastrada por el chapoteo del agua. Se acordó de las muchas veces que su abuela le había pedido que la llamase *Ajji*. Quizá por eso no había habido respuesta. De manera que volvió a llamarla a gritos: «¡*Ajji*!». Se le ocurrió pensar que Sripathi estaba muchas veces sentado en el balcón, justo al otro lado del muro. Así que lo llamó también a él, y la palabra le sonó rara al decirla. «¡*Ajja*!».

Cuando la llevasen otra vez a Casa Grande, se dijo a sí misma, nunca más se portaría mal. Y hablaría con todos los de la casa, hasta con su *Ajja*. La puerta se abrió y entró la señora Poorna llevando una fuente con comida.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz ligeramente irritada—. ¿No te has comido los *parathas*? Y ya es hora de cenar. Anda, ven, que yo te daré la cena.

Cerró la ventana, se puso a tararear y, apretando a Nandana contra sí, empezó a darle pequeñas cantidades de comida con una cuchara.

—Nunca volveré a perderte, cariño mío —le dijo en un susurro —. Nunca. —La besó una y otra vez y añadió—: ¿Querrás creer que se ha perdido otra niña? Ahora mismo han venido a preguntar por ella. Dicen que llevaba una camiseta roja.

—Me estaban buscando a mí —dijo Nandana, intentando levantarse de la falda de la mujer.

—¿Por qué te iban a buscar en tu propia casa, mi amor? Ay, pillina, ya me estás gastando bromas otra vez. Anda, siéntate aquí y termínate esto o me enfadaré.

Nandana forcejeó para librarse de ella. ¿Su casa? Esa no era su casa. Recordó a la policía llamando a la puerta del tío Sunny, y a la tía Kiran diciéndole que sus padres habían muerto, y comprendió por fin que nunca vendrían a buscarla. Por eso el Viejo la había traído a Casa Grande. Para que él y la señora Mamma pudiesen cuidarla para siempre.

—No, no quiero terminármelo —dijo—. Quiero irme a casa.

Se puso a gritar con toda la fuerza de la que era capaz, haciendo caso omiso de los ruegos de la señora Poorna para que callase, hasta que al final esta le tapó la boca con la mano.

* * *

Cuando Sripathi llegó al colegio, lo encontró vacío y silencioso. Las verjas se abrieron de par en par al empujarlas, y Sripathi se dirigió primero a la oficina, pensando que quizá allí habría alguien todavía. Sin embargo, comprobó con desánimo que la puerta estaba cerrada con llave. Llamó con los nudillos a la hoja de gruesa madera y luego recorrió despacio el largo pasillo que daba la vuelta al edificio principal, mientras iba mirando por las ventanitas de unas aulas vacías. No recordaba dónde estaba la clase de Nandana. El primer día, cuando la habían traído aquí, una monja les estaba esperando en la oficina. Había cogido de la mano a Nandana y se la había llevado por un pasillo largo y oscuro a algún lugar desconocido. Sripathi se acordó de la sensación de pérdida que había experimentado al mirar aquella figura alta de ondeante túnica negra y la niña pequeña que caminaba deprisa a su lado. Era la misma sensación que tenía de niño, el primer día de cada año escolar, cuando su padre le dejaba a la puerta del colegio; el primer día que había dejado en él a Maya, y luego a Arun; y años más tarde, al ver elevarse en el cielo el avión en el que se marchó su hija.

No estaba. No estaba en ninguna de las verandas ni en los pasillos de libre acceso. No estaba en el patio de recreo ni en la placita cubierta con techo de amianto donde había mesas y bancos para quienes prefiriesen comer el almuerzo allí y no en el interior del colegio o bajo los árboles. Al acercarse al convento, que estaba situado detrás del edificio principal, apareció una monja joven vestida con un sari blanco y se lo quedó mirando con expresión interrogante.

—Diga, ¿le puedo ayudar en algo? —preguntó.

—Mi nieta, Nandana Baker, no ha vuelto de jugar esta tarde —dijo Sripathi—. Solo tiene siete años. Está en el segundo grado. He

pensado que a lo mejor había vuelto al colegio por alguna razón.

—No he visto a ninguna niña después del último toque de campana. Pero por favor venga a sentarse a recepción. Se lo diré a la madre superiora y podemos hacer que uno de los celadores busque por todo el edificio.

La monja condujo a Sripathi a una sencilla salita en la que había dos sofás marrones arrimados a las paredes. En medio de ellos, sobre una mesa, los nardos de un jarrón empezaban a marchitarse y despedían un olor fúnebre; junto al jarrón había un montón de folletos de tenor religioso, en cuyas portadas se veían, en brillantes colores, unos rostros de expresión pía y solemne. En lo alto de una pared había un crucifijo de madera con el consabido cristo cansinamente cubierto con un lienzo: una imagen familiar para Sripathi, pues había formado parte de sus años escolares en un colegio por cuyos pasillos, en vez de estas silenciosas figuras ataviadas con monjil, caminaban con paso enérgico unos curas con faldones. ¿Había sido una buena idea traer a este colegio a Nandana?, se preguntó con cierto retraso. ¿Se hubiese sentido más cómoda en un centro laico, como por ejemplo Vidya Bhavan? El padre Joseph, el viejo sacerdote que había dado clase a Arun, fue el que planteó la cuestión de la escolarización cuando la niña llegó a la India. Había sugerido el colegio de St. Mary y había echado mano de sus amistades para conseguirle a la niña una plaza allí. Como todo lo demás, las plazas escolares estaban muy solicitadas en esos tiempos y, gracias a la intervención del cura, Sripathi no había tenido que pagar la cantidad monetaria que, en concepto de donativo, solían pagar los padres a la mayoría de colegios del país cuando estos aceptaban a su hijo como alumno. Cuanto mejor era el centro, más elevada era la cantidad.

Una monja alta y delgada, que apenas debía de tener cuarenta años, entró en la salita y sonrió a Sripathi.

—Buenas tardes, señor Rao —le dijo—. Quizá no se acuerde usted de mí, pero hace muchos años fui profesora de historia de su hija Maya. Sentí mucho su muerte.

Miró compasiva a Sripathi y este tuvo que aguantarse de nuevo las ganas de llorar. ¿Qué le pasaba que casi le caían las lágrimas delante de cualquiera que le mirase con amabilidad? Media hora

más tarde, el celador regresó y les dijo que todos los cuartos estaban desiertos. Después de recibir otra mirada compasiva de la monja, Sripathi emprendió el camino de vuelta, dejando atrás el colegio silencioso con sus ventanas cegadas, la zona de recreo en la que unos pies infantiles habían dejado la tierra revuelta y la pared encalada que lo rodeaba todo.

Dos horas después de que Sripathi saliera en busca de Nandana, Arun llegó a casa. Llevaba la camisa rota, tenía varios moretones en cara y brazos, estaba calado hasta los huesos y muy cansado. La manifestación de protesta contra los grandes barcos rastreadores que privaban a los pescadores de su captura diaria no había terminado como él hubiera deseado. Dos mujeres manifestantes habían resultado heridas y habían tenido que ser hospitalizadas. Unos gorilas al servicio de los propietarios de los barcos habían dispersado al grupo de manifestantes tirándoles ladrillos y agrediéndoles con palancas. Uno de ellos había agarrado a Arun y, llevándolo aparte, lo había amenazado. «Te crees Gandhi, ¿verdad?», le había preguntado. La cara le resultaba conocida a Arun, y más tarde se dio cuenta de que era uno de los «muchachos» de Munnuswamy. «Sigue metiendo tu nariz brahmana en estos asuntos —le había dicho— y te la romperemos. Y también te romperemos otras cosas».

Arun, mirándolo con insolencia, le había dicho: «Haz lo que quieras, rómpeme todos los huesos, qué más me da…».

Entonces el tipo le había sonreído, mostrando unos dientes manchados de naranja por el jugo de betel, y había dicho: «También podemos hacer otras cosas. Hemos oído decir que en tu casa vive una niña. Qué fácil es que una niña se pierda, ¿verdad? Sale para ir al colegio y… ¡zas!, desaparece. O está jugando en la calle y a los dos minutos ya no está. Tendrás que ir con mucho cuidado». Le pegó fuerte a Arun y continuó: «Claro que, si te comportas, nosotros podemos hacer que no le pase absolutamente nada. ¿Qué dices?».

En cuanto cruzó las verjas de Casa Grande, Arun se extrañó de encontrar a Nirmala ahí mismo, de pie bajo la lluvia y con el agua resbalándole por la cara.

—Ah, eres tú —dijo ella, inexpresiva—. Por fin llegas a casa…

—¿Qué haces aquí, mojándote? —preguntó Arun.

—La niña no está, no la encontramos por ninguna parte. ¿Dónde estabas?

—Ha habido una manifestación de protesta…

—Estoy harta de tus protestas. Tu padre tiene razón cuando se enfada contigo. En casa tenemos un problema y tú estás por ahí salvando al mundo. Estoy harta de vosotros. Me he pasado la vida escuchando a tu padre, a tu abuela, a este y al otro. Debería haber hecho lo que yo creía correcto. Entonces no habría pasado nada de esto. He sido tonta, tonta… —Nirmala había ido elevando el tono de voz y ahora estaba gritando—. Esperé y esperé que Maya volviese a casa, y ahora también he perdido a su niña. Hubiese tenido que decirle hace diez años que viniese a casa. ¿Por qué esperé? ¿De qué tenía miedo?

—Mamá, no llores por favor —le rogó Arun, intentando secarse la lluvia que le caía por la cara con la manga de su camiseta, también húmeda—. No ha sido culpa tuya. Y te aseguro que la encontraremos. ¿Has llamado a la policía?

—Sí que es culpa mía. La envié a jugar fuera de casa y ella no quería… —dijo Nirmala, llorando.

Arun condujo a su madre al interior de la casa, que estaba muy iluminada. Se sorprendió al ver a Gopala sentado en una de las sillas de palisandro; Munnuswamy ocupaba otra.

—¿Qué hacen aquí? —les preguntó Arun, al que aún le escocía la paliza que había recibido de manos de los gorilas de Munnuswamy.

—Nos están ayudando a encontrar a Nandu —dijo Nirmala—. Es muy amable por su parte.

—¿Muy amable? Pero si son unos canallas… Los *goondas* que están a su servicio me han amenazado con raptar a Nandana hace poco rato. ¿Qué ayuda nos van a dar?

Y, avanzando hacia ellos con cara de pocos amigos, Arun les dijo:

—Hagan el favor de salir de esta casa. Aquí no son bienvenidos.

—¡Muy bien! ¡Dales su merecido a esos usurpadores! —exclamó Ammayya, encantada de encontrar por fin a alguien de su misma opinión.

Nirmala cogió a Arun por el brazo y lo apartó de las visitas.

—No, no hagas nada. Ellos no tienen nada que ver, te lo aseguro —le dijo a Arun al tiempo que sonreía a Munnuswamy, que se había puesto de pie—. No se marchen, por favor. Mi hijo está muy disgustado y no sabe lo que dice.

—¿Por qué no has llamado a la policía? —le preguntó Arun.

—¿A la policía? He llamado varias veces y no han enviado a nadie.

—Pero estos individuos son unos rufianes, mamá —dijo Arun, bajando un poco la voz.

—En el mundo no hay más que rufianes —contestó Nirmala—. Me da igual que estos sean *shaitaans* del infierno. Lo único que sé es que me están ayudando a encontrar a Nandana.

Un hedor a desagües llenaba el salón y se mezclaba con el olor a comida rancia y al moho del sofá. Munnuswamy había regresado a su casa poco después de la llegada de Arun, pero Gopala se había quedado. Putti, excitada, iba y venía ofreciendo a todos café e insistiendo en que comiesen algo.

—La encontraremos, no se preocupe —le dijo Gopala a Nirmala, apretándole la mano—. Los muchachos conocen la ciudad hasta el último rincón. Y conocen a todo el mundo. Lo que pasa es que, al estar lloviendo, tardan un poco más, eso es todo.

A eso de las once, justo cuando Nirmala se disponía a salir a la verja, se oyó un rumor que provenía de la veranda. A la débil luz que allí había, Nirmala vio a un hombre al que no reconoció en seguida. A su lado estaba una figura menuda, de pelo largo.

—¡*Ayyo, ayyo, ammamma*! —gritó Nirmala, corriendo hacia la veranda y cogiendo en brazos a Nandana—. Aquí está. ¡Gracias, *deva*! —Y después de llenarle la cara de besos, le preguntó—: ¿Dónde has estado, mala, más que mala? ¿Estás bien? Dime, ¿estás bien?

Nandana, esquivando las caricias, asintió con la cabeza.

—Sí, pero tengo sueño —dijo vergonzosamente.

Nirmala, de puro asombro, se quedó inmóvil.

—¿Habéis oído? ¡Ha hablado! Arun, Putti, ¿la habéis oído? —Se quedó mirando a Nandana y le dijo—: Dime algo más, mi *chinna*.

Dime dónde has estado.

—La señora loca me llevó con ella y me dio de comer —dijo Nandana, forcejeando para bajarse de los brazos de su abuela.

Nirmala la dejó deslizarse hasta el suelo pero no le soltó la mano. Miró al grupo que se había reunido en la veranda y se fijó en el hombre que había traído a casa a su nieta. Finalmente lo reconoció. Era el señor Poorna, el marido de la pobre mujer loca.

—¿Usted la ha encontrado? Gracias, gracias —exclamó Nirmala.

El hombre, que parecía incómodo, dijo:

—No, ha estado en casa toda la tarde. Mi mujer la había hecho entrar. Lo siento, yo no sabía nada. Acabo de llegar de viaje y la he encontrado allí. Les presento mis disculpas. Mi mujer no está bien, pero no le ha hecho daño a la niña. Perdónennos.

El hombre les explicó que la persona que cuidaba a su mujer había ido a una boda. Si hubiese vuelto a las siete, como estaba planeado, habrían encontrado antes a la niña. Pero a causa de la tormenta el servicio de autobuses se había interrumpido y aquella persona había decidido quedarse a dormir en casa de una prima.

—Siento mucho el disgusto que habrán tenido por nuestra causa —dijo, empezando a dar media vuelta para marcharse—. La niña no ha sufrido ningún daño. —Y, declinando el café que Nirmala le ofrecía, añadió—: No, he tenido que dejar a mi mujer encerrada. Está muy alterada. Tengo que ir a tranquilizarla.

La lluvia caía formando oscilantes láminas de agua que golpeaban el cuerpo de Sripathi y lo dejaban empapado a pesar del paraguas. La calle se había convertido en un río poco profundo que transportaba escombros a toda velocidad. Sripathi había suspirado por un diluvio así, pero no podía haber llegado en peor momento. Todos los viandantes, las personas que vivían en las aceras y los vendedores callejeros que hubiesen podido fijarse en una niña pequeña de pelo largo, ojos grandes y sin un par de dientes, habían desaparecido, cobijándose en el interior de edificios abandonados o bajo plásticos sujetos por ladrillos. En algunos balcones de los apartamentos que daban a la calle se veían sartas de lucecillas encendidas. De más lejos le llegó a Sripathi el silbido y el castañeteo

de unos petardos, y pensó que alguien habría decidido adelantar la celebración del Deepavali. También le llegó un olor a cebolla frita desde los hornillos de cocina de los obreros de la construcción que vivían en el edificio que estaban construyendo. ¿En cuántas casas distintas habrían pernoctado? Ni uno solo de ellos tendría nunca una casa propia en la que morir. Al pensar en casas, Sripathi recordó que muy pronto tendría que encontrar la forma de pagar todas sus deudas; de lo contrario, se vería obligado a vender Casa Grande. Pasó un coche y unas olas de agua sucia le lamieron las piernas. Sripathi hizo una mueca de asco y se apartó hacia el borde de la calzada, deseando no caer en la cuneta del desagüe. Ya no se veía dónde terminaba la cuneta y dónde empezaba la calzada. De pronto le asaltó el recuerdo de un día en que llevó a Maya y a Arun a ver el espectáculo de un prestidigitador en la sala de actos de la Escuela de tecnología. Maya tenía ocho años y Arun dos. Entonces él no tenía vehículo y habían cogido un autobús, aunque había bastante trecho de la parada a Casa Grande. Arun era demasiado pequeño para poder apreciar el talento del gran P. C. Sorcar, mago de fama internacional, pero Maya se había quedado embelesada, profiriendo exclamaciones de asombro al final de cada juego de manos. Cuando acabó la función y salieron a la calle, estaba oscuro y llovía a mares, igual que ahora. Habían ido en autobús a lo largo de la playa, viendo cómo los relámpagos azotaban un cielo negro y amenazante. El mar era un pulsante rollo de fuego verde: se lanzaba imparable a la playa y adelantaba unos dedos ávidos hacia la carretera. Un viento huracanado salpicaba de arena las ventanas del autobús y el vehículo parecía mecerse al compás de sus embates. Cuando se apearon y emprendieron el largo camino a casa, la carretera estaba anegada. Se había dado aviso del peligro de ciclones, y por ello a Sripathi no le había hecho mucha gracia salir con niños ese día, pero ya tenía las entradas y no había querido desperdiciarlas. Nirmala, Putti y Ammayya se habían ido a pasar el fin de semana a Tirupathi.

Maya caminaba junto a él, cogida de su mano y hablando animadamente del mago. En su otro brazo, Sripathi llevaba a Arun. Pasó un ruidoso camión y el agua sucia que despidieron las ruedas casi había cubierto a Maya. Ella se había puesto a toser y a

balbucear y, asustada por el imprevisto remojón, se había negado a dar un paso más y había querido ir en brazos.

Incluso ahora a Sripathi se le ponía la piel de gallina al acordarse de aquella noche. Había ido avanzando a trompicones por la calle que habitualmente le parecía corta pero que ese día le pareció interminable. Los niños le pesaban cada vez más. A Maya la llevaba sobre la espalda. La niña se le agarraba con fuerza al cuello y continuamente anudaba y desanudaba las rollizas piernas en torno a la cintura de su padre.

«¡Aguanta! —gritaba él cada vez que ella parecía a punto de caer—. Pronto llegaremos a casa».

Los brazos le dolían con el peso de Arun. Sripathi había caminado con el agua hasta las rodillas por el borde de la calle, con la esperanza de no caer en el sumidero que, apestoso e invisible, estaba debajo de la superficie. «*Appu*, ¿nos vamos a ahogar?», le había gritado Maya, y él la había tranquilizado diciendo: «No, *raja*, no, *Appu* cuidará de vosotros».

«¿Para siempre?», había preguntado ella, sacando partido de la situación —como siempre hacía— para obtener el máximo de su padre, intentando sellar las pequeñas dudas que se abrían en su mente con las certezas paternas.

«Para siempre», había prometido él con temeridad. ¿Cómo había podido desafiar al futuro, retar a los maliciosos dioses con una afirmación de una arrogancia tal?

Sripathi pasó por delante de un par de cesalpináceas que parecían montar guardia frente a una verja de hierro forjado que le era muy familiar. Era la casa de Raju. En una de las habitaciones parpadeaba una luz. Esos árboles habían proporcionado muchas de las vainas curvas y alargadas, de color marrón, que Sripathi y Raju usaban como espadas cuando de niños jugaban a representar antiguas batallas: Arjuna y los Kauravas, Lakshmana contra un par de demonios, Karna, Shivaji, Tipu el sultán. Reyes, guerreros y héroes. Y sus voces infantiles, alzándose en el aire polvoriento, se habían mezclado con el recuerdo de las voces de otros niños que antes que ellos se habían imaginado en los mismos papeles. Todo parecía entonces tan fácil… Cualquier problema se resolvía blandiendo enérgicamente una larga vaina de color marrón. Otro

camión pasó por su lado y Sripathi se tambaleó al recibir una ola de agua sucia alrededor de las piernas. De pronto se notó ingrávido y desorientado, como si flotase por en medio de la calle oscura. No se acordaba de dónde estaba ni sabía qué hacía bajo la lluvia. Para agarrarse a una brizna de conciencia, intentó redactar mentalmente una carta.

—¡Muy señor mío! —gritó—. ¡Muy, muy, muy señor mío!

Se echó a reír con unas carcajadas incontenibles, incapaz de recordar un solo agravio del que hacer responsable al pequeño mundo en el que habitaba. Dos mujeres se cruzaron con él, y Sripathi se agarró a un brazo mojado y suave.

—¡Suélteme, borracho imbécil! —chilló la mujer, que, desprendiéndose de su mano, pegó a Sripathi con el paraguas abierto.

Su compañera tiró de ella y siguieron caminando apresuradamente, volviendo la vista atrás de tanto en tanto.

—Soy un imbécil… —convino Sripathi, sin poder controlar la risa—, pero no estoy borracho. No, señora, soy un imbécil sobrio, y siento muchísimo haberla desconcertado.

Se tambaleó y casi cayó encima de alguien que caminaba hacia él.

—¿*Appu*? —dijo esa persona, dándole un susto.

Era un hombre bajo y delgado, con gafas, que llevaba una linterna y un paraguas amarillo que se encabritaba con las ráfagas de viento. A Sripathi la figura le resultaba conocida.

—*Appu*, Nandana ya está en casa. Estaba en el piso de la señora Poorna. Está bien.

—¿Bien? —repitió bobamente Sripathi.

Estando allí en la oscuridad, bajo la lluvia, frente a ese hombre cuyo rostro apenas podía ver, el día entero se le disolvió en una especie de torbellino. Una niña se había perdido. Él no la había encontrado. De hecho, pensó totalmente exhausto, él, Sripathi Rao, había sido el culpable de la pérdida.

—¿Bien? —le repitió al hombre, que ahora le cogía suavemente por el brazo y le conducía calle abajo.

—Sí, *Appu*, todo va bien —dijo el hombre, y Sripathi estaba cada vez más seguro de que lo conocía de algo.

—¿Maya ha vuelto? Le dije a Nirmala que volvería —dijo Sripathi confidencialmente—. Pero ella no me creyó.

No le quedó memoria alguna de aquel paseo calle abajo, ni tampoco de Arun, solo el recuerdo de una lluvia incesante, de unos árboles cargados de oscilantes espadas que estaban a punto caer sobre su cabeza y de una monja que le había mirado con dulzura desde el ventanal con vidrios de colores de un edificio desconocido.

—Ha empezado a hablar —dijo Nirmala en cuanto Sripathi y Arun llegaron a casa.

Había acostado a Nandana y ahora caminaba animadamente por el salón. Gopala se había marchado, no sin antes insistir en que lo llamaran a cualquier hora si necesitaban algo. Sripathi se dejó caer al suelo de la veranda e intentó quitarse los zapatos. Se cogió un pie y estiró ineficazmente. Al final se rindió y se quedó sentado donde estaba, con la cabeza gacha y las piernas estiradas delante de él.

—Se encuentra bien —le dijo Nirmala, pensando que Sripathi estaba simplemente agotado—. ¿Me oyes, *ree*?

—¿Quién? —susurró Sripathi levantando la cabeza.

—La niña, ¿quién va a ser?

Sripathi la miró con ansia y preguntó:

—¿La niña ha vuelto? ¿Ha traído a su marido? Espero que hayas preparado sus platos favoritos. Esto hay que celebrarlo.

Y sonrió alegremente a su mujer, que lo miró perpleja.

—Pero ¿qué tonterías está diciendo? —le preguntó a Arun, que se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo este, llevando despacio a su padre al interior de la casa—. Decía cosas sin sentido cuando veníamos.

En el salón, donde había mucha más luz que en la veranda, Nirmala vio que Sripathi estaba muy pálido y que tenía la mirada extraviada. Le tocó la cara y, ahogando un grito de asombro, exclamó:

—¡Está ardiendo de fiebre! ¡Dios mío, qué día!

Llamó a Arun, que acababa de cambiarse de ropa, y le mandó ir

a casa del médico para rogar a este que hiciese una visita domiciliaria al enfermo; se le pagaría lo que fuese. Entonces condujo a su marido escaleras arriba hasta el dormitorio y le quitó la ropa mojada con la misma ternura que a un bebé. Sintió compasión al ver aquel cuerpo que tiritaba, la espiral de pelo gris que bajaba desde el pecho hasta la horcajadura, el escroto contraído. ¿Era este el mismo hombre que antaño la había llevado a la cama bromeando, mostrando al reírse una dentadura blanca y sana mientras ella emitía chillidos de protesta?

«Imaginemos que estamos en una película —había dicho él, haciéndola girar de modo que casi habían perdido los dos el equilibrio—. ¡Tú eres Vyjayanthimala y yo soy Sunil Dutt!».

Cuánto hacía de eso… Todo se había puesto patas arriba desde entonces. Nirmala lo secó con una toalla, lo sentó con cuidado en la cama y le puso unos pantalones de pijama y una *kurta* mientras él se dejaba hacer, dócil como una criatura.

Luego Nirmala bajó las escaleras muy despacio para no forzar las rodillas, que empezaban a crujirle cuando las doblaba, y se puso a esperar que Arun volviese con el médico. Siempre y cuando, pensó, este accediese a salir con el tiempo que hacía. Nada era seguro en la actualidad, ni siquiera la decencia humana más elemental, se dijo con amargura. El salón estaba a oscuras. Putti era solo una sombra acurrucada en la silla que había ocupado Gopala una hora antes: se había negado a acostarse hasta que su madre estuviese ya dormida. Nirmala vio por la puerta de entrada, que había quedado abierta, cómo las gotas de lluvia se doraban un momento a la luz de las farolas. La puerta del cuarto de Ammayya estaba herméticamente cerrada. Allí se había retirado al llegar Munnuswamy y Gopala, y ahora se la oía despotricar tras la gruesa puerta y golpear el suelo húmedo con la contera de su bastón.

19

Qué pasará

Una risa infantil. El tamborileo de la lluvia. El gorgoteo de los desagües llenos a rebosar. El fragor del tráfico. Las canciones de Gopinath Nayak. Los gritos de la Esposa Birmana y su vecina de arriba a causa de otro sari echado a perder por los tijeretazos de la primera. Durante los siete días que Sripathi pasó en cama se dejó mecer por la cálida marea de los ruidos familiares. No se percató de la visita del médico aquella primera noche, ni supo que este le había recetado algo para bajarle la fiebre y calmar su agitación. Algunas noches de las que siguieron, Sripathi se había despertado aterrorizado, creyendo notar aún los ramalazos de lluvia contra la cara y el agua sucia alrededor de las pantorrillas, preguntándose si también él, como su padre, se estaba muriendo solo en la calle. Entonces había oído los suaves ronquidos de Nirmala, le había tocado la curvatura de la espalda y se había deslizado otra vez en el sueño. «En casa, estoy en casa», pensaba soñoliento. No se acordaba de los días anteriores. Lo último que recordaba era su visita al colegio de Nandana. ¿Habían encontrado a la niña? No tenía energías para preguntarlo. Ahora estaba por fin despierto y se veía ya libre de aquel oscuro tumulto que le había llenado la cabeza desde la muerte de su querida hija. A la luz mate del atardecer, que entraba en la habitación por la puerta entreabierta del balcón, estuvo mirando el techo picado de moho hasta que los ojos se le cerraron con el cansancio. Oyó unos pasos que se acercaban pero no abrió los ojos. Reconoció a Nirmala por el tintineo de los aros que

llevaba en los dedos de los pies, pero no sabía quién estaba con ella.

—*Ajji*, ¿está muerto? —susurró una voz juvenil y algo ronca, y Sripathi notó en la cara el aliento de Nandana.

Así que la habían encontrado, después de todo.

—Bah, no digas esas cosas… —dijo en voz baja Nirmala, poniéndole a Sripathi la mano en la frente. A él le resultó agradable el contacto—. Tu abuelo duerme, eso es todo. Y ya no tiene fiebre, ¿ves?

Una mano mucho más pequeña se posó en el mismo sitio. Luego hubo un breve silencio mientras las dos contemplaban a Sripathi.

—¿Por qué lleva ese hilo? —preguntó Nandana.

Sripathi dio un respingo al notar que un dedo pequeño y frío repasaba el trayecto del hilo sagrado que le cruzaba el pecho, incapaz de seguir fingiendo que dormía, abrió los ojos. Simultáneamente, se dio cuenta de que la niña hablaba.

—¡Mira, mira, *ajji*, se ha despertado! —exclamó Nandana, interrumpiendo su examen del pecho desnudo de Sripathi y del hilo que lo cruzaba, subía hasta su hombro izquierdo y desaparecía en la espalda—. ¿Puedo preguntarle lo del hilo?

—¿Por qué no? —contestó Nirmala, aliviada al ver despierto a su marido.

—¿La niña habla? —preguntó él, y su propia voz le sonó extraña.

—¡Que si habla! Hoy no ha parado en todo el día, ¿verdad, *mari*?

—Me gustaría saber para qué lleva el hilo —dijo Nandana, asomando la cara desde detrás de su abuela, donde se había batido en retirada.

—Es para que yo no me deshaga —dijo.

Bromeó porque la mirada algo recelosa de su nieta le incomodaba un poco. La niña le tenía miedo. Pero Nirmala respondió al chiste dirigiéndole una mirada severa.

—Vale… —rectificó él. Por primera vez desde que habían regresado de Vancouver, se dio cuenta de que estaba hablándole a su nieta sin el dolor de ver en su cara y en sus ojos a su hija—. Es para rascarme la espalda. Y para acordarme de mis responsabilidades. ¿Ves? Hay seis hilos en total. —Y separando con

el dedo índice cada uno de los hilos que formaban el *jaanwaara*, continuó—: Uno para ti, uno para tu *ajji*, para Ammayya, Putti, Arun y Maya.

—¿Y para mi papá? —preguntó Nandana—. Te has olvidado de mi papá…

—Muy bien. Dejaremos fuera a la abuela y que este hilo sea el de tu papá.

—¡Bueno! Tú siempre con tus bromas… No le hagas caso, cariño. Ven, vamos a dejarle que duerma. Yo te diré para qué sirve ese hilo y tú me cuentas cosas de tu papá.

—Me dijiste que me enseñarías fotos de cuando mi mamá era pequeña.

—Sí, te las enseñaré.

—Y el sari de boda de las mil flores de loto que me has dicho que me darás cuando yo sea mayor.

—Sí, ya te lo enseñaré —le aseguró Nirmala.

El sari se lo había hecho a medida a la abuela de Nirmala un maestro tejedor de Kanjeevaram. Y por entre los hilos de oro y los de seda color turquesa, por entre los doscientos pavos reales azules, los trescientos capullitos de jazmín color magenta, el laberinto de hojas, enredaderas y flores, en algún sitio de aquel imponente despliegue de imaginación de que había hecho gala el tejedor estaba escondido un elefante dorado, para que diese valor y buena suerte a la novia.

Cuando Nirmala era una niña, extendió una vez la prenda de seis metros en el dormitorio de su abuela y estuvo buscando el esquivo dibujo. Su abuela no había logrado encontrarlo, y el sari había pasado primero a su madre y luego a Nirmala. Ahora esta lo tenía guardado en el armario, cuidadosamente envuelto en papel de seda, con un trocito de sándalo entre los pliegues. Desde hacía muchos años, cada seis meses lo sacaba y lo oreaba —dejando emerger el delicado aroma del sándalo—, lo doblaba de otra forma para que el hilo de oro no se quebrase y lo volvía a meter en el armario.

—Sí —repitió—. Y buscaremos el elefante escondido.

Otro sistema ciclonal llegó pisándole los talones al que acababa de pasar y trajo unas lluvias aún más intensas. Ahora los habitantes de Toturpuram, que tanto habían suspirado por la lluvia, la maldecían sin parar. El agua, que había empezado a bajar en el recinto de Casa Grande, volvió a lamer el borde inferior de la veranda. Unos gusanos marrones y negros que se habían visto desalojados de sus agujeros en la tierra se enroscaban y se desenroscaban como caucho ardiente sobre las baldosas húmedas, y por las noches la casa se llenaba de hormigas voladoras que chocaban ciegamente contra las bombillas. A estas alturas incluso los golfillos callejeros habían dejado de hacer navegar sus barcos de papel por las calles inundadas. Ahora se les veía acurrucados debajo de unos plásticos sujetos toscamente a la acera con piedras y ladrillos, lloriqueando o peleándose entre sí. Las vallas publicitarias crujían y traqueteaban con la fuerza del vendaval. Una aldea cercana fue arrasada por la tormenta y todos sus habitantes murieron, con la excepción de una vieja que vivía en una choza de barro. Rodeada por sus gallinas, por un perro extraviado y una cabra, la mujer que se había salvado de milagro parecía completamente ajena al cataclismo pasado.

Los colegios habían suspendido las clases hasta nuevo aviso, pues la oficina meteorológica había anunciado más tormentas. Algunas zonas de la ciudad estaban tan anegadas que no era posible circular por ellas. Por suerte para Nandana, en los dos bloques de pisos había niños con los que jugar. Las aventuras que había corrido la habían hecho muy popular entre ellos, y continuamente la invitaban a sus casas. Se había convertido en una heroína. Se había atrevido a entrar en el túnel y no le había pasado nada. Incluso había sido raptada por la señora loca y había salido incólume de la experiencia. Y ella sacaba el máximo partido de estas cosas, contando historias de los monstruos que se escondían en aquel oscuro túnel, y de cómo habían querido asustarla y ella les había dejado con un palmo de narices. Sin embargo, no podía compartir con nadie la sensación de vacío que había notado en el cuartito de la niña perdida cuando por fin entendió que sus padres habían muerto. Ahora caminaba al lado de Nirmala charlando sin parar, como si en su interior se hubiera roto un dique. ¿Por qué hay tantos mosquitos? ¿Por qué nos pica la piel cuando muerden? No me gusta

cómo sabe la leche india. Me gusta el pastel de chocolate, pero a mi papá el postre que más le gustaba era el tiramisú. Mi mamá me dijo que en el jardín de atrás hay muchos fantasmas, sobre todo debajo del mango. ¿Por qué andas tan despacio, *ajji*? Me gustaría tener un gatito que fuese mío. Solo a Ammayya le irritaba el son constante de aquella voz infantil. «Uf, parece el zumbido de una mosca atrapada en una botella… Me da dolor de cabeza». El resto de la familia estaba encantado con la vivacidad de la niña.

La mañana en que a Sripathi le bajó la fiebre, Nirmala decidió hacerles una visita a los Munnuswamy. Preparó *chakkuli* para llevárselo en señal de agradecimiento por el apoyo que le habían prestado el día de la desaparición de Nandana. Haciendo equilibrios con la bandeja de aros dorados y crujientes que llevaba en las manos, Nirmala se puso con cuidado unas zapatillas y bajó con tiento los escalones de la veranda. El suelo del jardín delantero se había convertido en una bazofia líquida de color marrón. El agua tenía más profundidad de la que ella había creído y estuvo a punto de caer. Se recogió el sari con una mano y caminó con cautela hacia las verjas entreabiertas, por entre las cuales entraba el agua de la calle al recinto de Casa Grande.

Nirmala nunca había estado en casa de Munnuswamy. Siempre que había hablado con la señora Munnuswamy lo había hecho por encima del muro o frente a las verjas. La casa era grande y estaba en buen estado. Tanto por fuera como por dentro, las paredes estaban pintadas de azul de ultramar, pero afortunadamente el blanco de los frisos descansaba un poco la vista. Y al menos no se veían señales de humedad. En cada habitación había un bonito ventilador de techo, de cuyo centro colgaba una araña de luces. Nirmala notó una punzada de envidia, así como algo de resentimiento. Supuso que debían de gastarse un dineral para tener una casa tan grande así de limpia y bonita. Pensó en Casa Grande, cuyo estado de deterioro se agravaba durante los monzones, cuando en paredes y techos se formaban unas manchas de musgo que parecían mapas de países fértiles. Desde hacía más de diez años ni siquiera la encalaban. Notó la mirada vehemente de la señora Munnuswamy puesta en ella, pero Nirmala no tuvo ganas de decir nada. Entonces se ablandó de pronto, al pensar que estaba pagando

la amabilidad de sus vecinos con arrogancia.

—Qué casa tan bonita tienen ustedes… —dijo—. Y el color de las paredes también es muy bonito —añadió, sin que la mentira le incomodase mucho al ver la ilusión que le hizo oírla a la mujer baja y llenita que tenía delante.

—Un amigo de mi marido nos vendió la pintura a mitad de precio. Si quiere, podemos conseguírsela también a usted —dijo la señora Munnuswamy sonriendo tímidamente—. Mi marido conoce a mucha gente. En cualquier problema que ustedes tuvieran, él podría ayudar. —Y tras hacer una pausa, añadió—: Solo si ustedes quieren, claro.

Entonces invitó a Nirmala a sentarse en uno de los sillones de almohadones prietamente rellenos y tapizados de una tela sedosa color de rosa.

—Tiene usted que tomar algo, hágame el favor —dijo la mujer, y Nirmala accedió, a pesar de notar una punzada de culpa por hacer las cosas a espaldas de Ammayya. Pero a esta sensación le siguió otra, de enojo consigo misma. ¿Cómo era posible que ella, una mujer adulta y ya abuela, aún le tuviese miedo a una anciana chocha y de ideas anticuadas?

—¡Ishwara! —gritó la señora Munnuswamy, dejando a Nirmala sorprendida con la potencia de su voz. Y sonriendo a su invitada, añadió—: Ishwara es un chico muy santo. Tiene sueños y visiones, ¿sabe usted? Y es muy inteligente.

Cuando hubieron tomado el té, la señora Munnuswamy se empeñó en enseñarle la casa a Nirmala. Esta la siguió de cuarto en cuarto, y como todos estaban pintados de azul de ultramar, acabó con la sensación de que le metían el cielo por los ojos. Sin embargo, solo hizo comentarios lisonjeros, pues no quería herir a su anfitriona. En cualquier caso, ¿quién era ella para criticar? Como si su casa estuviese mejor que la que estaba viendo… La última parada del recorrido fue la azotea, desde donde se divisaba un amplio panorama de los alrededores. Nirmala vio su propia casa, empequeñecida por los bloques de apartamentos, como un hosco enano acuclillado en un charco de agua sucia.

La señora Munnuswamy también reparó en ella y, llevándose expresivamente una mano a la boca, exclamó:

—¿Cómo es que el sistema de drenaje no funciona en esa zona? Habría que hacer algo. Llamar a los del Ayuntamiento, quizá…

Nirmala asintió con la cabeza y miró con inquietud la vieja casona, varada en medio de aquel aguanoso barrizal verde-gris. Sí, tenía que decírselo a Sripathi, o mejor a Arun, pues su marido aún no estaba bien. No era normal que el agua se quedase estancada tanto tiempo, aun cuando hubiese llovido varios días seguidos.

Cuando Nirmala ya se disponía a marcharse, la señora Munnuswamy la cogió por un brazo y le dijo titubeante:

—Hay algo de lo que me gustaría hablarle. No se ofenda, por favor. Mi hijo insiste en ello y yo no sé qué hacer.

—¿Es sobre mi cuñada? —preguntó Nirmala, yendo al grano.

—Sí. Iremos a hacer la petición como es debido, claro, pero he pensado que primero debía decírselo a usted. Es difícil hablar con su suegra.

—¿Gopala quiere casarse con Putti?

—Sí.

—¿Por qué no vienen con la *tambola* pasadas las fiestas de Deepavali? Yo me ocuparé de todo, no se preocupe. Sé que Putti también se alegrará.

Nirmala estaba asombrada de su propia osadía. Para empezar, tendría que hacer frente a los paroxismos de Ammayya. Y ¿cómo reaccionaría Sripathi? Había desheredado a su hija por casarse sin tener en cuenta cuestiones de casta, religión y raza. ¿Respaldaría ahora a su hermana? Sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un *goonda*, precisamente de la persona cuyos gorilas habían pegado dos veces a Arun.

—¿Está usted segura? —preguntó la señora Munnuswamy, que se había quedado pasmada con la invitación de Nirmala.

Había esperado encontrar algún tipo de resistencia; se había temido causar cierto escándalo, o tal vez provocar la ira con la idea de una boda entre su hijo y la chica brahmana. De pronto su mente albergó serias dudas: quizá a Putti le pasaba algo, quizá por eso nadie se había casado con ella. Miró vacilante a Nirmala, que ahora le dirigía una cálida sonrisa.

—Claro, ¿por qué se lo iba a decir, si no?

—¿No quiere consultárselo primero a su suegra?

—Estas cosas se han de decidir rápido. Ni Gopala ni Putti son jóvenes. ¿Cuánto más hay que esperar? ¿Hasta que se les hayan caído los dientes y el pelo? —dijo Nirmala riendo, pues su propia osadía la estaba poniendo de buen humor.

—Tiene usted razón —dijo la señora Munnuswamy, yendo hacia una mesa tallada en la que había unas cuantas cajitas de plata en una bandeja.

Tomó un pequeño recipiente, lo abrió y se lo alargó a Nirmala, que cogió un pellizco de bermellón y se lo frotó contra la raya del cabello. Aquel gesto tan familiar la tranquilizó. Si sabían arreglárselas con una nieta medio extranjera, ¿por qué no con esta gente, que al menos tenían los mismos rituales que ellos?

De nuevo caminó con el agua hasta los tobillos para llegar a Casa Grande, arrugando la nariz con la peste a vegetación podrida que subía hacia ella a cada paso que daba. Solo Dios sabía qué clase de enfermedades estarían incubándose en aquella sopa. Llegó a la veranda y, con expresión de asco, escurrió vigorosamente los bordes de su sari para que soltasen el agua sucia. Entonces, apartándose la ropa mojada de las piernas, entró en la casa. De nuevo le llamó la atención la diferencia entre las paredes desconchadas del salón de su casa —aquel salón lleno de muebles antiguos y con un olor a humedad que dominaba todos los otros olores— y la limpia luminosidad de las paredes de su vecina. Volvió a notar la punzada de envidia. Entonces apareció Ammayya, que quiso saber si había ido a casa del advenedizo, y Nirmala se olvidó del agua que había afuera y del deterioro interior.

—Sí —le dijo—. Les he llevado *chakkuli* para agradecerles su ayuda.

—¿Por qué estás de pronto en tan buenas relaciones con ellos? —preguntó Ammayya, recelosa.

Nirmala vaciló unos momentos, sin saber si darle a la anciana la noticia de la propuesta de matrimonio que Putti iba a recibir a corto plazo. Pero decidió que no era el momento más adecuado. Primero tenía que idear una estrategia. Se lo diría a Putti, a Sripathi y a Arun. Los pondría de su lado antes de decírselo a Ammayya. La

anciana notó la indecisión de su nuera y, temblorosa, saltó:

—¿Qué es? ¿Qué es lo que me ocultas?

—Nada, Ammayya. Solo estaba pensando en lo amables que han sido y…

—¡Mentira! Me ocultas algo, Nirmala. Te conozco demasiado bien.

Nirmala pensó con rapidez.

—Es que la mujer de Munnuswamy me ha dicho que podía conseguirnos pintura a mitad de precio y estaba pensando si usted podría prestarnos algo de dinero para comprarla. Las paredes necesitan una mano de pintura.

Tal como había previsto, la idea de tener que prestar dinero despistó de inmediato a Ammayya.

—¿Dinero? Mi marido me dejó en la miseria y he de vivir de la caridad de mi hijo. ¿De dónde iba a sacar dinero que prestar? —refunfuñó la anciana, apresurándose a volver a su habitación.

Nirmala subió las escaleras, aún recogiéndose el sari empapado con la mano. Primero le contaría a Sripathi lo de la propuesta de matrimonio, luego a Putti, después a Arun y finalmente a Ammayya. Si su marido se ponía a hacer aspavientos por la cuestión de las castas, ella le recordaría a su hija Maya. Sería una táctica cruel pero a veces la crueldad era necesaria. Chap, chap, chap… Nirmala iba subiendo las escaleras y tenía los pies fríos, pero apenas se daba cuenta de ello, tan ocupada estaba planeando el matrimonio de su cuñada. En esa casa había que celebrar algo. Podía ser una boda sencilla, no había por qué invitar al mundo entero. Quizá incluso una boda Arya Samaj,[23] que sería cosa de diez minutos y costaría menos que una tradicional. Si todos estaban de acuerdo en ello, claro. Sería bonito poderlo celebrar por todo lo alto, pero había que tener en cuenta el gasto que suponía. Después de tanta tristeza, a todos les sentaría muy bien. Nirmala, a su manera terca y sensata, había decidido que la mejor forma de hacer frente a su pérdida era dejarla atrás y seguir bregando.

Esperando encontrar a Sripathi despierto, entró en el dormitorio para decirle lo del agua que rodeaba la casa. Encontró a Arun sentado en la cama, charlando con su padre.

—El chico tiene un empleo —le dijo Sripathi, antes de que ella

pudiera abrir la boca.

—¿Qué? ¿Cómo ha sido? —exclamó ella, sorprendida.

—¿Por qué os extraña tanto? —preguntó Arun—. *Appu* ha reaccionado como si yo hubiese ganado el Bharat Ratna[24] o algo así. Es un modesto trabajo en Delhi.

—¿Tan lejos? —dijo Nirmala.

—Con un grupo medioambiental… no gubernamental, o sea que el sueldo no es alto… pero es lo que quiero hacer. Podré enviar algo de dinero a casa; yo necesito poco.

Sripathi carraspeó y dijo:

—Quizá no tengas que hacerlo. He decidido vender la casa. —No sabía cuándo había tomado la decisión, pero ahora que las palabras habían salido de su boca estaba seguro de que era la decisión correcta—. Sí, voy a venderla.

—¿Por qué no me lo has dicho? Siempre soy la última en enterarme. ¿No es esta también mi casa? —exclamó Nirmala—. ¿Y qué dirá Ammayya? No se lo has dicho, ¿verdad?

—Es lo mejor para todos —dijo Sripathi—. Esta finca vale mucho dinero. Y a partir de final de año vamos a necesitarlo. Es posible que deje de trabajar dentro de poco.

—Pero ¿qué harás todo el día en casa? —preguntó Nirmala, y su voz traicionaba cierta consternación.

—No te preocupes —dijo Sripathi, irónico—, que no te estorbaré. Quizá me ponga a dar clases particulares de inglés y de matemáticas.

Se reclinó contra las almohadas y miró por la puerta abierta del balcón el bloque de apartamentos. Pronto vivirían en una de esas cajas de cerillas, pensó. No le importaba mucho, después de todo. Esta casa se había convertido en un lastre. Encerraba demasiados recuerdos. Algunos eran buenos, eso era cierto, pero había llegado el momento de crear recuerdos nuevos.

20

UN NUEVO DÍA

Las fiestas de Deepavali ya habían pasado. Los habitantes de algunos pisos aún no habían quitado de los balcones las guirnaldas de lucecillas eléctricas, quizá para compensar de alguna forma la oscuridad que había descendido sobre Toturpuram desde la llegada de las lluvias. A pesar de que ellos habían decidido no celebrar las fiestas ese año, Sripathi había comprado una caja de bengalas para Nandana, algunas que al encenderse parecían fuentes y otras en forma de rueda. También le había comprado un estuche de lápices de colores y unas horquillas para el pelo. Había vacilado mucho al elegir los regalos: hacía más de veinte años que no compraba nada para un niño. También Nirmala le había hecho un obsequio (un vestido nuevo y unas bonitas pulseras de plástico de varios colores) y había cocinado algunas golosinas para celebrar la fiesta de la luz.

—¿Tú crees que deberíamos estar haciendo todo esto? —había preguntado Sripathi el día de Deepavali por la mañana, cuando le asaltó una sensación de culpa por estar celebrando una fiesta tan poco tiempo después de la desgracia.

—Lo pasado, pasado está —había dicho Nirmala, mientras aplanaba la pasta para hacer *puri* y los brazaletes que llevaba puestos tintineaban al compás de sus movimientos—. Arremángate y arrea, eso digo yo. Siempre echaré de menos a nuestra Maya, pero la comida de hoy y la de mañana se han de hacer, ¿no? El futuro de la niña es más importante que las desgracias pasadas.

Durante las semanas siguientes al colapso nervioso, que fueron

de lenta convalecencia, Sripathi tuvo ocasión de observar a su esposa y de admirar las reservas de fuerza y de energía que le permitían diariamente cocinar, subir y bajar escaleras, bañar a Nandana, darle masajes de aceite, convencerla pacientemente de algo, cantarle para que se durmiese después de la cena… Había vivido treinta y cinco años con ella pero aún no había aprendido la lección de su optimismo. Él siempre miraba hacia atrás, hacia la noche pasada, en vez de pensar esperanzadamente en el día siguiente.

Ahora estaban a mediados de diciembre, y la actividad ciclónica que se cernía sobre el Golfo de Bengala se había vuelto a avivar tras una breve interrupción. No se podían mantener cerrados los colegios y las oficinas indefinidamente y, aunque las calles aún estaban anegadas, las gentes iban a sus quehaceres encogiéndose de hombros.

—Lo que tenga que ser, será —dijo una mañana Balaji, el gerente del banco, cuando Sripathi entraba por las verjas de Casa Grande con las dificultades habituales.

Había ido a Marketing Publivista, pero solo para hablar de cuestiones relativas a la renuncia a su puesto, renuncia que había comunicado por escrito un mes antes. Mejor eso, se había dicho Sripathi, que esperar a que Kashyap lo echase como a un perro. Aún tenía algo de dignidad.

Balaji seguía hablando solo.

—Si mi destino es morir ahogado, que así sea —dijo, encogiéndose de hombros y encasquetándose un gorro de lana que le iba algo pequeño.

Por Toturpuram se veían muchos gorros de lana ese año. En Beauteous Boutique estaban haciendo un gran negocio con los gorros y jerseys de lana (por no hablar de prendas como bufandas, guantes y calcetines) debido al frío reinante. A causa de los ciclones, la temperatura había descendido considerablemente en la ciudad. Kumar Jain, el dueño de la tienda, había conseguido incluso vender unos chaquetones de lana a los miembros de una familia llamada Palanoor, que estaban convencidos de que el casquete polar había empezado a descender hacia Toturpuram. El tendero le había comprado la remesa de prendas de lana a un comerciante de

Cachemira al que había conocido unos años antes, estando de vacaciones en Delhi con su familia.

—Pobre tipo —les había dicho a los Rao cuando fueron a comprar el vestido nuevo de Nandana—. Tengo la obligación de ayudar a mis colegas de Cachemira. Este me dijo que no tenía dinero ni para dar de comer a su familia al día siguiente. Yo me afligí mucho, la verdad. Pregúntenle a mi mujer y les dirá que estuve a punto de llorar.

Su mujer asintió y, mirando al marido con adoración, dijo:

—Es muy sentimental y muy dado a hacer obras de caridad. Es demasiado generoso.

—¡Qué embustero es el muy pícaro! —había exclamado Ammayya cuando volvían a casa—. Debió de conseguir las prendas de lana a un precio irrisorio y las ha tenido almacenadas hasta ahora. Y ha sacado unas ganancias del doscientos por ciento. ¿Os habéis fijado en las joyas nuevas de su mujer? Llevaba dos botones de diamantes en la nariz. ¡Y seis pulseras de oro que no le había visto nunca y que también son de diseño moderno!

La casa olía a la ropa mojada que habían puesto a secar en casi todas las habitaciones. Nada se secaba, ni siquiera las blusas de algodón más finas. Parecía como si la lluvia hubiese penetrado por todos los poros de la casa hasta dejarla empapada.

Una mañana Sripathi estaba en la cocina llenando recipientes de agua. Levantó una olla del fregadero y puso otra en el mismo lugar. Después de llenar un último recipiente, entró de puntillas en el cuarto de Ammayya con la esperanza de que estuviese dormida. En el comedor se cruzó con Nandana, que madrugaba de forma exagerada. Pocos días antes Arun le había llevado un gato recién nacido, mojado y sucio, dándole una inmensa alegría. Tras una larga discusión, durante la cual Ammayya protestó insistente pero inútilmente, decidieron tenerlo en el comedor, en una cesta con tapas. La niña pasaba con el animalito todos los ratos que tenía libres. Cuando pasó Sripathi, levantó la vista hacia él y esbozó una sonrisa. No le tenía la misma confianza que a los otros, Sripathi lo sabía bien. A veces, cuando estaba en el balcón, se percataba de que la niña estaba mirándolo furtivamente desde la puerta del dormitorio y, en cuanto él levantaba la vista, se esfumaba.

Ammayya estaba despierta y sentada en su silla favorita. No estaba de buen humor. En cuanto lo vio, empezó a quejarse.

—Sripathi, Sripathi, hay demasiados mosquitos en esta casa. ¿Por qué no haces algo? No he dormido en toda la noche y creo que voy a ponerme enferma.

—Por favor, no me expliques tragedias de buena mañana. Voy con el tiempo justo —dijo él expeditivamente, echando una ojeada al cuarto de baño.

Sabía que las quejas eran el preludio a otra cosa. A Ammayya no le había hecho mucha gracia la noticia de la venta de la casa, pero se había apaciguado al saber que tendría un piso de propiedad. Lo que le había supuesto un enorme disgusto era la propuesta matrimonial de los Munnuswamy y el hecho de que Putti estuviese encantada con la idea de casarse con Gopala.

—Avísame cuando el depósito esté lleno —dijo Sripathi, y se encaminó de vuelta a la cocina.

La niña aún estaba en el comedor. Arrastraba por el suelo un pequeño juguete atado a un cordel y se reía cada vez que el gato se precipitaba sobre él.

—¿Hoy no vas al colegio? —le dijo Sripathi, viéndola jugar.

—Sí que va —dijo Nirmala desde la cocina, donde estaba midiendo por tazas los ingredientes de los tentempiés que iba a preparar para la tarde—. Pero aún tiene que ponerse el uniforme. Ese minino la distrae demasiado.

—¿Por qué tengo que ponerme ese uniforme tan horrible? —dijo Nandana, quejumbrosa—. ¿Por qué no puedo ir con tejanos?

—La hermana Angie se enfadaría, cariño —dijo Nirmala—. Además, ¿qué le pasa al uniforme? Si estás muy elegante con él… Anda, ve a ponértelo o llegarás tarde.

—Me da picor en el cuello y en los brazos —replicó Nandana—. ¿Ves? Me sale algo rojo en la piel. Le tengo alergia.

—Nadie tiene alergia a los uniformes. Lo que te da picor debe de ser el almidón —dijo Nirmala con firmeza—. A partir de mañana le diré al *dhobi* que no te almidone la ropa. Y ahora, ve a vestirte, que me estoy cansando de tantas historias. Sube a vestirte o le diré a Arun que se lleve el gato al sitio donde lo encontró.

—Eres antipática —refunfuñó Nandana, poniéndose de pie de

mala gana—. Ojalá estuviese aquí mi mamá.

—Tu madre era mi hija y te hubiera dicho lo mismo que yo —dijo Nirmala—. Anda, bonita, que si te portas bien te tendré preparada una golosina cuando vuelvas del colegio. ¿De acuerdo?

En ese momento llamaron al timbre.

—Tres tazas de *sooji* —murmuró Nirmala—. *Ree*, ¿me recordarás que ya llevo contadas tres tazas? Voy a ver quién es.

Salió de la cocina, envió a la niña hacia las escaleras y fue a la puerta de entrada, que estaba ya abierta de par en par. Por encima del ruido del agua corriente, Sripathi oyó la voz de Raju. Pensó que debía de ser alguien con una voz parecida a la de su amigo, pero unos minutos más tarde Nirmala entró en la cocina y le dijo:

—Yo me ocuparé del agua. Ha venido Raju y tienes que recibirle. Me parece que ha pasado algo. Voy a preparar café, ya os lo llevaré.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Sripathi al entrar en el salón—. ¡Hoy el sol se pondrá por el este! Si está visible, claro. Siéntate, siéntate. ¿Cómo te has decidido a hacernos una visita en este día tan gris?

—¡Ah! Por fin te has acordado de nosotros, Raju Mudaliar —dijo Ammayya desde el sillón en el que estaba sentada. A su alrededor tenía la provisión semanal de periódicos viejos que le pasaba el matrimonio Gujerati, del vecino bloque de apartamentos—. ¿A qué se debe este honor?

—Ya sabe que estoy muy atado, Ammayya —dijo cortésmente Raju.

Sripathi recordó que su madre nunca había sentido mucha simpatía por su amigo, en buena parte porque Raju siempre había destacado en el colegio más que Sripathi. De manera que condujo a Raju a la veranda para evitar nuevas interrupciones por parte de Ammayya, que había dejado los periódicos para seguir la conversación.

La veranda estaba fresca y húmeda. Raju se sentó en la silla de mimbre y Sripathi se apoyó contra la puerta de entrada.

—¡Qué manera de recibir a un viejo amigo! —dijo Raju, con una sonrisa triste—. En vez de ofrecerme café caliente, me preguntas por qué vengo.

—Perdona. Es que me ha sorprendido verte aquí. Y tan temprano, además. Pero no te preocupes, que el café ya se está haciendo. ¿Quieres comer unos *idlis*? ¿Has desayunado?

—No, pero no tengo hambre. Solo he venido a decirte una cosa. —Raju hizo una pausa y se miró las manos—. Ragini murió anoche.

Sripathi dejó de sonreír. Le pareció que se hacía un gran silencio en la veranda y que los sonidos procedentes de otras partes de la casa se oían aumentados, anormalmente altos: las risas de Nandana, el agua que corría en el cuarto de Ammayya, incluso los golpetazos de la ropa desde el lavadero del jardín de atrás.

Raju no dejaba de contemplarse pausadamente las manos.

—Al parecer dejó de respirar —dijo—. Esta mañana he llamado al médico y ha extendido la partida de defunción. La incineración será a las once. Quería pedirte que me ayudaras a llevarla al lugar donde se llevará a cabo. Eres como un hermano para mí. ¿Puedes tomarte un día de fiesta?

—¿Ha muerto mientras dormía? —preguntó bruscamente Sripathi.

Se acordó de la expresión de desespero que había visto en los ojos de Raju la última vez que habló con él. También recordó que le había dicho que a veces pensaba en acabar con la vida de la chica. ¿Había cruzado su amigo la línea delgada que separaba el pensamiento de la acción? Y en caso de ser así, ¿había hecho mal en cruzarla? Una tras otra, pensó Sripathi, todas sus certezas iban tambaleándose y desmoronándose. Un año antes, hubiese roto todos los vínculos que le unían a Raju basándose en una sospecha tal. Le habría acusado de matar a Ragini, en vez de limitarse a hacer conjeturas sobre ello. Hubiese estado lleno de virtuosa indignación y completamente seguro de que en la misma situación él no hubiese hecho algo tan radical. Pero ahora era un hombre lleno de dudas.

—No creo que sufriese —dijo Raju, evitando aún la mirada de Sripathi—. He hecho por ella todo lo que he podido. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en que la he cuidado mejor de lo que la hubiera cuidado nadie. ¿Es verdad o no?

—Sí, es verdad —dijo Sripathi en voz baja—. Nadie hubiera podido hacer más.

—¿Querrás ser uno de los que lleven las andas? ¿Podrás coger

un permiso?

Sripathi se dio cuenta de que no había visto a Raju desde el día de la desaparición de Nandana.

—No te preocupes, ya me las arreglaré. —Tendría que llamar de nuevo a Kashyap—. Puedo coger el día libre. No me echarán de menos.

Cuando Sripathi regresó eran las dos de la tarde. Las ceremonias fúnebres de Ragini habían sido breves, según deseo de Raju. El cuerpo tendido de la muchacha parecía tan delgado y su rostro estaba tan sereno que durante un instante de alucinación Sripathi creyó que Raju se había equivocado. ¿Era esa la misma criatura grande y desgarbada, de brazos como aspas y cara gesticulante que había ocupado la vida de su amigo durante veinticinco años? La camioneta de la funeraria les había llevado hasta donde empezaba el estrecho camino que llevaba al terreno de las cremaciones, y allí habían descargado las andas. Se descalzaron, dejaron las zapatillas en la camioneta y llevaron a Ragini al campo abierto donde un único montón de madera que ardía sin llama lanzaba un chapitel de humo hacia el cielo gris. Dos parientes de Raju también se habían ofrecido a tomar parte en este último rito.

Ya en casa, Sripathi chapoteó por el agua sucia hasta la puerta de atrás, llamando a gritos a Nirmala para que le llevase un cubo de agua limpia. Regresaba de un lugar de muerte y dolor y necesitaba purificarse antes de entrar en casa. Temblando bajo la lluvia, se quitó toda la ropa excepto la interior y, cuando le pusieron delante el cubo de agua, se lavó.

En las pocas horas transcurridas desde que había salido, la casa había sufrido una transformación. Estaba más limpia de lo que nunca la había visto Sripathi. En todas las puertas había cortinas recién lavadas y Nirmala había colgado una guirnalda de hojas de mango encima de la puerta de entrada, lo cual le recordó que los Munnuswamy tenían que visitarles ese día por la tarde. Otra de sus certezas se iba al garete. Nunca se le hubiese ocurrido pensar que un día iba a acabar de cuñado de aquel bruto de Gopala. Por encima del olor a agua estancada le llegaron los olores de los

manjares —*uppuma, bonda, vadai* y *laddoo*— que Nirmala había cocinado durante todo el día.

—Quizá nuestra casa no sea tan bonita como la de Munnuswamy —le dijo ufana a Sripathi cuando este alabó su trabajo doméstico del día— pero la hospitalidad no se nos podrá negar.

El sofá mohoso estaba envuelto en una sábana nueva. A las sillas del comedor, habitualmente arrimadas a la pared, les habían quitado el polvo y estaban colocadas alrededor de la mesita baja de palisandro y marfil. El ambiente de ilusión que había en la vieja casa le recordó a Sripathi los tiempos en que Maya había recibido la carta de ingreso de la Universidad o se había prometido con Prakash, o cuando Arun pasó los exámenes de final de carrera con nota de sobresaliente. Hasta su hijo tenía un aspecto distinto; en un primer momento Sripathi no supo a qué se debía, hasta que se dio cuenta de que se había cortado el pelo y estaba recién afeitado.

En su habitación y delante del espejo belga, Putti, vacilante, se colocaba un sari tras otro por delante del cuerpo. ¿Rosa? ¿Verde? ¿Azul marino? Este último, con su discreto estampado de florecillas magenta y verdes, era el que la hacía aparentar más edad. Sin embargo, el sari le gustaba. Además, ella era mayor: ¿por qué ocultarlo?

—Ammayya, ¿me queda bien? —le preguntó tímidamente a su madre, que, sentada en su sillón y encerrada en un silencio furioso, tamborileaba en el suelo con el bastón.

Desde que Nirmala le había dado la noticia había estado así. A Putti le resultaba desagradable aquel ruidito constante —tap, tap, tap, tap— que hacía pedazos sus pensamientos felices y le producía una tensión en el pecho. Tenía muchas ganas de que su madre diese el visto bueno a su enlace.

—¿Ammayya? —repitió.

Su madre apretó los labios y lanzó una mirada feroz a su hija.

—Si de verdad te importasen mis opiniones no dejarías que ese paria de al lado pusiese los pies en esta casa —le dijo al fin—. Me estás dando un disgusto de muerte. Si me muero esta noche, será

por culpa tuya.

—Pero son personas muy amables, Ammayya —dijo Putti con voz suplicante.

—También lo será, sin duda, la que nos friega los váteres. ¿Por qué no te casas con su hijo? ¿Eh? ¿Por qué no ensucias aún más el nombre de la familia? ¡Amables! —Y Ammayya fue presa de un violento ataque de tos, que prolongó adrede para que Putti se sintiese culpable. Cuando esta no reaccionó con sus preguntas y atenciones habituales, Ammayya añadió amargamente—: Y no te creas que te prestaré las joyas para que te las pongas. Desde hoy, tú y yo no nos conocemos. Eres una porquería evacuada por mi vientre y que guardé por error, ¡idiota de mí!

—No quiero nada de ti —contestó Putti con pareja amargura—. Tú misma dijiste que el que de verdad quiera casarse conmigo no querrá ni joyas ni dote. Quédatelo todo.

Entonces salió deprisa de la habitación, y Ammayya gritó tras ella:

—¿Quién te piensas que te dio el sari que llevas puesto? ¿Y la blusa, y la combinación? ¿Y quién te dio la vida, si vamos a eso? ¡No quiere nada, dice! —Y golpeando con saña el suelo con el bastón, añadió—: ¿Y quién sino un tonto de casta baja se va a casar con una solterona como tú?

Cuando faltaba una hora para que llegasen los Munnuswamy se fue la luz y toda la calle quedó sumida en la oscuridad. Ammayya se alegró mucho, pues lo interpretó como una señal de que los dioses estaban tan indignados como ella ante el impío enlace que se avecinaba.

—Comienzo desfavorable, final desdichado —iba diciendo muy satisfecha, yendo de habitación en habitación y estorbando a Nirmala, que se afanaba en encender velas y lámparas de petróleo.

En la cocina, Ammayya encontró una fuente llena de *laddoos* y chafó algunas de estas bolitas doradas y perfectamente esféricas. Encontró una caja de latón llena de crujientes *chakkuli* que a Nirmala le había llevado toda la mañana preparar y, al abrigo de la oscuridad, se hizo con ella. Se apretó la caja contra el vientre, la

tapó con el sari y se la llevó a su cuarto, donde la escondió debajo de la cama. Nadie miraría allí esa noche, estaba segura. Al día siguiente, la escondería dentro del armario. Volvió a aposentarse en su silla y se puso a pensar qué podía hacer cuando llegasen las visitas para que se echaran atrás en lo relativo al enlace previsto. Había que asustarles o, mejor aún, insultarles. Sí, aquel hijo de lechero era de una arrogancia inaudita… ¡pedir la mano de una muchacha brahmana! Como si a Putti le faltasen los pretendientes de su rango. Y en cuanto a su hija, a Ammayya le ponía la piel de gallina el pensar que quizá había sido el comportamiento descocado de Putti lo que había conducido a esto. Demasiada televisión, sin duda, que corrompía a las personas inocentes. De repente, Ammayya sintió el haber sido tan dura con Putti. Se dijo que esta hubiese respondido mejor a la benevolencia, a unos buenos consejos que quizá la hubieran apartado de la influencia corruptora de Nirmala. Sí, la habían maleado los moradores de esta casa, se había dejado influir por Maya y por su vergonzoso matrimonio con un extranjero. ¿No veía Putti adónde la había llevado todo esto? ¡Al reino del Señor Yama, ahí es donde la había llevado!

Por todo el salón, las velas encendidas producían un tembloroso juego de luz y sombras. Estas últimas surgían, oscilantes, de detrás de anaqueles, armarios, sillas y televisor, y hasta del viejo perchero para sombreros que ahora se usaba para colgar impermeables y paraguas. Afuera, el coro gutural de unas ranas era interrumpido de vez en cuando por el lejano lloriqueo de una criatura. Y la lluvia seguía cayendo del cielo encapotado.

Los Munnuswamy llegaron a las seis en punto, todos con las ropas alzadas para no manchárselas en el agua color marrón que rodeaba Casa Grande. Koti estaba apostada en la veranda, con agua y toallas que ofrecer a los visitantes para que pudieran lavarse los pies. Putti, desde el salón en sombras, vio un momento los grandes pies de Gopala y, al pensar que aquellos pies se deslizarían sobre los suyos, sintió un agradable escalofrío. La timidez la venció y corrió a la cocina al tiempo que los visitantes entraban en la casa. Solo cuando Sripathi les hubo dado la bienvenida, se hubo interesado por su salud y asegurado de que estaban cómodamente sentados, Putti volvió a aparecer en el salón.

—¡Ah, hija política! —exclamó Munnuswamy, con un humor tan alegre como falto de sutileza—. ¿Cuándo podremos llevarte con nosotros?

Al oír aquella voz grosera, Ammayya, en su habitación, emitió un bufido despectivo.

—¡Qué frescura! —dijo en voz alta—. ¡Qué insolencia! Son gente baja y vil, pero se llevan a nuestras hijas y se quedan con nuestras casas.

Se hizo un incómodo silencio.

—Le pegáis una paliza a mi nieto y nos robáis a la hija. ¿Os creéis mejores por eso? ¡Si solo servís para recoger estiércol!

Nirmala se levantó y cerró la puerta, haciendo caso omiso de los gritos de indignación de su suegra. Sonriendo a las visitas, les dijo:

—No hagan caso, por favor, es vieja y no sabe lo que dice. Es un problema pero ¿qué se le va a hacer? Todos nos haremos mayores un día u otro, ¿no es cierto?

—Sé lo que digo —gritó la voz de Ammayya al otro lado de la puerta—. Putti, si te casas con ese gandul para mí habrás muerto. Te maldeciré. Y la maldición de una madre es la más negra de todas. Tus hijos nacerán deformes. También ellos te abandonarán. ¡Y ese rufián te pegará todos los días!

Pero Putti no oyó nada. Estaba absorta, embelesada. Ella y Gopala se miraban pasmados. El corazón le latía extáticamente dentro del pecho. Se permitió recrear los ojos en el rostro de él, ya habitualmente moreno y feroz, y que ahora aún lo estaba más en la penumbra reinante. También los paseó por sus hombros anchos y su pecho musculado. Hubiese querido lamerle las tetillas y chuparle los lóbulos de las orejas, que aún mostraban las tenues señales de los agujeros que le habían hecho de pequeño. La señorita Chintamani, con muchas risitas de complicidad, le había enseñado el artículo de una revista en el que se enumeraban las zonas erógenas de hombres y mujeres. Putti recordaba que el artículo se explayaba de manera especial en las orejas y en las tetillas y pezones. Hubiese querido estrujar los prietos músculos de él entre sus dedos pequeños. Se juró que, cuando estuviesen casados, masajearía con aceite de mostaza aquel hermoso cuerpo masculino todas las mañanas. Le lavaría la cabeza a él y luego él le daría un

masaje de aceite y la enjabonaría a ella. Pasarían el resto de sus vidas en medio del húmedo calor del baño. Absorta en sus pensamientos lujuriosos, Putti no oyó ni una sola de las palabras que le gritaba su madre y, cuando la de Gopala le hizo entrega de una fuente con fruta para darle la bienvenida como futura esposa de su hijo, Putti estuvo a punto de desmayarse de gozo.

21

El diluvio

A la mañana siguiente por fin dejó de llover. Cuando Sripathi salió al balcón del dormitorio se alegró de ver el sol, que era una mancha amarilla en el cielo gris pálido. Abrió su estuche de plumas y cogió una al azar, sin saber sobre qué iba a escribir ese día. El periódico no había deparado nada que mereciese un comentario.

La amortiguada cacofonía de la calle empezó a crecer. Las campanas del templo repicaban sin parar, y el reclamo de los vendedores de fruta y verduras, el chirrido del afilador de cuchillos, las bocinas de autobuses, coches y vespas, todo se infiltraba en la casa.

—¡*Ammai*, flores, *ammai*! —llamó una voz cantarina desde la calle.

Era Naga, la joven florista, con su cesto lleno de jazmines y *champa*, rosas y caléndulas. Sripathi oyó que abrían la puerta de entrada y, poco después, vio aparecer a su hermana en la verja.

—*Akka*, ¿quiere flores hoy? —gritó la chica—. ¡Mire qué bonitas y lozanas! —Y sus brazos delgados y desnudos, levantados para aguantarse el cesto en la cabeza, brillaron a la luz matutina.

—¿No te las compro todos los días? —preguntó Putti, que se había cogido la falda del sari con una mano para no manchársela con el lodo malsano que cubría el jardín—. ¿Cuánto por un solo *mana*?

—Setenta *paise, Akka*.

—¡Pero qué dices! ¿No sabes que la florista del templo los vende

diez *paise* más baratos? No, es demasiado caro.

—Pero *Akka* —replicó la chica—. Estas flores son tan frescas que aún se huele el viento en ellas. Las he cogido a las dos de la madrugada. La vieja bruja del templo las coge la noche antes.

Puso un pie sobre una piedra grande que había junto a la verja y se bajó el cesto hasta la rodilla. Los jazmines, ensartados en fibra de banano, formaban ristras pulidamente arrolladas; en el cesto forrado con hojas también había flores de coral[25] y hierbas olorosas; las rosas, las *champa* y las caléndulas estaban ordenadamente dispuestas en montones de color rosa y blanco, crema y oro.

—¿Cuántos largos quiere hoy, uno o dos? —preguntó la muchacha.

Estiró una ristra de jazmines para que Putti viera lo grosezuelos que eran los capullos y lo prietamente ensartados que estaban en la fibra de banano.

—Dos. Y mira que te lleguen bien al codo. No hagas trampa, que no te quitaré el ojo de encima —le advirtió Putti.

La chica cogió un extremo de la ristra entre los dedos índice y medio, la fue desenrollando hasta que le llegó al pliegue del codo, y entonces la dobló hacia atrás. La cortó con unas tijeritas, la puso en un trozo de hoja de banano y se lo entregó a Putti.

—¿Hoy no quiere *champa* ni rosas? Mire qué rosas blancas tan bonitas. Huela, huela —dijo la muchacha, alargándole una a Putti.

—Anda, boba, ¿quién va a oler las flores que son para ofrecer a Dios? —Y con estas palabras Putti depositó unas monedas en el cesto y volvió a la casa.

Corrían rumores de que las floristas entraban de madrugada en los jardines particulares para coger las flores que luego vendían, pero Sripathi no podía imaginarse a esta delicada criatura robando.

La Esposa Birmana, con una toalla blanca enrollada en la cabeza, salió al balcón de su casa.

—¡Niña, sube! —gritó.

En los balcones aparecieron más mujeres dispuestas a llamar a la florista y al cabo de poco toda la calle había cobrado vida. Sripathi dejó periódico y recado de escribir y bajó las escaleras. Le sorprendió ver que su madre aún estaba acostada. Normalmente

estaba levantada y lista para el desayuno antes de que él bajase.

—Sripathi, ¿puedes ir a la consulta del doctor Menon, a que te dé algún medicamento? —le preguntó en cuanto lo vio—. Estoy mareada y me encuentro mal.

—¿Por qué no te tomas una cucharada del jarabe que te recetó la última vez? Voy a llegar tarde al trabajo.

—Pero si de todas formas vas a dejar el trabajo, ¿qué más da que llegues tarde? Me encuentro realmente mal —dijo Ammayya, quejumbrosa, y saliendo de la mosquitera se acercó despacio a la puerta de la habitación.

Sripathi miró a su madre. Una pelusa plateada le cubría la cabeza rapada, y a la luz de la mañana parecía ojerosa y con la piel amarillenta. Efectivamente, tenía aspecto de enferma. Sripathi se la quedó mirando con cierta tristeza y vio, más allá de las facciones muy marcadas, la belleza y la esperanza que antaño había habido en ellas.

—Enviaré a Arun —dijo bruscamente—. Dile exactamente lo que te pasa. Aunque, si te encuentras muy mal, quizá debiéramos llevarte al hospital.

—No —dijo terminantemente Ammayya—. Quiero morirme en mi casa.

—No hables así, Ammayya. Seguro que no es nada. Deben de ser los *laddoos* que comiste ayer.

«O que no puedes digerir lo de Putti y el hijo del maleante», pensó Sripathi.

Cuando salió de casa para coger un autobús e ir al trabajo, se encontró a unos cuantos hombres retirando los escombros que había frente a la casa.

—Hola, hermano —llamó Gopala desde la casa de enfrente—. Ya no tendrás más problemas con los camioneros de casa. —Y sonriendo ampliamente, añadió—: ¿Quieres que te arreglemos cualquier otra cosa? Dímelo, que ahora somos parientes.

—¿Los camioneros de casa? ¿Esos camioneros trabajan para ti?

Gopala, sonriendo con orgullo, contestó:

—Mi padre tiene seis camiones. La diosa Lakshmi nos ha colmado de bienes. —Y juntando las palmas de las manos, se las llevó a la frente en un gesto piadoso.

Sripathi no supo qué responder. Nunca en su vida había jugado sucio; hasta ese momento siempre había seguido escrupulosamente las normas. Había ido por la estrecha senda del deber y del honor, y aquí tenía a un canalla que, con un simple gesto de la mano quizá manchada de sangre, hacía desaparecer el montón de escombros. El montón que sus propios empleados habían dejado allí, probablemente obedeciendo órdenes. Ahora que lo pensaba, la casa de Munnuswamy era la única delante de la cual la calle estaba impoluta. Tal vez Arun y él fuesen los tontos de este mundo, y Gopala el hombre sabio que empleaba cualquier medio para sobrevivir. ¿Tendría alguna vez remordimientos? ¿Y si Sripathi le preguntase por la paliza que le habían dado a Arun? ¿Se limitaría a sonreír mostrando su blanquísima dentadura y a decirle: «Ahora somos parientes, y tu hijo es como un sobrino para mí»? ¿Enviaría a los *goondas* que estaban a su servicio a luchar a favor de las batallas de Arun, hasta el momento incruentas, armados de navajas, palos y botellas rotas? Y Putti, la boba de su hermana, ¿cómo podría vivir en aquella casa, si su propia bondad se vería comprometida por el conocimiento de la maldad de su marido?

La sonora voz de bajo de Gopala interrumpió sus pensamientos.

—¿Quieres que mi chófer te lleve al trabajo?

—No, no hace falta —se apresuró a contestar Sripathi, reacio a recibir más favores—. Gracias por despejarnos la entrada. Muy amable por tu parte.

—Solo tienes que pedir lo que sea, Sripathi-*orey*. He visto que hay demasiada agua encharcada alrededor de tu casa. Si quieres, mis muchachos también pueden solucionarlo. Solo hay que abrir un boquete en la tapia trasera. ¿Qué me dices?

—Se lo consultaré a mi madre, Gopala —dijo Sripathi, temblando por dentro solo de pensar en cómo reaccionaría Ammayya a un ofrecimiento tal—. Es un tanto susceptible para algunas cosas.

—Claro, claro, por supuesto, la madre es lo primero —dijo Gopala, meneando la cabeza.

Y le dirigió otra amplia sonrisa a Sripathi, que se alejó a buen paso hacia la parada del autobús.

A las tres de la tarde el cielo empezó a nublarse y al anochecer volvía a llover con fuerza. Putti, al no poder estar en la azotea, que se había convertido en su refugio lejos de Ammayya, se vio obligada a sentarse en el salón y a oír los comentarios mordaces que su madre le dirigía desde su lecho. Para sorpresa de todos esta se negó a comer, diciendo que Putti le había quitado el apetito con su comportamiento desvergonzado.

—¿No estará enferma? —preguntó Nirmala con inquietud—. Nunca rechaza la comida.

—Ammayya se ha estado alimentando de ira —dijo Putti amargamente—. No le pasará nada por estar un día sin comer. ¿Por qué no se alegra de lo mío? Nunca quiso que yo me casara, ahora lo veo. ¿Por qué ha de importarme cómo se encuentre?

Pero por la noche, cuando Ammayya tampoco quiso cenar, la sensación de culpa empezó a abrumar a Putti.

—¿Por qué no comes nada? —le preguntó a su madre, mirándola a través de la mosquitera—. ¿Te has tomado la medicina que te trajo Arun?

—¿Qué te importa? —murmuró Ammayya, y se encerró en un mutismo completo.

No contestó cuando Putti se ofreció a hacerle un masaje en las piernas, como haría casi todas las noches, ni cuando se ofreció a masajearle la cabeza con aceite tibio. Y cuando Putti se metió en la cama, Ammayya se dio media vuelta y no quiso charlar un rato antes de dormirse, como solían hacer. Putti yacía triste en la oscuridad, oyendo caer la lluvia interminable contra los cristales de las ventanas y contra el suelo de la veranda, y el otro ruido más fuerte del agua que corría por los canalones. El abanico de techo rechinaba al girar. La luz del exterior se filtraba por las vidrieras de colores de las ventanas y durante un rato la habitación estuvo bañada en una media luz fantasmagórica. A eso de las once se fue la luz y todo quedó sumido en la negrura. Putti oyó a Nirmala cantándole a la niña, oyó maullar al gato en la cesta del comedor y, al cabo de un rato, oyó las doce campanadas en el reloj de arriba. Luego se hizo el silencio y la vieja casona se dispuso a dormir.

A eso de las tres de la madrugada, un ruido sordo despertó a Putti. Soñolienta, se revolvió en la cama preguntándose qué sería aquello. Hubo otro golpe parecido a una explosión. Se asomó por la mosquitera pero el cuarto estaba tan oscuro que no se veía nada. Si Ammayya no ajustase tanto las ventanas, pensó, entraría algo de luz de la calle. Pero entonces recordó que no había corriente. Dando un suspiro, Putti metió la mano entre los dos colchones y sacó una linterna. Iluminó con ella la habitación pero no vio nada raro. Ahora le llegaba una especie de gorgoteo, como si hubiese agua por algún sitio. El ruido venía de dentro de la casa, no del exterior, donde seguía lloviendo intensa y monótonamente. ¿Se habría dejado alguien un grifo abierto en el cuarto de baño? Aguantando la linterna en una mano, Putti estiró con la otra el borde del mosquitero, soltándolo del colchón donde estaba remetido. Se dispuso a salir deprisa de la cama para que no entrasen los mosquitos. Sus pies desnudos aterrizaron con un chapoteo en un agua aceitosa y fría. Putti dio un grito y volvió a levantarlos. Dirigió la linterna hacia la puerta, y el haz de luz rieló en el agua negra que chapaleaba contra las paredes y contra las patas de la cama. Putti no daba crédito a sus ojos. Por un momento se preguntó insensatamente si no habría entrado el mar en Casa Grande. Alargó con cautela una mano y tocó la superficie del agua para asegurarse de que no soñaba. Algo que flotaba le rozó la mano, y cuando dirigió la linterna al agua vio que era un excremento en forma de media luna. Putti dio un respingo de asco y se frotó la mano frenéticamente contra el mosquitero. Aún no entendía lo que pasaba pero sabía que no quería ahogarse en aguas fecales. Unas hojas de periódico empapadas se hundían poco a poco en el agua, y Putti entendió que eran los diarios que su madre guardaba debajo de la cama. El pensar en su madre la hizo reaccionar. Si el mar estaba inundando la casa, ellas serían las primeras en ahogarse. Había que subir al piso de arriba, y rápido.

—¡Sripathi! ¡Arun! —gritó, con la esperanza de que alguien la oyese y bajase a ayudarlas.

No hubo respuesta. Putti dio unos cuantos alaridos más, y entre unos y otros sacudía a su madre y la empujaba por los michelines que le salían por debajo de la blusa vieja que se ponía para dormir.

Pero su madre se limitó a apartar la mano y continuó roncando. Exasperada, Putti cogió entre los dedos una bolsa de piel de la zona de la barriga y la pellizcó con fuerza, no sin experimentar cierto placer en ello, toda la ira que sentía contra Ammayya y contra sus ardides para que ella continuase siendo una solterona encontraron una vía de escape en ese pellizco cruel. Nunca sintió remordimientos por haberlo dado, pues se dijo a sí misma que solo había intentado sacar a su madre de la cama y ponerla a salvo. Ammayya respondió con un chillido de dolor y un revuelo de brazos.

—¿Qué? —preguntó, medio dormida—. ¿Qué?

Al ver una sombra que se cernía sobre ella y cuyo rostro, iluminado desde abajo por la linterna, parecía el de un monstruo de pesadilla, dio un grito.

—¡No me toque! Se lo daré todo… —gimoteó, tapándose la cara con los antebrazos.

—Ammayya, soy yo, Putti.

La anciana se sentó en la cama y dirigió a su hija una mirada feroz.

—¿Por qué me despiertas en plena noche? ¿Qué pasa? —le dijo, hablándole por primera vez en muchas horas.

—Ammayya, el mar está dentro de casa. Todo está asqueroso. Tenemos que ir al piso de arriba ahora mismo —dijo Putti, muy excitada.

—¿Eh? —exclamó Ammayya, perpleja.

—Levántate. Tenemos que ir arriba o nos ahogaremos —repitió despacio—. Mira.

Dirigió el haz de luz al suelo y alrededor del cuarto, y Ammayya, horrorizada, vio el agua que se arremolinaba alrededor de las patas de la cama y lamía el tocador de palisandro. La cama envuelta en la mosquitera se reflejaba en el extremo inferior del espejo belga y parecía una isla blanca y espectral varada en medio de un apestoso mar verde oscuro. Por una vez, Ammayya se quedó sin palabras. Dejó que Putti apartase a un lado la mosquitera y la sacase de la cama. En cuanto empezaron a caminar por el agua fría y sucia, notó el mal olor.

—¿Por qué huele tan mal? —preguntó, agarrándose a Putti, que

ahora tenía continuas arcadas y llevaba la linterna con mano temblorosa.

—Ammayya, en el agua hay *kakka* y otras porquerías —dijo brutalmente Putti, odiando a su madre por aferrarse a ella, por haberse aprovechado de ella estrujándola como a un limón.

—¡Pero has dicho que era el mar! —protestó Ammayya—. ¿Ahora me dices que estoy andando en aguas fecales? —Notó como si la piel se le encogiese al contacto del líquido y, con grandes alaridos, gritó—: ¡*Ayyo deva*! ¡*Ayyo swami*! ¡*Ayyo ayyo ayyo*!

Estaba contaminada eternamente, sucia para siempre jamás. Nada podría limpiarla de esta apestosa porquería, de esta putrefacción, de esa inmundicia que solo el limpiador de los váteres debía tocar. Notó que la bilis le subía por la garganta y le dio una arcada.

—¡Oh, Sathyanarayana! —exclamó, llamando a su dios favorito—. ¿Qué perfidia es esta? ¿Qué te he hecho para merecer esto? Putti, ¿estás segura de lo que dices?

—¿No notas el olor?

Paseó la linterna por alrededor y Ammayya emitió un gemido de repugnancia. ¿Acaso estaba andando entre los excrementos de alguien?

—¿De quién es eso? —preguntó débilmente.

—¿Cómo que de quién es? —replicó Putti, que ahora, en vez de ira, sentía cierto desprecio por su madre. Se preguntó cómo podía haberle tenido miedo a esa pobre infeliz durante cuarenta y dos años—. Todas las alcantarillas de esta calle están conectadas, o sea que tanto puede ser del vecino, del abuelo Chocobar o de Munnuswamy. ¿Quieres que mire por si lleva el nombre incorporado?

—¿Por qué te burlas de mí, hija querida? —dijo su madre, procurando caminar por el agua sin perturbarla.

Cerró los ojos apretadamente y las lágrimas —lágrimas verdaderas— brotaron por entre los párpados. Imaginó que el asqueroso líquido del suelo se le iba filtrando por los poros hasta llegarle a las partes sagradas del cuerpo, y que la corrompía total y absolutamente. Nunca podría quedar limpia de nuevo, nunca. Emitió otro gemido y entonces quedó en silencio (excepto por las

arcadas que de tanto en tanto la sacudían) mientras iban acercándose a la escalera que, más allá de los tres primeros escalones, estaba seca. Putti se sacudió del brazo la mano de su madre y la obligó a agarrarse a la barandilla y a subir despacio. Volvió a llamar a gritos a Sripathi, Arun y Nirmala y su voz, que rebotaba contra las paredes húmedas, resultaba alarmante sobre el fondo de silencio. Entonces empezó a oír roces y murmullos, a medida que sus gritos penetraban en el profundo sueño de los durmientes.

—¿Es Putti? —oyó preguntar a su cuñada—. He oído gritar a alguien.

—¡Despertaos, despertaos! —gritó Putti—. ¡Nos vamos a ahogar! ¡Ha entrado el mar!

—¿El mar? ¿Qué mar? —oyó decir a Sripathi—. ¿Está soñando?

Se reunieron todos, soñolientos, en el rellano del primer piso. Tras unos minutos de dudas y exclamaciones, y después de que Arun bajase hasta el pie de las escaleras para asegurarse de que su tía no sufría alucinaciones, Sripathi decidió que lo mejor sería pedir ayuda a los Munnuswamy desde la azotea. Ammayya no quiso ir a ningún sitio hasta haberse lavado las piernas con agua y jabón.

—Rama, Sita, Rama, Sita… —murmuraba mientras se restregaba las piernas en el cuarto de baño.

Estaba temblando como una hoja y Nirmala, que la envolvió en una sábana, tuvo que ayudarla a salir.

Despabilaron a Nandana, Arun la sacó en volandas de la cama, y toda la familia subió a la azotea. La niña se despertó del todo cuando Sripathi terminaba de forcejear con el cerrojo de la puerta que daba a la azotea.

—¿Adónde vamos? —preguntó en son de queja.

—El mar ha entrado en casa —dijo Ammayya, llorosa—. ¡Vamos a ahogamos todos, *yo-yo-yo* Rama, *yo-yo-yo* Sita!

—¿Nos moriremos? ¿Como mi mamá y mi papá?

—No, no nos moriremos —dijo dulcemente Nirmala.

—¿Y mi gatito?

Se habían olvidado del animal atrapado en la cesta. Nadie dijo nada y Nandana agitó las piernas contra Arun.

—Quiero mi gatito.

—Ahora no, mi *raja* —le dijo Nirmala, acariciándole las piernas —. Luego. No le pasará nada.

Nandana la miró con suspicacia pero se dejó apaciguar. Salieron y casi en seguida la lluvia los empapó. Ammayya decía gimiendo que el pecho le dolía, que se estaba muriendo, que esa era la forma en que Dios mostraba su ira por los desposorios de Putti.

¿Por qué, se preguntó Sripathi, estaba su vida de repente en tal desorden? ¿Lo estarían poniendo a prueba los dioses, como le pasó al rey Harishchandra? Echó una ojeada a Nandana, que estaba encogida debajo de un hule que Nirmala había encontrado en su armario. Los paraguas habían quedado todos en el salón inundado, de manera que tenían que arreglárselas con lo que habían encontrado en el pequeño armario para trastos que había junto a la puerta de la azotea.

—¡Si gritamos nadie nos oirá! —dijo abatido, pues los chorros de agua que caían de los canalones hacían un fuerte ruido.

—Desde aquí puedo pasar a su casa —dijo Arun, que, en efecto, más de una vez había saltado de un recinto a otro cuando era niño —. Será lo mejor. Quedaos aquí hasta que yo vuelva.

Desde el repecho de la azotea dio un salto hasta el balcón cercano. Entonces se abrazó a la cañería de desagüe, empezó a bajar por ella y desapareció en la oscuridad. Pocos minutos más tarde, sin embargo, le oyeron aporrear la puerta de los vecinos y gritar pidiendo ayuda. Se oyó un abrir de puertas, se oyeron voces, y luego vieron resplandecer los haces de luz blanca de unas lámparas Petromax en la azotea de Munnuswamy.

Muy poco después Arun volvía a estar con ellos.

—¡*Appu*! La inundación solo es aquí. Algún pozo séptico se habrá desbordado. Tendremos que ir a pasar la noche en casa de los Munnuswamy.

—Yo no voy a bajar por las paredes —afirmó Ammayya.

—No hará falta —dijo Arun—. Si bajas por la escalerilla del cuarto de baño hasta que estés al nivel del muro, nosotros te pasaremos en brazos.

—¿La escalerilla? ¿La que usa la fregona? ¿Te has vuelto loco? —preguntó Ammayya, con la voz recia de ira. ¿No era bastante que el estómago se le hubiese revuelto con el asco de la porquería?

¿Ahora tenía que humillarse aún más usando la escalerilla de la intocable?—. No voy a ninguna parte —afirmó—. Si me he de morir, me moriré en mi casa. Mis hijos se quedarán conmigo. ¿Putti, *mari*? ¿Sripathi?

Se la quedaron mirando sin decir nada. Ammayya notó otra vez la punzada de dolor en el pecho que ya había notado por la mañana. Todos le habían fallado: el marido putañero que le robó la juventud, el amor propio, e incluso el caudal que hubiera podido sustentarla en la vejez; el hijo que había huido de la Facultad de Medicina como un gallina y había hecho trizas sus ilusiones; Putti, que la abandonaba por un lechero. Hasta el mismo Dios le había fallado, pues había enviado aquel asqueroso diluvio solamente a su cuarto. En silencio siguió a la familia al cuarto de baño. En silencio bajó con ellos por la escalerilla de caracol de hierro forjado hasta llegar a la altura del muro, al otro lado del cual Arun y Gopala estaban esperando para tomarla en brazos y bajarla a tierra. En el interior azul de la casa de Munnuswamy, Ammayya se echó en un diván, todavía enmudecida por todos los agravios que ese día había tenido que sufrir en cuerpo y alma. Le parecía no ya ver sino hasta oír la sonrisa embobada de la idiota de su hija mirando al hijo del vaquero. Qué asco, qué asco, qué asco, pensó. Oía también a Nandana, en algún lugar del cuarto, preguntando quejumbrosa si se iban a morir, y a Nirmala lanzando exclamaciones de asombro ante los objetos decorativos que veía en la habitación a la luz de las lámparas Petromax. A Ammayya la ahogó el furor al darse cuenta de lo poco que importaba a las personas reunidas en aquella habitación. Una vieja maniática, así es como la veían. La veía de esa forma incluso su amada Putti, por la cual ella había ahorrado, economizado y robado. Y al pensar esto, el corazón vetusto de Ammayya dio una embestida, produciéndole un ramalazo de dolor por todo el costado izquierdo, y la anciana lanzó un grito de cuya intensidad ella misma se sorprendió.

Sripathi oyó el grito pero hizo caso omiso de él, pensando que su madre hacía teatro como de costumbre. Entonces oyó otro más débil, una especie de gorgoteo al que siguió el silencio. Esta vez se lanzó hacia el diván y encontró a Ammayya esforzándose por respirar, con unos ojos tan dilatados como si quisieran salírsele de

las órbitas y con los labios azulados abiertos en una mueca horrible.

—¡Está enferma! —dijo, muy exaltado—. Mi madre está enferma. Tenemos que llevarla al hospital.

Se hizo un silencio en la habitación.

—No, hospital no —susurró Ammayya asiendo la camisa de Sripathi, que estaba inclinado sobre ella y se sorprendió de la fuerza del agarre—. Putti, Putti.

Putti se acercó en seguida y se arrodilló en el suelo junto a su madre; el labio superior le temblaba de emoción.

—Ammayya, lo siento —dijo, a punto de llorar—. No estés enfadada conmigo, por favor.

Ammayya soltó la camisa de Sripathi y agarró a Putti por la muñeca. La apretó tanto que a Putti se le saltaron las lágrimas.

—Me estoy muriendo —dijo en un siseo de sus labios azulados —. Y tú has sido la causa. Recuérdalo… Recuérdalo cuando él te lleve a la cama.

La anciana jadeó y se quedó mirando ferozmente a Putti, que intentó desprenderse del tremebundo apretón de su madre. Cuando por fin consiguió soltarse, vio que tenía unas señales grabadas en la piel. Más tarde le saldrían unas costras que luego se le caerían, pero las señales nunca desaparecieron del todo. Se fueron pareciendo más y más a tres ojos de personaje de tebeo, y Putti se ponía docenas de brazaletes, de los que Ammayya había guardado en el baúl bajo la cama, en un intento de ocultar las marcas a su propia mirada teñida de remordimientos. Y después de casarse, cuando Gopala le hizo el amor en un piso flamante —uno de los tres que Sripathi obtuvo a cambio de Casa Grande—, en una cama acabada de comprar en Madrás, Putti se colocó en el brazo una ancha muñequera para esconder aquellos óvalos de celosa ira que Ammayya le había dejado en la piel.

—Llamad a una ambulancia —dijo Nirmala débilmente, deseando que alguien se hiciese cargo de la situación. Incluso el activo y eficaz Munnuswamy parecía no saber qué hacer—. ¿No tendríamos que llevarla a un hospital? Llamad a una ambulancia… —repitió.

—No hay línea —dijo Munnuswamy, lacónico—. Pero no se preocupe. La llevaremos en la camioneta de la leche.

Hizo una señal a Gopala y este asintió y salió de la habitación. Le oyeron poner en marcha un vehículo, darle marcha atrás y detenerlo frente a la entrada.

Arun, cogiendo en brazos a Ammayya, la llevó a la camioneta, que también estaba pintada de un azul vivo y a un lado tenía estarcidas con estilo florido las letras Coop. Lechera Ambik. La depositó en uno de los asientos corridos y Nirmala la tapó con una manta.

—Putti… —llamó débilmente Ammayya. Cuando tuvo delante el rostro angustiado de su hija, añadió—: Tú ven conmigo. Cuida de que esos médicos no me quiten la ropa ni me hurguen aquí y allá con sus instrumentos. Si mi hijo fuese médico…

Otro ramalazo de dolor interrumpió lo que iba a decir, y a continuación la camioneta se puso en marcha. Putti, Arun y Sripathi subieron a ella. Arun iba sentado en el suelo de linóleo, que olía a leche rancia, y sostenía a Ammayya mientras el vehículo traqueteaba por las calles anegadas y llenas de hoyos en dirección al hospital Vanitha de Toturpuram, un centro médico nuevo de reputación dudosa. Pero Munnuswamy les dijo que en ese hospital conocía a mucha gente, y ahí es donde los llevó.

Incluso a esa hora temprana de la mañana, en el servicio de urgencias estaban muy atareados. Un autobús había chocado con un camión sobrecargado y habían resultado heridos tres docenas de pasajeros. Una enfermera agobiada les dijo que tendrían que esperar en el pasillo hasta que alguien pudiese examinar a Ammayya. Esta esperó tendida en el suelo, arrimada a la pared encalada del pasillo del hospital. Le parecía notar el olor a los moribundos y a los muertos, y se notaba llena a rebosar con la rabia que había acumulado a lo largo de sesenta de sus ochenta años de vida.

Después de mantener una breve conversación con Munnuswamy que Sripathi no alcanzó a oír, la enfermera llamó por los altavoces a un médico.

—No hay problema —dijo Munnuswamy con satisfacción—. Me he dado a conocer. Os atenderán bien. Ahora me vais a perdonar pero tengo que irme. Os enviaré la camioneta con el chófer a las siete. Y haré que los muchachos limpien vuestra casa.

—Lo siento —dijo Sripathi a Munnuswamy—. Siento mucho tener que molestarte de esta manera.

—No tiene importancia. Ahora somos *sambandhis*.

Y con un gesto de la mano que minimizaba la necesidad de agradecimiento, se marchó.

Ammayya abrió los ojos y llamó a Sripathi.

—Quítame los pendientes —ordenó con voz ronca—. Y mi *mangalya* y las demás cadenas. Si no, me las robarán. Los pendientes son de diamantes azulados. De lo mejorcito. Cuando volvamos a casa me devuelves todas las joyas. Mi *vaaley*, mi *mangalyay* el collar de aljófares, el de corales y el *mohan-maaley*. Sé lo que llevo puesto. Y sé lo que hay debajo de la cama… el *aurum* y el *argentum*… sé cuánto hay, no cojáis nada.

Insistió en que fuese Sripathi y no Putti quien le quitase las joyas.

—Para ti, nada —le dijo a su hija, cuando esta intentó ayudar a Sripathi a desenroscar los pendientes—. Ni un solo *paisa*.

El médico llegó poco después de que Sripathi hubiese envuelto las alhajas de su madre en un pañuelo y se las hubiese guardado en el bolsillo. Dos auxiliares levantaron a Ammayya, la colocaron en una camilla con ruedas y se dispusieron a alejarse con ella. Ammayya agarró el sari de Putti.

—Ven conmigo —le dijo en voz baja—. Diles que no quiero que me desnuden.

Pero uno de los enfermeros miró a Putti y negó con la cabeza.

—No, señora, los acompañantes no pueden entrar en la sala de operaciones.

—Pero ¿la van a operar? Si ni siquiera saben lo que le pasa… —dijo Sripathi, sorprendido del rumbo que tomaban los acontecimientos.

El médico no le había tomado el pulso a Ammayya ni la había auscultado. ¿No era eso lo que hacían siempre al principio?

—¿Nombre de la paciente? —preguntó el médico, haciendo caso omiso de la pregunta de Sripathi y empezando a garabatear un formulario.

—Janaki Rao.

—¿Edad?

—Ochenta y un años. Se ha quejado de un dolor en el pecho. Quizá haya tenido un ataque al corazón… —insinuó Sripathi—. ¿Cómo puede ser que vayan a operarla sin reconocerla siquiera?

—Por favor, firme aquí, señor, y entonces contestaré a sus preguntas —dijo el médico, señalando una cruz que había en el formulario—. Es solo para hacer constar que descarga de cualquier obligación al centro médico en caso de surgir algún problema.

—¿Qué problema? —preguntó Arun—. *Appu*, no firmes hasta leer la hoja.

El médico se encogió de hombros.

—Cuanto más tarden ustedes, más se tardará en atender a la señora. Esto es simple cuestión de trámite. Todo el mundo ha de firmarlo.

Sripathi cogió la pluma y firmó.

—Ahora pueden pagar en recepción.

—¿Pagar? —preguntó Sripathi, sin comprender.

—Sí, señor, esa es la norma. Tiene que extender un cheque y entregárselo a la enfermera de recepción. Solo entonces podremos atender a la paciente.

—¿Pero esto es un hospital o es un comercio? —exclamó Arun—. Primero vean si mi abuela está bien. Nosotros no vamos a escaparnos sin pagar. ¡No somos ladrones, como ustedes!

—Ustedes mismos, señores —dijo el médico, encogiéndose de hombros, y lanzó un grito a los enfermeros que empujaban la camilla por una puerta giratoria—. Traigan a la paciente. Estas personas no pueden pagar. —Y, volviéndose hacia Arun, añadió—: Llévenla al hospital estatal. Allí no se cobra a nadie.

—No, no, ya está bien —dijo Sripathi—. No le haga caso a mi hijo, es muy nervioso. Yo abonaré lo que sea. Ustedes atiendan a mi madre.

Durante varias horas, Sripathi, Arun y Putti esperaron en el pasillo. Un trabajador con uniforme caqui fregaba la zona de recepción caminando hacia atrás. Las tiras mojadas del fregasuelos tropezaban con los pies de quienes esperaban, resignados y en silencio, que alguien los atendiera. El aire estaba saturado de olor a

desinfectante, y este se mezclaba con el olor a comida que provenía de la cafetería. A las ocho, el médico apareció y fue hacia ellos con una expresión grave en el rostro. Les dirigió unas palabras tópicas de condolencia.

—No hemos podido hacer nada por ella —dijo—. Era muy mayor.

Sacaron a Ammayya en una camilla. Estaba envuelta en una sábana verde pálido, para cuyo pago Sripathi tuvo que firmar otro cheque. Alguien le había cerrado los ojos y tenía en el rostro una expresión inusualmente apacible. Sripathi creyó recordar que había visto esa expresión por última vez en la cara de su madre el día de la ceremonia de su *upanayama*, cuando tenía diez años, justo antes de que apareciese la amante de su padre. Ammayya tenía trocitos de algodón en las narices, y la boca ligeramente abierta.

—Estaba enfadada conmigo, no me perdonó… —dijo Putti en voz baja y con la cara llena de lágrimas. Sujetaba la bolsa llena de ropa que un auxiliar le había entregado.

Sripathi ayudó a Arun a llevar el cuerpo rígido de Ammayya, que pesaba menos de lo que había imaginado, hasta la camioneta que les estaba esperando. Se sentó en silencio junto al cadáver y se preguntó a quién perdería la próxima vez.

Ya de vuelta en Casa Grande, uno de los muchachos salió a su paso en la veranda llena de légamo y les dijo:

—Tendrá que entrar por detrás, señor. Ya hemos achicado el agua, pero está todo muy sucio.

Le explicó a Sripathi que habían tenido que derribar la tapia del jardín de atrás para que se fuese el agua. Tardarían varias horas en limpiar y desinfectar la casa.

—Ah, y hemos encontrado una cosa —dijo, mostrando al sonreír una dentadura blanca que contrastaba con su tez morena. Fue a un rincón de la veranda y cogió una caja de cartón. Dentro estaba el minino—. Hemos encontrado a este gato agarrado a las cortinas.

—Nandana se alegrará —dijo Putti.

Tomó la caja y volvió a casa de Munnuswamy para darle a Nirmala la noticia de la muerte de Ammayya. Mientras tanto, Sripathi y Arun fueron a la camioneta para entrar el cadáver en la casa. Tuvieron que subir por la escalera de caracol llevando el

cuerpo de Ammayya en posición vertical; así consiguieron llegar al final del curvo camino de hierro. Atravesaron luego el cuarto de baño y llegaron al rellano de los dos dormitorios. Arun extendió una sábana limpia en el suelo y sobre ella tendieron el cadáver de la anciana.

Fue Nirmala la que, unas horas más tarde, lavó el cadáver de Ammayya y lo envolvió en un sudario de algodón sin blanquear. Y fue ella quien descubrió la larga incisión vertical que tenía en el costado derecho y que se extendía del marchito pecho hasta el hueso pélvico. Era un tajo de un gris rosáceo, ligeramente curvo, con los extremos recosidos por unas puntadas negras que parecían hormigas. Se preguntó por qué le habrían hecho esa incisión. Sripathi había hablado de una operación, ciertamente, pero incluso ella sabía que el corazón estaba en el lado izquierdo. ¿Le habrían extraído algo a Ammayya? Recordó la aversión de la anciana a los hospitales, el miedo que tenía al comercio de órganos, y pensó en comunicarle sus sospechas a Sripathi. Estuvo largo rato mirando a su suegra yacente en la sábana: el viejo y reseco cuerpo, la pelusa blanca que tenía en la cabeza, el rostro tranquilo, el olor dulzón a putrefacción que empezaba a emanar de ella… y por fin se decidió.

—Lo hecho, hecho está —susurró—. Para qué armar un escándalo…

22

El corazón del mar

Ya se habían celebrado las ceremonias. Varias docenas de amigos y conocidos habían desfilado por la casa para rendir el último tributo a Ammayya. Les costaba creer que la batalladora anciana hubiese muerto. Krishnamurthy Acharye había cuchicheado las oraciones para los muertos con su voz ya cascada. Nirmala y Putti habían llorado en un rincón de la habitación mientras Nandana lo miraba todo con ojos muy abiertos. Poco antes le había preguntado a Sripathi si todos los muertos se parecían a Ammayya, y Sripathi no había sabido qué contestar. ¿Era correcto dejar que la niña viese estas cosas tan pronto? Sripathi ya no sabía qué era correcto y qué no.

—No —dijo por fin en voz baja, mientras se desarrollaban los cantos solemnes—. No, no todos se parecen a Ammayya. Ella era muy vieja.

«Y mi hija era joven —hubiese querido añadir—. Demasiado para morir».

Al atardecer de ese mismo día, una vez terminada la cremación, Sripathi le dijo a Arun que ya podía regresar a casa.

—¿Adónde vas tú?

—A llevar las cenizas de Ammayya al mar —dijo Sripathi.

—Te acompaño —dijo inesperadamente Arun.

Empezaba a anochecer cuando llegaron a la playa. Se dirigieron al

mismo sitio apartado donde habían esparcido las cenizas de Maya. La marea iba subiendo, unas olas encrespadas les mojaban los pies y las gaviotas picoteaban las algas marinas que había sobre la arena. Un poco más allá, unos perros parias daban saltos hacia una barca volcada, intentando llegar a algo que colgaba de la quilla. Sripathi caminó por la arena mojada hasta llegar al agua. Con una sensación de
déjà-vu
, vació las cenizas y las vio mezclarse con las olas. Pobre Ammayya, qué vida tan larga e irresuelta había vivido, pensó con lástima.

Volvió al conglomerado de rocas cubiertas de musgo donde había dejado a Arun y se sentó a su lado. Se quedaron allí hasta que salió la luna, un semicírculo plateado rodeado de luz irisada. Al día siguiente haría sol. En la densa oscuridad, el mar era un cuerpo moviente y luminoso, misterioso y bello.

—Si quieres vete a casa, *Appu* —dijo Arun, que estaba con las piernas abrazadas y la barbilla apoyada en las rodillas—. Yo quiero ver cómo llegan a la playa las tortugas.

—¿Cómo sabes que llegarán hoy?

—Ayer vinieron unas cuantas y normalmente las demás llegan muy poco después.

—Yo también me quedo a verlo —dijo Sripathi, después de un momento de duda.

Había vivido toda su vida junto a ese mar y nunca había pasado una noche entera mirando el vaivén de las olas, que dejaban una puntilla de espuma para recuperarla casi en seguida.

La luna se alzó en el cielo, la playa fue vaciándose de gente y los últimos vendedores apagaron sus lámparas Petromax y se marcharon. Ahora solo se oía el susurro del viento al agitar el pequeño grupo de palmeras que había tras ellos. De pronto, un bulto oscuro salió del mar y subió por la arena húmeda despacio y tambaleándose. Luego otro y otro. Salían del mar a docenas, a veintenas. A Sripathi le pareció que era la misma playa la que, cobrando vida, se alejaba del agua.

—¿Las ves? —cuchicheó Arun, como si las tortugas fuesen a asustarse de su voz cuando llevaban el sonido atronador de antiguos mares en el interior de sus pequeñas cabezas giratorias.

Subían en bamboleante tropel por la arena, como un ejército reptante y corcovado atraído por una llamada lejana a la orilla en la que habían nacido hacía cincuenta, cien o doscientos años, con el fin de desovar y producir otra generación. Avanzaron desde la orilla, cada una de ellas una duna verde oliva en movimiento, hasta que estuvieron fuera del alcance de las olas. Entonces se detuvieron y empezaron a cavar cunas para sus huevos. Sus gruesas patas traseras lanzaban arena al aire como enérgicos pistones. Las tortugas, gruñendo, gimiendo y susurrando, se colocaron encima de los agujeros y depositaron en ellos su preciosa carga.

Arun se inclinó hacia su padre y le dijo:

—Cada una pone entre cien y doscientos huevos, *Appu*.

Sripathi asintió con la cabeza, demasiado impresionado para decir nada. ¿Durante cuántos milenios se había repetido esta escena?, se preguntó, sintiéndose más humilde. Estaba presenciando algo que había empezado mucho antes de que los humanos hubiesen sido imaginados por Brahma, y que había sobrevivido al apetito voraz de esos mismos humanos. En el largo continuo de la vida de las tortugas marinas, los seres humanos no eran más que un punto.

Al cabo de poco las tortugas, ya listas, se pusieron de nuevo a batir la tierra, tapando con ella los agujeros. La apisonaban fuerte, con movimientos lentos e intencionados. A continuación, tambaleándose, emprendieron la caminata de regreso al reluciente mar. Con las patas traseras borraban las huellas de su paso tan meticulosamente como si fuesen espías en un país extranjero.

—Mira qué astutas son —cuchicheó Arun—. Se aseguran de que los depredadores no puedan encontrar la nidada.

Las tortugas se sumergieron en el mar tan silenciosamente como habían surgido de él. Nunca llegarían a ver salir del cascarón a sus crías. Hasta al cabo de un año no regresarían para desovar de nuevo a la orilla de aquel mar que llevaba allí aún más tiempo que ellas. Las crías quizá viviesen o quizá muriesen. Aquellos huevos que depositaban con tanto cuidado tal vez diesen otra generación de tortugas o tal vez no. Sripathi pensó en lo azaroso de la existencia, en la belleza, las esperanzas y las pérdidas que siempre acompañaban a la vida, y notó que un peso pétreo se desprendía

despacio de su corazón. Quizá a lo largo de su extenso peregrinaje de un mar a otro, a través de océanos y continentes, una tortuga marina se cruzase con un miembro de su prole sin saberlo. Y medio siglo más tarde, aquellas crías de tortuga regresarían a esa misma orilla, azuzadas por un instinto que tenían grabado en la memoria. ¿Quién entendía las costumbres de esas criaturas silenciosas que estaban en el planeta desde hacía una eternidad?, se preguntó Sripathi, desentumeciéndose brazos y piernas. Sin embargo, había vislumbrado la razón por la que su hijo venía a la playa todos los años por esa época, cuando los nubarrones tapaban el cielo y las noches eran oscuras como ala de cuervo. Le había irritado un poco este rito anual. Arun se esfumaba a las diez de la noche y no volvía a casa hasta la madrugada. Que había ido por los huevos, solía decir, esquivo, tan seguro de merecer la desaprobación de Sripathi que no se había atrevido a dar ninguna otra explicación.

Miró a su hijo, que seguía sentado y miraba el mar como comunicándose con los vetustos animales que este acunaba en su seno. Qué hombre tan extraño había engendrado… Arun llevaba veintiocho años viviendo apaciblemente y como recompensa había recibido la irritación de Sripathi, su decepción, incluso su desprecio.

Estuvieron sentados hasta que la marea empezó a menguar y los primeros barcos de pesca —unas siluetas oscuras y fluctuantes— se dibujaron contra el cielo que clareaba.

—¿Quieres que nos vayamos? —le dijo entonces a Arun, con un tono más dulce del que nunca había empleado para hablarle a su hijo.

Casa Grande olía a fenilo y a lejía. Los muchachos la habían limpiado como mejor habían sabido, pero en las paredes, a medio metro del suelo, quedaba una raya marrón que indicaba la altura a la que había llegado el agua. El sofá del salón estaba prácticamente deshecho y Nirmala lo había dejado en el jardín de atrás para que los muchachos se lo llevasen. Ella no se mostraba reacia, como su marido, a aceptar la ayuda de Munnuswamy. Los ventanales del cuarto de Ammayya habían sido abiertos de par en par y los vidrios de colores estaban ya limpios, menos en los rincones donde el agua

y el jabón no habían podido con la negra mugre. Todos los saris que Ammayya guardaba dentro de unos baúles se habían echado a perder. Las joyas habían salido incólumes y solo olían un poco. Mucho más tarde, sin embargo, cuando Nirmala y Putti se las llevaron al orfebre de Krishnaiah Chetty Road a fin de que las puliese para la boda, descubrirían que eran falsas; eran de plata o de latón con un baño de oro. El joyero, apesadumbrado, les dio la noticia de que todas eran falsas excepto los pendientes de diamantes y los collares que Ammayya le había dado a Sripathi en el hospital. Por lo demás, solo había unas cuantas monedas de oro y las barritas de plata que había ido acumulando durante los años siguientes a la muerte de Narasimha vendiendo periódicos y saris viejos.

—La engañó —diría aquel día Putti cuando regresaron del orfebre—. Mi padre le regaló bisutería. Pobre Ammayya… Mejor que no lo supiera.

—¿Y cómo sabes que no lo sabía? —le preguntaría Nirmala—. Tu madre no era tonta.

Sripathi estaba en el balcón, sentado en su vieja silla, rodeado de sus enseres de escribir. Acababa de leer el periódico, que traía una noticia que le hizo pensar que hubiese sido del agrado de Ammayya. El ciclón también había alcanzado Madrás y el domicilio de la primera ministra se había inundado. Según la crónica, la habían tenido que desalojar en barca.

Ahora Sripathi abrió la caja de sándalo que había cogido del armario de Nirmala. Sacó un montón de abultados sobres que contenían las cartas de Maya. Abrió con cuidado uno de ellos y empezó a leer: «Queridos Appu, Mamma, Arun…». Siempre los mencionaba en orden descendente según la edad. Miró la letra pulcra y sesgada, y por fin las lágrimas empezaron a manar libremente.

Se oyó un ruidito cerca de la puerta y, sin tener que mirar, supo que era Nandana.

—¿Lloras porque se murió tu madre? —preguntó la niña.

—En parte por eso —contestó él, y se enjugó las lágrimas con una de las toallas puestas a secar en la baranda.

—Mi madre también se murió.

—Sí, era mi hija.

La niña no contestó a lo anterior, pero cuando Sripathi giró la cabeza vio que seguía allí, apoyada en el quicio de la puerta y mordisqueándose una trenza.

—¿Qué hay en esa caja grande? —preguntó entonces, señalando al recado de escribir.

—Ven. Si quieres te lo enseñaré —le dijo Sripathi.

La niña se acercó despacio, arrastrando los pies, siempre a punto de dar media vuelta y echar a correr. Él abrió la caja y pasó la mano por encima de las plumas alineadas sobre la madera color castaño rojizo.

—¡Plumas! —exclamó Nandana—. ¡Cuántas hay! ¿Todas son tuyas?

—Sí, pero puedes escoger una.

—¿Y puedo quedármela para siempre?

—Para siempre —convino Sripathi—. ¿Qué te parece esta?

Cogió la Hero plateada, desenroscó el capuchón y en una hoja de papel escribió «Nandana» con una rúbrica.

La niña frunció el entrecejo como meditando y se acercó un poco más para ver de cerca el contenido de la caja. A Sripathi le llegó el olor de su cabello, que le pareció el de la dulce juventud.

—¿Puedo coger esa en vez de esta? —preguntó al final, señalando una pluma pequeña de color rojo que Sripathi le había comprado a un vendedor callejero por cincuenta *paise* cuando estaba en la Universidad. Era la pluma más barata de la colección.

—Si quieres, sí —contestó Sripathi, empezando a esbozar una sonrisa. «Igual que su madre —pensó—. Le gusta elegir por sí misma». Y añadió—: ¿Qué vas a hacer con ella?

—Les escribiré una carta a Molly y a Yee —dijo ella dándose importancia, y se sentó en el suelo, cerca de él—. ¿Me das también una hoja, por favor?

Las campanas del templo, que habían estado tañendo desde que Sripathi había vuelto de la playa al amanecer, dejaron por fin de repicar. Sripathi esperó a que empezase a cantar el loro, pero en vez de eso el aire se llenó de un ruido horrible. Era aquel asno de Gopinath Nayak, que despertaba al mundo entero con sus

gorgoritos. Poco después, estos fueron ahogados por un estruendo como de derribo. Desde donde estaba sentado, Sripathi vio al camión descargando una montaña de bloques rotos de granito frente a las verjas de los apartamentos Jyoti.

—¡Eh, eh! —gritó el *gurkha*, que salió a la calle blandiendo su bastón—. ¿Te crees que esta es la casa de tu suegro, o qué?

Y el camionero, asomándose desde la alta cabina donde estaba aposentado, contestó también gritando:

—¿Y la calle, qué? ¿Te crees que la calle es de tu suegro?

Sripathi arrastró el bloc hacia sí y escogió una pluma. Pensó en su hija y en el marido de ella, en Ammayya y en su padre, en todo lo que había perdido y encontrado. ¿Cómo expresarlo con palabras?

«Muy señor mío —escribió por fin—: Esta madrugada, en la playa de Toturpuram, he visto un espectáculo asombroso…».

Glosario [26]

aarathi: la vela encendida que el hindú creyente mueve de un lado a otro delante de una deidad.

Achha: muy bien.

Acharye o *Acariyan*: maestro que inicia a otros en las doctrinas esotéricas de la religión. También maestro, preceptor.

agarbati: incienso.

ajja: abuelo.

ajji, ajji-ma: abuela.

almirah: armario ropero.

akka: hermana mayor. También se usa como tratamiento.

ammamma: exclamación de asombro.

amma, ammal: madre. Cualquier matrona a la que se respeta como a una madre.

ammay: abuela materna.

annaprashna: la primera ocasión en que se alimenta a una criatura con arroz hervido; este rito suele celebrarse entre el sexto y octavo mes de vida del niño y entre el quinto y séptimo de la niña.

appa: papá.

appapa: exclamación de sorpresa o desaliento.

Appu: nombre propio masculino. Pero en la novela está usado con el significado de «papá».

apsara: ninfa celestial.

ayya, ayyo: ¡ay!, ¡ay de mí!

Baap-re-baap: exclamación de sorpresa o aflicción.

baba: padre; papá. También es un tratamiento de respeto.

basmati: el arroz basmati es un arroz de primera calidad que crece en las faldas del Himalaya.

beedis: tabaco envuelto en las hojas de esta planta.

Bhel-puri: plato picante compuesto a base de arroz hinchado, patata, cebolla y yogur.

bhooth: fantasma de aspecto demoníaco.

bindi: círculo de color que las mujeres indias suelen pintarse en la frente. Actualmente los hay también adhesivos.

bisi bele bhath: plato picante a base de arroz, lentejas y verduras.

bondas: fritura de patata que se toma como tentempié.

chakkuli: fritura de harina de arroz que se toma como tentempié.

chakra: rueda.

champa o *champaka magnolia*: Flor muy fragante, de pétalos en forma de tubo.

chamrani o sambrani: resina usada para aromatizar el interior de las casas.

chapatti: galleta de pan ázimo.

chaprassi: criado; chico de los recados.

chindi: adorno que se lleva atado al cabello. En el texto, miseria, menudencia, birria.

chinna, chinnamma, chinnu-ma: oro. En el texto es un término cariñoso: tesoro.

chowki: plataforma pequeña.

chhutti: fiesta. También permiso, licencia laboral.

coir charpai: estera de fibra de coco.

dabba: caja. También aparece en la novela con el sentido de objeto, cachivache.

deva: dios.

devi: diosa.

dhobi: hombre que tiene por oficio lavar y planchar la ropa.

dhoti: prenda de vestir masculina. Es un rectángulo de tela que se

pone alrededor de la cintura.

galata: bulla, jaleo.

garbatti: incienso.

gol-maal: corrupto, fraudulento.

goonda: canalla, truhán.

gulmohur o *gulmohar*: flor tropical de un rojo muy vivo.

gothra-nakshatra: gothra significa linaje; *nakshatra*, constelación estelar. No tener un *gothra-nakshatra* equivale a «ser un don nadie».

gurkha: hombre originario del Nepal. Generalmente trabajan en la India como guardas jurados, serenos nocturnos, etc.

badh-badh: rutina diaria, faena monótona.

idlis: pastelillos de arroz. Se comen en el desayuno o como tentempié.

jaanwaara: el hilo sagrado que los brahmanes llevan alrededor de pecho y espalda.

jalebis: dulce hecho a base de harina y jarabe.

kannada: lengua hablada en el sudeste de la India.

Kannan: palabra tamil que significa Krishna o Dios. También es un término cariñoso que se aplica a los niños pequeños.

kakka: caca.

kashaya: bebida medicinal, tisana.

khachda: basura. En la novela, gentuza.

khara sev: plato de fideos finos y picantes.

koyal: ruiseñor.

kohl: polvillo negro usado especialmente en Oriente para ensombrecer la zona alrededor de los ojos.

kongu: Aunque la palabra significa «pecho de mujer», en el texto está empleada como sinónimo de «orgullo» (la cualidad del orgulloso o fanfarrón que «saca pecho»).

kum-kum: bindi hecho a la antigua, con polvos de bermellón.

kurta: camisa larga hasta las rodillas.

laddoo: dulce hecho con pasta de garbanzos y que tiene forma de bola.

langa-choli: conjunto de falda y blusa o camiseta.

langa-dhavani: falda larga y plisada que en la India llevan las chicas jóvenes con una tela a juego de tres metros de largo, a modo de chal ajustado al cuerpo.

lungi: trozo de tela de algodón, de unos tres metros de largo, que se envuelve alrededor del cuerpo y se ata en la cintura.

maama: tío camal materno.

maami: tías. Término de respeto para nombrar a las mujeres mayores.

Maddur vadais: Maddur es un lugar de la India donde hacen un *vadais* especialmente sabroso.

malam: tónico.

mana: peso usado en la India. Equivale a la cuarta parte de una tonelada, pero en el texto parece estar usado como sinónimo de ramo.

ntangalya: hilo o collar del que pende un colgante dorado. El novio se lo pone a la novia durante la ceremonia de la boda.

mari: nena, pequeña.

masala-dosa: torta picante hecha con arroz y garbanzos.

memsahib: una europea casada; también se aplica a la mujer que se comporta como europea o como simple tratamiento de respeto.

mohan-maaley: guirnalda de flores; también collar de perlas.

mutthal o *muttal*: idiota.

namaskara o *namaskaram*: saludo respetuoso que consiste en juntar las palmas de las manos delante de la cara o del pecho y hacer una inclinación.

neen: lila de Persia. Árbol de la India Oriental de cuyos frutos y semillas se obtiene un aceite aromático.

—*orey*: tratamiento de respeto que se da a un hombre.

paan: buyo. (Mixtura hecha con el fruto de la areca, hojas de betel y cal de conchas, que se masca en algunos países orientales. Deja

un tinte rojizo en la lengua).

paapa: pecado.

paapu: criatura.

paisa: dinero. También es una moneda de poco valor, un céntimo.

pallu o palla: parte del sari; el rectángulo de tela que cuelga por delante o por detrás.

panchanga: almanaque.

paneer: queso indio.

paratha: pan ázimo que se fríe en manteca sobre una plancha.

pavadai: falda larga.

petti: caja; baúl.

portulaca: planta tropical con flores de color rosa, rojo, blanco o morado.

punya: mérito.

puja: rito llevado a cabo como parte del culto rendido a los dioses hindúes.

puri: un tipo de pastel frito en mantequilla.

raat-ki-rani: flores tropicales blancas que despiden su aroma por la noche.

raddhi-wallah: hombre que compra periódicos y trastos viejos; trapero.

raga: en la música india, tipo melódico que proporciona un marco para melodías improvisadas; dichas melodías se llaman también *raga*.

rahu-kala: ratos desfavorables del día, por estar regidos por el dios Rahu (Saturno).

raja: el título que se daba en la India a reyes o príncipes. En el texto es un término cariñoso: tesoro.

rangoli: dibujo floral que se traza en el suelo, delante de las casas, con harina de arroz.

ree: tú.

sahib: tratamiento de respeto usado por los nativos de la India para

dirigirse a un inglés o a otro europeo; señor.

sambandhis: familia política.

Sambhar: plato muy picante de lentejas con salsa.

salwar-kameez o traje punjabí: indumentaria femenina compuesta de pantalones y una casaca. Se lleva especialmente en el norte de la India.

seth: comerciante rico.

shaitaan: demonio, espíritu maligno.

shalya: prenda similar a un chal. La llevan tanto los hombres como las mujeres.

shani: Shani es Saturno, un dios al que se considera portador de desgracias. En el texto la palabra está empleada como insulto.

shani kata: influencia maligna.

sooji: harina que se obtiene al moler el trigo indio; la comida hecha a base de esta harina también se llama *sooji*.

sthri-dhanaa: la dote que la mujer lleva al matrimonio.

sumangali: mujer casada.

susu: pipí.

swami: maestro religioso hindú.

tain-tain: rabieta, berrinche. En el texto parece estar usado con el significado de riña, disputa, ambiente de malestar.

tambola: caja de forma decorativa en cuyo interior hay diversas secciones para frutos secos, galletas u otras golosinas que pueden comerse después de la cena.

thatha: abuelo.

tsunami: ciclón.

tulasi: una planta de albahaca que se encuentra en diversas zonas tropicales del mundo y que en la India está consagrada a Vishnu.

upanayana: ceremonia de iniciación de los muchachos brahmanes. En ella se les coloca en el pecho el *jaanwaara* o hilo sagrado.

uppuma: tentempié hecho a base de sémola.

ustaad: palabra urdu que significa maestro.

vaaley o *valai*: pendientes.
vadais: plato picante a base de garbanzos.
vajrada vaaley: pendientes de diamantes.
vanara sena: ejército de monos.
vetaala: demonio, diablillo.
yatra: peregrinación.
yo-yo-yo Rama: ¡Oh, cielos! ¡Oh, Dios mío!

Notas

[1] Se celebra para festejar el primer embarazo de una mujer, en casa de los padres de ella, y consiste principalmente en colocarle muchas pulseras en ambos brazos. (N. de la T.). <<

[2] La danza clásica del sur de la India. (N. de la T.). <<

[3] Uno de los dioses venerados en el hinduismo. Es benéfico para el hombre y se ha encarnado diez veces. (N. de la T.). <<

[4] Albahaca tropical, que en la India está consagrada a Vishnu. (N. de la T.). <<

[5] Son títulos universitarios expedidos en el mundo anglosajón. Bachelor of Arts equivale al antiguo título español de Licenciado en Filosofía y Letras; Master of Arts es un título superior al anterior; y Bachelor of Laws equivale a licenciado en Derecho. (N. de la T.). <<

[6] Tal como se ve a continuación por los ejemplos, no se trata de un saber esotérico sino todo lo contrario, a pesar de lo cual he preferido traducir fielmente el original («esoteric information»). (N. de la T.). <<

[7] Deepavali: festividad que dura tres días y se celebra entre el 15 de octubre y el 15 de noviembre. Con velas, fuegos artificiales y rezos, los hindúes celebran la victoria del bien sobre el mal. (N. de la T.). <<

[8] Ayurveda: el sistema de medicina tradicional hindú, basado fundamentalmente en la homeopatía y la naturopatía. (N. de la T.). <<

[9] Shastras: las sagradas escrituras del hinduismo. (N. de la T.). <<

[10] Siglas de exámenes pertenecientes al sistema educativo de los países anglosajones. TOEFL es el Test of English as a Foreign Language (examen que evalúa los conocimientos de inglés del que no tiene esta lengua como lengua madre) y GRE es el Graduate Record Examination (examen de acceso a estudios de postgrado, *en* las universidades norteamericanas). (N. de la T.). <<

[11] Tarjeta verde: Documento oficial que permite a un extranjero vivir y trabajar temporalmente en los Estados Unidos. (N. de la T.). <<

[12] Marca de un refresco de lima. (N. de la T.). <<

[12] En el brahamanismo y el budismo, suma de todas las acciones pasadas de una persona, que determina su existencia y sus reencarnaciones futuras. (N. de la T.). <<

[14] Cochecito oriental de dos o tres ruedas del que tira un hombre. (N. de la T.). <<

[15] Árbol (Sarasa asoca) que en la india consideran sagrado. Según la tradición, Buda nació bajo un asoka. (N. de la T.). <<

[16] El verso pertenece a la poesía de Neruda titulada No hay olvido. (N. de la T.). <<

[17] Lenguas habladas en la India occidental, al sudeste de la India y al norte de Madrás, respectivamente. (N. de la T.). <<

[18] Kali es la diosa hindú de la muerte y la destrucción. Yuga es el nombre dado a una de las cuatro edades del mundo en que, según la cosmogonía hindú, se divide el tiempo histórico. Kali-yuga es la Edad de Hierro o de las Tinieblas, regida por Kali. (N. de la T.). <<

[19] Lámpara portátil que funciona con un derivado del petróleo. (N. de la T.). <<

[20] Centro de enseñanza privado donde se da clase a alumnos preuniversitarios o universitarios en grupos pequeños. (N. de la T.). <<

[21] Se trata de exámenes de acceso a universidades norteamericanas (el SAT o «Scholastic Aptitude Test») o que permiten acceder a estudios de posgrado en las mismas (el GRE o «Graduate Record Examination» y el GMAT o «Graduate Management Admissions Test»). (N. de la T.). <<

[22] Famoso instituto de danza y música, en Madrás. (N. de la T.). <<

[23] Arya Samaj («sociedad de los nobles», en sánscrito) fue un movimiento de reforma del hinduismo que inició Dayanada Sarasvati en 1875. Pretendía, entre otras cosas, simplificar los rituales religiosos. Una boda celebrada según este rito es, pues, como dice Nirmala, más sencilla, breve y barata que una tradicional. (N. de la T.). <<

[24] Premio honorífico que concede el gobierno indio a quienes sobresalen en cualquier esfera. (N. de la T.). <<

[25] La planta de coral (Jatropha multifida), que da unas vistosas flores color escarlata, se cultiva mucho en el este de la India. (N. de la T.). <<

[26] Las palabras en tamil aparecen en el texto original de la novela en redonda y sin explicación de su significado. Agradezco a Nalini Persad, de la British Library de Londres, la generosa ayuda que me ha prestado en la elaboración de este glosario. (N. de la T.). <<